

NARRATIVA

GODMERSHAM PARK



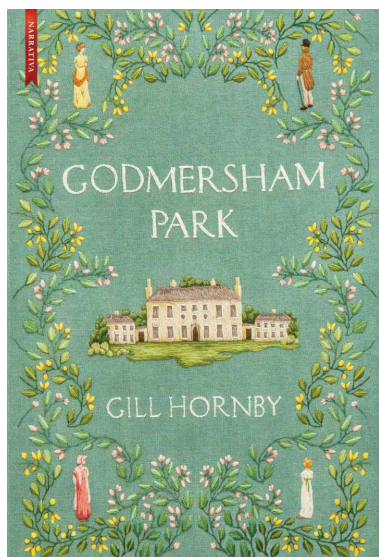
GILL HORNBY

GODMERSHAM
PARK



© Gavin Smith, Camera Press London

La primera novela de **Gill Hornby**, *The Hive*, pronto se convirtió en un *best seller* y recibió muy buenas críticas, al igual que la segunda, *All Together Now*. Vive en la actualidad en la vicaría de Kintbury, el mismo sitio en que Tom Fowle, el prometido de Cassandra Austen, creció. Es la hermana de Nick Hornby y la esposa de Robert Harris, por lo que ha pasado toda su vida rodeada de escritores y libros. Debuta en español con dos de sus libros: *Miss Austen* y *Godmersham Park*, publicados en 2023 por Libros de Seda.



Una protagonista inteligente, independiente y apasionada, una joven escritora, una casa de campo y un secreto familiar que lo envuelve todo.

Godmersham Park, Kent, 21 de enero de 1804. Anne Sharp llega a la casa para trabajar como institutriz. No tiene experiencia en el puesto ni tampoco en casas como esa, pero su madre ha muerto y no tiene adónde ir. Para su pupila, Fanny Austen, de doce años, todo es novedad y emoción. Sin embargo, para ella un puesto como ese significa no ser ni miembro de la familia ni formar parte del servicio. Un solo movimiento en falso puede significar el despido.

Cuando las hermanas y la madre del señor Edward Austen llegan a la casa para quedarse, ella se hace inmediatamente amiga de Jane. Escriben juntas y juntas disfrutan de largas charlas. Durante ese tiempo, Anne demuestra ser no solo bonita, sino también encantadora, competente e inteligente. Hasta la despistada y complaciente señora de la casa se da cuenta.

Y, mientras tanto, Henry Austen, el hermano de Jane, empieza a desarrollar un inusitado interés por la joven institutriz... Sus días en Godmersham Park estarán contados.

Godmersham Park

Título original: *Godmersham Park*

Copyright © Gill Hornby 2022

First published by Century in 2022

© de la traducción: Noelia Pousada Lobeira

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Chloe Giordano
Ajustes de cubierta: Rasgo Audaz
Maquetación: Rasgo Audaz
Conversión en epub: Books and Chips
Imagen de cubierta: ©Chloe Giordano (bordado y foto del bordado)

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-19386-14-4

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).



GODMERSHAM PARK

GILL
HORNBY



Para Robert.

NOTA AL LECTOR



Esta historia está basada en hechos reales. Los personajes de Godmersham Park existieron y los sucesos narrados se corresponden con los que Fanny Austen anotó diligentemente en su diario todos los días. El resto es fruto de la imaginación de la autora.

*La amistad es ciertamente el mejor bálsamo
para los embates de un amor desilusionado.*

JANE AUSTEN, *La abadía de Northanger*

LISTA DE PERSONAJES



La familia de Godmersham

EDWARD AUSTEN, tercer hijo del reverendo George Austen y de su esposa y señor de Godmersham.

ELIZABETH AUSTEN (apellido de soltera: Bridges), esposa de este y madre de los siguientes personajes.

FRANCES AUSTEN, más conocida como Fanny, la hija mayor de la familia.

Y ocho hermanos pequeños.

El personal de Godmersham

EL SEÑOR JOHNCOCK, el mayordomo.

LA SEÑORA SALKELD, el ama de llaves.

SACKREE, la niñera principal, conocida como Cakey por los niños.

LA NIÑERA, la niñera secundaria.

LA COCINERA.

DANIEL, el cochero.

SALLY y REBECCA, las doncellas.

ANNE SHARP, la institutriz.

Y diez más.

Las visitas

HARRIOT BRIDGES, la hermana pequeña de Elizabeth Austen.

HENRY AUSTEN, el hermano pequeño de Edward Austen.

CASSANDRA, SEÑORA DE GEORGE AUSTEN, viuda del reverendo George Austen.

CASSANDRA AUSTEN, la hija mayor del reverendo George Austen y de su esposa.

JANE AUSTEN, su hermana pequeña.



ACTO PRIMERO



CAPÍTULO 1



A LAS SEIS y media de aquella tarde lóbrega, fría, del 21 de enero del año 1804, Anne Sharp llegó al umbral de la puerta de Godmersham Park.

No tenía miedo. Pese a ser una urbanita a la que de repente habían trasplantado a un lugar como Kent, pese a ser la hija única y consentida de sus padres, y que ahora se veía obligada a ganarse la vida por su cuenta, apenas si sentía nada. Estaba impávida, y no es que ese fuera su estado por naturaleza ni, todo hay que decirlo, que aquella lacra de la autocompasión le fuese del todo ajena. No obstante, a aquellas alturas, tanto le había pasado, tanto habían cambiado las circunstancias y tan súbita había sido su propia caída en desgracia que ya nada temía.

El criado la invitó a pasar y, acto seguido, se desvaneció y apareció una sirvienta que masculló que iría a buscar a la señora de la casa, pero que no tomó su abrigo. No era ni una invitada digna de trato especial ni una sirvienta a la que tratar como amiga. Sola en aquel impresionante recibidor cuadrado —bañado, a aquella hora, por la luz extravagante de un candelabro—, sopesó el acercarse a aquella estupenda chimenea. No obstante, se contuvo, pues una no debe comportarse ni con descaro ni con impertinencia ni parecer pretenciosa: las primeras impresiones acostumbra a dejar huella y, por el momento, nada sabía de aquella gente ni de lo que se podría considerar ofensivo; de ahí que, pacientemente, permaneciera inmóvil, de pie en aquel suelo de baldosas blancas y negras, cual peón de pequeñas proporciones sobre un fino tablero de ajedrez.

Se fijó en las puertas grandes, grandiosas, que asumía que darían a estancias igual de grandiosas. ¡Una casa idónea para representar obras de teatro en familia! Se preguntaba si sus moradores serían dados a organizar tales veladas y, de no ser el caso, si en algún momento gozaría del poder suficiente como para sugerir tal cosa. Y, luego, a su izquierda, se abrió una de las puertas y oyó los pasos de unas zapatillas de seda y el roce de un tafetán.

—Usted debe de ser la señorita Sharp.

Elizabeth Austen, la primera señora a cuya disposición se ponía, recorrió el suelo rutilante como flotando y le tendió una mano pálida, elegante. Junto a ella trotaba su semejante, aún una niña. Ambas eran hermosas, delgadas y de una belleza convencional, dotadas como estaban de aquel fulgor propio de quien lleva una vida de puro privilegio, aunque carecían de las peculiaridades y rarezas en las que se fundamenta la verdadera belleza. Aquellos ojos azules la

siguieron; se inclinó para hacer una reverencia antes de volver a ponerse a la altura de ambas.

—¿Qué tal está, señora? —Anne se dio cuenta de que su desenvoltura y su manera de hablar les satisfacía.

La señora Austen le preguntó con cortesía por el viaje y, también con cortesía, ella le dio la más breve de las respuestas, pues lo último que quería era ser un incordio. Sabía de sobra que los viajes ajenos son inherentemente tediosos. Solo habría hecho mención al trayecto si la hubiesen atacado unos bandoleros y la hubiesen atado a un árbol.

—Esta de aquí es Fanny. —Su nueva alumna dio un paso al frente e inclinó la cabeza, al tiempo que con la mirada se empapaba de cada centímetro de la desconocida que tenía ante ella. La institutriz, a su vez, también la contempló fijamente: la niña parecía alta (pero, si solo tenía doce años, ¿verdad?). Ella, en su momento, también había sido una niña espigada, algo sobre lo que su padre le había dicho, para que tomara el toro por los cuernos: «Siéntete orgullosa —la había apremiado—. Dale vida a este cuerpo que te pertenece. Jamás te avergüences de la mujer que estás destinada a ser».

—Buenas tardes —dijo, tendiendo las dos manos a Fanny; un gesto que esperaba que transmitiese apego, pero no intimidación excesiva—. Encantada de conocerte.

—Y nosotras estamos encantadas de recibirla al fin. —La señora Austen la guio a las escaleras que había al fondo del recibidor—. Aquí se la esperaba con mucha ilusión. —Se paró al pie de la escalera y le hizo un gesto para que subiera—. Pero ha de estar cansada: Fanny le enseñará sus aposentos y le enviaremos algo de cenar. Ya habrá ocasión de conversar mañana por la mañana. ¿Qué le parece antes del desayuno? A las nueve en punto, nos vemos en el salón.

Mientras subían las escaleras, la niña parlotaba y Anne observaba lo que había a su alrededor: Godmersham no la decepcionaba, pues era —y sigue siendo, como, sin duda, será para el resto de la eternidad— una casa preciosa. Con una punzada de dolor, recordó a su querida Agnes, que no miraba con buenos ojos a la gente que vivía en el campo: «No sabes dónde te metes... Te matarán y harán contigo un pastel... Te ahogarán por bruja, tú hazme caso... Te lo digo en serio, porque tenía una prima que...». Su amiga siempre tenía una prima que sacar a colación.

Parecía que se había metido en un lugar muy espacioso, con techos de escayola moldeados al detalle y elegantísimas cortinas de seda. No había nada en el aspecto de los antepasados cuyos retratos pendían en fila de las paredes que revelase pasión alguna por ahogar brujas. Tendría que escribir a Agnes aquella misma noche para que se tranquilizara.

Al llegar al primer piso, al otro lado del pasillo, frente a ellas, vislumbró una estancia de proporciones perfectas con grandes ventanales que debían de dar al jardín. Parecía estar desierta. ¿Sería aquella...? Pero Fanny se había vuelto a la izquierda para seguir subiendo las escaleras, en dirección al ático, así que volvió a recordar cuál era su posición.

Si bien, en el piso inferior el ambiente era tranquilo, aquí arriba era todo lo contrario: un bebé lloraba, una niñera se metía a la carrera por una puerta y unos niños —suponía que debían de ser varones, pues estaban en guerra y abusaban sin piedad de los franceses— montaban un escándalo tremendo al final del pasillo. Estaba acostumbrada a vivir en una casa donde imperaba el silencio, en un nido que ella misma gobernaba en solitario, pero aquello era agua pasada. Debía

adaptarse.

—¿Y cuántos hermanos tienes, Fanny? —Eran tantos que no le resultaría fácil contarlos.

—Ahora mismo somos ocho —repuso Fanny, mientras la seguía guiando—. Pero mamá no tiene pensado parar y, seguramente, pronto haya otro más en camino. Por lo general, cada dieciocho meses llega un nuevo bebé, más o menos. —Lo decía de tal modo, pensó, que parecía que la señora Austen fuera una hembra paridera a la que se fuera a recluir en el corral.

—¡Qué maravilla! ¿Son todos varones? —dijo en tono informal. Sin embargo, aquel era un asunto de vital importancia. No sabía por cuánto tiempo podría ganarse la vida allí, pero si su empleo acababa cuando Fanny tuviera dieciséis años, no podría albergar la esperanza de seguir gozando de la protección de Godmersham Park.

—Vinieron cuatro varones después de mí, seguidos de dos hermanas pequeñas y de otro niño, pero siguen a cargo de las niñeras. —Vaya. No era probable que la educación de los varones fueran a confiársela a una institutriz—. Son adorables —prosiguió Fanny—: tendrá ocasión de conocerlos mañana por la mañana. —Abrió una puerta al final del pasillo—. Ya hemos llegado.

Aquel cuarto —su nuevo hogar, su refugio— le pareció a primera vista bastante grato, aunque, por supuesto, no tenía nada que ver con la *suite* a la que estaba acostumbrada, pero era cierto que ya no le hacía falta contar con tanto espacio ni tampoco con las libertades que eso brindaba. Su vida anterior —aquellos días que una vez fueron tan largos, enriquecedores y que estuvieron tan llenos de color— había quedado atrás, de momento, así que con contar con un rincón en el que acurrucarse, pensar y reflexionar, en el que esperaba que floreciese su intelecto, pese a que su cuerpo y su tiempo debieran someterse de ahora en adelante a la esclavitud, era lo que tenía.

Era más largo que ancho, con una ventana en lo alto de una de las paredes. Recorrió la estancia para apartar la cortina y contemplar las vistas y se topó con la noche más honda jamás vista. La llamada de un búho solitario rompió el silencio y le dio un escalofrío: en un paisaje sin vecinos, sin gente a la que quieres, sin grandes comercios de esos que nunca duermen, ¿dónde quedaba la belleza? El condado de Kent era para ella todo un misterio. ¿Qué llevaría a alguien a asentarse aquí, en un lugar dejado de la mano de Dios?

Se volvió hacia el interior, que le pareció, *grosso modo*, reconfortante. No había, obviamente, vestidor, sino un rincón con estanterías para la parca vestimenta que debería ponerse de ahora en adelante y una serie de cajones. Las paredes, a su vez, estaban revestidas con una especie de dibujo a rayas cruzadas, de un azul pastel que le pareció inofensivo. Pese a que, más que llamear emitía un leve resplandor, la modesta chimenea sí que le plantaba cara al frío invernal en buena parte, y de la sencilla repisa blanca pendía el único ornamento de la alcoba. Al aproximarse, reconoció de inmediato aquella representación de Cristo y la parábola de la lámpara e hizo memoria de las palabras finales del texto: «Pues nada hay secreto que no haya de descubrirse, como tampoco hay nada oculto que no haya de conocerse y salir a la luz». Volvió a darle un escalofrío.

Aun así, la aliviaba disponer de un pequeño escritorio, pues tendría donde escribir en las tardes largas y solitarias, y de una pequeña estantería para libros que pronto llenaría. Y, a cada lado de la ventana, ¡había una cama! Se emocionó al imaginar que, de vez en cuando, quizá le

permitiesen traer a una invitada y se volvió eufórica al pensar que, algún día, podría tener a Agnes con ella.

Miró a Fanny, sonriente.

—Gracias, querida. Es una habitación encantadora.

—Cuánto me alegro de que lo diga —la niña también se emocionó—. Espero de todo corazón que lleguemos a ser felices en este cuarto. —Se dirigió al lecho del lado derecho y se sentó. Luego, una segunda tanda de decepción—: Ha dicho mamá que debería usted descansar una o dos semanas, para reponerse del viaje, y que luego empezaré a dormir aquí. ¿Le importa que me quede con esta cama?

Pasado un rato, la niña bajó a la biblioteca para reunirse con sus padres, un criado trajo en silencio su baúl y, en silencio, una criada le entregó la cena y se puso a desempaquetar sus pertenencias. Al tiempo que pensaba en Agnes, que con tanta ternura había empaquetado sus bártulos, observaba a aquella jovencita, cuyo nombre desconocía —en varias ocasiones trató de entablar conversación con ella, pero no hubo manera—, sacarlos otra vez y mirarlos con codicia. Como no podía ser de otra manera, tocaba los anodinos vestidos de color oscuro con cierto desprecio; no podía culparla; en cambio, el único traje bueno, el de seda rosa con encaje de Bruselas, que era el que Agnes había metido, convencida de que su suerte cambiaría para mejor, sí que le llamaba la atención. Los peines y los cepillos de plata, con las iniciales A. S. grabadas, se ganaron un ceño fruncido y el mejor de sus pañuelos, que su querida madre había bordado tan finamente, pareció prestarse a un particular escrutinio. Anne decidió que ella misma lo lavaría, porque los objetos pequeños tendían a desaparecer en las casas grandes.

Y, acto seguido, se quedó sola, exhausta tras los acontecimientos de la jornada, pero atormentada por el insomnio. La embargó el profundo desconcierto que le generaba aquella nueva situación y, entonces, sus propios sentimientos al fin lograron engullirla. Aquel silencio propio de Kent le rugía al oído y se le revolvía el estómago, fruto de la nostalgia que sentía por un hogar que ya no existía. Sepultó la tez bañada en lágrimas en la almohada y toda una serie de preguntas le acribillaron la mente.

¿Cómo había acabado aquí, tan sola y rodeada de extraños?

CAPÍTULO 2



FUE EL verano pasado cuando se enteró de la oferta de trabajo.

Por aquel entonces, el sol brillaba y el aire estaba limpio. Vestida como estaba de luto, con el corazón todavía apesadumbrado por la muerte de su madre, los hombres se volvieron para mirarla cuando entró en el despacho en la calle Mount, aunque no hizo caso. Lo único en lo que pensaba era en la difícil conversación que tenía por delante.

El recepcionista, tras darle la más fría de las bienvenidas, la acompañó al cuarto.

—Señorita Sharp —la saludó el señor Jameson, que se inclinó con rigidez antes de sentarse a la mesa. A Agnes (la criada de Anne y, aquel día, su carabina) no le hizo ni caso y ella tomó asiento al fondo de la sala.

—Gracias por atenderme, señor Jameson. —Pese a que llevaba mucho tiempo siendo el administrador de la familia, no había tenido, hasta entonces, ocasión de entrevistarse con él en persona. Se sentó frente a él, decidida a aparentar serenidad y compostura—. En primer lugar, si me lo permite, tengo que preguntarle si...

La interrumpió al momento:

—Un tal señor Edward Austen y su señora, de Godmersham Park, en Kent, están buscando una institutriz para su hija mayor. —El señor Jameson se recostó en el enorme sillón de cuero y contempló su propia panza, igual de enorme—. Uno de mis socios, vinculado a la familia, me ha preguntado si sé de alguna candidata.

Aquel inesperado comienzo la dejó perpleja, pues había muchos asuntos que tratar y eran de lo más urgente. ¿Por qué los hombres hacían que perdiera su precioso tiempo con cotilleos sin importancia? Y ni que decir tiene que no había en su círculo de amistades ninguna institutriz.

El señor Jameson revolvió algunos papeles.

—Podría usted incorporarse de inmediato y resolver, así, el problema inminente que tenemos entre manos: dónde alojarla.

Pese al calor de julio que reinaba en la estancia, a Anne se le enfrió el cuerpo de repente.

—Señor, no entiendo lo que me dice. No estoy buscando empleo. Además, tenemos una casa, un hogar, de hecho, donde somos muy felices. Me temo que está usted muy confundido, porque nuestra intención es seguir como estamos. Gracias.

—Me temo, señorita, que eso no será posible. —Contemplaba el techo, evitando mirarla a los

ojos—. El arrendamiento termina a finales de año y tendrán que desalojar el inmueble para los nuevos inquilinos.

Anne se quedó sin aliento.

—¡Señor Jameson! ¿Qué me está diciendo? —Anne, alzando la voz, perdió la compostura—. Es lo más ridículo que he oído y no puedo permitir que me lo diga. —¿Acaso tenían problemas económicos de los que ella no estaba al tanto? No podía ser cierto: aquellos últimos años, su padre había trabajado tanto que sus ausencias eran prácticamente constantes—. Tal vez pueda aceptar que, en un futuro, nos conviniera más una propiedad más pequeña, pero que nos expulsen así, con tanta desconsideración... —Un testigo imparcial, en aquellos momentos, quizá la tacharía de airoso, incluso de jactancioso, desde luego, pero, en su defensa, hay que decir que la habían educado para que se considerase a sí misma una mujer de cierto privilegio y que todavía tenía que aprender a comportarse como una mujer para nada privilegiada.

Respiró hondo, se serenó y trató de reconducir la conversación por los derroteros que tenía en mente.

—Hoy he venido a verle para preguntarle si ha conseguido comunicarse con mi padre, del que no sé nada desde el día después del funeral de mi madre. Es, como comprenderá, motivo de gran angustia —se le quebró la voz—. Temo que las cartas que él me escribe se estén extraviando, de algún modo, y si los negocios que lo retienen en Bruselas van retrasar su regreso, hemos de hablar de mi pensión anual y de la mejor manera de invertirla.

El señor Jameson alzó una mano, mirándola directamente a la cara:

—Le transmito las órdenes que he recibido —dijo ahora en tono firme—: se mudará usted en Navidad y, a partir de enero, recibirá una pensión anual de treinta y cinco libras.

Aquel desconcertante silencio se rompió con un grito de negación que surgió del fondo del cuarto, seguido, a su vez, del llanto de la joven.

—Treinta y cinco... —La fuerza de aquella suma insignificante la dejó indefensa—. Pero ¿pretende usted que me crea que mi propio padre —recalcó— se está desentendiendo de mí? ¡Señor Jameson! —Tanto confiaba en el cariño que le tenía su progenitor que aquella idea le parecía absurda—. ¿A qué está jugando usted? Cuando el señor Sharp se entere, tenga por seguro que se ofenderá muchísimo. Considérelo una amenaza: pienso escribirle y contárselo de inmediato.

Pero Jameson hablaba en serio: enarcó las cejas, espesas, y estiró el grueso labio inferior. Fue en aquel momento cuando se dio cuenta de que la vida cómoda de la que siempre había gozado se desmoronaba y se hacía añicos. Permanecieron sentados en silencio unos minutos, hasta que Anne se aclaró la garganta.

—Es de suponer que, como mínimo, me merezco una explicación. Me cuesta entender qué puede haber motivado un cambio de tal calibre... —enfaticó.

—Supone usted bien, pero, por desgracia, no estoy en posición de ofrecérsela. —Entonces, vaciló y deslizó un dedo, un dedo largo e hinchado como todos los demás, por el borde biselado de la mesa—. Mi cliente le pide cortésmente que haga memoria de las alternativas que, con anterioridad, ha rechazado usted con especial obstinación —recalcó la palabra, y, al sonreír, se asemejó más a un reptil que a un ser humano—. De hecho, yo mis... mismo sigo a su

disposición.

—Lo que hay que oír... —Provenían aquellas palabras del fondo de la sala; Agnes no había llegado a dominar nunca el arte de hablar en voz baja, pero Jameson no le hizo ni caso.

—Me gustaría aprovechar para recordarle que no me opongo del todo a la posibilidad de... —Aquí hizo una pausa, mirando por un instante a la indómita carabina, y, después, volvió a empezar—: Pese a que usted ya no se encuentra en lo que podríamos llamar la flor de la vida —enfaticó—, estoy, no obstante, dispuesto a pasarlo por alto... —Paró de nuevo; le dio la tos—. Quizá, señorita Sharp, quiera usted replantearse nuestra anterior...

¿Cómo se atrevía?

—¡No! —dijo Anne, presa de un enfado desmedido, aunque lo cierto era que la había provocado de forma descarada—. Discúlpeme —volvió a bajar la voz—, pero eso no es una opción. ¡Prefiero dar clase!

—En ese caso, no hay más que hablar.

Y, así, Anne se arrepintió *ipso facto* de sus palabras. ¡De ninguna de las maneras se convertiría en institutriz! Qué idea más absurda. Pero, por primera vez en su vida, olió, con su refinado sentido del olfato, la humareda punzante que exhala un peligro de verdad y, aunque permaneció completamente inmóvil, en la mente barajaba las opciones que tenía.

Tal vez podría..., pero ¡treinta y cinco libras al año! ¿Qué haría ella si su padre seguía comportándose de aquella forma tan extraña? Jamás se rebajaría a mendigarle a aquel malvado de Jameson, pero tampoco quería convertirse en un estorbo para sus amistades más queridas... Y es que había cosas, tenía que admitirlo, con las que se había encariñado más allá de toda lógica: los transportes, que tan cómodos eran, la comida de buena calidad que le llegaba al estómago, un techo seguro bajo el que cobijarse... ¡Ay, qué vergüenza! Qué vergüenza daba todo aquello. ¿Por qué era tan cruel su querido padre?

No obstante, tampoco era aquello un desastre absoluto, ya que, al fin y al cabo, no la habían dejado tirada del todo. Carecía de los recursos suficientes para construirse una vivienda propia, cierto, pero, por otro lado, no se moriría de hambre: parecía que la cifra la habían calculado al milímetro tanto para protegerla de posibles daños como para obligarla a que buscase un empleo... No podía tratarse sino de alguna argucia o de algún reto. ¡Sí! Debía de ser un reto, una prueba para que demostrara su valía. En ese caso, lo aceptaría; de ahí que, con aires ahora de negocios, anunciase:

—Estoy conforme.

Agnes soltó un gemido.

—Muy bien. —Jameson parecía satisfecho—. No solicitaré usted nada más; el caballero en cuestión considera que su oferta es de lo más generosa y usted no recibirá más que lo que su madre tenía. —Hurgó en la herida con gusto—. Por último, me gustaría decirle que la oferta de empleo la he encontrado yo por mi cuenta; mi cliente no ha tenido nada que ver.

—Igualmente, permítame a mí recordarle a usted, señor, que soy todo lo que queda de la familia de mi querido padre. —Anne se puso en pie—. No consigo entender qué es lo que ha provocado esta situación tan extraña, pero confío en que sea temporal. Mi padre cambiará de parecer, señor Jameson. Deberá cambiar, porque soy todo lo que tiene.

CAPÍTULO 3



LA PRIMERA mañana que pasó en Godmersham, se vistió con particular esmero: se aseó con un jabón sencillo —los perfumados no se veían con buenos ojos—, se cepilló los cabellos cincuenta veces y no las cien de siempre —tampoco convenía presentarse con el pelo reluciente— y ocultó el colorido tono castaño de su cabellera bajo la toca de trabajo. Llevaba un vestido de batista de un gris monótono que nunca la había favorecido mucho; probó a ponerse un delantal blanco por encima antes de contemplarse en el espejo.

Poco sabía de las cualidades que se esperaban de una institutriz hasta que se enteró de que debía convertirse en una de ellas. Cuando ya no hubo marcha atrás, cuando las lágrimas calientes que había derramado se secaron y aceptó su amargo destino, Agnes y ella se pusieron a investigar el asunto. Siendo una persona decidida, que no conocía el fracaso, una vez que se comprometía a hacer algo, se empeñaba en hacerlo bien. La mejor ayuda que recibieron resultó llegarle de *The Lady's Magazine* y otras revistas del estilo. Siempre había despreciado aquellas publicaciones periódicas para mujeres, en favor de tratados de política o novelas entretenidas, pues había asumido que eran escritos triviales, halagos para quienes vivían por y para el hogar y los hombres, pero, ahora, de repente, todo le indicaba que su mundo era aquel, de manera que los artículos sobre las penurias de la educación doméstica le enseñaron todo lo que sabía al respecto.

Agnes y ella las leyeron concienzudamente e hicieron listas de todos los puntos clave, entre los que se contaban, como no podía ser de otra manera, la elegancia y la buena educación, condiciones que sí cumplía. Igual importancia se daba al aspecto de la mujer: se veía con buenos ojos, tal y como descubrieron, a las institutrices aseadas y acicaladas, lo cual tampoco suponía un problema, puesto que la habían educado para que fuera una persona fina. No obstante, y aquello fue lo que inquietó a Agnes, las institutrices deberían optar en todo momento por la sencillez. Ni que decir tiene que tampoco debían presentarse desarregladas, para no asustar a las niñas —sería desafortunado—, pero se hacía hincapié de manera solemne en el siguiente aviso: meter a una mujer bonita en casa traía todo tipo de problemas. ¡Los hombres nunca estaban a salvo con una mujer así! Pobres criaturas indefensas —o sea, los hombres—; no tenían más remedio que resignarse a ir por el mal camino.

—¡Ay, Anny! —gimió Agnes—. No es buena señal, con lo bonita que eres. Te mandarán que empaketes tus cosas nada más llegar.

Ahora que se miraba en el espejo, le habría gustado saber si a su amiga le habría agradado o desagradado su nuevo aspecto; le parecía insípido. Estaba mucho más delgada que en sus tiempos felices, debido a los malos tragos que el pasado reciente le había traído. Como el vestido le quedaba grande, le colgaba y no le sentaba bien. En cuanto a los ojos, ahora miraban inexpresivos; en cuanto a la tez, lucía una palidez extrema. Sin embargo, seguía teniendo unos rasgos armónicos y simétricos; ojos grandes, nariz pequeña, labios que curvaba de manera grácil y con naturalidad. Poco podía hacer al respecto, pero, por lo menos, le habían salido arrugas en la frente y ya no tenía en la piel la suavidad de antaño ni los hoyuelos que tanta admiración habían cosechado en otro tiempo.

Desde luego, su edad era una ayuda más que un lastre; con treinta y un años, el más mínimo descuido desataba el caos, como si de un jardín cuidado que se pierde a la más mínima negligencia se tratara. No era casualidad que aquellos años se conociesen como «los años del gran peligro».

Colocó la cabeza en distintos ángulos y giró el esbelto cuerpo que tenía de un lado a otro para admirar su nuevo ser. Su antigua belleza no le había traído sino desgracias, por lo que no lamentaba haberla perdido; de hecho, era motivo de regocijo, pues veía reflejada en el espejo a una candidata sin mácula. Ninguna niña pequeña se pondría a gritar y ningún adulto se vería tentado a tomar el camino de la perdición. Con gran deleite veía que se había vuelto prácticamente invisible y, confiada, bajó las escaleras.

Así las cosas, al llegar al recibidor, aquella determinación flaqueó. ¿Tras cuál de todas aquellas grandes puertas se encontraba el salón? No había forma de saberlo y no sería de recibo escoger una al azar y abrirla. ¿Y si importunaba al señor o veía algo que no debía?

Al fin llegó una mujer que intuyó que sería el ama de llaves, la señora Salkeld; Anne le sonrió, se presentó y, con una modesta sonrisita, le expuso el aprieto en el que se encontraba. La mujer resultó ser tan afable como los sirvientes o lo que es lo mismo: nada afable. No le devolvió la sonrisa; de hecho, la expresión de su rostro permaneció impasible y el único movimiento que percibió fue el del gato que maullaba lastimero a sus pies, pegándose a sus faldas y, luego, erizando el pelaje y encorvándose como muestra de hostilidad hacia ella.

La señora Salkeld, al parecer contenta de que hubiesen puesto en su sitio a la recién llegada, señaló la estancia más próxima a la puerta principal. Anne llamó, entró y comenzó la entrevista.

—Entiendo que este es su primer empleo, señorita Sharp. ¿Puedo preguntarle por qué se ha puesto a buscar trabajo ahora? —Como era domingo, el vestido de mañana de la señora Austen era de un sobrio color burdeos.

—Sí, faltaría más. Perdí a mi madre la primavera pasada. —Por el modo en el que la señora inclinó la cabeza, dedujo que la mujer quería saber más—. Murió de tuberculosis, por desgracia. Es una enfermedad terrible. Convivió con ella bastante bien durante varios años y teníamos la esperanza de que así siguiesen las cosas, pero empeoró de repente. —¿Aún quería más? Aquella fascinación generalizada por la enfermedad y la muerte no dejaba de sorprenderla, aunque no le importase darle todos los detalles—. El final, cuando llegó, fue misericordioso, pero su muerte ha trastocado mi situación.

—Cuánto lo siento. Me han dicho que procede usted de unos círculos impecablemente

respetables. Tiene lazos con la Iglesia, si no me equivoco.

Estaba desconcertada. ¿Cómo había llegado la señora Austen a tal conclusión? Desde luego, habían vivido cerca de una iglesia, cuyo chapitel veía por la ventana de su cuarto, pero, que ella supiese, ni su madre ni ella habían puesto jamás un pie dentro.

—Mi madre era una mujer excelente —dijo con cierta vaguedad.

—¿Y su padre?

Era una pregunta innecesaria que la señora de Godmersham tendría que haberse ahorrado, pues detrás de toda institutriz acomodada había un hombre ausente, ya fuera porque estuviese muerto, porque fuera cruel o, simple y llanamente, porque fuera un inútil. De no ser porque algún que otro caballero pasaba su deber por alto como si nada, no habría mujeres que se dedicasen a educar a las hijas de familias acomodadas.

Rehuyendo la mirada de su empleadora, habló con la vista fija en el regazo:

—Me temo que nunca he llegado a conocerlo de verdad. —Y, al decirlo, comprendió que aquellas palabras no eran del todo erróneas.

—Entiendo. —La señora Austen parecía hallar consuelo en la su penosa situación: la institutriz ideal debía tener el menor número de relaciones posible—. Vayamos al grano: antes de nada, he de decirle que me preocupo personalmente por la educación de todos mis hijos, tanto de los niños como de las niñas. Ahora bien, todos mis hijos se han ido o pronto se irán al colegio, por lo que mi querida Fanny será su única alumna.

Era justo lo que sospechaba. Respiró hondo.

—De ser posible, señora, me gustaría reafirmar mi compromiso con este empleo. —Aquello pareció satisfacer a la mujer—. Pese a que no esperaba verme envuelta en estas circunstancias y ya que me he visto obligada, en cierto modo, por el destino, tenga por seguro que me he hecho a la idea con sincero entusiasmo. Es más, hasta diría que con pasión —subrayó.

Puede que aquella última palabra, tan potente, pareciese frívola y fuera de lugar en aquella entrevista. Efectivamente, la señora Austen se estremeció, pero Anne no se retrajo. Ella era una criatura dotada de la más pasional de las naturalezas, sin más, y se entregaba siempre a emociones intensas; si amaba, amaba sin límite, cosa que en el pasado ya le había causado tragedias y algún que otro conflicto. Aceptaba de buen grado que, algún día, eso pudiera traerle la ruina, y no tenía pensado cambiar aquella faceta suya ni entendía qué sentido tenía la vida en este mundo sin el éxtasis o el misterio o el sentimiento sincero. La insensibilidad, en su ideario, solo era propia de los muertos.

—La enseñanza, ahora lo veo, es el más deleitoso de los horizontes y, por lo que advertí ayer en mi encuentro con Fanny, voy a tener la suerte de trabajar con un intelecto despierto. ¡Instruir la mente joven, hacer que crezca y florezca...! ¿Hay mayor privilegio...? —Se calló; se había pasado de la raya y ahora su interlocutora parecía estar tremendamente inquieta.

—¡Señorita Sharp! —La señora Austen enarcaba las cejas y esbozaba una sonrisa abrupta y quebradiza—. De ninguna de las maneras ha venido usted aquí para hacer de mi hija una intelectual —recalcó la palabra.

—Oh, pues claro... —Pero a Anne no se le ocurría nada más fino que decir.

—Un conocimiento general de los mejores temas de conversación... Una noción aceptable de

francés... Porque domina usted ese idioma, entiendo. Bueno, algo es algo. La mente de Fanny ha de desarrollarse de tal forma que pueda demostrar con firmeza que conoce cualquiera de los temas que puedan surgir cuando esté en sociedad. Algún día, también tendrá que supervisar la educación de su propia familia con confianza. Las aptitudes musicales son de recibo... y la etiqueta, la postura y las clases de danza le darán el toque final. —Aquí, la señora Austen echó a reír grácilmente—. ¡Tenga en cuenta que ningún hombre desea desposarse con una «profesora»! —subrayó la última palabra.

—Pero... —¿Cómo, quería preguntar Anne, habría de perjudicar el futuro de Fanny una educación exhaustiva? ¿Y si sus planes se torcían? En ese caso, la niña precisaría de toda la independencia de pensamiento que le permitiese el intelecto. Sin embargo, no dijo nada y se limitó a hundirse en el asiento—. Claro, entiendo a la perfección qué es lo que se me exige.

La conversación se centró en cuestiones más mundanas: Anne recibiría treinta y cinco libras al año. ¡A vueltas con aquella cifra! Parecía ser la cuantía universal de su valía. Las dietas iban incluidas, no así el lavado de ropa, que ella misma tendría que consensuar con la lavandera. El coste de los materiales para las clases lo cubriría la familia, aunque la tinta, el papel, los libros y demás objetos para su uso personal los pagaría ella de su bolsillo. Comería siempre en el aula, aunque, en ciertas ocasiones, cabría la remota posibilidad de que la invitasen a que se uniera a la familia en el piso inferior, ocasiones que, por otro lado, no parecía que fuesen a ser frecuentes. Las clases comenzarían por la mañana.

Anne sonrió a modo de aquiescencia e hizo ademán de levantarse del asiento, pero la señora Austen aún no había terminado.

De ella se esperaba, asimismo, que estuviese disponible para cuidar de los niños o de los bebés cuando fuera necesario, todos los días de la semana. No tendría horas libres fijas, aunque, cuando no precisasen de sus servicios, podría hacer uso de los jardines y del ático libremente. La señora Austen tenía la esperanza de que, en todo momento, los tratara con alegría y buen humor. Luego, concluyó:

—No cabe duda, señorita Sharp, de que hoy sigue usted cansada por el viaje, por lo que no esperamos que venga con nosotros a los oficios. Rece sus oraciones en su cuarto; después, Fanny le mostrará la finca.

Entonces, la señora Austen se levantó y sonrió y Anne la imitó; las dos se sentían igual de aliviadas tras haber terminado. Como era la primera vez que Anne se encontraba en tal situación, naturalmente, le había resultado embarazoso, pero tenía la sensación de que su señora estaba igual, pues, sin importar la frecuencia con la que una lidie con el personal —sin importar la diligencia con la que una se prepare para ello—, siempre resulta una tarea incómoda.

—Solo me queda desearle que sea feliz con nosotros, señorita Sharp. —Con aquello habría sido suficiente, pero la señora Austen era, por naturaleza, una mujer muy amable, y aunque se había esforzado sobremanera por reprimirla, aquella amabilidad espontánea se abrió paso—: Considérese parte de la familia.

CAPÍTULO 4



—¿LE GUSTA, señorita Sharp? Nosotros creemos que no hay lugar como este en todo el ancho mundo.

Fanny y Anne se habían parado juntas en el sendero, de espaldas al parque y con la mirada fija en la mansión, alta y ancha. Como había llegado de noche, aquella era la primera vez que la veía a plena luz del día.

—Es encantadora, claro está, y me parece nueva en gran parte, ¿me equivoco? —Pues sí, daba la impresión de que los pabellones que se extendían a ambos lados (como gráciles brazos) se habían añadido hacía poco, lo que la consolaba, pues parecía indicar que la bonanza social y financiera de la familia iba *in crescendo*, y, como había de trabajar para ellos, mejor que no se estuviese yendo a pique.

—La parte central es la construcción original.

Anne estudió la fachada, alta, sólida, de ladrillo rojo, que le pareció hermosa, y le gustó la cantidad de ventanas, muy altas, revestidas con bajorrelieves de piedra blanca, pero no podía quedarse inmóvil, embelesada, por más tiempo. ¿Siempre hacía tanto frío fuera? Se arrebujó en la capa y caminaron por la parte delantera, enfrentándose de lleno a un viento mordaz dispuesto a morderlas.

Miró de soslayo por la capucha hacia el panorama que tenía a la derecha y, aunque no era experta en haciendas de campo —no había pasado nunca de Chelsea—, incluso ella entendía que Godmersham Park era de las refinadas. Algo había en aquella entereza que transmitía la mansión, en la forma en la que se extendía, se alzaba y se cernía sobre todo el paisaje, que evidenciaba que la finca era consciente de su propia excelencia, y con mucho gusto le daría el visto bueno y volvería a sus libros y a su chimenea, tal vez para no volver afuera hasta la primavera, pero su alumna se empecinaba en que debía mostrárselo absolutamente todo.

En primer lugar, decretó Fanny, debían apreciar el jardín que daba a la cocina. Anne la seguía con resignación, sin intención alguna de fingir interés por el proceso de crecimiento de, digamos, los nabos —lo único que le interesaba era que aquellos mismos nabos llegasen perfectamente cocinados a su plato—, pero, como no tardaría en descubrir, la gente de campo de verdad era diferente, incluidos los caballeros adinerados como el señor Edward Austen, pues tanto sus vidas como sus calendarios los definían los cultivos. Habían enraizado en la tierra, al igual que sus

verduras, con un pie metido en todo momento en los huertos.

En suma, se había instalado en un planeta alienígena, entre gentes con modales bastante alienígenas, pero estaba dando lo mejor de sí, con afectado entusiasmo —«¡ay, sí, qué maravilla!», «fascinante, sin duda»—, cuando, de repente, aquella alienación se llevó al extremo y ella frenó en seco, alarmada.

—¡Fanny! ¡Por el amor de Dios! —Pese a que seguían en el sendero, a poca distancia de la mansión y del hogar, una ingente manada de ciervos estaba a punto de echárseles encima—. ¿No deberíamos correr?

—¡Pobre señorita Sharp! —Fanny reía—. No tenga miedo.

No eran las ciervas las que la habían inquietado —había captado al momento que eran criaturas dulces y pacíficas—, pero, entre ellas, cargando el ambiente con su propia presencia, había un macho enorme, de larga cornamenta, que las observaba sin ocultar para nada su aire amenazador, regocijándose en su tamaño y fuerza superior. Bufó amenazante, ¿o acaso anticipaba su triunfo? Era del todo consciente de que, de librarse una batalla entre ellos, él tenía todas las de ganar.

—Aquí está usted a salvo. Hay una zanja, pero es muy discreta. ¿Ve que hay un desnivel entre nosotras y los ciervos? Papá dice que una cerca taparía las vistas y que, así, nos integramos mejor con la naturaleza.

Anne adoptó la postura relajada de quien —¡claramente...!— concebía la naturaleza como una amiga, no como una enemiga a muerte.

—Ah, sí, cierto. —Antes de escabullirse por el portal que había en el muro del jardín, se dio un momento para recobrar la compostura—. Dime, Fanny, ¿has vivido aquí toda tu corta vida? ¿Has nacido aquí?

—Nos mudamos hace seis años, cuando papá heredó la casa y la finca. —Habían cruzado una zona de prado y ahora se hallaban a cubierto en el recinto de un jardín debidamente rodeado por un muro. Fanny señaló las hileras de tocones de color marrón—. Estos son los rosales de mamá. —El gato del ama de llaves se asomó por los parterres y entrecerró aquellos ojos amarillos suyos tan groseros.

—Entonces, ¿tu padre recibió la herencia del suyo tras su muerte? —Las personas, las familias, le resultaban más interesantes que las plantas que estaban fuera de temporada.

—¡Ay, no! Mi abuelo paterno es un rector jubilado de Hampshire. A papá lo adoptaron, por así decirlo, los Knight, que no tenían hijos, ¿entiende usted?, así que, prácticamente, pidieron prestado a mi padre y la señora Knight le cedió todo esto tras la defunción de su esposo. Todos la tenemos en un pedestal, ya ve.

Lo cual era comprensible, pensó Anne; sería una grosería que no fuese así tras recibir tal generosidad.

—Es parte de la familia, que es, como no tardará en descubrir, señorita Sharp, muy, pero que muy grande —prosiguió Fanny alegremente. Estaban rodeadas, como le había prometido, de los famosos nabos, que le parecieron tan cautivadores como esperaba—. Mamá, ni más ni menos, ¡es una de doce hermanos! Y todos viven aquí, en Kent, por lo que nos vemos muy a menudo. Por desgracia, vemos menos a los Austen, aunque también son unos cuantos: cinco tíos, dos tías

y dos abuelos, y de todos ellos es mi tío Henry quien nos visita más a menudo, para gran deleite nuestro. No tengo duda alguna de que vendrá a vernos pronto, y, entonces, señorita Sharp, ¡también usted tendrá el placer de conocerlo! —Sonrió, como cuando una mecenas hace una importante obra de caridad.

Habían llegado a los establos, los cuales, al parecer, eran dignos de un *tour* completo que, al ser un requisito indispensable presentar personalmente a cada bestia habida y por haber, parecía que no iba a terminar nunca. Como no podía ser de otra manera, hubo particular conmoción, con una zanahoria y caricias de por medio, cuando llegaron al poni de Fanny. Al inspeccionar los compartimentos de los establos, Anne se fijó en que todos ellos eran más espaciosos que la media de las viviendas londinenses para los pobres. El carruaje y la silla de la familia, en los que había llegado ella hasta la casa desde la parada de la diligencia la tarde anterior, eran modernos e imponentes. Los caballos resplandecían, gracias a su buena salud, al igual que los vehículos, gracias a la limpieza que recibían: todo estaba reluciente. A Anne la había impresionado lo que había visto, hasta el momento, de la mansión, pero el lujo de aquellos aposentos la dejó anonadada.

Al fin, salieron por los elegantes jardines hacia la zona oriental de la casa.

—¿Y usted, señorita Sharp? —Volvían a cruzar una zona prado que, a causa del frío, se había endurecido, como el cristal—. Hábleme de su familia, si es que no es una impertinencia.

Toda la hacienda se extendía ante ellas desde aquí; todos los motivos de aquel paisaje pastoril reunidos en un solo encuadre.

—Estoy aquí para instruirte, Fanny, y avivar tus intereses —respondió Anne, con la mirada fija en las vistas—. Por favor, no reprimas nunca la curiosidad cuando estés conmigo: una mente intrigada es una mente dispuesta a crecer.

Veía colinas, tanto al norte como al sur, salpicadas de sotos: en una se alzaba con soberbia un pequeño asiento gótico, en tanto que la otra la adornaba... ¿Era un templo o acaso una ilusión óptica? No estaba segura, pero parecía, ciertamente, el tipo de construcción que, en un momento de asueto, alguien con más ingresos que gastos mandaría levantar. Sobresalía la torre de una iglesia normanda por un alargado muro de ladrillo y se veía una hilera de casitas pintorescas, en las que se alojaban, sin duda alguna, los pobres, no tan pintorescos, así como un pequeño río, atravesado por un puente de piedra peraltado. En general, se asemejaba mucho a una de aquellas acuarelas pintadas por aficionados que había visto de pasada y desestimado en la exposición de verano de la Royal Academy.

—Pero tú y yo somos bien distintas —empezaba a fallarle la voz—, pues ahora estoy sola en este mundo, sin contar a Agnes, claro está. —De pronto, aquel contraste entre ellas la desasosegó, porque ¡ay!, menudo contraste que había entre su vida, insignificante y solitaria, y la de aquella ingente tribu de los Austen—. Yo no tengo hermanos, no tengo padres. Ni siquiera parientes, al menos que yo sepa.

Y, en cuanto al patriarca de los Austen... ¿Era el hijo de un párroco que se había convertido en el señor de todas aquellas propiedades? El señor Edward Austen era todo un protagonista de cuento de hadas, e inevitablemente tuvo la sensación de que ambos habían emprendido el mismo viaje, pero en direcciones opuestas.

—¡Ay, querida! —Extendió una mano. Sí, se había puesto a llover.

CAPÍTULO 5



—**YO TENÍA** once o doce años —el señor Austen hablaba largo y tendido sentado a la cabecera de la mesa—. Y ahí fue cuando llegaron a nuestra rectoría los recién casados Knight. Ahora bien —el tono era el propio de una conversación, pero el contenido se prestaba más a un monólogo—, por qué se fijaron en mí, de entre toda mi familia, es una cuestión que nunca entenderé del todo...

—Yo creo que fue por tu gallardía innata, papá —le recordó Fanny cariñosamente.

—Ay —objetó el señor Austen, con gran modestia—, no sé qué decir.

—¡Que sí, papá! —La niña se contoneaba en el asiento, contentísima de ayudar a un adulto que ella consideraba superior a hacer memoria—. De verdad, tú mismo me lo has dicho muchas veces.

—Eh..., bueno. —El hombre se había incomodado momentáneamente, y su esposa le sonreía al plato de sopa—. En fin, como iba diciendo...

Era aquella la velada de su primer día de trabajo y ya estaba sentada a la mesa con la familia, con motivo del decimotercer cumpleaños de Fanny. No era un gran festejo: tan solo estaban presentes los padres, los cuatro hijos mayores y una tía que vivía en las inmediaciones y, por el momento, el entretenimiento parecían proporcionarlo las anécdotas del señor Austen, que todos ellos conocían de sobra.

—Y, en un increíble giro de los acontecimientos, me llevaron consigo.

Fanny se volvió hacia Anne y le susurró:

—Nos hace gracia que se llevasen a un niño pequeño a su luna de miel.

También a ella le pareció extraño, pero tuvo cuidado de que no se reflejase en su reacción; no dudaba que la señora Austen consideraba que el privilegio de cenar con la familia se le había otorgado mucho antes de lo conveniente, algo evidente a juzgar por las miradas ansiosas que le estaban llegando, unas miradas que calibraban sus modales y estudiaban su comportamiento. Su señora habría preferido que hubiese tenido que soportar, al menos, unas cuantas semanas de soledad, cenando en su cuarto y haciéndose a la hondura de la brecha existente entre ella y la familia, pero había sido el deseo expreso de Fanny invitar a su nueva institutriz.

—Fue pasados unos años cuando los queridos Knight volvieron con la idea de adoptarme formalmente. Al no haber sido bendecidos, por desgracia, con descendencia propia, solicitaron a

mis queridos padres que me dejasen ir con ellos. Evidentemente, mi padre estaba horrorizado...

—«¿Qué hay de la formación del niño?» —prosiguió uno de los hijos de memoria.

—«¿Y del latín?» —intervino otro.

Anne notó que el señor Austen se lamentaba de que le hubiesen arruinado la historia.

—Eso dijeron, más o menos. —Volvió a tomar las riendas del relato—. Pero mi madre, más pragmática ella...

—Dijo: «Creo, querido, ¡que deberíamos dejar que el niño se marchara!» —recitó Fanny, triunfante.

—Y cómo se lo agradecemos —interrumpió la señora Austen; una torpe maniobra, típica de una esposa, para mostrarse encantada con la anécdota y, a la vez, cambiar de tema—. A ver, Fanny, ¿a qué quieres jugar después de la cena?

Y, mientras barajaban los juegos que elegir, Anne examinó la figura fascinante de Edward Austen, de aquel joven protagonista sacado de un cuento de hadas que se había convertido en un adulto así de próspero. Parecía que el caballero se comportaba con gran afabilidad, desde luego, y que el carisma que tenía no era ni mucho menos algo que se pudiera desestimar, aunque aquello no era sino un mero apunte suyo. Él, de hecho, no se había dirigido a ella más allá de las presentaciones de cortesía correspondientes, pero sí parecía solícito con su esposa, cariñoso con sus hijos, radiante con aquella felicidad que le proporcionaba su extraordinaria fortuna. Aquella satisfacción con su propio sino no venía acompañada de arrogancia alguna, sino únicamente de una sencillez pueril, que, por otro lado, no era nada envidiable.

No obstante, no era un hombre que cediese a las maniobras de su esposa: en cuanto se acordó jugar a las charadas, la conversación, una vez más, desembocó en otra anécdota.

—La marmota es, efectivamente, un animal que se puede encontrar en esas montañas —ahora compartía el señor Austen los hitos de su *Grand Tour*—. He tenido ocasión de ver un ejemplar antes de que lo despellejasen y, que conste, no me pareció nada interesante. —Un niño pequeño (quizá fuera George) se puso, presa del aburrimiento, a darle patadas a la mesa—. Un espécimen de lo más desagradable, en nada parecido a nuestros mamíferos nativos, que, en general, parecen ser superiores. Además, la marmota tampoco supone beneficio alguno para las prácticas agrícolas más extendidas en la región.

Anne se sintió desencantada al descubrir que Edward Austen era otro beneficiario del *Grand Tour*, costumbre que no contaba con su aprobación. Si bien el propósito expreso de tal gira era mejorar el carácter del viajero y ampliar la mente, todavía no conocía a ningún joven que se hubiese vuelto más interesante con aquella experiencia. A su modo de ver, el único beneficio de verdad de ese viaje —para el individuo en cuestión, su sexo y sus allegados— era la interminable serie de temas de conversación con la que contaría al volver, lo que, como consecuencia, lo convertiría en el rey de todas las comidas y cenas para el resto de sus días.

El pataleo se volvía más sonoro; el niño estaba cada vez más inquieto. Ojalá los padres lo reprendiesen, pero, en contra de lo que esperaba, la madre, con aquel sosiego y aquella gracia de siempre, dedicó una mirada suplicante al pequeño pateador obstinado, al tiempo que el padre proseguía con su perorata.

—A pesar de lo anterior, tal y como aprendí en mi dilatada estancia en los Alpes, la marmota

sí que posee una ventaja digna de mención, que es...

—¡Querido Edward! —terció la joven tía de Fanny, la señorita Harriot Bridges—. Sabes bien que me fascinas hasta límites insospechados y que ardo en deseos de saber más, en particular sobre nuestros mamíferos autóctonos. ¡Qué cautivador! —Se estremeció de la emoción—. Pero me pregunto si a los niños les interesa aprender más sobre la agricultura, sea de la región que sea, o sobre todas esas —agitando una de sus bonitas manos— otras cosas.

Menuda objeción fascinante, pensó Anne; el señor Austen se quedó estupefacto.

—¿De la marmota? —Miró a su familia, exigiendo que lo defendieran—. ¿No queréis que siga hablando de la marmota? —Estaba atónito—. Y eso que no he terminado de...

—¡Fanny me prometió que me compraría una pelota de críquet! —intervino uno de los niños.

—No fue una promesa exactamente —repuso Fanny.

Y la marmota cayó en el olvido.



Tras la cena, la familia se desplazaba a la biblioteca, aunque a ella no le habían dicho si debía o no unirse a ellos. Y dado que no había recibido ninguna indicación al respecto, volvió a encontrarse vacilando en el recibidor, sin tener claro si debería seguir a los demás o limitarse a desaparecer. No obstante, la tía, fascinante y audaz, acudió en su ayuda.

—Haga el favor de venir con nosotros, señorita Sharp. —La señorita Harriot Bridges era la hermana pequeña de la señora Austen, una mujer joven, agraciada, de unos veinte años, que esbozó una sonrisa cariñosa mientras le hablaba, con un hoyuelo, y la guio hacia la biblioteca. Era una chica rolliza y de baja estatura y llevaba un vestido de muselina, elegante y de una tonalidad pálida, que destacaba el color lechoso de su piel—. Es un placer ver una cara nueva en Godmersham, aquí no dejan de llegar más y más bebés. He de confesar que prefiero la compañía de quienes tienen dientes y cierto dominio de la lengua.

—Oh, vaya —aquellas eran las primeras palabras que decía desde hacía varias horas. Tenía la voz debilitada y la confianza, minada. Allí, junto a aquella joven tan llena de vida, que era además una chica de primera, sintió de repente que le sobraba estatura, esbeltez y palidez. Se aclaró la garganta—. Mucho me temo, señorita Bridges, que poco tengo yo que aportar.

—A otro perro con ese hueso —respondió Harriot—: me queda claro que usted es una mujer que guarda secretos. Acomodémonos junto a la chimenea; no pienso rendirme hasta que la haga hablar.

Si en Godmersham todas las habitaciones destilaban refinamiento, la biblioteca, revestida con paneles, era, con creces, la más refinada. Era larga como un salón de baile, tenía dos chimeneas encendidas, una mesa enorme en el centro en la que extender papeles y estanterías por todas partes, y bien surtidas de libros. Le daban ganas de acercarse a ellas y echar un vistazo a los lomos para comprobar de qué trataban los libros pero ¿podría hacerlo? ¿O que lo hiciera levantaría sospechas de apego desmedido por lo intelectual? Antes de que pudiera decidirse, Harriot la arrojó a las profundidades del diván.

—Venga —comenzó—, dígamelo ya, señorita Sharp: ¿qué diantres hace usted aquí?

—¡Cómo! Pues enseñar a Fanny, claro está —respondió, colocando las piernas, largas, con el mayor decoro posible—. Intuyo que la señora Austen no ha querido enviarla al colegio.

—Ya, ya —dijo su interlocutora, sin hacer caso de sus palabras—, pero tengo que decirle —bajó la voz— que sí me parece poco sincero por parte de mi hermana. Por supuesto, estoy al tanto de que lo de tener institutriz está de moda; me he enterado de que en Eastwell tienen una, y no hay duda de que mi hermana lo entendió como una provocación. ¿Por casualidad conoce usted a la dama en cuestión? Las imagino a todas ustedes como una alegre banda que vuela hacia las mejores casas, que comparte sus historias, que toma notas de lo sucedido. ¿Es así?

Anne desechó aquella noción, aunque, sin poder evitarlo, le arrancó una sonrisa.

—Nosotras sí que hemos ido al colegio, a fin de cuentas (mi hermana y yo), y parece que hemos vuelto sin un rasguño. Desde luego, ni nuestros modales ni nuestros logros han producido comentarios adversos. —La joven le dedicó una sonrisa descarada—. Y la pobre Fanny necesita amigas de su edad. Yo la veo algo desganada, con esos padres lisonjeros que tiene y este enjambre de pequeños salvajes. —Volvió a bajar la voz—. Corre el riesgo de convertirse en la niña mimada de mamá, y eso que urgí a mi hermana a que no tardase en darle una hermanita, pero ¿me hizo caso?

En el otro extremo de la estancia, habían comenzado a jugar a las charadas. Ojalá la invitasen a participar. Pero no, Harriot se había puesto cómoda entre los cojines.

—Bueno, ¿qué hace aquí concretamente? Eso es lo que quiero saber yo. Ninguna mujer elige este empleo si no le hace falta, al fin y al cabo. He leído una buena cantidad de novelas, señorita Sharp, y lo sé todo de las alocadas aventuras de las institutrices de buen ver como usted.

—¿De verdad? —Por mucho que lo intentase, no recordaba haber leído ninguna novela con un personaje de tales características. Estaba claro: la señorita Harriot Bridges y ella tenían gustos muy dispares.

—¡Sí! Está usted huyendo de algo. —Su interlocutora la miraba, reflexionando—. Usted no es para nada como me esperaba. Mire que me había concienciado para conocer a la fealdad en persona, señorita Sharp, pero, a decir verdad, usted es bastante bonita, y más bonita debió de ser cuando tenía mi edad y estaba en la flor de la vida, por así decirlo. Tiene un carisma especial que todavía tengo que descubrir. —Entonces, se le iluminaron los ojos—. Pero ¿será que no huye, sino que se encamina hacia algo? ¡Sí! —Aplaudió—. ¡Justo! ¡No me cabe la menor duda de que lo próximo que sepa de usted será que se ha fugado del modo más escandaloso!

A pesar de que le dijera todo aquello, Anne no pudo sino formarse una buena opinión de la señorita Harriot Bridges en aquel primer encuentro, ya que, cuando menos, se había animado a charlar con la institutriz. Era consciente de que no debía esperar tal grado de consideración por parte de las personas de la clase a la que pertenecía Harriot. Además, la joven tenía un ánimo que atribuyó de inmediato a su condición de soltera. Puede que hubiera un tiempo en que la señora Austen tuviera esas mismas cualidades, pero ahora que su vida había seguido la secuencia matrimonio, cuidado de la hacienda, un parto, otro parto, otro parto... le parecía que la comodidad de su vida la había vuelto un poco insulsa.

No tenía duda alguna: al final, Harriot acabaría como su hermana. Sin embargo, de momento, estaba en la mejor situación: soltera, no tenía que someterse a ningún marido; además, no tenía

una vida reducida al papel de esposa ni estaba marcada por la preocupación o la desilusión. Parecía que disfrutaba del estatus, de la riqueza y de la belleza tradicional del resto de la familia y no había motivos para dudar de que, algún día, sentaría la cabeza, pero, de momento, podía ser ella misma y disfrutarlo.

La señora Austen se había sentado al piano, los niños bailaban y el ambiente de fiesta era tal que la joven Harriot no pudo contenerse más: abandonó a la sombría institutriz y se olvidó de sus secretos. Así, se quedó sola, sentada de manera cortés y serena, como si no le picaran los pies por las ganas de bailar, ni tuviera ganas de cantar ni el espíritu tentado a elevarse con el jolgorio de la velada.

Luego, se levantó, hizo una breve reverencia en dirección a sus superiores y, en silencio, se retiró.



Al regresar a su habitación, le costó centrarse en el trabajo. Antes de su llegada, se había encomendado la tarea de mejorar sus conocimientos de griego antiguo, con la intención de llevar su relación con Esquilo a un plano más elevado e íntimo, y, pese a que, desde luego, sí tenía tiempo para ello —de hecho, con todas aquellas horas que tenía por delante para disfrutar de las libertades del ático, podría ponerse a estudiar idiomas, tanto antiguos como modernos—, le faltaba motivación. Los textos siguieron en las estanterías mientras mentalmente digería los acontecimientos de la velada.

Ya le habían presentado a todos los Austen, pero —aparte de los niños, que ella veía como un conglomerado uniforme y masculino—, hasta entonces, los había visto por separado, y aquella velada fue la primera oportunidad que tuvo para examinarlos como colectivo. Durante treinta años, había formado parte de una familia pequeña e inconstante. Era algo que le había parecido siempre la cima de la felicidad; hasta que esa familia se hundió. Tal catástrofe la había llevado a tener a ciertos prejuicios contra aquellas familias que, como la de los Austen, eran constantes, grandes y tradicionales. Que los padres estuvieran juntos y que tuvieran tantos hijos no podía servir sino para que la experiencia fuera peor; sin embargo, tras conocerlos, tenía que admitir que aquello la había sorprendido gratamente.

Ya no tenía que preocuparse de que Fanny fuera a ser una consentida, pues la celebración de su cumpleaños no había pecado de fastuosa: el regalo de su madre había sido una bonita caja de sándalo para almacenar palillos que, pese a ser claramente un obsequio absurdo, no podía calificarse de disparate, teniendo en cuenta lo ricos que eran. Todos habían disfrutado de un *syllabub*, un postre a base de crema, azúcar y vino, pero, por lo demás, la cena, que estaba buena, no era nada del otro mundo. Además, a su mesa no se había sentado una miríada de invitados ni parásitos.

En la quietud del ático de aquella gran casa, reflexionó acerca de los cumpleaños de los que había disfrutado en la niñez: en claro contraste con los de Fanny, los suyos habían sido de lo más extravagantes. De haber sido bendecidos con más hijos, quizá el amor que le profesaban sus padres habría evolucionado a aquel afecto más racional que, con el tiempo, siente la mayoría de

los padres, pero, como no fue así y siendo ella el único centro de atención, su madre, en particular, había acabado sintiendo pasión por su única hija. El día de su nacimiento su llegada les pareció a todos como un milagro y la celebración de su cumpleaños cada año se parecía al festivo de uno de los santos más notorios. Ella no había pedido ni necesitado tanta atención, pero sí era verdad que las fiestas le gustaban y que las suyas eran las mejores.

CAPÍTULO 6



POR SU decimotercer cumpleaños, su madre encargó un vestido diseñado para una moza mucho más madura. Era evidente que había sido caro; tenía volantes en abundancia y un escote muy abierto. Le rizaron el pelo con papelillos por vez primera, lo que hizo que se sintiera bastante ridícula, pero, al haber sido conocida por su belleza en su juventud —como siempre recordaba en cuanto se le presentaba la más mínima oportunidad, abundando en los detalles—, Margaret Sharp valoraba el aspecto de su hija más que cualquier otra virtud y, al verla emperifollada para la velada, rompió a llorar, como de costumbre.

—¡Ay, amor mío! Estás para que te hagan un retrato. —Su madre recorrió rápidamente la habitación y le tomó la cara entre las manos—. Perdona, soy una tonta. —Conmocionada, sacó un pañuelo y con él se toqueteó los ojos—. Es que me recuerdas mucho a... Yo llevaba puesto un traje de un tono similar y el mismísimo lord Norton me dijo que nunca había visto una... Ay, pero qué más da. Mis días de gloria, por desgracia, se han... Tú eres nuestro futuro.

Agnes, junto a la mesa, arreglaba las flores, cada vez más irritada.

—La belleza —empezó a decir, metiendo violentamente un clavel en el florero— está en el interior.

—No es muy cómodo. —Anne se contoneó y trató de subirse el vestido para taparse el pecho—. No parezco yo. —A decir verdad, lo detestaba, no le gustaba nada parecer un maniquí, fingir aquella feminidad.

—Deja de retorcerte de esa forma, Anny. —Su madre alisó la seda y le dio una palmadita en el cabello—. Y, por favor, guarda la compostura, mi amor. —Le manoseó los hombros con decisión—. Para alcanzar el éxito, tienes que parecer un asta todo el rato. ¡Enderézate! ¡Como un asta! Así. Qué ganas tengo de que te vea papá. —Miró de reojo el reloj que había en la repisa de la chimenea y se le iluminaron los ojos de pura emoción—. Estará al caer. Me tengo que vestir antes de que llegue. Me ha salido una fuerte competidora, ¿eh, Agnes?

—Yo me voy a la cocina —dijo la aludida, que salió renqueante del cuarto.

Cenaron temprano; era la costumbre en ocasiones especiales como aquella, ya que les dejaba libre la velada para pasar un buen rato en casa antes de partir al teatro Drury Lane, el último y mejor divertimento del día. Se reunieron los mismos invitados que solían coincidir todos los años: las cuatro chicas de la familia Mercer, con quien Anne compartía clase, y, por primera vez,

decidieron que el amigo íntimo de su padre, el señor Jameson, también se les uniría, aunque no lo habían consultado con Anne. Como siempre, cenaron bien.

—El mejor pastel que he probado en toda mi vida —anunció su padre al término de la cena—. Estas últimas semanas, he ido de mesa en mesa, y todo me ha sabido a nada. Es un placer volver a la tuya, mi dulce amor.

Los pormenores de las actividades profesionales del señor Sharp eran todo un misterio para su hija, aunque no le importaba no saber más, pues ya tenía otras cosas que le interesaban para ocupar todas las horas que tenía el día. Todo lo que sabía era que, a causa de aquellos «negocios», las ausencias de su padre eran prácticamente constantes. Se dejaba la piel en el trabajo, aunque su madre y ella solo anhelasen su compañía, pero sí que tenía su lado bueno: normalmente, regresaba de forma inesperada, generando cierta ilusión, incluso cierto éxtasis, emociones que raramente suscitaba la rutina doméstica. Además, hacía tiempo que había decidido que sus padres eran la pareja más dichosa del mundo.

—¡Hora de ir al teatro! —Su padre se frotó las manos y se apartó el faldón del abrigo para sentarse en su silla, al tiempo que las chicas trajinaban de aquí para allá, haciendo sitio al fondo del salón para que el público estuviese cómodo. Georgina, la más joven de las Mercer, repartió los programas.

El señor Jameson leyó el suyo un tanto decepcionado.

—Oh, vaya —dijo, negando con la cabeza—. Es una de esas obras que han dado en llamar «tragedias», si no me equivoco. ¿No es así, Sharp? Esos personajes que se sienten tan miserables siempre me dejan indiferente. —Acomodó aquel enorme cuerpo que tenía en la silla, como preparándose para echar una cabezada, y el señor Sharp soltó una carcajada.

—¡Estás hecho todo un filisteo! Creo que Otelo tenía sus motivos para sentirse así de triste.

—Lo que tú digas, amigo mío, que yo nada sé de él, pero tengo claro que él mismo es el artífice de su propia desgracia. Esos personajes, por lo general, son... siempre de alcurnia, pero se las apañan para acabar en la ruina. Acaban con la paciencia de uno. Sería mucho más entretenido que aprendieran a ver el lado bueno de las cosas y a contarnos algún que otro chiste.

—No esperes ver ese tipo de obra aquí, Jameson. No hagáis caso a este aguafiestas, queridas mías. Actrices, por favor: ¡acción!

De todos era conocido que la actitud del señor Jameson rozaba siempre lo ofensivo, pero, por una vez, no le faltaba razón. No era de extrañar que esperase que aquellas tres chicas jóvenes se recreasen en temas más admirables, pero Anne y las Mercer iban en serio: se creían un grupo de grandes intelectuales, cuyos juegos imaginarios no versaban sobre damiselas y príncipes, sino sobre fiestas y salones; de ahí que, para demostrar lo que ellas consideraban su superioridad intelectual, hubiesen optado por representar algunas escenas de *Otelo*. Henrietta, la más encantadora de las Mercer, interpretaba a Desdémona; Catherina había elegido a Yago —un reto para alguien tan dulce y amable—, y Anne, con sus cintas y bucles, insufló vida al moro:

Hablad entonces

del que no amó con sabiduría, sino con hondura.

Desfiló por el salón gozando de su protagonismo, frente a un público que, en su mayoría, estaba enajenado. Incluso el señor Jameson mostraba algo de interés, si bien no le pasó desapercibido que hubiese clavado fijamente la mirada en la parte del pecho que normalmente llevaba cubierta, pero que aquel traje dejaba a la vista. Se paró para subirse el escote antes de continuar.

—«Por el cuello agarré al perro circuncidado...».

Anne desenvainó una daga que guardaba en la falda, al tiempo que su madre mascullaba:

—¡Como un asta!

—«Y así lo abatí».

La señora Sharp se enderezó en el asiento y volvió a mascullar:

—¡La postura, Anny! —Se señaló discretamente el hombro, que tenía alzado con elegancia—.

¡Como un asta! —insistió.

Anne dejó a Otelo de lado unos instantes para suplicar a su madre:

—Mamá, por favor, que estoy interpretando a un hombre.

Adoptó la misma postura que antes y recuperó el tejido emocional del personaje:

—«Un beso te di antes de darte muerte».

—Pero ¿por qué? ¿Por qué insiste en interpretar a hombres? —se preguntó la señora Sharp en voz alta.

—«Así ha de ser...».

—Yo jamás interpreté a un varón, ¿verdad, querido? —le dijo al marido.

Anne se quedó sin aliento de la más trágica de las maneras.

—Yo siempre era la heroína. —Se toqueteó el pelo, esbozando una sonrisa grácil—. No sé por qué.

—«Me doy muerte y muero con un beso».

Anne cayó al suelo y, calamitosamente, perdió la vida.

Agnes se puso en pie de inmediato y aplaudió emocionada, mientras los demás aplaudían sentados. Sonrojadas y con aire triunfal, las tres chicas recuperaron la compostura y se reunieron para hacer una reverencia, convencidas de que toda la representación había sido una maravilla.

Ahora erguida, aún eufórica, se sintió desconcertada al percatarse de que el señor Jameson seguía contemplándola exclusivamente a ella.

—He de admitir que estoy impresionado —dijo, frunciendo aquellos gruesos labios que tenía y la miró de arriba abajo—. He de felicitarte, querida Margaret, por el aspecto que tiene tu hija esta velada. Qué hermosa figura en pleno desarrollo; parece muy madura para su edad. Diría que casi está lista para salir al mercado. —Soltó una risita desagradable, que le pareció que nunca le había oído—. Le saldrán pretendientes a raudales, Johnny.

Su querido padre no ofreció a aquella grosera opinión ningún tipo de reprimenda:

—Ay, pero me recuerda a su madre. Me hace pensar en la primera vez que te vi, Margaret, amada mía. ¿Qué edad tenías por aquel entonces? ¿Quince, más o menos? Poco recuerdo de aquella velada más allá de que iluminaste el escenario con tu belleza.

—No fue para tanto. —La mujer sonrió—. Era lo bastante joven como para que me abrumasen las atenciones de un caballero tan maduro como tú —dijo, acariciándole el rostro—. Recuerdo que interpreté a Millamant en *The Way of the World*.

—Posee esa cualidad, ese encanto irresistible. —El señor Sharp tomó la mano de su esposa y ella, como no podía ser de otra forma, se derritió—. El nombre de Anne también podría encabezar la lista del reparto; lo veo. ¿Por qué no? A su madre no le hizo ningún mal, ¿verdad?

—Querido mío. —La señora Sharp miró con cariño a su marido—. Qué enternecedoras son tus ambiciones, pero tengo que darle la razón a Jameson. Un angelito como el nuestro conseguirá un buen compromiso.

—Y cuanto antes, mejor —dijo Jameson.

Anne escuchaba aquella conversación sobre su futuro con inocente desinterés. De las dos opiniones planteadas, obviamente, se decantaba por la que había manifestado su padre. ¡Conque un buen compromiso! De verdad que su madre era de lo más graciosa. Ella tenía la intención de vivir la vida a su aire.

La familia se despidió de las Mercer y se preparó para salir. A causa del ajetreo de la vida de su padre y de sus viajes frecuentes, los tres juntos apenas si tenían ocasión de mostrarse en público. De hecho, para ella era una situación de lo más insólita, y la obra de teatro la emocionaba tanto como el regalo que era para ella el que se sentaran juntos en el carruaje.

—¿Puedo sentarme en el medio? —imploró, mientras Agnes le ajustaba la capa.

Con un brazo en torno a su esposa y otro en torno a su hija, el señor Sharp las atrajo hacia sí.

—Nosotros tres somos un alcázar —murmuró, besando la frente de ambas—. Los tres juntos podemos contra el resto del mundo.

Anny apretaba el rostro contra su pecho, hundiéndose en la tela del abrigo, que había rociado de su colonia preferida. Aspiró aquella fragancia a nuez moscada, lima y un levísimo toque de lavanda. El amor. La felicidad. El hogar.

CAPÍTULO 7



—¿QUÉ HACES que estás tan ocupada, querida? —Anne se hallaba frente a la pared del ático de Godmersham y el camisón amortiguaba su voz. En aquellos momentos, estaba poniéndoselo con bastante poco decoro, por un lado, y quitándose el vestido por el otro—. Llevas escribiendo un buen rato.

—Estoy escribiendo mi diario, señorita Sharp —dijo la voz juvenil de Fanny, que transmitía que aquello era algo importante—. Cada noche, dejo por escrito todo lo sucedido durante el día. De momento no he fallado ni un solo día.

—Es admirable. —Anne sacó la cabeza por el cuello del camisón, quitó los pies del traje y se dio la vuelta—. ¿Cuánto hace que lo escribes?

—¡Desde Navidad! —Fanny, que ya estaba preparada para irse a la cama, se volvió en el escritorio y le sonrió con orgullo. Corría la primera semana de febrero—. He de confesar que no es un diario muy exhaustivo. —La niña se recostó en el asiento, para que ella pudiera ver el cuaderno—. Es un libro de bolsillo muy pequeñito. Escribo un renglón por día, a decir verdad: dos páginas por semana. Mire, hoy he escrito: «La tía Harriot se ha ido. Me ha dado dos chelines y seis peniques. Mamá la ha acompañado a Canterbury. Esta noche dormiré con la señorita Sharp por primera vez desde su llegada».

Mucho se había angustiado por lo que entrañaba compartir cuarto con su alumna: vestirla y desvestirla sin atentar contra su modestia, usar la bacinilla, perder la intimidad, tanto de sentimiento como de pensamiento. Y a todo ello debía ahora añadir un nuevo temor: ¡que todos estos detalles del día a día fueran a pasar a la posteridad! Tomó el cepillo para peinarse el pelo y le preguntó al espejo:

—¿Y piensas seguir?

—Sin duda. —Contraído aquel rostro, limpio y juvenil, con aquella expresión sincera que Anne ya reconocía. Empezaba a entender que Fanny hablaba de casi cualquier cosa con sinceridad, quizá con demasiada sinceridad para una niña de su edad—. Dice mamá que debo escribir mi diario el resto de mi vida y llevármelo a mi casa cuando la tenga, para que mis hijos disfruten de la lectura cuando crezcan.

Otra vez, pensó, volvía a la carga aquella fe inquebrantable: el futuro de la niña debía estar, inevitablemente, colmado de dicha.

—Seguro que les encantará —respondió, poniéndose el gorro de dormir—. ¿Rezamos nuestras oraciones?

Las dos se colocaron por el lado de sendas camas y se arrodillaron. Bajando la cabeza en señal de respeto, Anne repitió las preces de siempre al cielo y, acto seguido, entreabrió los ojos. ¿No habían rezado lo suficiente? Veía que la niña todavía tenía los ojos bien cerrados y que movía los labios como quien está en trance: estaba en plena faena. Se recolocó y volvió a bajar la cabeza. Con tantas almas como tenía aquella familia, a la pequeña podría llevarle horas terminar los rezos...

Le daba vergüenza, pero dejó de lado al Todopoderoso y procedió a mordisquear las esquinitas de todas aquellas inquietudes apremiantes que se le venían a la cabeza. ¿Le permitirían leer después de que su pupila se fuese a la cama o debería adaptarse al horario de una niña de trece años? De ser así, tenía por delante muchas horas de un tedio deprimente, pero arriesgarse a modificar el hábito de sueño de Fanny le parecería a todo el mundo un crimen; o puede que esta pensara en charlar después de apagar la vela, como si ambas fueran colegialas en un dormitorio compartido, lo cual también podría ser extenuante...

—Amén —terminó Fanny.

—Amén —repitió Anne, aliviada, porque se moría de frío.

Se metieron cada una en su cama.

—Espero que vea usted con buenos ojos que escriba un diario, señorita Sharp. Mamá cree que es muy beneficioso para una niña de mi edad.

Parecía que charlar estaba, efectivamente, en el programa del día.

—Oh, claro que sí. Desde luego, estudiaremos el arte de la composición escrita en nuestras clases, pero hay otras modalidades prácticas de escritura que resultan igual de útiles. Ten en cuenta que, a lo largo de tu vida, escribirás muchas más cartas que, por poner un ejemplo, elegías u odas. ¿Apago la vela?

—Ay, señorita Sharp, ¿podemos hablar un poquito más? ¡Que es nuestra primera noche! —Fanny se acurrucó en la cama y se volvió hacia ella—. Yo ya sé escribir cartas de sobra. Hay que darle las gracias al destinatario por sea lo que fuere que te haya ofrecido y decirle lo encantada que estás; luego, que esperas con impaciencia volver a verle pronto y, luego, ¡vuelves a darle las gracias por el mismo motivo!

—¿Sin una sola mención al tiempo? —Anne sonrió—. Tu enfoque, cierto es, tiene la ventaja de ser más económico.

—¿Le parece incorrecto? —Con un movimiento rápido y violento, Fanny se apoyó en el codo, con cara horrorizada.

—¡Ay, no! Incorrecto no, querida, pero pienso que quizá se podría mejorar un poquito, ahora que ya eres una señorita, más que una niña. —Se inclinó para apagar la vela que lucía entre ellas—. Mañana repasaremos el asunto en clase.



Su primera tarea como institutriz fue hacer del ático un lugar apropiado para la enseñanza. Hasta

entonces, Fanny había recibido sus lecciones en el cuarto de los niños y, cuando era su madre quien le daba clase, en el salón. Aunque su caligrafía tenía un pase y sus habilidades lectoras eran aceptables, las pautas de la formación que había recibido hasta ahora no coincidían con las que ella pensaba; de ahí que decorase las paredes con mapas de Inglaterra y Europa y varias ilustraciones que esperaba que la motivasen, como una tabla de los monarcas del país, una imagen de Garrick interpretando a Hamlet y demás. Redistribuyó la mesa y las sillas de tal forma que ella y su alumna pudieran sentarse una frente a la otra, en vez de una al lado de la otra; el motivo era que así podía mirar a su alumna a los ojos y, de ese modo, ayudarla para que mantuviera la atención.

La señora Austen y ella libraban disputas constantes —cortesés, discretas, siempre con sonrisas de por medio, pero, aun así, agresivas— por el número de horas al día que ella debía pasar con su alumna. Según el horario establecido, debían ponerse manos a la obra a las diez de la mañana y las clases se alargarían hasta la una en punto; luego, tras un paseo o un encuentro con la familia, dedicarían las tardes a empeños más elevados, como el dibujo o la costura, y las clases de baile comenzarían cuando llegase el señor de la casa. Con todo, había siempre en el mundo de Godmersham menesteres más importantes: los cumpleaños, por ejemplo —que, dada la cantidad de gente que vivía en aquella casa, eran frecuentes—, y que siempre suponían una excusa para tomarse el día libre.

Añádase a todo ello que, al final, Fanny resultaba ser, tal y como había percibido Harriot, la mimada de mamá, de modo que la sacaban del aula a todas horas para acompañar a su madre cuando recibían visitas, una detrás de otra, tomando té y haciéndose a las conversaciones entre adultos. De ese modo se la enseñaba para que tuviera un futuro idéntico al de su madre aunque, en realidad, debería centrarse en aprender a ser ella misma. Tales interrupciones en sus clases la molestaban sobremanera.

Más conflictivo resultaba aún determinar qué se entendía por «enseñanza» y qué no. Anne quería tomar aquel intelecto, joven y maleable, para que se ejercitara y se agrandara. Quería que su mente se llenara de innovaciones y desafíos, pero al intentarlo, se topaba con una roca digna de Sísifo; además de que la señora Austen rechazaba el ideal de mujer intelectual, había, al parecer, otra fuerza de resistencia que le estorbaba: el joven intelecto de Fanny era tan maleable como el granito.

Anne había sido precavida y había traído sus propios libros —los que ella misma había usado como estudiante—, ya que había oído que encargar unos nuevos podía avivar cierta inquina entre sus superiores. Había modos más divertidos de derrochar los fondos de la familia que la educación de una hija.

Y, así, aquel día, tras terminar con la lectura y la aritmética, introdujo a su alumna en la gloria del arte renacentista.

—Ay, sí, señorita Sharp, sí que es bonito. —Fanny arrugó la nariz ante una lámina de la Capilla Sixtina—. Muchas gracias por mostrármela. —Después de un brevísimo examen, volvió a recostarse en el asiento.

—¿No tienes nada más que preguntar o comentar, Fanny? —Anne enarcó una ceja—. Pues es, a fin de cuentas, una de las obras de arte más majestuosas que ha creado el ser humano.

—¿Ah, sí? —Fanny ladeó la cabeza—. Pues cuánto me alegro de saber todo lo que hay por saber.

—Quizá, algún día —insistió—, vayas a Roma y veas esta maravilla con tus propios ojos. Y si lo haces —ahora tenía que argumentarlo agarrándose a un clavo ardiendo—, a tus acompañantes o... a tu marido les complacerá descubrir que eres una mujer versada en...

La niña se llevó los dedos a los labios para contener la risa.

—Válgame Dios, señorita Sharp, lo dudo. Verá, yo no tengo intención alguna de salir de nuestra querida Inglaterra. —Se inclinó, confiada—. ¡Ni siquiera de Kent!

Anne suspiró, tomó el libro, pasó las páginas, llegó al *Nacimiento de Venus* y lo giró hacia ella.

—Veamos, este es de Botticelli...

—¡Ay! ¡Señorita Sharp! —Escandalizada, Fanny se tapó los ojos—. Pero ¡qué impío!

—Discúlpame, querida. —Derrotada, cerró el libro—. Siento haberte mostrado algo que ves inapropiado. Olvídalo. —«Y, por favor —le imploró en silencio—, no se lo digas a tu mamá». Se levantó, cruzó la estancia y ocultó el libro aparentemente ofensivo en el fondo de la estantería, al tiempo que la niña se justificaba.

—Me parece que prefiero el arte pío de verdad. No me refiero únicamente a los cuadros que me enseña, señorita Sharp, sino también a los libros. Deberían, cuando menos, tratar de insuflar una mejora espiritual en quien los lee, ¿acaso no está usted de acuerdo? Cada día intento empaparme de obras de ese estilo. —Le dedicó una sonrisa beata—. Yo las llamo «mis lecturas morales».

Anne se mordió el labio, guardó la compostura y volvió a sentarse a la mesa.

—A ver, aún nos queda una hora. Centrémonos en la escritura epistolar. —Con este asunto, no tenía necesidad de andarse con pies de plomo—. Anoche se me ocurrió que podrías escoger a uno de tus muchos parientes y entablar una relación epistolar. ¿Qué te parece?

—¡Me parece una gran idea! Bien pensado, señorita Sharp —contestó Fanny, en un tono que resultaba alentador—. Tengo una prima, Anna, de mi edad... ¿O debería escoger a uno de los adultos? —Pensaba en los adultos como los griegos en los dioses—. ¿El tío Henry, tal vez? ¡Adoro al tío Henry! No, creo que sería más acertado elegir a una tía. —Saltó del asiento—. Mi tía Jane me escribió una carta encantadora cuando nací. ¡Espere, que la busco! La conservo en mi Caja de los Secretos.

Anne sonrió, mientras su alumna hurgaba en el armario.

—Tienes que tener muchos secretos, querida, para llenar toda una caja.

—Ay, no, señorita Sharp, no tengo ni uno. —Se encorvó para llegar al estante más bajo—. Pero creo que una dama joven debería tener cosas del estilo, ¿no le parece? Para avivar el misterio. —Salió del armario triunfante—. ¡Aquí está! La he encontrado. —Volvió a sentarse y la leyó en voz alta.

Querida sobrina:

Dado que la gran distancia que separa Rowling y Steventon me impide supervisar tu

educación en persona, y ya que dicha responsabilidad recaerá probablemente en tu padre o en tu madre, considero que es mi deber que, en la medida de lo posible, no echés en falta mis enseñanzas. Por eso he querido plasmar en papel aquellos criterios y consejos que considero adecuados para la conducta de las jóvenes y que hallarás en las páginas que siguen.

Te saluda, querida sobrina, tu tía, con cariño.

«La autora».

Fanny levantó la vista.

—Había anexas algunas historias y demás, pero creo que las guarda papá.

—Verás, esa —dictaminó Anne— es la más grata de las cartas y tienes mucha suerte de haberla recibido. —Decidió, aunque solo fuese por una vez, hacer la vista gorda ante aquella pobre ortografía, pues, al escuchar aquellas pocas palabras triunfales, se había prendido una mecha en las profundidades de su ser: aquella tía escribía con una sonrisa en los labios—. Me parece que hemos dado con la persona ideal para que establezcas tu relación epistolar.

—Entonces, pongámonos manos a la obra.

CAPÍTULO 8



UNA CASA de campo, habitada por quienes no han tenido sino alegrías en la vida —cuya personalidad, marcada por su alegre destino, debía ser armoniosa a la fuerza— es una isla paradisíaca. No hay gran cosa que hacer, pero ello no quita que todos estén ajetreados. El tiempo pasa y cada hora la invierten en lo que rigurosamente dicte el horario del placer: ahora a desayunar, ahora a aprender —pero un poquito y en un ambiente festivo—, luego a pasear y ¿tal vez a ir de visita? Por todos los santos —el día acaba con uno—, ¡si ya casi es hora de cenar! A vestirse, a comer y, después, ¿qué? ¿A tocar música o a jugar a las cartas? Exhaustos, se dejan caer en la cama, en una cama que siempre es grande y mullida, y duermen a pierna suelta. Sea cuales fueren las tormentas que se desaten en el mundo, ninguna ola grande los alcanza, como mucho alguna onda de esas que baten dulcemente las orillas.

Auspiciada por aquel ambiente, sus primeras semanas en Godmersham Park fueron inmejorables. Pese a que había temido sentirse incómoda en varias ocasiones, no fue el caso. No había ráfagas de viento que silbasen contra las paredes ni el agua del aguamanil estaba helada por las mañanas. Había tramado una cariñosa amistad con la cocinera —una mujer de buen corazón y con particular talento para la repostería— y comía mejor que bien.

La complacía su propio progreso: tenía la sensación de que estaba siendo razonablemente eficaz en sus clases, había aprendido a dominar el arte de pasar desapercibida en las escaleras y en los pasillos, entre el ático y el jardín, y de ese modo lograba evitar cualquier contacto con la señora Salkeld. No mostraba una apariencia ni tenía una conducta apasionada; tampoco fría. Tenía motivos para creer que su anterior inclinación por el dramatismo estaba bajo control. Su verdadero yo permanecía felizmente invisible bajo el manto de su nueva situación.

Además, aquel yo oculto, que nadie más que ella conocía, se había innovado y mejorado; estaba convencida. Ganarse la vida por sí misma era motivo de gran orgullo; guardaba aquella sensación para sí, pues, cuando se aburría, durante aquellos momentos de soledad tan largos, aquel orgullo la sustentaba. Era una de las pocas mujeres que tenía una profesión. En lo que duró aquella dilatada fase de rechazo a la posibilidad de depender de un marido, Anne no había cuestionado en ningún momento la dependencia que sí tenía respecto de su padre, lo cual, tenía que admitirlo, era una anomalía que ya se había corregido. Aquellas treinta y cinco libras al año eran tan poca cosa que apenas se podían contar. Llevaba una vida —más o menos—

independiente de cualquier hombre. ¿Una institutriz solícita? Más bien una mujer valiente. Es lo que sería al menos durante una temporada.

Luego, para su sorpresa, esta nueva identidad se vio amenazada. Sucedieron dos cosas que minaron sus defensas, que cargaron contra las playas de aquel remanso de paz y que, de nuevo, trajeron la inestabilidad a su vida: una fue la partida de la cocinera; la otra, la llegada del señor Henry Austen.



La llegada de Henry Austen fue algo que se le fue revelando de manera fragmentada, escalonada. Era como un duendecillo del bosque: sabía ella que estaba ahí afuera, pero de él no obtuvo sino atisbos, pequeños indicios que no eran sino migajas, antes de ver al hombre de carne y hueso.

Los días previos a su llegada, percibió que el ambiente de la casa se cargaba por la expectación generada. Fanny no llegaba a concentrarse del todo en las clases y, por vez primera, tuvo que reprimirla con dulzura, algo insólito. Los niños —enardecidos por la posibilidad de practicar deportes más arriesgados y a las batallas con su querido y simpático tío— correteaban del cuarto de armas a los establos y volvían al ático, reuniendo y limpiando todos los instrumentos de tortura necesarios para los juegos. Incluso Sackree, la niñera, cuya existencia orbitaba plenamente en torno a aquellos críos, no pudo permanecer inmune a tales circunstancias.

—Menudo día hace —se quejó, llevándose un bebé al hombro y mirando por la ventana el cielo lóbrego, plomizo—. Tiene toda la pinta de que va a nevar. —Sackree jamás abandonaba la guardería, por lo que pudo ver, pero estaba igual de obsesionada con el tiempo que el más pobre de los labriegos—. En fin —su dulce rostro se contrajo al esbozar una sonrisa—, el señor Henry llegará pronto. Cuando está aquí, el frío es lo de menos. Siempre nos alegra el día, ¿eh?

El gesto más significativo de todos, la misma mañana de aquella aparición anunciada, fue que la señora Austen llamó al señor Hall, su peluquero. Anne lo vio llegar en el carruaje de la familia, que conducía Daniel, el cochero, cosa que hizo que se preguntara qué tipo de cuñado podría ser merecedor de tan elevado grado de aseo. Resultaba evidente que el tal Henry gozaba de cierto estatus en aquella casa y eso la intrigaba.

Así las cosas, tal y como Sackree había predicho, se puso a nevar con bastante intensidad, de tal forma que los verdes y marrones del paisaje, a los que se había ido acostumbrando poco a poco, quedaron ocultos bajo un velo virginal. Al carecer tanto de las botas como de la vestimenta apropiadas —así como del ánimo apropiado—, no se vio tentada a salir a dar una vuelta. El gran invitado se había acomodado en la casa y acaparaba las atenciones de todos. Los niños permanecieron fuera todo el rato, con sus trineos y jugando a tirarse bolas de nieve. Anne, encerrada en el ático.



En la que tal vez fuera la tercera tarde de visita, se encontraba a solas en su cuarto, ocupada con

la más monótona de las labores: o sea, zurdiendo calcetines. Pese a que no hacía mucho que se había ido de casa, tenía los talones de los calcetines tan desgastados que le faltaba poco para que se convirtieran en tomates. Agnes y ella siempre se dedicaban juntas a remendar, charlando sin cesar mientras tanto. Pero ahora, hacerlo a solas la había sumido en un descontento profundo que la atravesaba, pues se daba cuenta de que, debido a sus nuevas limitaciones financieras, no podría comprarse unos nuevos hasta dentro de muchos meses. Pronto, al caminar, sus pobres pies no pisarían otra cosa que nudos y bultos. Esto la llevó por la calle de la amargura. No tenía mucho margen para ahorrar; no había forma de convertir sus pequeños ingresos en una gran fortuna. ¿Cómo se las arreglaría y, a la vez, le enviaría dinero a Agnes? No había mucho que celebrar cuando ganabas una miseria. Su estado de ánimo estaba tocando fondo cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Señorita Bridges! —Se levantó de la silla de un respingo, tirando aquellos penosos calcetines al asiento, e hizo una reverencia rápida—. Pero ¡qué sorpresa! —Harriot no la había visitado hasta ahora, como tampoco lo había hecho ningún adulto, salvo la sirvienta.

—Es que, señorita Sharp, estoy tan aburrida que no me ha quedado otro remedio que venir a hacerle una visita. —Anne retiró las prendas zurcidas y ofreció a Harriot el único sillón del que disponía, que ella aceptó protocolariamente—. Ha salido todo el mundo y no tengo a nadie con quien hablar. «No me queda otra que ir a ver a la institutriz; es o eso o morir», me dije, aunque a mi hermana la traerá sin cuidado. —Inspeccionó la habitación con escaso interés—. Así que aquí es donde la han puesto a usted, ¿no?

—Sí, un cuarto encantador —se apresuró a apostillar, antes de que la recién llegada la despreciara y eso las pusiese a ambas en un aprieto.

—¿La familia ha salido? —Aunque no había recibido indicación alguna, Anne se tomó la libertad de sentarse en la silla del escritorio; estaban en su dormitorio, a fin de cuentas.

—Eso parece, y sin mí; esa es la cuestión. He de decir que la señora Austen, en ocasiones, puede llegar a ser muy desconsiderada, en especial cuando viene cierto caballero —subrayó. Luego se ruborizó y recuperó la compostura—. ¡Ay! Discúlpeme, me he pasado de la raya. —Después, se relajó y se inclinó hacia delante—. De algún modo, la veo a usted como una especie de confidente: siento que puedo decirle lo que sea, porque ¿a quién se lo va a contar? ¡No tiene a nadie! —exclamó con deleite.

Anne, que no era ajena al interés que despiertan las relaciones sociales —¿quién lo es, salvo aquellos que son inefablemente imperturbables?—, era consciente de lo entretenido que podría ser jugar a ser la confesora de aquella penitente, pero, en caso de que se mostrara deseosa de serlo, lo echaría todo a perder: tenía que guardar las distancias. Proseguir con el apaño podría considerarse una falta de respeto, así que tomó el costurero y retomó el bordado que llevaba abandonado demasiado tiempo. La mirada gacha, los dedos atareados y la aguja de coser dieron a Harriot los ánimos que necesitaba.

—A mi hermana no se le pasa jamás por la cabeza que quizá yo también disfrute de la compañía de... cierto caballero. A fin de cuentas, la que está soltera soy yo —dijo la frase con desprecio, lo que hizo que se diera cuenta de que aquella joven no estaba tan contenta con su situación como había pensado en un primer momento. Puede que, de hecho, anhelase someterse

al yugo del matrimonio, como la mayoría de las mujeres. Era algo que no dejaba de asombrarla—. Pocos son los hombres con los que me puedo entrevistar sin carabina. —Harriot se retorció las manos ociosas—. El señor Austen nunca está presente; se pasa la vida contando vacas o como sea que pasen el tiempo estos hombres. Y, en fin, ese Edward... —Se controló antes de pasarse de la raya, incluso en aquellas circunstancias—. Pero ¿es que no ve lo bien que me sentaría disfrutar de la compañía estimulante de un hombre de mundo?

—Pero si el caballero en cuestión también está soltero... —dijo Anne, con tal cuidado que le permitió adentrarse en un terreno prohibido para ella.

—Pero ¿es que no lo está! ¡Eso es lo que me da más rabia!

—¿Y su esposa ha venido con él? —preguntó, mientras buscaba las tijeras.

—Oh, no, ella no viene jamás, porque mi hermana y ella no se pueden ver ni en pintura... Y, bueno, que quede entre usted y yo: ambos forman una pareja un tanto extraña. No tienen hijos ni se los espera. Ella es mucho mayor que él, claro. Tengo la sensación de que llevan vidas prácticamente separadas... —Harriot se puso en pie y se dirigió a la estantería—. ¡Qué colección más curiosa tiene aquí, señorita Sharp! He estado leyendo los lomos de los libros mientras charlaba y, de momento, ¡no he reconocido ni uno! ¡Oh! *Evelina*. También es uno de mis preferidos, pero ¿a qué viene tanto teatro? ¿Quién se pone a leer obras de teatro? Empiezo a pensar, querida Sharpy, que es usted todo un personaje.

Y erre que erre, mientras ella seguía cosiendo sentada. ¡Qué nueva estaba aquella Biblia! La suya estaba deshecha por el uso, como buena cristiana. ¡Pero si era mucho más joven que ella! Mary Wollstonecraft... Wollstonecraft... Pero ¿esa no era una radical? La señorita Bridges estaba convencidísima de que eso había oído.

Anne se sintió impelida a intervenir:

—Tiene ideas novedosas, lo admito, pero el planteamiento de educar a nuestras niñas no es, para nada, radical. Por supuesto que deberían recibir una educación, una educación cuyos ricos recursos puedan sacar a relucir en la estación más sobria de la vida, como sostiene la propia Wollstonecraft, esa en la que se desvanecen los admiradores y los aduladores caen en el silencio.

—Sí, sí, seguro que tiene usted razón —concordó la señorita Bridges.

Anne alzó la mirada, sorprendida y encantada de haber hallado a una aliada, además de ser la que menos esperaba. ¡La de debates que podrían tener ahora! Luego, se percató de que, en realidad, ya no la estaba escuchando. Lo más probable es que ni la hubiera oído, pues tenía la mirada fija en la ventana y el ojo puesto en un punto en concreto del parque.

—¡Ah! Al fin vuelven. —Corrió al espejo, se miró tanto de frente como de perfil, se toqueteó el cabello y cruzó la puerta—. Pero ¡qué alivio! Voy abajo a recibirlos.

Y se fue.



Tras aquella conversación cautivadora, no le quedó otra que aguardar, triste y tras mucho tiempo, por más migajas. Los adultos de la casa se vieron envueltos de repente en toda una retahíla de acontecimientos: hubo un baile en Ashford —después del cual se volvió a confiar a la señorita

Bridges a su madre, pese a la rabia que le dio a la joven— y un viaje a Canterbury; le dio bastante envidia enterarse de que habían ido a ver una función. ¡Cuánto echaba de menos el teatro! Luego llegó otro hermano Austen, este acompañado de una dama joven. La propuesta de matrimonio estaba en el aire, lo que dejó a Sackree al borde del paroxismo de pura alegría, al tiempo que ella rezaba en silencio deseando que a otra pobre mujer le fuera bien. El ático era como una torre vigía; se enteraba de todo esto desde allí, adonde llegaban chismes y rumores que le traían los niños y las sirvientas. El personal a cargo de los niños conformaba una comunidad cerrada a la que llegaban los cotilleos desde la capital mucho después de los hechos.

A menudo le pedían que pasaran las últimas horas de la tarde en la guardería con Sackree, para ayudarla con aquellos angelitos. Nunca se quejaba, pues allí se estaba más calentita que en su cuarto, donde solo se encendía la chimenea cuando estaba Fanny. Además, las noticias llegaban hasta allí horas, a veces días, antes que a su alcoba y a ella le picaba la curiosidad. De modo que ahí estaba ella aquella fría tarde en la que Fanny irrumpió en la estancia con una primicia de las grandes:

—¡Sackree! ¡Tengo que llevarme a la otra niñera! ¡La necesitamos abajo! ¡Es el tío Henry! ¡Lo ha atacado un ciervo!

Herido como estaba en el brazo y en la mano, cualquier deporte al aire libre estaba descartado. Con tales limitaciones, el invitado estrella causó desasosiego y aburrimiento a partes iguales. Y así fue como Henry Austen acabó en el aula.

CAPÍTULO 9



—AY, ¿CUÁNDO piensa que recibiré noticias de la tía Jane? —preguntó Fanny por décima vez aquella mañana.

—Seguro que está preparando la respuesta perfecta —dijo Anne, tratando de reconfortarla—. A ver, centrémonos en la lección. —Tratando una vez más de acabar con aquella sustancia parecida al granito que poblaba la mente de su alumna, tomó su ejemplar de *The Task*, de William Cowper, y lo colocó en la mesa.

La niña lo examinó con poco interés.

—¿Debo copiarlo haciendo buena letra y, quizá, ilustrarlo? Eso sí que me gusta.

—Hoy no. La idea es...

—Entonces, ¿me lo tengo que aprender para recitarlo en el salón? Seguro que a los mayores les gusta. —Hojeó el libro página a página—. Ay, pero qué largo es.

—Podemos hacer ambas cosas, si quieres, pero antes vamos a leerlo juntas, a aprendérnoslo de verdad. ¿Qué intenta transmitirnos Cowper aquí, por ejemplo? ¿Y cómo emplea el lenguaje para...?

—Ay. —El rostro juvenil de la niña, que tanto entusiasmo derrochaba hacía un instante, se descompuso al punto—. Señorita Sharp... —Hizo una pausa—. Nos... —A Anne la disgustaba que emplease ese pronombre, tan querido para los monarcas y para los niños obedientes que reproducían como un loro lo que les decían sus padres—. Nos parece que lo más normal en estos casos sería que usted me resumiese el libro; así yo tendría una visión global de lo que sucede.

Algunos tacharían a Fanny Austen, a raíz de este diálogo, de ser la señorita más impertinente del mundo. ¡Atreverse a responder a su profesora! Otras institutrices se echarían las manos a la cabeza; sin embargo, ella la había animado a que expresara su opinión en todas sus lecciones, aunque también le había dicho que no era necesario que se lo dijera su mamá. Estaba totalmente convencida de que ese pequeño desafío a la autoridad, leve y sin consecuencias, no serviría sino para que la independencia intelectual de la niña se desarrollara. Así era como la habían criado a ella.

Fanny prosiguió:

—Cabe la posibilidad de que ya haya algo escrito al respecto en mi ejemplar de la obra de Mangnall. —Se levantó, se dirigió a la estantería, tomó el texto y regresó a su sitio—. Nos gusta

mucho Mangnall. Veamos.

A Anne le dio un vuelco el corazón. La obra de Richmal Mangnall, titulada *Historical and Miscellaneous Questions for the Use of Young People*, era de lo más absurdo y amenazaba con convertir en simples las mentes de toda una generación. En las mejores casas, en cambio, estaba muy de moda. La señora Austen había empleado el libro antes de que ella llegara. La idea consistía en que la estudiante aprendiese tanto la pregunta como la respuesta de memoria, para que recitase ambas con facilidad. Los contenidos repasaban países y continentes.

¿Qué es la barba de ballena?

Una especie de cartílago dispuesto en el interior de la boca de las ballenas en piezas largas y planas de uno o dos metros; desempeña la función de la dentadura.

¿Y para qué se usa la barba de ballena?

Para fabricar corsés, paraguas y látigos.

Saltaba del presente al pasado:

¿Acaso no son los paraguas objetos muy antiguos?

Sí, los griegos, los romanos y todas las naciones orientales los empleaban para protegerse del sol.

Y rara vez desaprovechaba la oportunidad de hacer un inciso piadoso:

¿Acaso no es muestra de la benevolencia del Creador que los leopardos salgan en busca de sus presas por la noche?

Sí, pues por el día, cuando el hombre sale, estas bestias salvajes duermen en sus guaridas.

Anne no lograba entender cómo semejante enfoque podía enriquecer las ideas o incitar a pensar. Incluso aunque la única ambición que se debiese perseguir en esta aula fuese hacer de su alumna una joven dama capaz de mantener una conversación con confianza frente a los mejores caballeros, no tenía claro cómo tales conocimientos podrían ser de ayuda. «En efecto, señor, le complacerá saber que *ombrello*, en italiano, significa ‘pequeña sombra’...».

—Apuesto a que hay algo escrito al respecto. —Fanny hojeaba el libro—. ¿O será mejor que preparemos nosotras la información? En ese caso, señorita Sharp, pregunte usted: «¿Cuál es el tema de *The Task*, de William Cowper?», y yo responderé...

—Fanny —dijo Anne con firmeza—, dudo sinceramente que este poema aparezca en la obra de Mangnall, y, en todo caso, el contenido sería hartamente reduccionista. Si las cosas no se entienden, el uso de la memoria carece de sentido. No hay mejor manera de entender una obra que leerla. Si nos limitásemos a leer por encima el comienzo, podrías llegar a pensar que no es más que un

himno al sofá y decir o incluso pensar tal cosa sería una gran torpeza. Haremos pausas sobre la marcha y comentaremos nuestras impresiones; si en algún momento hay algo que no entiendes, debes preguntármelo. Venga, intentémoslo: creo que te podría gustar.

Anne había planificado al detalle el enfoque de aquella lección, preparándose en sus tardes solitarias, así que no le sentó nada bien la interrupción que siguió a sus palabras:

—¡Tío Henry! —Al momento, Cowper cayó en picado y Fanny se alzó; abandonó el asiento y se arrojó a los brazos de su tío.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —gritó el hombre, como si estuviera en el escenario del teatro Drury Lane—. Parece que el tiempo me odia y con esta maldita mano no puedo hacer nada, así que ¡he venido a aprender! Usted es la señorita Sharp, si no me equivoco.

—Sí, señor. —Anne se puso en pie e hizo una reverencia.

—Es un placer conocerla tras recibir la más favorable de las referencias por parte de Jameson.

¡Oír aquel nombre, que contaminaba el aire puro de esta aula...! Tan repentino fue el desconcierto que sintió que no pudo disimularlo.

—¡No se inquiete, se lo ruego! Yo fui el que se puso en contacto con Jameson en nombre de mi hermano. «Una institutriz —pensé—, a ver, ¿quién puede conocer a una buena institutriz?». Por supuesto, pensé de inmediato en nuestro amigo en común. ¡Una maravilla de hombre este Jameson!

Entró en pánico. Si Henry conocía a Jameson, ¿qué sabría de ella? ¿Se había convertido acaso en la protagonista de los cotilleos de los caballeros? Cabía la posibilidad de que supiera más sobre la actitud de su padre que ella misma; aquel pensamiento la ponía enferma.

—El tío Henry conoce a todo el mundo —recalcó Fanny, dedicándole una sonrisa radiante.

—A todo el mundo no, Frances, querida mía. La señorita Sharp ya es un ejemplo, pero lo podemos arreglar ahora mismo. —Se dirigió hacia la pared, tomó otra silla, la acercó a la mesa y se sentó. Lo hizo todo con movimientos exagerados, aunque gráciles, como si estuviese sobreactuando por la presencia de ellas. O de Anne—. Señorita Sharp, he notado que me he vuelto tonto. Puede que ese ciervo haya hecho que perdiera más de un tornillo. ¡Repáreme de inmediato!

Anne seguía de pie, petrificada, estupefacta. Incluso así, aquel hombre alto y de cuerpo recio, aunque estuviera encogido en una silla, se apropiaba de toda la estancia. Su volumen, su fuerza, su confianza, extraordinaria y varonil —y, sí, reparó en sus rasgos, acordes con la simetría clásica: ojos centelleantes, color avellana, y frondoso cabello— eran asombrosos. Tenía la sensación de que no quedaba ni una esquinita en aquel espacio para su cuerpecito insignificante.

—Por favor, señorita Sharp —dijo, y con un gesto le indicó que volviera a su sitio, como si ella fuera suya y pudiera darle órdenes, como si no estuvieran en sus dominios—. Empecemos. A ver, ¿qué toca hoy, mmm? *Sermons to Young Women*, de Fordyce. No debería sorprenderme. ¿Hago bien en suponer, señorita Sharp, que esto es lo que le gusta?

—Nada más lejos de la realidad —dijo con rotundidad desmedida. Sin embargo, la impertinencia de aquel caballero la sacaba de quicio. Añadió un «señor» con algo de desgana al tomar asiento y se fijó en que a él se le contraía el rostro por la diversión.

—No me diga. ¿Acaso la trae sin cuidado la educación moral de mi sobrina? —Negó con la

cabeza y dejó de sonreír—. Es lamentable.

—Estábamos a punto de empezar a leer *The Task*, tío Henry. De... —Miró la página—. De William Cowper.

—¿Ah, sí? —Volvió a contraer el rostro y, por el simple motivo de tratarse de un caballero, procedió a iluminarlas con sus propios conocimientos e impresiones—. ¡Excelente! ¿Y qué te puedo contar yo de Cowper? —se planteó, pese a que nadie se lo había pedido—. Pues lo primero que me viene a la cabeza es que es uno de los autores predilectos de tu querida tía Jane.

¡La mismísima autora de aquella deliciosa carta! Aquello superaba todas sus expectativas. En ese mismo instante y allí mismo lo decidió: la tía Jane era su Austen favorita.

—Y, en cuanto al poema en sí, ¡lo único que debes saber es que se trata de un himno al sofá! —Arrebató el libro a la niña y lo colocó bocabajo en la mesa—. ¡Hala! Ya hemos terminado.

Fanny, confusa, se quedó sin aliento.

—La señorita Sharp me dijo que pensar eso era una... —A Anne le dio un vuelco el corazón, pero Fanny se contuvo—. Bueno, pues ahora ya no sé qué pensar.

Bajo aquella influencia maligna, su pupila comenzaba a comportarse con jactancia por primera vez. Ojalá aquel intruso las dejase en paz para proseguir con la lección.

—Bueno, si no te queda otra que ahondar más en el poema..., puede que descubras algo un poco más profundo. Lo admito. —Henry se recostó en el asiento, juntó las manos por detrás de la cabeza y estiró aquellas largas piernas que tenía por debajo de la mesa. Sobresaltada, Anne notó que en los pies, desprotegidos con aquellas finas zapatillas de seda, la rozaba de repente, así que los retiró de inmediato—. «Dios hizo el campo y el hombre hizo la ciudad». Ese es el tono general. Bueno, pues ¿qué le parece a usted, señorita Austen, doña intelectual? ¿Está de acuerdo?

—Ay, ¡pues claro que sí! —respondió Fanny—. No hay duda de que el mismísimo Dios hizo Godmersham. ¡Las tres primeras letras del nombre, en inglés, son una referencia a Dios!¹

Anne se había vuelto una presencia invisible: un espectro en su propia clase. ¿Se había convertido en una mujer que debía soportar tales insultos sin armas con las que defenderse, simplemente porque él vestía ropa fina y el atuendo que llevaba ella, por el contrario, era sencillo? El pecho se le inundó de furia y el corazón, que ya se le había quedado frío, se le enfrió incluso más hasta acabar congelado por la antipatía. ¿Había peor sofisma que reducir una obra épica a una mera oración? Al igual que su hermano, el señor Henry Austen era, sin lugar a dudas, otro hombre que concebía erróneamente el privilegio de su educación superior como prueba de que poseía un intelecto igual de superior, otorgado por obra divina. El mundo era injusto, pensó, y de todas las desigualdades que despreciaba, aquella era la que más.

Se serenó y se concentró, preparada para reunir toda la fuerza que necesitaba para demostrar algo de autoridad. En ese momento, la puerta se abrió de par en par y volvieron a interrumpirla.

—¡Fanny! ¡Fanny! ¡La yegua se ha puesto de parto! —gritó uno de los niños pequeños a todo pulmón.

—¡Cómo! —Henry Austen dio un manotazo a la mesa—. Pero qué divertido. No me lo puedo perder.

—Ay, señorita Sharp —imploró su alumna—, se lo ruego, por lo que más quiera, ¿puedo ir?

—Claro, mi niña —dijo el hombre, que de hecho no era nadie allí para otorgar tal permiso—.

Haga el favor de disculparnos. Cowper puede esperar, ¿verdad? ¡El caballo sí que no espera por nadie! —exclamó, después de lo cual, la puerta se cerró tras ellos.

Y así, Fanny y Anne nunca llegaron a estudiar a Cowper.

¹ N. de la Ed.: Dios, en inglés, es «God».

CAPÍTULO 10



EN LA ambición de aquella institutriz anidaba la idea de que su aula en Godmersham siguiera el modelo de la educación que ella misma había recibido en Londres, lo deseara la señora Austen o no. En realidad, la educación distinguida de la que se había beneficiado había sido más una casualidad que un deseo paterno. Aunque sea una lástima, lo cierto es que no todos los padres saben qué es lo mejor para sus hijos y, en tales circunstancias, otra persona —un intermediario superior y externo— ha de tomar las riendas. En su caso, aquel sabio intermediario fue Agnes.

Cada mañana, sin importar el tiempo que hiciese, tenían la costumbre de que la llevara a los jardines de la plaza Montague, para que su madre tuviese algo de tiempo libre —se desconocía en qué invertía la señora Sharp dicho tiempo, pues nunca iba de visita y tampoco recibía a nadie—. Cada mañana, Anne se encontraba allí con las niñas Mercer y todas jugaban mientras las niñeras se sentaban juntas en los bancos. A ella le gustaban los juegos con los que se entretenía con sus amigas, pero adoraba los momentos en los que, presas de la fatiga, debían descansar unos minutos, ya que, entonces, podía escuchar la conversación de las adultas; ya había aprendido que, cuando quienes te rodean pensaban que no pegabas la oreja para escuchar, podías enterarte de todo tipo de cosas que jamás te contarían. Y una mañana, cuando era una cría avispada de unos cinco años, se enteró de lo siguiente:

—Bueno —comenzó a decir la niñera de las Mercer—, pues está todo listo... Esa tía soltera... La pobre hermana del señor Mercer... Es de las inteligentes... Parece que es quien trajo el gato a la casa... Con la nariz pegada a un libro... ¿Tienen ustedes muchos en el número 22? Donde nosotros, son toda una plaga... En fin... Se viene a vivir con nosotros.

—¡No! —exclamó Agnes, enfadada. Anne se había dado cuenta de que se ponía furiosa porque, al parecer, no la tenían en cuenta—. ¡Así, sin más, por la cara! Me parece una imposición en toda regla, de verdad se lo digo. Espero que lo hayan consultado con usted.

—Fue idea mía. —La niñera de las Mercer se cruzó de brazos—. Son mis niñas, a fin de cuentas.

—Sus niñas, sí —reconoció Agnes—, pero no comprendo su razonamiento.

—Viene para educarlas. Dice que está encantada de quedarse y hacerse cargo de todo, que para mí es un alivio.

—¿De verdad? —Agnes todavía parecía desconcertada.

—Así, él no las mandará al colegio durante meses y meses; no me gustaba nada la idea. Mis angelitos...

—Angelitos —concordó Agnes. Luego, se echó las manos a la cabeza—. ¡El colegio...! ¡Ay, nunca lo había pensado! Espero que no se atrevan a enviar a mi Anny tan lejos. No lo harán, ¿verdad?

—Yo no lo descartaría. Quién sabe qué se les pasará por la cabeza. Oiga. —La niñera de las Mercer la agarró del brazo—. ¿Por qué no se nos une Anny? Así, se quedará en casa. Tráigala todas las mañanas; nosotras nos sentaremos en mi cuarto a arreglar el país. Sería maravilloso, estoy segura.

—Señora, es usted un encanto —dijo Agnes, sintiéndose mejor.

—¿Usted cree que estarán de acuerdo?

Su interlocutora se rio entre dientes.

—¿Que si estarán de acuerdo? No se lo voy a preguntar. Se lo suelto y ya está.

En lo relativo al cariño de una madre, Margaret Sharp no se quedaba corta: agarraba a su hija del mentón, le acariciaba aquellos suaves rizos que tenía y la habían visto mirando libros con dibujos, sentada con la niña en el regazo, un total de veinte minutos seguidos al día. Para agasajarla de manera especial, su marido había encargado a Reynolds un retrato de la niña y, como cabía esperar por el precio, el resultado fue excepcional. La madre embelesada podía pasarse horas contemplándolo, suspirando, quedándose sin aliento y a punto de llorar cuando, en ocasiones, le sobrevenía cierta emoción dramática.

Lo que estaba en boga entre los padres, por aquel entonces, era que se implicasen activamente en las vidas de sus hijos, y a la señora Sharp le encantaba sentir que era una mujer moderna. No obstante, se cansaba con mucha facilidad y le gustaba ahorrar energía, por si había alguna emergencia; de ahí que, el mismo día que la nodriza devolvió a Anny, Agnes tomase las riendas.

—Soy la salvación de esta cría —decía, y Anny lo oía cuando todavía no era más que un bebé en su carrito, de camino al parque—. No entiendo por qué su marido no le compró un perrito para que se entretuviera y estuviera contenta.

También las niñas de los Mercer crecían sin la supervisión de los padres, pues la madre había fallecido al dar a luz hacía siete años y el padre a duras penas compensaba su ausencia. Como hombre de letras con cierta distinción, hallaba gran solaz en su estado de viudez: ya no había nadie que le diese su opinión sobre la mejor manera de invertir su tiempo. Era libre de vivir como se le pasara por la cabeza, una cabeza que prefería quedarse en la biblioteca, sin apenas contacto con el mundo exterior. De modo que, pese a que no estaba físicamente ausente, como el padre de Anny, tampoco se podía decir de él que estuviera del todo presente.

De no ser por sus niñeras, ¿quién sabe qué habría sido de aquellas niñas? Fue por la sabiduría de aquellas excelentes mujeres —una sabiduría que aventajaba con creces a la de sus miserables superiores— por lo que aquellas cinco niñas tan preciosas hallaron la salvación.



Desde que tuvieron uso de razón, las niñas de los Mercer consideraron a Anny como su amiga,

pues también ellas eran inteligentes: tenían una mente curiosa y mucha imaginación, y su aula, una estancia reformada que antes había sido un salón, les encantaba. Cada día movían el mobiliario de aquí para allá, incorporaban preciosos objetos a su atrezo y usaban cortinas viejas a modo de telón al tiempo que aprendían la historia de Inglaterra mediante la interpretación.

—Pasó de una corona corrupta a otra que no lo era —exclamó Anny cual rey Carlos subido al cadalso—. Recordadlo.

Laura la decapitó y Hettie, la reina, se llevó las manos a la cabeza desde Francia. Tan conmovedora fue la escena que cancelaron el resto de lecciones de la jornada.

Y cada mes memorizaban por separado uno de los sonetos para lo que se conocía como «los recitales públicos». La madre de Anny no hizo acto de presencia ni una vez —aunque le habría gustado mucho, muchísimo, claro está— ni, todo hay que decirlo, el público. Al señor Mercer sí que no le quedaba otra que bajar de la biblioteca bajo petición expresa de su hermana, aunque él no era el mejor espectador para aquellas apasionadas niñas, pues tenía el listón muy alto. No obstante, también era condescendiente, y el número de veces que se envaraba y hacía muecas se convirtió en el barómetro del éxito de cada representación. Ni que decir tiene que a las niñeras les parecían todas espléndidas.

La situación favorecía a todas las partes implicadas. La maravillosa mente de la tía Mercer había sido, al fin, premiada con alguna que otra labor. Interferir en el funcionamiento de la casa no era de su interés, pues prefería pasar su tiempo libre en museos y charlas y, pese a que las niñeras la tachasen de excéntrica —«Mira que es...», «¿Y a eso le llama «gorro»? Si parece que lleva una paloma encima»—, era un gran alivio para ellas. Todas las niñas progresaron, por supuesto, ¿cómo no iban a hacerlo? Pero fueron Hettie y Anne las que destacaron más.

Aquellas dos eran las mayores de la clase, las más próximas en edad —Anne era la menor por menos de un año de diferencia— e iguales en belleza, aunque aquello carecía de importancia para ellas. También eran las más inteligentes, de manera que al compartir intereses y conversar largo y tendido, al intercambiar diariamente libros e ideas, al confiarse secretos, la una halló en la otra un terreno ideal, fértil, en el que cultivar su verdadero yo.

En ocasiones, cuando no soportaban que las separasen al concluir la jornada, las niñeras acordaban que Anne pasara la noche en la casa de las Mercer y, en una de tales veladas, tras apagar las velas, se confesaron sus sentimientos entre susurros: nunca había conocido el mundo una amistad tan profunda como aquella. Podrían pasar por hermanas. No, eran más que hermanas: ¡almas gemelas! Nunca se separarían, no.

Y, ahí, en la penumbra, juraron solemnemente desafiar todo tipo de convenciones para pasar el resto de sus vidas juntas.

CAPÍTULO 11



—¡SEÑORITA SHARP! —Fanny irrumpió en el ático de Godmersham—. ¡Mire! —Blandía una misiva—. Esperaba que la carta llegase con el correo de la mañana y resulta que lo ha hecho con el de la tarde.

Ambas examinaron el papel, ponderaron la anchura y la calidad y le echaron una ojeada para determinar la extensión del escrito.

—Me imaginaba que la recibiría en el desayuno y que allí la leería, tal y como hace mamá. Es decir, tal y como corresponde a una señorita. —Se mordió el labio—. Pero ahora es tan buen momento como cualquier otro, ¿verdad?

—Creo que es un buen momento para leer cartas —dijo Anne—. Sin duda es una manera excelente de concluir la jornada. Y recuerda, querida, que si esto desemboca en un intercambio de correspondencia asiduo, serán muchas las cartas que recibirás en el futuro...

Fanny suspiró.

—Tiene usted toda la razón. Empiezo a pensar, señorita Sharp, que tiene usted el hábito de llevar la razón en todo lo que dice. Bueno, ¿y ahora qué?

Comenzaba a inquietarla que su alumna se comportase con aquella deferencia desmedida, porque, de seguir así, dentro de poco aquella niña sería incapaz de poner un pie delante del otro sin solicitar que alguien la guiara.

—¿Qué tal si la lees?

—Oh. —Fanny soltó una risita—. ¡Claro! ¿La leemos juntas?

—No, querida —respondió Anne, aunque no fuera por falta de curiosidad—. Es tuya.

Por suerte, Fanny, que era una de esas personas a las que les gustaba compartirlo todo, optó por leerla en voz alta.

Mi querida Fanny:

Tu carta ha suscitado gran deleite entre todos los parientes que tienes en Bath, pero en mí de forma particular. No logro entender qué es lo que habré hecho para merecer tal honor, como tampoco lo comprende la mejor de tus tías, mi querida hermana. Cuando recibí la carta, corrimos el riesgo de que se muriera de pura envidia, pero

enseguida la reconforté haciéndole una astuta observación: que el nombre de Cassandra es más difícil de escribir y para hacerlo hay que gastar demasiada tinta. ¡Bendito nombre el mío, corto y sencillo!

Todos estamos maravillados con las nuevas que nos cuentas de Godmersham. Vas muy aventajada. ¿Cómo va a compararse mi monótona existencia con el hecho de que ahora tienes una nueva institutriz? Desde luego, parece evidente que es una mujer con talento, pues has escrito con pluma clara y tu carta es impecable. Si tienes a bien responderme, te ruego que nos hagas el favor de despejar las siguientes dudas: todos ardemos en deseos de saber qué libros estás leyendo y, en especial, qué poetas. A tu abuelo le gustaría que adquirieras una buena base en cuanto a Shakespeare y, como de costumbre —el suyo es un caso perdido—, te ruega que tengas en consideración los clásicos. ¿Es tu señorita S. —entre sus otros atributos— una mujer a la que le gusten? De ser así, será ella el ejemplo a seguir que necesitarás.

Como sabes, tu abuela está grave, su salud no es buena; de ahí que la inquietud y el temor nos mantengan anclados a la casa más de lo acostumbrado, pero me complace anunciarte que se está reponiendo y que su ánimo comienza a elevarse nuevamente; no tardaremos mucho en volver a la sociedad. Pese a que es un alivio que haya superado la enfermedad, tampoco voy a regocijarme de tener que cruzar las puertas de la casa: no deja de llover y las calles de Bath están sucias, lo que hace que quede sumida en un perpetuo estado de vulgaridad.

Esperamos recibir noticias tuyas de nuevo y te rogamos que transmitas nuestro afecto a toda la familia de Godmersham.

*Tu tía, que te quiere:
Jane Austen.*

Ambas no dejaron de expresar lo mucho que les satisfacía lo que la carta contaba, con exclamaciones que daban muestra de lo contentas que estaban; ambas acordaron que aquella era una de las mejores cartas, tal vez la mejor, que jamás habían sido escritas. Fanny la leyó dos veces más, para cerciorarse plenamente de que lo que leía era cierto, antes de desaparecer en dirección a la biblioteca y, así, compartirla con los demás. Anne, al fin, pudo tomar su propia pluma, pero, entonces, entró Sally.

La taciturna sirvienta que conociera en aquella casa en su primera velada había devenido en una persona más que parlanchina. Además, ahora, mientras se sentaba a trabajar, la mujer venía para continuar con sus labores en compañía. Aquello obedecía a un razonamiento sencillo; mientras mantuviera las manos ocupadas ordenando y limpiando, no tenía por qué dejar la lengua ociosa.

—¿Qué se trae usted entre manos, señorita? —Estaba revisando los cajones de Fanny y doblando aquellas prendas que se habían doblado con menos rigor—. Otra carta, ¿no? Mire que escribe usted cartas y cartas. —Se le acercó y la miró por encima del hombro. Ella ocultó la hoja—. No se preocupe, señorita, que para mí no son más que garabatos.

—¿No sabes leer ni escribir, Sally? —Vaya, vaya; tal vez ahí encontrara la oportunidad de embarcarse en una buena obra, lo deseaba—. ¿Te gustaría que te enseñara? ¿Cuándo tienes la tarde libre? Seguro que puedo hacer un hueco y reservarte varias horas por semana. —Aquella generosidad la magnificaba.

—Gracias, señorita, pero no se moleste. —Sally volvió a centrarse en sus quehaceres—. Mis tardes libres son mis tardes libres, muchas gracias. Salgo a callejear y, después, quedo con Becky.

Anne tomó la pluma de nuevo, perpleja y, al mismo tiempo, presa de una intriga repentina. Volvió a dejarla en la mesa.

—Pues hay que ser una callejera de primera para encontrar dónde callejear aquí en Godmersham. —En el pueblo no había ni una tienda, ni mucho menos una calle mayor. Ella no había disfrutado nada paseando por allí, solo había dado algún que otro paseo solitario. ¿Cómo se podía callejear en el campo?

—Se sorprendería a usted, señorita. En la colecturía hay chicos recién llegados. —Sally soltó un chillido—: ¡Ay, qué risas nos echamos con ellos!

—¿Y la señora Salkeld no pone objeción alguna? —Ella jamás conseguiría reunir el valor suficiente para desatar la cólera del ama de llaves.

Sally se encogió de hombros. Los tenía delgados.

—De ser así, no se atreve a mencionarlo. Aún somos jóvenes, señorita. Hay que divertirse, ¿no? Que esto, a fin de cuentas, no es más que nuestro trabajo. Si me impidieran salir, los mandarían a tomar viento.

Anne se puso a pensar en la coyuntura que cada una de ellas tenía. Aunque a ella le pagaban un salario más alto, Sally, uniforme y mantenimiento incluidos, tenía menos gastos. Además, tenía horas libres por el día y con la compañía de los criados, con quienes hacía vida en la zona del servicio. En cambio, ella no formaba parte del servicio y tampoco era un miembro de la familia; tenía que estar disponible casi a todas horas y, cuando no, estaba completamente sola. Que una sirvienta se exhibiera en público era algo tolerado; en cambio, si una institutriz atraía la mirada de un único caballero, perdería su empleo de inmediato. Aquella comparación la invitaba a meditar sobre la cuestión del privilegio y el precio que había que pagar por él.

—Bueno, a lo que iba: ¿y todas estas cartas...? ¿Tiene a mucha gente pendiente de usted en Londres?

Anne dejó la pluma suspendida sobre la página.

—Esta es para Agnes. Debo terminarla hoy.

—Ojalá tuviera yo una hermana. —Sally pasó al tocador—. Me han tocado ocho hermanos, todos pequeños, y mi madre ya no permite que mi padre le toque un pelo. Duerme armada con el rodillo de amasar. —Alzó la mirada y sonrió—. Tengo ganas de que él intente tocarla y ella le dé una buena tunda. —Siguió a aquellas palabras una demostración en directo con la cabeza del cepillo de plata de Anne—. ¡Que te den, borracho!

—Agnes fue mi niñera y, después, se quedó con nosotros como sirvienta —repuso rápidamente, para desviar el tema de la agresión conyugal—, pero nos queremos como hermanas.

—¡La sirvienta! Que Dios nos ampare. Esto sí que es raro. ¡Escribir a la sirvienta! Nunca había oído tal cosa. Con lo refinada que es usted, señorita.

—¡Ay, Sally! Aunque mi casa era, efectivamente, muy grande y acogedora, no tiene nada que ver con esta. Éramos pocos, Agnes llevaba muchos años trabajando para nosotros y nos parecía natural tratarla como si formara parte de la familia. Comía con nosotros a la mesa, por ejemplo...

—¡No! —Formó un círculo perfecto con la boca—. ¡Imagíneme a mí en el comedor! No sabría dónde meterme. Con lo sosos que son todos.

—A mí los amos me parecen de lo más amable —repuso Anne con cierta rotundidad.

—Son bastante amables, todo hay que decirlo, pero menudos muermos. Sin contar al señor Henry ese. —Sonrió con ternura—. Oiga, ¿sabe usted que le dio a la cocinera una propina de seis chelines cuando dejó el trabajo? Ay, estaba feliz. ¿No le parece encantador?

Al haberse formado ya una opinión sobre Henry Austen, no estaba dispuesta a aceptar testimonios que demostraran su buen carácter. No respondió y volvió a centrarse en la carta.

—¿Cómo será la nueva cocinera? Se rumorea que tiene mucho genio. —Sally se encogió de hombros—. Mi madre siempre dice que todas son unas arpías (disculpe la expresión) y que tuvimos suerte con la anterior. La nueva nunca será tan buena como nuestra cocinera de verdad; eso téngalo por seguro.

Si bien Anne se había encariñado sobremanera con la antigua cocinera y había lamentado que se fuera, no veía motivos para aborrecer a la sustituta.

—¿Y por qué? —Todavía era demasiado ingenua como para sospechar que las cocineras amables fuesen un bien escaso—. No debemos formarnos una mala opinión de la gente. —Se inclinó y la tomó de la mano—. Y menos de aquellos a quienes no conocemos todavía.

Al fin, la sirvienta la dejó sola y entonces pudo centrarse en su escrito. Era una carta complicada y no quería escribirla de manera atropellada. A Agnes se le había metido en la cabeza dar con el paradero del padre de Anne. «No puede esconderse para siempre, y una vez que le ponga las manos encima, Anny, no respondo de mis actos. Hasta podría darle un guantazo de lo rabiosa que estoy, porque se merece que le den un buen guantazo». Buena parte del colorido lenguaje de su antigua niñera le venía de aquellas veladas de teatro. Anne suspiró.

¿Tendría razón? No podía negar que también a ella se le había pasado por la cabeza. De hecho, le había estado dando vueltas al asunto desde aquella mañana en el despacho de Jameson y aquel asunto seguía manteniéndola en vela por las noches. ¿Por qué su padre se habría desentendido de ella? No era únicamente una cuestión de dinero, pese a que no podía negar que fuera un factor de peso. Un futuro incierto era el más aterrador de los horizontes, pero, aparte de aquello, el comportamiento de su progenitor hacía que los cimientos de su vida se tambalearan; siempre había creído que la suya era una familia ideal. Aquel episodio peculiar —y es que debía considerarlo un episodio— le resultaba inexplicable.

A pesar de todo, se mantuvo serena y procedió a escribir a Agnes y a decirle de manera tajante que dejara de buscarlo: ni caza ni guantazos, no en su nombre. Cuando su padre quisiera verla, acudiría junto a él. No obstante, prefería ganarse la vida por sí misma, por poco que ganara, que suplicarle de rodillas.

Ella todavía tenía orgullo; Agnes, no.

CAPÍTULO 12



VARIAS SEMANAS después, Anne se encontraba sentada sola en el aula, mirando otra vez su cena y suspirando hondo. No sabía qué plato era aquel, si es que tenía nombre. ¿Era una sopa o un estofado? Si bien compartía propiedades con ambos platos, no ofrecía el consuelo de ninguno. El caldo era grasa en estado puro; la carne, no más que cartílago, y estaba frío. Alzó la cuchara y se obligó a hacer un último intento para comérselo, pero se echó atrás al momento. Es que no era capaz.

Llevaba en aquel estado de privación desde hacía casi un mes; el estómago le rugía y la cabeza le daba vueltas. Ojalá pudiera apoderarse de una buena rebanada de pan; se entregaba a tales pensamientos e imaginaba cómo aquel alimento crecería dentro de ella y rellenaría el hueco que tenía en el estómago. Se le hacía la boca agua. Por desgracia, en las nuevas circunstancias, tenía vetado el acceso a la cocina. El cinismo de Sally había triunfado y aquello había sido un golpe bajo para su fe: aquella nueva cocinera tenía, efectivamente, mucho genio.

Alguien llamó a la puerta con fuerza y una cabecita agraciada se asomó por la ranura, antes de que —«¡Sharpys!»— la señorita Harriot Bridges metiese el resto del cuerpo en su habitación.

—¡Ya me imaginaba yo que la encontraría aquí agazapada, evitándonos!

No tenía energía —ni voluntad— para ponerse en pie de un brinco y hacer una reverencia. La visitante no lo tomó como una ofensa y acercó la silla del escritorio.

—Esta velada, estamos todos aburridos a más o poder en la biblioteca, así que he pensado que me lo podría pasar mejor con usted. ¿Qué está leyendo? —preguntó, mirando con detenimiento el libro que sostenía en el regazo—. ¿Griego? —exclamó la señorita Bridges—. Ay, querida, usted no tiene precio. —Se oyó el tintineo de su risa—. ¡Hala, ya me estoy divirtiendo! Venga, cuénteme, ¿qué novedades tiene?

Anne, a la que no se le ocurría nada de qué hablar, salvo del hambre que pasaba, miró al cielo por la ventana.

—Bueno, las tardes cada vez son más largas, supongo. El día no ha estado mal.

—¡Ay, Sharpys! Conmigo no tiene que hablar del tiempo, precisamente, que somos amigas, aunque, si insiste, lleva razón: le doy la bienvenida a la primavera con los brazos abiertos, pero aquí hace algo de frío, ¿no? Le ha dado a usted por mantener este cuarto más fresco que la biblioteca, sin duda para mantener esa gran mente suya alerta, ¿me equivoco? —Se tocó la sien

—. Qué ingeniosa es. La biblioteca es como un horno; me temo que allí nos entra sueño a todos. Quizá por eso estemos tan aburridos.

Que hablara de «horno» hizo que Anne estuviera a punto de sumirse en ciertas alucinaciones, pero, entonces, Sally entró para llevarse la cena.

—¡Señorita Bridges! —dijo la sirvienta, inclinándose para hacer una reverencia—. Discúlpeme, por favor. —Le dedicó una mirada de sospecha gélida; era algo, al menos, porque últimamente hacía como si no existiera.

La institutriz no le había gustado a la nueva cocinera, lo había decidido nada más llegar. Eso tenía consecuencias profundas, no solo por el hecho de que le sirviera una comida casi intolerable, sino porque, según parecía, había acabado por convertirse en la enemiga oficial de la cocina. No tenía ni idea de qué había hecho para merecer tal título; lo más probable era que aquella hostilidad estuviera dirigida a las institutrices en general y no a ella en particular. No obstante, era un sentimiento sin matices, y aquella amistad en ciernes que había ido desarrollando con Sally Williams se había convertido, por desgracia, en cosa del pasado.

Y la sirvienta había irrumpido en el cuarto en un momento inoportuno; podía imaginarse lo que diría cuando regresara al piso de abajo: «¿A que no sabéis a quién ha arrastrado esa a su cuarto? ¡A todo un miembro de la familia! Le estará hablando mal de nosotros, claro está. Pero ¿quién se ha creído que es? ¡A saber!».

Sally recogió la bandeja y se la quedó mirando.

—¿Esta noche no tiene apetito, señorita? —Anne era la única que percibía lo fría que era aquella sonrisa de suficiencia—. Qué pena.

La señorita Bridges intervino:

—Qué curioso, a mí me sucede lo mismo. Debí de dejar casi la mitad del cordero y apenas si toqué ese *posset* tan rico. Bueno, más bien no fui capaz de terminármelo, desde luego. ¿Estaremos enfermando las dos? ¡Ay! —Se sobresaltó, inquieta—. ¡Espero que los bebés no nos hayan contagiado ninguno de sus gérmenes!

—Seguro que no es eso —la consoló Anne. Todos los niños se encontraban indispuestos aquella semana y, preocupada, Sackree había denegado el acceso a la guardería a toda persona que no fuese imprescindible. Ella echaba de menos a aquella compañera y también el calorcito que hacía en aquella estancia.

—Ah, por cierto —prosiguió Harriot—, ahora que las tengo a las dos aquí: Fanny dormirá conmigo esta noche, para que se divierta un poco. Lo digo para que estén al tanto.

—Qué tía más amable es usted —repuso la institutriz, aunque en realidad lamentaba que, a causa de eso, no vería una chimenea encendida en condiciones hasta la velada siguiente.

Luego, Sally se marchó; no así la señorita Bridges.

—Bueno, si se niega usted a contarme las novedades que tiene, tendré que darle yo las mías. Veamos. —Cruzó los brazos sobre el regazo—. Anoche fuimos al baile en Ashford, por supuesto. Qué bien ha hecho usted en no ir. Llevé mi traje azul y, por lo que me han dicho, mi indumentaria fue todo un éxito: ¿la vio usted o se estuvo escondiendo, como de costumbre? En fin, me temo que este año no está siendo muy interesante. Hay poco donde escoger; usted ya me entiende. Oiga, que bailé toda la noche, por supuesto; no le estoy diciendo que no hubiera

hombres que me pidiesen un baile, pero es que no había ninguno nuevo. Ese es el problema. Qué harta estoy de todos los caballeros de la zona. Si alguno me propusiese matrimonio, lo rechazaría sin pensarlo.

Se puso de pie, se dirigió al arcón donde Anne guardaba sus cosas y se puso a examinar sus pertenencias. Entonces se acordó de lo que le había dicho su sobrinita la velada anterior: «Pobres mamá y papá; qué cansados están de los bailes, dicen, pero no les queda más remedio que seguir yendo, por el bien de la tía Harriot. Todos soñamos con que encuentre a alguien y se prometa; estamos al borde de la desesperación, la verdad».

La señorita Bridges alzó la mirada.

—Quizá no sea del todo cierto lo que he dicho; supongo que dependería de lo desesperado del momento de la pedida. —Entonces, algo le vino a la mente y se volvió hacia Anne—. Dígame, Sharpy. ¿Alguna vez le han pedido matrimonio? Me refiero a cuando era usted más joven, por supuesto, y... —Dejó la oración en el aire.

La interpelada alzó la vista para mirarla, con la cabeza colmada de tantos motivos para no darle una respuesta a aquella pregunta que fue incapaz de escoger uno solo.

—¡Ay! Por favor, no me diga que sí, pero que el caballero falleció. Ay, Sharpy, qué metedura de pata. —Se acercó a ella a toda prisa—. Es lo peor que podría pasar: acercarse tanto a alguien y, luego, nada... ¡Sería igual de malo que no prometerse nunca! Se me rompe el corazón solo de pensarlo...

—Señorita Bridges —la consoló Anne—, por favor, no se inquiete. No falleció nadie.

—Qué alivio, pero, querida, sí, tal y como pensaba... ¡Pobrecita Sharpy! —Harriot colocó amablemente una mano en el hombro de su interlocutora, una solterona—. Los hombres son unos necios. Si pudiesen hablar, hablar de verdad, como nosotras, como usted y como yo, verían que usted es un tesoro de lo más curioso, pero, en fin, ya basta. He de regresar al piso de abajo; se estarán preguntando en qué ando, y me temo que hace aquí demasiado frío como para quedarse sentada mucho rato.

Harriot fue hasta la puerta. Anne se levantó, le hizo una reverencia y le deseó las buenas noches y, cuando los leves pasos de las zapatillas de seda se replegaron por el pasillo, el aula comenzó a darle vueltas.

Cayó desmayada al suelo.

CAPÍTULO 13



—«**TODO BUEN** regalo y todo regalo perfecto provienen de los cielos y vienen a nosotros de la mano del Padre de la luz, en quien no existe la inconstancia ni las sombras del cambio» —decía con voz apacible el reverendo Whitfield, que llegaba a todos los vecinos del pueblo allí congregados, se derramaba en sus oídos y no solo bañaba las almas superiores de la familia de Godmersham, sentada en un lugar aparte, como correspondía a su condición, sino incluso las de los sirvientes y los granjeros que se hacinaban al fondo. Todos los allí reunidos hallaban sosiego.

Era aquella una radiante mañana de mediados de mayo: el aire, en la calle, reverdecía, una vida nueva se abría paso entre los setos y los barómetros marcaban altas presiones para el resto de la semana. Anne —sentada entre Fanny, cuyo dulce rostro se veía iluminado por la fe, y la señora Austen, de nuevo embarazada, que transmitía incluso mayor languidez y docilidad— contemplaba las motas de polvo danzando en los rayos de sol calientes y meditaba sobre qué le había concedido Dios a ella en particular, si es que algo le había concedido. Se vio obligada a admitir que, tras un período baldío y bastante frugal, durante el cual el Señor había estado algo ausente, le había consentido alguna que otra compensación.

Había que pensar en los deleites que Godmersham en sí tenía que ofrecer, así como su condado. Por primera vez en su vida, tenía la oportunidad de presenciar el paso de las estaciones según su ciclo natural, milagroso, más que según las tradiciones del calendario social. Los campos —de color marrón y yermos a su llegada— ahora se habían enriquecido porque todo crecía en ellos y conformaban un cuadro constante de la sencilla industria creada por el ser humano. Se percató, para su sorpresa, de que vivía rodeada de belleza y dio gracias a Dios por ello.

A lo anterior se añadía la amistad. Los lazos que había ido estableciendo con Fanny empezaban a deleitarla y las cartas, ahora frecuentes, de la querida tía Jane servían para que aquel gozo recíproco se incrementara. En abril, tanto el señor como la señora Austen se ausentaron y le confiaron el cuidado exclusivo de su hija, lo que tuvo un beneficio doble: sirvió para fortalecer el vínculo entre profesora y alumna y logró que tuviera que comer a todas horas con los niños. Durante todo un mes, se alimentó debidamente y ganó fuerzas. Por desgracia, las antiguas raciones que recibía, sin duda de carácter punitivo, habían perjudicado su salud y le habían provocado desmayos constantes, algo difícil de ocultar a la familia. Sin embargo, ahora se

había repuesto del todo y, lo más importante, la señora Austen había decidido perdonarla. Rezó rápidamente por su propia salud.

Y el propio rector, el señor Whitfield, se estaba convirtiendo en un verdadero amigo, cuya inteligencia valoraba y cuya ama de llaves preparaba un delicioso pastel de ciruela. A menudo, se acercaba con Fanny dando un paseo hasta la rectoría cuando hacía buen tiempo, y allí podía hablar de manera distendida y, sobre todo, comer hasta la saciedad. Y también sus servicios resultaron ser una especie de revelación para ella, cuya excelente educación, por supuesto, había abarcado el estudio bíblico y las doctrinas de las principales religiones del mundo. Sin embargo, cuando era una niña, sus visitas a la iglesia habían sido como mucho esporádicas. Muy de vez en cuando, su madre la llevaba a la de San Pablo, en Covent Garden, pero solo a los oficios menos destacados, pues las fiestas principales las pasaban en casa, pendientes de ocupaciones más profanas. Al bendecir la mesa antes de las comidas, su padre nunca estaba. Era Agnes quien lo hacía, mientras se fijaba en lo que había de comer —«te damos gracias, señor, porque hubiera peras en el mercado esta mañana, que ya tardaban, si se me permite el comentario»—, lo que confería a sus plegarias una sensación de acto pagano lamentable.

Así pues, pese a que estaba intelectualmente preparada para instruir a Fanny en materia religiosa, en la práctica no tanto. Para ella era una especie de novedad que, para su sorpresa, le resultó bastante grata. Previamente, se había mostrado escéptica ante las artes del sermón; aquellos no le parecían más que soliloquios mal escritos y peor recitados. Sin embargo, agradecía los sermones del señor Whitfield: sin importar lo profundo que fuese el tema, los pensamientos que él compartía al respecto no se alejaban en demasía de la superficie. Por muy desgraciada que fuese la condición universal del hombre, él se mantenía alegre e impasible. Se expresaba con concisión y rapidez.

Ahora el clérigo se volvió hacia el altar para comenzar a leer el Evangelio de aquella mañana.

—«Verdaderamente, verdaderamente te digo que sea lo que fuere que pidas al Padre en mi nombre, él te lo concederá. Hasta ahora, nada has pedido en mi nombre: pide y recibirás, para colmarte de gozo...».

Tomándolo al pie de la letra, Anne alzó el rostro hacia el altar y comenzó la petición: pidió que Dios velara por Agnes, que atemperara sus pasiones y la llevase por el camino de la cordura, aunque no era muy probable que Dios pudiera hacer nada por ninguna de las dos cosas. Rezó porque su padre conservara la buena salud y, devotamente, porque tuviera la conciencia tranquila y entrase pronto en razón. Rezó una plegaria por el alma de la malvada cocinera y, también, por la de Sally, que se estaba volviendo igual que la otra.

Y, por último, si el Señor todavía tenía a bien escucharla, le hizo saber el hecho de que el señor Henry Austen la irritaba sobremanera. Había llegado la velada previa y, por ahora, solo había tenido que soportar saludarlo de manera breve y cordial. Sin embargo, como sentía una enemistad tan firme contra aquel hombre, daría gracias a Dios de que la liblara de futuros encuentros.

Los congregados salieron bajo el sol refulgente, amarillo, mostraron sus respetos al párroco y se dispersaron para proseguir con la jornada. Pese a que no estaba lejos de la casa, la señora Austen, como precaución por el efecto que podría tener el calor en su delicado estado, decidió

recorrer el trayecto en carruaje. El señor Henry Austen la ayudó solícito a que subiera y, acto seguido, se volvió hacia Fanny y Anne.

—Damas. —Si bien la ceremonia no había sido larga, el hombre estaba inquieto, como un león al que acabaran de soltar de una jaula muy pequeña—. Volvamos juntos.

—Sí, por favor, tío Henry. —Fanny soltó una risita cuando él le ofreció el brazo.

—¿Señorita Sharp? —Le ofreció el otro codo, pero la institutriz declinó rápidamente la invitación.

—¡Qué día más maravilloso! —Tomó una gran bocanada de aire cuando salían del camposanto y se metieron en el sendero—. Aunque ¿acaso no es cierto que Godmersham vive en un estío perpetuo?

—Ay, sí, tío Henry, pero... —Cada vez que se le presentaba la oportunidad, la niña siempre daba la razón a los adultos—. Puede que me equivoque, pero, la última vez que estuviste con nosotros, ¿acaso no estábamos hasta arriba de nieve?

—Ya lo he olvidado. Cuando estoy en la ciudad, trabajando sentado a mi escritorio hasta agotarme, para ganarme la vida a duras penas, cuento las gotas de lluvia que se deslizan por la ventana y pienso siempre en ti, aquí, bañada por los rayos dorados del sol. Kent, por supuesto, es célebre por ciertos atributos que...

Y, a continuación, el hombre se encomendó a sí mismo la tarea de explicarles lo caprichoso del clima en todo el país. «¡Que Dios me dé paciencia!», pensó Anne. Ya habían llegado a las puertas que había en el muro de ladrillo de la hacienda, donde los embargó el aroma de las flores que acababan de abrirse. Ya solo le quedaba aguantar un poco más, mientras caminaban por el paseo de los tilos, antes de librarse de él.

—... la proximidad del mar. Y, al ser el condado más cercano a Francia...

Fanny se encogió de hombros.

—Pues a mí no me gusta esa cercanía. Tío Henry, ¿tú crees que los franceses nos van a invadir? Las cosas se están poniendo muy feas. Papá dice que...

—¡Ja! Que lo intenten: en cuanto se encuentren con los voluntarios de la milicia oriental de Kent, los muy canallas darán media vuelta con el rabo entre las piernas antes siquiera de tener tiempo de decir: «¡Bonaparte!». —«Menudo valiente», pensó Anne. Aquel caballero no ponía su vida en peligro todos los días en el campo de batalla, solo tenía que enfrentarse a clientes ricos y muchos billetes—. A mí no me dan miedo —prosiguió el tío de la pequeña—, pues que se hable de la guerra me favorece en los negocios. ¡La paz ha estado a punto de llevarme a la ruina!

¡Estaba atónita!

Él, por supuesto, ni se inmutó.

—Como bien aprendí en mis años de servicio en el regimiento de Oxford, por mucho que lo intenten, y, desde luego, por falta de intentarlo no es, los franceses nunca lograrán derrotarnos.

Menuda sorpresa: no era fácil imaginarse a aquel sibarita peripuesto sufriendo los embates de la vida en los barracones. En todo caso, Anne decidió deshacerse de manera elegante de su silencio hostil respecto de aquel asunto en particular, sin que afectara a los demás.

El señor Henry se detuvo.

—Pero ¿por qué no vamos a verlo en persona? Ahora mismo, tu padre debe de estar

entrenando a sus tropas en la parte alta de la finca. ¡Vayamos a verlos! De ese modo tu mente joven se relajará.

La verdad era que no tenía intención alguna de desperdiciar la mañana con aquella compañía en particular, pero, como no podía ser de otra forma, su pupila tenía otra idea en mente.

—¡Ay, vayamos! Sí, por favor —exclamó—. Por favor, di que vendrás con nosotros, Anny. ¡Ay! —Se cubrió la boca con la mano.

—¿La tuteas? —Entornó los ojos y la institutriz se ruborizó.

—Ay, señorita Sharp, ¡disculpe! —dijo Fanny, suplicante—. Tío Henry, por favor te lo pido, no le digas nada a mamá. Será nuestro secreto. La señorita Sharp es muy estricta con este particular; solo se me permite si acaso llamarla por su nombre cuando estamos completamente a solas.

Él se quedó inmóvil y adoptó un tono serio:

—Lo que hay que oír: que no le diga nada a tu madre, dices. —Se frotó el recio mentón—. Me pides que oculte información que podría ser de gran interés para tus padres. —Sacudió aquella agraciada cabeza en señal de consternación y el sol perfiló los mechones rojizos y dorados de su cabello—. Esto no es baladí, jovencita. Tengo que pensarlo seriamente. —Se puso a andar por el sendero de un lado para otro.

Anne presuponía que solo quería divertirse a su costa; ¡cuánto detestaba aquella clase de juegos! Al ser hija única, no había sufrido lo suficiente como para acostumbrarse a tales circunstancias, pero no estaba del todo tranquila, pues la institutriz ideal no debía intimar en exceso con su alumna. A duras penas se podía considerar a la señora Austen como una de esas madres distantes que llevan una vida independiente de sus hijos. De hecho, la mujer era todo lo contrario: le encantaba ser el centro de aquellos mundos jóvenes en los que sus hijos habitaban. Sería inoportuno ofenderla en aquellos momentos, cuando todo iba sobre ruedas. Fanny la agarró de la mano, mientras el señor Henry seguía caminando.

Trascurrieron varios minutos antes de que se parase y las mirase.

—He tomado una decisión. —De pronto, sonreía con soltura y, por fin, hablaba con voz dulce—. Y he decidido que, dado que es un nombrecito encantador que encaja con tu encantadora institutriz —se inclinó hacia Anne—, tu secreto estará a salvo conmigo y nunca volveré a mencionarlo, pero con la condición, señorita «Sharp» —dijo, subrayando su apellido—, de que me prometa que va a acompañarnos a lo alto de la colina para contemplar cómo nuestras tropas se preparan para la batalla.

«Encantadora institutriz...». Todas esas atenciones no eran ni mucho menos bien recibidas. De hecho, aquella cercanía resultaba harto inapropiada. ¿Es que él era tan débil y estaba tan preocupado por su popularidad que tenía que ponerse a cortejar a alguien como ella? Estaba decidido a conquistar, como si fuera el mismísimo Napoleón. Anne fingió gratitud, sonrió pese a las oleadas de odio que la invadían y que apenas podía doblegar y aceptó el trato educadamente.



La preparación para la invasión no era exactamente lo que se esperaba, pues había imaginado

que la nación en general estaría hecha un manojo de nervios por el pánico ante el posible fracaso del tratado de paz y ante las noticias fatalistas, por lo que dependería de pleno de aquellas defensas costeras. No obstante, aquí, tanto en el campo como en las inmediaciones, el ambiente era festivo. Los curiosos se reunían en la finca para disfrutar del espectáculo. Llegaban con el pícnic preparado y mucha cerveza *ale* y se dedicaban a proferir cantos patrióticos coreados con sed triunfal, al tiempo que las alondras danzaban por el cielo de un azul penetrante. Quizá la nerviosa capital llegaría a apaciguarse si presenciara la confianza con la que Kent se enfrentaba a la terrible amenaza.

Y, posiblemente, contemplar a los voluntarios de los pueblos de Godmersham y Molash, que a ratos marchaban hacia la cumbre y a ratos volvían a bajar, también serviría para apaciguar los nervios de Londres. Sin embargo, al observarlos, tenía sus dudas. A diferencia de otros, ella podía reconocer a buena parte de aquellos futuros héroes de guerra que allí se congregaban: el porquero, el vaquero o los paisanos de la colecturía con los que a Sally le gustaba callejear. Además, le desconcertaba un poco que no pareciera que hiciese falta ningún tipo de arma para que se entrenaran. ¿Acaso el plan se limitaba a marchar hacia los franceses, con la esperanza de que salieran corriendo? Su preocupación iba en aumento.

—¿No le parecen espléndidos? —enfaticó Fanny, sin aliento—. ¡Mira a papá con el uniforme! ¡Me quedo sin palabras con solo verlo!

El capitán Austen, como lo conocían los presentes, se había puesto con gran esmero la casaca roja, la banda y los calzones azules. En el gorro negro lucía los emblemas de una rama de roble y una media luna. Anne veía, incluso desde la distancia, que el atavío se había diseñado con gran esmero, al igual la presentación general: seguro que el enemigo resultaría intimidado por tanta elegancia.

—Es el paradigma de lo caballeresco —concordó Henry Austen—. Bonaparte temblará de miedo con tan solo mirarlo.

Sobresaltada al oír el eco de sus propios pensamientos en labios ajenos, se volvió hacia él y... ¿Se confundía o aquel hombre acababa de guiñarle un ojo por encima de la cabeza de su pupila? Eso ya era pasarse de la raya.

—¡Señorita Sharp! —exclamó Fanny—. ¿Se encuentra bien? —Luego, a modo de inciso para informar a su tío, pese a la contrariedad de la institutriz, añadió—: A la pobre señorita Sharp le duele la cabeza a menudo.

—Discúlpeme, señor. —Anne hizo una reverencia—. Aquí en lo alto pega demasiado el sol esta mañana —dijo con voz oportunamente débil—. Si puede prescindir de mi compañía, regresaré a la casa.



Aquella «cabeza» que le dolía a menudo le servía de excusa para escabullirse de cualquier escena que empezara a resultarle incómoda. Como estaba indispuesta con tanta frecuencia, nadie dudaba de ella cuando afirmaba que se encontraba mal. Sin embargo, también era aquella circunstancia motivo de gran angustia personal, no solo por la violencia implícita en dicha condición, que era,

efectivamente, horrible: era como si unas navajas invisibles le apuñalaban los ojos por el día y que tras estos se ocultaba una agonía que la acosaba por la noche y, en ocasiones, la hacía gritar. La angustiaba, asimismo, el gran inconveniente que suponía, puesto que ahora tenía que estar sana para poder trabajar. La institutriz ideal era una mujer que no enfermaba nunca, para vergüenza suya; aquellas jaquecas eran consecuencia de su estado emocional. Y descubrió que no las podía controlar.

Desde su nacimiento, había sido fuerte: nada la incordiaba salvo un leve resfriado. Así fue hasta que cumplió los quince años. Aquel día, como de costumbre, Anne revoloteó alegremente al aula, pero ¡Hettie no aparecía por ninguna parte! La tía Mercer le explicó que la muchacha seguía en su cuarto, y antes de que terminase la oración, Anne se precipitó escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos.

—¡Querida! ¡Estás enferma! —Irrumpió en los aposentos sin llamar a la puerta y se encontró con Hettie sentada tranquilamente frente al espejo, mientras una desconocida la peinaba.

—¡Anny! —Hettie sonrió—. ¡Esta noche voy a ir a mi primer baile! Mi madrina será mi carabina. ¿Te lo puedes creer?

—¿Un baile? —preguntó, y luego cayó sobre la cama, presa de un profundo desconcierto—. Pero ¿para qué?

Hettie soltó una risita.

—¡Pues para bailar, digo yo! ¿Por qué crees que esa maestra aburrida viene semana sí, semana también? Por fin voy a practicar de verdad. ¡Y con caballeros de verdad!

Las palabras de su amiga la consternaron. Aquel era un mundo ridículo y lleno de reglas absurdas. Al fin eran lo suficiente mayores como para que la tía Mercer comenzase a llevarlas a charlas y reuniones, tal y como les había prometido: se harían un hueco a los pies de aquellos cuyas ideas adoraban debatir. ¡Y ahora resulta que Hettie se iba a centrar en bailes y caballeros! ¿Qué querría de semejantes caballeros? Jamás habían hablado de aquella raza. Ambas se querían, ¡se habían jurado amor eterno! No podía ser cierto que la familia Mercer hubiese estado planeando todo aquello todo este tiempo. Ojalá Hettie no fuera cómplice de todo aquello, pues, de ser así, sería la más monstruosa de las traiciones.

Empezaron a dolerle los ojos cuando se arrastró escaleras abajo. Llamaron a Agnes para que viniese a cuidarla. Al día siguiente, quedaban dos asientos vacíos en las clases: Hettie estaba demasiado cansada y alegre como para hacer acto de presencia y Anny estaba demasiado débil como para moverse.

A medida que pasaba el tiempo y que los problemas se multiplicaban, los dolores de cabeza se agudizaron. Cuando Hettie anunció su compromiso, las jaquecas la acribillaron; y las semanas que su amiga pasó comprando su ajuar, las pasó en vela noche tras noche, gritando de dolor y llorando de día. Los criados corrían de una casa a la otra con cartas, algunas de ellas escritas en un tono apasionado: «No puedo compartirme con nadie. Si no te puedo tener toda para mí, entonces, ¡no te quiero!». En otras, de las que se desprendía una leve alegría, se leía: «Querida, te lo ruego, no te pongas así».

Luego, llegó el terrible verano de 1792; su madre no paraba de llorar y ni Anne ni Agnes sabían por qué. Y, durante ese tiempo, tuvo jaquecas una tras otra.

Sabía que no estaba bien hacer creer al señor Henry Austen que le dolía la cabeza, cuando en realidad se encontraba perfectamente bien. Cualquier otra alusión a la enfermedad no haría sino poner a prueba la paciencia de su señora. Era una insensatez arriesgarse a aparentar que era más delicada de lo que era, pero es que él la irritaba sobremanera.

Rezó para que la vida en Godmersham siguiera siendo tranquila y para que la salud la acompañara de ahora en adelante.

CAPÍTULO 14



PESE AL calor que hacía aquellos días, Anne trató de permanecer en su cuarto tanto como le era posible: el riesgo de tener otro encuentro con Henry Austen era, simple y llanamente, demasiado alto aunque, por desgracia, casi inevitable. Cuando se conocieron, había notado que la presencia de aquel hombre llenaba parte del aula. En aquella nueva visita, se percató con asombro de que, en realidad, su aura acaparaba todo Godmersham Park.

En ciertas ocasiones, cuando no parecía haber peligro alguno, bajaba ligera y rápidamente las escaleras traseras para tomar un poco de aire fresco, y cada vez, de manera invariable, se lo encontraba y la atacaba con su sola cercanía. Ya fuese en la entrada trasera, detrás de la verja del jardín, cuando ella la abría para salir, o en los establos. Incluso hubo una vez que se lo encontró en la carretera de Canterbury, lo que fue de lo más humillante. No tenía escapatoria. Se limitaba a saludarlo, luego a rechazarlo y a marcharse a toda prisa.

No obstante, una vez por semana, tenía en el piso de abajo un compromiso que no podía eludir: las clases de baile de Fanny con el señor Philpot. La niña las recibía en el salón y ella ejercía de carabina. Ese rato no le hacía ninguna gracia, pues, por mucho que a ella le gustase bailar, por lo general, los profesores de baile eran unos puritanos ridículos. La mansedumbre con la que se comportaba el señor Philpot en presencia de la señora Austen rozaba lo medieval y estaba convencida de que, una vez, incluso se había retirado de la estancia marcha atrás, para no darle la espalda. Además, el hecho de que a aquel hombre le pagaran más por hora que a ella por todo el mes no ayudaba a que lo mirara con buenos ojos.

Aquella tarde, sentada al piano para ofrecer acompañamiento musical a la clase, tuvo que soportar cómo el señor Philpot enseñaba a su alumna cómo se entraba en una habitación. Ya llevaba varias semanas con lo mismo. Ella dudaba que la niña, durante toda su vida adulta, llegara a traspasar tantas puertas; con tal variedad de estilos y tantísimos efectos, como para tener que preparar sus entradas con semejante diligencia.

El maestro dio un golpecito en el suelo con el bastón.

—Repitémoslo —ordenó con aquella afectación suya—. Y, esta vez... —Abrió la puerta para que pasase Fanny, se quedó sin aliento y se inclinó de forma exagerada, casi como si fuese un movimiento de *ballet*—. Señor Austen, ¡qué gran honor!

—¡Mira dónde estabas! —Henry entró en la estancia de una zancada—. Espero no haber

interrumpido nada importante.

El profesor comenzó a dar explicaciones, pero el recién llegado lo interrumpió:

—He venido en busca de compañía para salir a pescar. Fanny, tu querida madre ha dicho que no. Voy a tener la cara tan triste como un siluro si me veo solo en la ribera.

El señor Philpot se frotó las manos.

—Señor Austen —recalcó el apellido, bajando la cabeza en señal de ferviente súplica—. Le emito el más respetuoso de los ruegos: todavía nos quedan diez minutos de clase.

—¡Excelente! —El hombre dio al maestro una palmada en el hombro de lo más efusiva y, aunque la intención no podía ser sino buena, Anne miró de reojo por encima de la partitura; tenía algo de curiosidad por saber si el remilgado del señor Philpot seguía de una pieza o si había acabado despatarrado en el suelo. —¡Que sean cinco! Tenemos un trato. Iré a por las artes de pesca. —Henry se volvió para marcharse, pero, entonces, se dio la vuelta otra vez—. ¡Señorita Sharp! ¿Por casualidad no sabrá usted pescar con caña?

—Por desgracia, no, señor.

—Mmm, qué pena. ¿Se debe a que no ha tenido la oportunidad de hacerlo o a que no le interesa?

Anne solo admitió lo primero, aunque, por supuesto, ambos motivos eran correctos.

—En ese caso, ¡vendrá con nosotros para que le enseñe! Nos reuniremos en el recibidor dentro de cinco minutos. De hecho, señor, ya ha gastado uno, así que ahora le quedan cuatro. Le ruego que los aproveche como debe. —Tras inclinarse con un gesto ostentoso, se marchó. Y el señor Philpot se quedó con cara de siluro.



Anne estaba de pie, en la orilla del *Stour*, estudiándolo con renuencia. Un poco más adelante, río abajo, frente a la casa de baños, estaban Fanny, su tío y también, para su sorpresa, la señora Austen. Pese a haber rechazado la propuesta de su cuñado en un primer momento, en cuanto llegó a sus oídos que la institutriz también iría, la mujer cambió de idea.

No podía asegurarlo, aquella decisión podía deberse a otros factores y ser del todo inocente, pero se temía que no presagiaba nada bueno. ¿Es que ahora la estaban vigilando? Tampoco era descabellado pensar que las atenciones que aquel hombre le dedicaba hubieran llamado la atención. ¡A lo mejor había dicho algo sin pensar acerca de sus encuentros! Se estremecía de solo pensarlo. La más ligera sospecha de que había sido cómplice, de que había hecho lo que fuera para atraer al caballero, la pondría en peligro. Debía estar ojo avizor.

De ahí que se hubiese colocado a una distancia de los demás que esperaba que se interpretase como un gesto de sumisión. Rezaba para pasar desapercibida, tanto para los hombres como para los peces.

Volvió la cabeza un poco hacia el bonito puente de piedra, para que la capota le ocultase el rostro al resto del grupo. La caña le colgaba de las manos y rara vez importunaba la superficie del agua. Se sorprendió a sí misma tarareando una bonita canción y tuvo que admitir que la excursión no estaba siendo del todo desagradable. La curvatura de los rayos de sol vespertinos

era tal que casi podía contar una a una las manchas que las rollizas truchas tenían en el lomo mientras les sonreía y les proporcionaba una travesía segura.

—Venga, señorita Sharp. —Su verdugo anduvo a zancadas río arriba—. Aunque las estrategias hay que aprenderlas, también hay que esforzarse un poco, incluso aun siendo novata en esto. Por favor, permítame. —Le tomó la caña de las manos—. La clave está en cómo lance el sedal al agua.

A lo que siguió una demostración atlética con ínfulas narcisistas; daba la impresión de que aquel hombre rara vez se olvidaba de sus propios movimientos. Anne lo observó obediente y contuvo el enfado que la consumía por dentro.

—¡Ja! He pescado uno... Mírelo... Un buen ejemplar... Se me hace la boca agua con solo mirarlo... Ahí. Primero, hay que atraer... No deje que pase de largo... Luego, hay que tentarlo...

Aquello le recordaba tanto a su madre mientras ella tuvo edad de casarse que no pudo evitar sonreír.

—Señorita Sharp —la amonestó, aunque volvió a entornar los ojos, como siempre hacía—, se lo pido por favor. La pesca es un asunto serio y le ruego que lo trate como tal. —V volvió a centrarse en su presa—. ¡No! ¡Cuélguelo! ¡Lo hemos perdido! Lo hemos atrapado y ahora...

Observó encantada a la trucha escapando para ser libre, aunque para su acompañante aquello fue un drama: ¡no le gustaba nada perder! Un pez, con su solo movimiento de cola había herido su enorme ego varonil.

—Con esto, he querido enseñarle los peligros de distraerse aunque sea un momento, señorita Sharp, pero, puede que, esta vez...

—Señor. —Hizo una reverencia para apaciguarlo—. Le ruego que me disculpe. —Y, repitiendo las palabras que tantas veces habían desesperado a su madre, añadió—: Me temo que este asunto no me llega al corazón.

Y, antes de que pudiese pararla, trotó ribera abajo para excusarse ante las damas y, una vez la perdieron de vista, se agarró las faldas y corrió por los campos de vuelta a la casa y a su refugio.



Quienes conocían a Anne de hacía tiempo habrían avisado a Henry Austen de que no iba a dar su brazo a torcer, pues tenía fama de dejar que se le escaparan buenos partidos. Algunos hasta llegarían a decir —con los labios fruncidos, negando con la cabeza de un modo lastimero, pero sin rastro de simpatía— que aquel era el motivo por el que había acabado de institutriz. Había tenido varias oportunidades que tendría que haber aprovechado cuando podía hacerlo.

Sin embargo, ella no aceptaba tal versión. Diría, más bien, que dentro del abanico de caballeros que se habían plantado en el umbral de su puerta, ninguno la había tentado: ninguno valía la pena. Ninguno.

Con todo, el caso del primero que le propuso matrimonio era algo diferente. Por aquel entonces, incluso atornillado a la silla como estaba, incapaz, físicamente, de arrodillarse, el señor Jameson le recordó a una ballena. Al principio, no entendía lo que estaba sucediendo: ¿por qué sus padres habían salido de la estancia, ambos, y la habían dejado con aquel ogro? Cuando el

hombre le expuso sus motivos, le pareció que no hablaba sino de un acuerdo de negocios, no de un matrimonio.

—Y, por ende, uniendo tales divergencias, descubriríamos que cada uno de nosotros no sería, Dios no lo quiera, un estorbo, sino, en efecto, un complemento para el otro, y que, con esfuerzo y diligencia, cosecharíamos algo de éxito y, acaso, beneficios mutuos...

Le entraron ganas de reír. Alcanzó a rechazarlo con cortesía, si bien con rotundidad.

Cuando la ballena, con movimientos pesados, se alejó, sus padres regresaron.

—¿Y bien? —exigió su madre.

—¡Ay, mamá! —Anne se recostó rendida contra el asiento y se rio—. Seguro que ni te lo imaginas. ¡Ha pedido mi mano!

—Eso ya lo sé —respondió la señora Sharp, airada—, pero ¿has aceptado? Anny, por favor te lo pido, esto no es para reírse.

—Discúlpame, mamá. —Anne se enderezó en el asiento y recuperó la compostura—. Pensé que a ti también te parecería gracioso. Y ¡claro que no! Tengo dieciséis años; es un viejo y, además, repelente.

—Ay, Anny. —La señora Sharp se hundió en el diván y se retorció las manos—. Esperaba que, al menos por una vez, entraras en razón.

—Bueno, ríete, querida mía —su padre reía entre dientes—, de que nuestra hija hermosa, radiante, rechace a un bobo gordinflón como Jameson. Y mira que todos piensan que es dócil. ¿Acaso no son las muchachas un misterio? —Se sentó junto a la chimenea encendida y abrió el periódico.

—¡Johnny! Esto es serio; no estamos para bromas. ¿No te da vergüenza? ¿Con qué cara vas a mirar al señor Jameson la próxima vez que os veáis?

—¿Jameson? —El señor Sharp alzó la mirada y se rio aún más—. Por favor, señora mía, no creas que ese hombre tiene sentimientos. Me atrevería a decir que ya ni se acuerda de lo sucedido. Deberíamos seguir su ejemplo.



Tras aquella debacle, fueron a verla más caballeros. No conocía a ninguno antes de que se presentasen a su puerta. Todos tenían algún tipo de relación con su padre; bien de negocios, o bien frecuentaban el mismo club. Incluso aunque se hubiese visto tentada, cosa difícil, pues no pensaba casarse, a todos les veía algún defecto que hacía que se negara con todas sus fuerzas: les temblaban las manos, o se les veían los ojos inyectados en sangre, lo que dejaba claro un gusto excesivo por la bebida, o bien tenían muchas deudas de juego que esperaban que su padre saldara si ella aceptaba. También hubo algún caso en que le hablaron de una esposa difunta y muy querida y de... nueve niños huérfanos. El asunto tocó fondo cuando vino uno que anunció, para justificarse, que apenas si tendrían que pasar tiempo juntos, por lo ocupado que estaba con las plantaciones de la familia, porque si no acudía él mismo y les dejaba claro a todos quién mandaba ahí...

Lo rechazó furiosa.

—¿Y bien? —La señora Sharp entró en cuanto él se hubo marchado.

—¡Mamá! ¿En qué estabas pensando? A estas alturas, entiendo que te ha quedado claro qué opino al respecto —reivindicó—. Ya me has oído muchas veces. Y ¿qué se le ha metido a papá en la cabeza para que me envíe semejante horda de candidatos repugnantes?

—¡Los envía porque yo se lo he suplicado! —chilló su madre—. ¡Todos vienen porque lo he pedido yo! Ay, Anny. —La mujer se hundió de nuevo en el diván, aunque esta vez, llorando—. ¿Qué va a ser de ti?

—Cuánto lo siento, madre. —Anne se le acercó, se sentó a sus pies en el suelo y reposó la cabeza en el regazo de su madre—. ¡Es que no puedo someterme a semejantes convencionalismos! Tú lo sabes. ¡Y papá me conoce de sobra! A él no le gusta lo convencional; yo no hago más que seguir su ejemplo.

—Si es así, te arrepentirás. ¿Crees que puedes vivir como una mujer que no se atiene a las convenciones? Serás el hazmerreír de todo el mundo.

Anne se sentó sobre los talones e imploró:

—Por favor, mamá, deja que me quede sola. Te prometo que, algún día, si me enamoro tan perdidamente como tú de papá, por supuesto, entonces...

—¡Enamorarse! —chilló su madre, angustiada—. No puedes fiarte del amor ni vivir de él.

—Pero ¿acaso no puedo ni tener esperanza? —argumentó Anne—. Lo siento, pero me niego a resignarme. Y, de todos modos —siguió, ocultando la cabeza en el regazo de su madre—, no sé por qué, pero nunca he sido capaz de verme en una familia tradicional. La esposa..., la madre... Son papeles que, simple y llanamente, no me atraen. Yo disfruto de la vida tal y como es, contigo y con Agnes como amigas, y también con papá, claro está. Creo que, como tantas veces ha dicho él, tal vez pruebe a subirme a un escenario, como hiciste tú, mamá. ¡O incluso intente escribir para el escenario! Estoy perfilando una idea que se me ha ocurrido. Puede que tú todavía tengas algunos contactos.

La señora Sharp hizo caso omiso de todas y cada una de las palabras que había pronunciado su hija.

—¿Y cuando yo muera? —lloraba—. Entonces, ¿qué?

—Entonces, me pondré muy triste. —Anne sonrió y la tomó de la mano—. Muy, pero que muy triste. Y ningún marido con pocas luces podría consolarme en modo alguno. Por favor, no te angusties, mamá. Te prometo que todo saldrá bien.

—La aprenderás. —La señora Sharp se toqueteó los ojos—. Aprenderás la más dolorosa de las lecciones.

Anne suspiró, algo irritada. Siendo como era una chica inteligente y, además, habiendo recibido la mejor educación posible, le resultaba increíble que su madre pudiese enseñarle nada.

—Pero ¿qué lección, mamá?

—La que —su madre resolló, con delicadeza— todas las mujeres han de aprender antes o después. El mundo no es tu amigo, Anny, querida mía —citó a Shakespeare—, ni tampoco las leyes del mundo.

CAPÍTULO 15



Querida Fanny:

Te asombrarías si supieras lo mucho que nos diviertes con tus maravillosas misivas. Nos sentamos a leerlas durante horas —solos o en compañía—, extrayendo hasta la última de las gotas de su néctar hasta secarlas por completo. Nuestras pláticas al respecto han versado desde los dientes del bebé hasta el tiempo que hace en la zona en la que vives, pasando por los asuntos más variados, hasta que aterrizamos nuevamente en nuestra conclusión predilecta: que has resultado ser una Austen de primera.

La respuesta que nos has dado a la cuestión de los clásicos era la esperada y tu abuelo está conforme. Tu madre está en lo cierto —como suele ser el caso de las madres en general—: el francés resulta más útil que el latín en estos tiempos, pues tienes más posibilidades de encontrarte con un francés en una cena que con un senador romano; a estos raramente se los invita a las mejores casas. No me cabe duda —dada la alta exigencia de tu espléndida señorita S.— de que ya hablas dicha lengua con fluidez y de que has superado descaradamente a tus pobres e ignorantes tías. Desafortunadamente, nosotras tuvimos la desgracia de que nos enviaran a un colegio: son instituciones absurdas cuyo único propósito es prevenir todo tipo de aprendizaje. Me temo que nos tacharás de ignorantes cuando volvamos a vernos.

«Y, querida tía Jane, ¿cuándo nos veremos?», te oigo lamentar incluso en la distancia. Por desgracia, este verano no, pues ya hemos hecho planes. Acabamos de liquidar el arrendamiento de Sydney Place —no me dio ninguna pena hacerlo— y pronto emprenderemos viaje en una dirección bien distinta. Es Lyme el destino que se ha ganado el honor de nuestra presencia este año —ahora mismo están celebrando ya que vayamos y preparando nuestra llegada—, y tu tío Henry y tu tía Eliza se reunirán con nosotros allí. No hace falta que te diga cuánto gozo traerán ambos consigo.

Así las cosas, este tiempo maravilloso que hace nos recuerda a menudo a Godmersham, pero, por supuesto, cierto es que Kent sale bien parado en todas las

estaciones. Ojalá pudiera decir lo mismo de nuestro pobre Bath...

Un abrazo.

Tu tía Jane.



Aquella mañana soleada, con la conciencia tranquila y la casa para ella, Anne se preparó para un día de puro ocio. Por supuesto, la cena no iba incluida: teniendo en cuenta que toda la familia había salido para celebrar el cumpleaños de Elizabeth Austen, sus raciones serían peores que de costumbre, pero, a modo de compensación, decidió de repente que, por una vez, se sublevaría en una sorprendente rebelión. A fin de cuentas, si no había nadie de testigo, no había necesidad de interpretar el papel de la institutriz apocada. Puede que los sirvientes se diesen cuenta, por supuesto, pero no tenía que agradecerles, así que dejó a un lado el monótono vestido de color gris y se puso uno de fino color rosa.

Se paseó frente al espejo para ajustarse la capota y vio, con cierta sorpresa, que volvía a parecerse a su antiguo yo. Los adornos en el pecho, estilo Bruselas, le arrojaban luz sobre la cara; ahora tenía las mejillas sonrojadas por el aire fresco de Kent y había recuperado el fulgor en los ojos. «Ay, invisible, invisible, no soy», pensó. Pero es que la familia no estaba presente y no había nadie a quien ofender. «Por el edén —se dijo, rememorando el verso de Milton— recorreré mi camino solitario». Y, alentada por aquellas palabras, extrajo su volumen de Milton de la estantería, se escabulló por la puerta delantera y se sumergió en la gloria de aquel día de verano. A cada paso que daba en dirección contraria a la casa, todo su ser se iluminaba. No tenía deberes que atender, no había niños a los que instruir o proteger, no había ojos curiosos que, en cualquier momento, se entornasen en señal de crítica. Pasó junto a uno de los mozos del establo que limpiaba el estiércol del camino y le canturreó un «¡buenos días!» con una voz confiada, clara, casi musical, que tan poco empleaba últimamente y que la sorprendió a ella misma.

Brincó por el sendero, pasó por las casitas, dedicó una amplia sonrisa a un enfermo que se sentaba a su puerta, se subió las faldas al pasar por el puente peraltado que cruzaba el río y se internó en los campos. Por una vez, no se le exigía que se encogiese contra las paredes o en las esquinas o que templase el fuego que crepitaba en su pecho. No necesitaba fingir docilidad cuando, en realidad, era una persona arrojada, pues, aquel bendito día, era libre. Las largas horas previas a la cena —en la que, sin duda alguna, le servirían un fuerte plato de realismo—, no sería la institutriz, sino simplemente Anne. Estirando bien los brazos, alzando el rostro hacia el cielo, se puso a bailar en círculos y se rio de puro alivio.

Y, luego, sobrecogida, se percató de que no estaba sola, de que una anciana que llevaba un vestido llamativo y portaba una cesta con regalos se le acercó y le tocó la cabeza con una ramita de brezo blanco.

En aquellos lejanos tiempos en los que la fortuna le sonreía, la divertía que le predijesen el futuro. Cuando salía con sus amigas por Pleasure Garden, nunca se negaban y, fueran buenas o malas, reaccionaban a cada una de las predicciones con la alegría propia de las jovencitas.

Ante las súplicas de aquella vidente y al ver que no había motivo para que la rechazara, cedió. ¿Qué era lo peor que podría oír? Que moriría como una doncella anciana y que jamás amasaría una gran fortuna. Todo eso ya lo sabía. Le ofreció la palma.

—Veo un amor. —Aquella mujer no tenía muchas luces—. Un gran amor, uno de los que duran.

—¿De verdad? —Anne se mostraba escéptica—. ¿Y no será el objeto de mi amor un extraño alto y sombrío?

La mujer, confusa, inspeccionaba las líneas.

—Es uno muy raro. —Entrecerró los ojos y le levantó la mano hacia el sol—. Es una pasión; eso lo veo. Ay, es una pasión, pero el amante... No lo veo muy claro.

Anne sonrió. En ese caso, tal vez, con el tiempo, recabaría el poder necesario dentro de la casa para que le permitiesen tener una mascota, como la señora Salkeld, el ama de llaves, que tenía un gato. ¡Eso sí que sería una pasión!

—Dime, ¿puedes leer algo relacionado con el dinero? —El dinero era lo importante. Del amor, al fin y al cabo, podía prescindir.

—Lo siento, señorita. —La mujer negó con la cabeza—. Es usted todo un misterio. Vivirá una vida larga, de eso estoy segura, pero no veo nada más. Amor y longevidad: eso es todo lo que le puedo decir.

Como no tenía ni un penique encima, le ofreció un pañuelo de calidad. No era el mejor que tenía —ese, desgraciadamente, no recordaba dónde lo había puesto—, pero tal fue la lástima que le dio el futuro que había visto que la mujer lo rechazó.



El templo se alzaba en lo alto de la colina, flanqueado por árboles. Anne había ascendido corriendo el hermoso camino de hierba y ahora estaba descansando sentada sobre uno de los peldaños de piedra, para recobrar el aliento y apreciar las vistas. Desde aquí, veía el parque en su plenitud, ahora exuberante, verdoso, repleto de una vida pujante. Bajo ella, el río resplandecía y serpenteaba en dirección al mar desde su nacimiento. En la cresta opuesta, la arboleda, que primero se había mostrado marrón y desnuda y, luego, blanca por la nieve, se había ataviado nuevamente con su mejor atuendo de verano. Al final de la fina línea que era el pueblo, dispuesta de tal forma que emulaba las curvas del río, se alzaba la iglesia: un monumento a toda aquella belleza divina. Y en el centro de todo ello, fuerte, sólida —y, reflexionó Anne, acaso algo altiva—, se hallaba la gran mansión.

La evaluó desde la distancia y se percató de que tenía sentimientos encontrados en lo referente a Godmersham Park. Era un lugar bello, cuyas proporciones, a decir verdad, eran una delicia. Además, carecía de ornamentos superfluos: ni tan siquiera pretendía transmitir grandiosidad. Se trataba de una casa y nada más, construida para que una familia afortunada disfrutara y creciera en ella, aunque fuese a una escala generosa. No obstante, pese a que ahora viviera aquí y no tuviese ningún otro refugio en el mundo, no era su hogar ni lo sería nunca: sería siempre una parte importante de su vida, pero ella no llegaría jamás a formar parte de la casa, aunque fuera

una parte minúscula. Cada noche que pasara aquí, cada día que trabajase aquí, se sentiría como una forastera, hasta el día en el que ya no la necesitaran. Llegado ese momento, ¿dónde descansarían sus viejos huesos? Puede que Agnes estuviera en lo cierto y que tuviese que buscar a su padre...

Su orgullo flaqueó y su acérrima determinación empezó a no serlo tanto. ¡Llevaba en la casa casi medio año! Habían sido largos meses de duro trabajo y cada día había traído consigo otro pequeño deterioro: se alimentaba a base de una dieta rica en humildad y poco más. ¡Ay, qué hambre tenía de libertad!

Se recompuso de inmediato: era absurdo desperdiciar su único día libre pensando así y lamentándose. Dejó a Milton en los peldaños —no estaba de humor para leerlo—, se puso de pie y se limpió las faldas, quitándose de encima todas las inquietudes como si fueran polvo. No podía seguir así, dijo en voz alta con aquel firme tono de institutriz. Rara vez tenía una horas libres y un templo que invitaba a que lo visitaran.

Anne se volvió y no pudo contener la risa ante lo tremendamente ridículo que era el edificio que tenía enfrente. Imitaba el estilo dórico, pues tenía un pórtico de columnas acanaladas. Era como un trocito de la majestuosidad ateniense perdido en mitad del campo en el gran jardín de Inglaterra. ¡El dinero nubla el sentido a los hombres! Subió las escaleras y entró.

La cámara era cuadrada, de piedra, y estaba adornada con un friso. Para su sorpresa, le resultó encantadora. Anne fue presa de un enajenamiento inmediato. Tras meses de represión, las fuerzas de la imaginación se despertaron en su interior. Entumecido durante mucho tiempo por la monotonía, su espíritu inagotable pugnó para expresarse y aquella voz recia de antaño exigió que la escuchasen. Aquel era un lugar construido en aras de la fantasía y no pudo resistirse: abandonó su propia vida y encarnó otra.

*Tenía mi padre una hija enamorada.
Quizá, si yo fuese mujer,
amaría a su señoría del mismo modo.*

El día en que interpretó a Viola, cuando no tenía más que quince años, había sido el más importante de su vida. Rememoró algunos de los versos:

*Jamás confesó ella su amor,
pero que el silencio, como un gusano en un capullo,
se alimente de su mejilla de damasco.*

Acto seguido, recordó todo el pasaje y se puso a recitarlo con pasión, al tiempo que las piedras absorbían todas y cada una de sus hondas palabras.

—«¿Acaso no fue aquello amor?» —le gritó al vacío.

Anne oyó un paso firme. ¡Un bárbaro a las puertas de su templo! Se ocultó entre las sombras; no era la adivina, de eso estaba segura. Era un pie fuerte y varonil; el paso, confiado y pausado. Guardó silencio hasta que el intruso se replegó y, por seguridad, pasó el resto del día en el

corazón del bosque.



La cena solitaria de aquella velada en el aula fue tan frugal como esperaba, pero, aunque tenía hambre, se había alimentado de lo mucho que había disfrutado aquel día. La familia todavía no había vuelto, en la casa reinaba la paz y Maria Edgeworth descansaba en su regazo. Entonces, se oyó un fuerte golpe.

—«En soledad, / ¿qué dicha —Henry Austen, de pie junto a la puerta abierta— disfruta uno solo / o, disfrutando, qué contento halla?». —Entró en la estancia con grandes zancadas—. O eso dice el poeta. —Alzó su volumen de Milton—. Siento la interrupción, pero creo que esto es suyo, señorita Sharp. Me lo encontré en los peldaños del templo.

Anne se levantó de un brinco e hizo una reverencia.

—¡Señor! —¿Qué hacía él aquí?—. ¿No ha ido con la familia?

Se dirigió a la mesa, donde depositó el libro.

—Aunque me vi tentado, reuní, en lo más hondo de mi ser, el valor para resistirme.

¿Acaso era él el bárbaro que había aparecido por el templo? De ser así, que Dios acabase con su vida en el acto, pues ese hombre no contendría las ganas de mofarse de ella. Se preparó para la arremetida que se avecinaba, pero en lugar de eso, el hombre se quedó mirando su plato.

—Señorita Sharp, le ruego que disculpe la indiscreción. —Miraba horrorizado aquella compacta masa marrón—. ¿He de suponer que esto es todo lo que va a cenar?

Humillada, bajó la vista al suelo.

—La verdad es que no se parece nada al plato que me han servido a mí. ¿Pidió usted este plato en particular?

Claro que había muchas almas en pena que, desesperadas, estarían dispuestas a comérselo, pero ¿pedir a propósito semejante comida? Ese hombre no podía ser tan obtuso.

—¿Señorita Sharp? Por favor, tenga a bien responder a mi pregunta.

—No, señor.

—No me sorprende. La señora Salkeld no le daría de comer algo así ni a su gato. ¿Puedo preguntar si este plato es muestra de la comida que suelen servirle?

—Así es, señor. —Hizo una breve pausa—. Pero solo cuando ceno sola, sin los niños. De otro modo, todos comemos lo mismo y me alimento bien.

Nunca había visto a aquel hombre tan serio ni había oído aquel tono solemne con el que exigió:

—Por favor, señorita Sharp, le pido que me acompañe.

Se sentía muy incómoda. Ojalá no se le ocurriera arrastrarla hasta la cocina y celebrar un juicio allí mismo. Esperaba que no, ¿verdad? Se imaginaba que, como en un ritual, la cocinera quedaría humillada en presencia de los sirvientes y le quitarían con mucha ceremonia las tiras del delantal de los hombros. Escaleras abajo, todos confraternizarían en señal de odio hacia ella. No debía —no podía— consentirlo.

—¿He de obligarla, señorita Sharp? —dijo, y sus palabras hicieron eco en el pasillo.

Sackree y la niñera, boquiabiertas, asomaron la cabeza por sus respectivas puertas. ¡Estaba montando una escenita en el terreno sagrado que era el ático! De inmediato, Anne obedeció.



En el piso inferior, en la biblioteca, Anne se sentó en el asiento más cómodo. El sol crepuscular, que entraba por la ventana alargada, iluminaba la seda rosa que todavía vestía y le calentaba el cabello que, por primera vez en Godmersham Park, llevaba a la vista, sin toca. Naturalmente, no debería estar allí con un caballero, a solas, y, por supuesto, el vestido que llevaba era del todo inapropiado para su puesto.

Henry Austen no la había llevado a la cocina, sino que, cuando se encontraron con la señora Salkeld, el ama de llaves, en el piso de abajo, le había encargado una buena cena, y ¡ella había obedecido en el acto! Lo que le trajeron era más propio de una reina que de una institutriz. Anne centró toda la atención en el pan, en el queso y en los encurtidos y en una exquisita empanada de jamón, mientras Henry parloteaba sin cesar. La comida estaba tan deliciosa que la compañía de él le pareció un precio muy bajo que pagar a cambio.

Le habló de su padre, el párroco, al que veneraba, y de la rectoría de la familia, ahora en manos de su hermano mayor. Se refirió con orgullo a sus dos hermanos, marinos, y a cuáles serían sus próximos movimientos a tenor de las hostilidades que se avecinaban. No era un grosero, determinó; de hecho, Henry Austen era bastante agradable y, si resultaba que era él el bárbaro, puede que no le importase en demasía.

—Tengo la certeza de que trabaría amistad con mis dos hermanas, de presentársele la oportunidad —estaba diciendo el hombre—. A mí me apena que no se las invite a Godmersham Park con mayor frecuencia; a menudo me preocupa que lleven una vida falta de emoción, pero, ya ve usted, no me corresponde a mí sugerir tal cosa. Debo estar agradecido de que la puerta esté abierta para mí con tanta asiduidad.

Tras haberlo visto paseándose a sus anchas por la gran mansión como si fuese el propietario, le resultó curioso que, al igual que a ella, también le costara sentirse en casa allí. Si bien Edward Austen había sido el heredero, tuvo que haber sido fruto de una selección fortuita, pues era el tercero de ocho hijos. Claro estaba que, en una familia, la fortuna de uno debería resultar beneficiosa para todos. Pero lo más interesante de todo era el postre que acababa de catar: unas cremosas natillas y una compota que se metió en la boca.

—Cassandra, la mayor —prosiguió su interlocutor—, ha sido siempre la más seria de las dos, en especial tras la defunción de su prometido, que fue un golpe duro, como cabía esperar. Con Jane, en cambio, la pequeña, tengo un vínculo especial y espero que llegue a conocerla algún día; sospecho que ambas congeniarían.

Tal era la sensación de bienestar que la embargaba y tan lleno tenía el estómago que se olvidó no solo de quién era, sino de dónde estaba. Así que dijo:

—Eso espero. Yo ya tengo claro que es mi Austen preferida.

Henry soltó una fuerte carcajada.

—¡Discúlpeme! —Anne se quedó sin aliento.

Sonriente, alzó una mano con elegancia.

—Por favor, ¡no vuelva a disculparse! Preferiría escuchar los motivos por los que ha concedido a nuestra querida Jane un puesto tan envidiado y por qué los demás nos quedamos cortos y no lo alcanzamos.

—Oh, tengo dos motivos. El primer punto a su favor es que su hermana escribe unas cartas preciosas a su querida sobrina. El segundo (y, para mí, el más importante) es que las dos tenemos en gran estima la poesía de William Cowper. —Anne volvió a centrarse en su plato.

—¡Ea! ¡Ha sido un golpe bajo y una injusticia! También lo admiro.

—¿De verdad? —dijo con osadía—. Porque se burló de él aquel día en mi aula.

Reculó, rendido.

—Ahora soy yo el que debe disculparse. Tal y como me recriminaba siempre mi padre, y sigue recriminándomelo, me apresuro a hacer de cada momento una broma y tardo en mostrarme serio. Lamento haberme mofado de Cowper y lamento incluso más que usted misma sintiera que me burlaba. No era mi intención. —Entornó los ojos—. De ahora en adelante, me dejaré guiar por una sola ambición: sacar a Jane de ese pedestal.

—En ese caso, le deseo suerte, señor —respondió ella finamente, y volvió a centrarse en el queso.

CAPÍTULO 16



EN SEPTIEMBRE, Anne estaba de permiso, de vuelta en Londres. Pagó por el carruaje y solicitó al conductor que depositara sus bártulos en los peldaños del número 37 de la plaza Montague. Antes de instalarse en la casa de las Mercer y de caer bajo el control de Agnes, quería estar sola unos instantes, frente a su antiguo hogar, y entregarse al recuerdo.

Los nuevos residentes del número 22 habían hecho algunas mejoras: habían pintado el edificio de un blanco brillante y colocado flores de finales de verano en las macetas que colgaban de las ventanas. Lo administraban nuevas manos y, se vio obligada a admitir que estaba radiante, aunque, desde luego, quería creer que, de algún modo, en lo más hondo de su estructura, la casa debía de retener algún recuerdo de la vida que había llevado su familia en ella: la madera desgastada allí donde la habían hollado con los pies, un pequeño agujero en la pared allí donde habían colgado los Reynolds. También partículas, acaso, del aire que habían respirado, atrapadas en los poros de las paredes.

Al término de aquel día de calor, con el sol hundiéndose, pero el cielo todavía de un color pálido, se encendieron las velas, pero no se cerraron las contraventanas: Anne podía ver el salón de lleno. Veía a la gente que estaba dentro como quien ve una obra de teatro por el arco del proscenio. La señora de la casa, que aparentaba la misma edad que ella, se sentaba junto a la chimenea encendida, cosiendo, y un caballero leía el periódico aprovechando la luz que entraba por la ventana. La mecedora con forma de caballo, cuya cabeza esculpida veía al fondo de la estancia, indicaba que tenían niños pequeños.

Anne trató de visualizar a su propia familia tal y como los habrían visto los desconocidos que pasaban por la calle, pero la única imagen que lograba concebir era la de Agnes y ella velando el cadáver de su madre, aguardando con pavor, pero también con un extraño anhelo, a que los servicios funerarios vinieran a llevársela, viendo a su padre plantar un último beso, tierno, sobre su frente.

Así que las casas también tienen sus estaciones, se percató. El reinado de los Sharp había cesado en un invierno especialmente virulento y la nueva familia gozaba de los deleites de su propia primavera. La afligía sobremanera quedarse ahí de pie, por lo que regresó al número 37, llamó al timbre y la asaltó el cariño de Agnes y de la niñera de las Mercer. ¡Ay, qué alivio regresar a un entorno tan tierno, tan familiar! ¡Ay, qué gusto tener la libertad de ser una misma!

Tras muchos empalagos y comentarios —«¡Angelito! Pero si estás hecha un trapo». «¿Qué color es ese? Cuando la dejé, tenía un color pálido, correcto, de bien, usted ya me entiende. No te me pongas morena, Anny. Es que en el campo están todos morenos, doña niñera; es espeluznante, por lo que dice mi prima. Como si fueran extranjeros»—, le soltaron. Luego, la recibieron en el salón.

El número 37, por lo que pudo colegir, había cambiado: ahora, en lo más duro de su propio invierno, era el paradigma de la vivienda ecléctica. Cuando tuvieron que abandonar su propia casa, Agnes trató de hallar un nuevo hogar y la entrevistaron unas cuantas veces, pero, por desgracia, no llegaron a hacerle oferta alguna. Al arrastrar una cojera de nacimiento, creía que era por eso, por esa pierna —pues nadie quiere a una sirvienta que vaya renqueando por la casa—. Sin embargo, Anne sospechaba que su fuerte carácter también podía haber supuesto un obstáculo.

La sorprendía igualmente que, para ser alguien que con frecuencia mencionaba a tantos «primos», no tuviese a ningún pariente dispuesto a acogerla. Por suerte, la niñera de las Mercer era bondadosa y le había ofrecido un cuarto modesto, aunque Anne no estaba del todo convencida de que el señor Mercer aceptase o incluso de que estuviese al tanto de aquel arreglo. Por desgracia, la niñera no se las había ingeniado para conseguirle también un salario; de ahí que fuera Anne quien la mantenía. Así las cosas, parecían felices de vivir juntas, por lo que estaba agradecida, si bien le angustiaba que pasaran el día recordando la niñez de sus angelitos. Aquello la afligía un poco.

Las cuatro hijas de la familia habían contraído matrimonio y se habían marchado de casa, pero no habían desmantelado el aula, donde la caja con el vestuario para las representaciones seguía abierta en un rincón, como si, de un momento a otro, fuera a zambullirse en ella una niña para hurgar entre lo que allí había. Ahora se sentaban tres mujeres maduras en torno a la misma mesa que habían empleado las niñitas para estudiar con ahínco, aunque no había rastro alguno del señor Mercer.

—Poco lo vemos últimamente, ¿a que sí, doña niñera? —preguntó Agnes con ánimo a la mujer—. Le gusta comer solo. Tiene sus rarezas..., pero nosotras lo intentamos.

—Lo intentamos, sí —le aseguró la niñera de las Mercer—. Vamos a darle conversación un rato, hablamos de nimiedades para animarlo un poco, pero no le gusta mucho charlar, ¿verdad, doña niñera?

Seguían sin llamarse por el nombre de pila. Lo que hacían era, al igual que si fueran generales viejos y jubilados, insistir en dirigirse a la otra con un término que indicara su rango profesional.

—No hay quien lo entienda, doña niñera, si le soy sincera. Todo el mundo dice que él es el listo, pero somos nosotras las que cargamos con el peso de la conversación.

Pobre señor Mercer, pensó Anne: la biblioteca que una vez usó para refugiarse de todas aquellas niñas sin madre se había vuelto ahora una prisión lúgubre.



Al fin, Agnes y ella se quedaron a solas en la que fuera su alcoba, estancia que conocía bien. Se

sentó en la cama que una vez había compartido con la querida Hettie, amoldó la almohada en la que reposaron sus cabecitas de seda cuando se juraron amistad eterna y colocó sus pertenencias ante el espejo del bonito tocador en el que se había sentado Hettie vestida de novia. No pudo reprimir el recuerdo de aquel día: su amiga mordiéndose el labio de pura expectación, con los ojos danzando de júbilo, acuosos, como henchidos de rocío, y ella tratando por todos los medios de no llorar. No habían vuelto a verse.

—Dormiré contigo, ¿vale? —Agnes se sentó en la cama y procedió a desatarse los zapatos y a frotarse los pies—. Uf, qué gusto. —Se tumbó en el colchón para probarlo—. No está mal. Es mejor que el que me han dado a mí en el piso de abajo, en esa habitación al fondo. Me mata, te lo juro. Me despierto contorsionada de todas las maneras posibles, pero, bueno —prosiguió, tras, según el parecer de Anne, haberse quejado lo suficiente—, no me puedo quejar, ¿eh? Ha sido muy amable por su parte acogerme. A ver, cuéntamelo todo sobre los Austen esos, que en esas cartas tuyas no me das detalle alguno. Será que estás muy ocupada, supongo, como para acordarte de mí últimamente.

—¡Agnes! —exclamó Anne en tono de reproche—. ¡Te escribo siempre que puedo!

—Ya, sí, claro, pero no me lo cuentas todo. Por ejemplo, me has escrito que se han ido todos de vacaciones, pero ¿adónde se han ido? Tengo derecho a saberlo, por todos los santos.

—Pues se han ido a la costa, a Ramsgate, unas semanas. Según tengo entendido, han recomendado a la señora Austen que disfrute del baño y de la brisa antes de confinarse por el embarazo.

—¡Hala, así de fácil! ¿A que no es ningún trauma contármelo? Ramsgate, has dicho. Yo tenía una sobrina que... —Y erre que erre, mientras Anne deshacía el equipaje y se desvestía—. Pero, si por ello has podido volver a casa, no me voy a quejar, aunque solo son unas semanas. Vosotros como si nada... —Anne tan solo la escuchaba a medias cuando, de pronto, oyó—: Y el tal señor Henry Austen... Me dices que lo detestas, pero no hablas de otra cosa. Toda una intriga, vamos. No hay quién lo entienda. Le dije a doña niñera... Le dije: «Parece una historia sacada de una de tus novelas».

—Madre del amor hermoso —dijo Anne al espejo—, nada más lejos de la verdad. Es que el hombre me irrita sobremanera, pero no soy capaz de librarme de él. —Se peinó lo más rápido que pudo, con la esperanza de que Agnes, que tenía vista de lince, no reparase en el cepillo barato que estaba usando. El de plata, con las iniciales «A. S.» grabadas (al igual que su mejor pañuelo), lo había extraviado hacía tiempo.

Mientras se metía en la cama, le contó los problemas que tenía con la cocinera y lo excelente que había sido la comida desde que él intervino, que le estaba agradecida y, al mismo tiempo, la molestaba que aquello no se hubiese solucionado hasta que el hombre tomó cartas en el asunto.

—¡Cocineras! —Agnes bufó—. Tienen lo que se merecen. Me alegro de que la pusiera en su sitio, pero, oye, si congenia con Jameson, no puede ser de fiar, ¿no? Dime con quién anda un hombre y te diré quién es.

—Efectivamente. —Anne dejó el libro que había tomado—. He ahí uno de los muchos motivos por los que no me fío de él. —Apagó la vela—. Callemos, querida, y durmamos, que el viaje ha sido largo. —Se alejó de su amiga, colocándose en su lado de la cama, escrutó la

oscuridad y pensó en su padre. Estaba en alguna parte, lo sabía. Entonces ¿por qué? ¿Por qué no venía junto a ella?



Todas y cada una de las mañanas de su visita, se enfrentaba a la misma discusión:

—¿Cómo se llama su club? ¿Lo recuerdas? —preguntó Agnes en el primer desayuno—. Lo que tenemos que hacer es esperar fuera y ya verás como no tarda en aparecer. Luego...

—Me temo que nunca me ha dicho el nombre. —Anne esparció con calma la mermelada por una magdalena—. Lo llamaba «el club», nada más, y no tengo intención de ponerme a esperar fuera de todos los que hay.

Anne pasó el día sola en un museo.

—Hace doce años... —anunció Agnes la mañana siguiente—. Estoy haciendo memoria. Hace doce años, de repente, dejó de pasarse tan a menudo por casa. ¿Por qué? Esa es la cuestión. Recuerdo decirle a mi señora que...

—Es que tenía más trabajo que de costumbre. —Anne se disponía a ir a la iglesia St Martin-in-the-Fields para pasar la tarde sentada en un banco, escuchando el órgano.

—Hoy —declaró la niñera de las Mercer—, ¿por qué no vamos todas...?

—Gracias, doña niñera, pero no puedo —dijo Anne con firmeza.

—Tenga a bien escucharme primero, señorita —rebatía la niñera de las Mercer—. Voy a ir a ver a Hettie y quería proponer que fuésemos todas juntas.

Y a ella no se le ocurrió ninguna razón respetable para negarse.



Lady Caterham las recibió con gracia, por supuesto: con el cabello acicalado, una vestimenta elegante y unos modales impecables, pero a ella le desconcertó su frialdad. Pese a que no le importaba cómo la recibiese —de hecho, Anne no esperaba recuperar la complicidad que antaño compartían—, la afligió presenciar el trato que su antigua amiga le dio a la niñera de las Mercer.

—Hettie, querida. —La niñera se acercó precipitadamente a aquella grandiosa dama, en la que no veía sino a la niña pequeña a la que había criado.

—Ay, doña niñera. —*Lady Caterham* le ofreció la mejilla para que le diera el más breve de los besos—. Por favor, recuerde llamarme Henrietta cuando esté aquí. Así lo prefiere sir James.

—Lo siento, es cierto. —La mujer se acomodó en una silla e indicó a Agnes que se sentase junto a ella—. ¿Y veremos al señor esta tarde? Me parece que no lo he vuelto a ver desde el día de la boda.

—Por desgracia, no. —Hettie tocó la campana y entró una sirvienta con el té—, pero el pequeño James bajará de la guardería pronto. Había pensado que les gustaría verlo. —Recibió como respuesta un cacareo expectante.

Anne sabía poco de las viviendas del barrio de Mayfair, pero, desde luego, incluso una mansión tenía que tener un rinconcito más hogareño. El salón que había elegido *milady* para

recibir las era tan vasto y sus asientos tan formales que impedían una buena comunicación: las allí reunidas se vieron obligadas a gritarse las unas a las otras, cuales maestros de ceremonia en una asamblea. Resultaba evidente que las niñeras, en quienes recaía la mayor parte de la conversación, se sentían inhibidas y, por los nervios, no se atrevían ni a dar un bocado al pastel. Anne no las había visto resistirse nunca.

La situación se volvió incómoda y comenzó a formarse una especie de capa de hielo entre ellas. Anne recuperó, una vez más, su antiguo papel: el de la institutriz silenciosa en compañía de individuos superiores. No le dirigieron la palabra y la historia de su lamentable vida era, al parecer, de mal gusto, por lo que sería una descortesía mencionarla. Se removía en el asiento; ojalá pudiera levantarse y marcharse sin más.

Al fin, llegó el bebé y se disipó la tensión. Ahora que estaban en su terreno, las niñeras se pusieron a examinarlo de manera exhaustiva y profesional y proclamaron que era un sol.

—Desde luego, es perfecto —concordó *lady* Caterham. Aquellas eran las palabras apropiadas, por supuesto, aunque las había pronunciado sin pasión maternal. Además se fijó en que no lo tomaba en brazos—. Sir James está encantado. Cuánto ansiaba tener un varón. —Con un gesto de la mano, ordenó que devolvieran al niño a la guardería.

—Los niños son la debilidad de los hombres. —La niñera de las Mercer, ahora relajada, clavó el tenedor en el pastel—. Por muchos títulos y demás que tengan —habló con la boca llena—. Bueno, ahora a por la niña, ¿eh? Cuánto nos gustan a nosotras las niñas, ¿verdad, doña niñera?

—No tendremos más hijos —interrumpió Hettie—. Como ya hemos sido bendecidos con un varón, no necesitamos más.

Las niñeras volvieron a guardar silencio, desconcertadas. ¿Por qué no iba a querer una persona tener más hijos? A Anne le interesaba más el método que se ocultaba tras aquel anuncio, pues no tenía constancia de que tales asuntos se pudieran controlar con tanta facilidad. ¿Acaso, al igual que la madre de Sally, *lady* Caterham dormía con el rodillo de amasar?

—Qué bien le ha ido la vida al angelito —declaró la niñera de las Mercer, una vez que salieron al aire libre en la plaza Eaton—. Mi pequeña Hettie, ahora *milady*. No creo que me vaya a acostumbrar nunca. No le falta de nada.

Nada de nada, reflexionó Anne: nada salvo pasión o amor o, por lo visto, incluso el más mínimo afecto. ¿Acaso no era aquella la definición de la pobreza *per se*? No podía desaprobear la vida que llevaba su antigua amiga, pero tampoco podía envidiarla. En Henrietta —ahora *lady* Caterham— no veía sino una belleza insensible en una tumba de lujo.



La última velada que pasó en Londres, llevó a las niñeras a Drury Lane. A todas les entusiasmó ver a la señora Siddons, la actriz, aunque la obra fuera una comedia manida y el formato no la favoreciese. La función fue lamentable, o eso le pareció, pero no compartió aquel cinismo con nadie, pues no quería arruinar el regalo, a fin de cuentas.

—La peluca me pareció radiante —opinó Agnes, mientras avanzaban entre el gentío que salía del teatro.

—Y el vestido, buenísimo —añadió la niñera de las Mercer—. ¡Qué bordado! Me dolían los dedos solo de...

Al mezclarse con la multitud que había en el vestíbulo, las sujetó a ambas —era mejor que se mantuvieran unidas—, y fue entonces cuando una miríada de aromas, que pendía de la aglomeración como una nube, le embargó los sentidos. Entre la dulzura de un perfume y las ropas rancias sin lavar, algo hubo que le llamó la atención. Se paró. Inspiró. Le olía a nuez moscada, a lima y a un toque de lavanda, y retrocedió en el tiempo: la dichosa emoción del regreso al hogar, la cabeza acunada en un hombro grande, el miedo, el placer de que la lanzaran al aire, cerca de la cama. ¿Estaba él aquí?

Miró a su alrededor, buscando como una loca. ¡La nuca de aquel caballero! Abandonó a las niñeras y se precipitó a la calle, desesperada por atisbar siquiera a su padre.

Pero fue en vano. Lo había perdido. Y, de inmediato, dudó que hubiese sido él.

CAPÍTULO 17



—¡SHARPY! DOY gracias al cielo por que haya regresado. —La señorita Bridges se arrojó a la silla demostrando con teatralidad lo fatigada que estaba. Anne no llevaba en su cuarto más que cinco minutos—. Ahora puedo afirmar que es usted uno de esos pequeños tesoros sin los que la familia no tendría más opción que derrumbarse. La casa está patas arriba. ¡No vuelva a dejarnos nunca más! No sobreviviríamos, simple y llanamente.

Desde luego, Harriot no se molestó en narrar los detalles de los viajes de los demás y ella, en cierto modo, lo aprobó. Sería algo propio de una bienvenida de mayor nivel y no era el caso.

—¿De verdad? Pero han debido de quedarse en Ramsgate hasta hace muy poco. Fanny me escribía a menudo y no dijo nada de que hubiera ningún problema.

—Cierto —concedió la señorita Bridges, adoptando una postura más apropiada en el asiento—. Parece que fue un viaje agradable, si bien —añadió, cubriéndose la boca con la mano— tremendamente aburrido. En fin. Ahora todo es un caos. Mi hermana está ya tan gorda que apenas si puede moverse. Los niños son un caso perdido. Ni el señor Austen guarda la compostura. Me llamaron para entretener a la pequeña Fanny ¡toda la semana pasada! Tan preocupada está la niña por su madre que se me ha metido en la cama cada santa noche, dando vueltas de aquí para allá, haciendo preguntas una y otra vez. Le juro que me ha dejado agotada.

—Pero veo que tiene buen aspecto —respondió Anne—. Lamento que lo haya pasado mal y le agradezco que me lo haya contado. Haré lo posible por mantenerla bien ocupada a partir de ahora.

—¿Eso es lo que ve en mi cara? —Harriot se miró en el espejo—. Puede que haya salido sin un rasguño, pero me siento más vieja que Matusalén. —Se lamió un dedo y se toqueteó un bucle—. Pero pobrecita Fanny, de verdad. Da lástima. ¡Nueve bebés! Es de ilusos negar el riesgo. Ponen a prueba la suerte que tienen, la verdad. —Suspiró—. Espero que mi hermana se contenga un poco más adelante, porque no podemos seguir así eternamente.

Aquel era el error fatal de la institución del matrimonio. La mujer que ha de soportar una unión sin amor, fría y poco agradable, como la pobre Hettie, podía soñar con llegar a la vejez, aunque fuera una vejez triste. Sin embargo, la que había sido bendecida con un amor verdadero, con una atracción mutua, como era el caso de la señora Austen, quizá no llegara a cumplir los cuarenta. Le asombraba que aquella curiosa especie de novias jóvenes y deseosas de casarse no

se hubiese extinguido todavía. ¿Es que no iban a aprender nunca? Desde luego, la inseguridad financiera era un precio bajo que pagar.



Al reencontrarse, la institutriz y la alumna se recibieron con cariño y ambas se hicieron regalos: Fanny, la estatuilla de una sirena, y Anne, un jabón de la calle Bond.

No tenía del todo claro qué hacer con su sirena. Era consciente de que a Fanny le gustaría que la pusiese donde pudiera verse y no quería que la niña se sintiera ofendida si la ocultaba, pero, por otro lado, sus pertenencias más queridas parecían tener la costumbre de «extraviarse» en Godmersham Park. Que les «saliesen patas» era otro buen eufemismo que le gustaba emplear al pensar en el misterio de su pañuelo y de su cepillo de plata. El término más claro —«robo»— trataba de evitarlo, pues decirlo en voz alta no acarrearía sino más y más problemas. Examinó la sirena: no pudo haberle costado más que seis peniques a la niña, no hacía referencia a una vida pasada, más cómoda, que pudiera considerarse provocadora y, desde luego, lo peor de todo sería ofender a su querida pupila. La colocó en el lugar más privilegiado de la estantería y rezó para que siguiera allí.

De inmediato volvieron a la antigua rutina, a la que decidió añadir incluso más actividades. Había aprendido por experiencia que el único modo de mantener los pensamientos más sombríos a raya era no darles tiempo a que salieran a la superficie. Tal y como le sugirió el reverendo Whitfield —el querido señor Whitfield—, había comenzado a invertir su tiempo libre en enseñar a los niños del pueblo y, ahora, claro está, se le ocurrió llevarse a Fanny consigo: las obras de caridad eran un grato entretenimiento que la señora de la casa no podía sino aprobar, de modo que, dos tardes por semana, Fanny y ella bajaban a la pequeña escuela.

A los alumnos les enseñaban poco más que las destrezas que, algún día, puede que les resultaran útiles. Fanny tomó las riendas de las clases de costura con sincero interés, decidida a transmitir todos los conocimientos que había aprendido. Regalaba a las niñas cautivadas oraciones como «al zurcir, agarramos así la prenda» y «aquí dar un festón nos quedaría perfecto» como si fueran bendiciones. Ellas se sentaban en silencio, maravilladas por aquella presencia exótica. Al otro lado del aula, Anne enseñaba a leer y a escribir a quienes mostraban interés. Los dos hermanos pequeños de Sally, la sirvienta, tan inteligentes como ella, pues era algo innato, también tenían su propio concepto de lo que era la disciplina y resultaron ser estudiantes excelentes.

A medida que los días se hacían más cortos y que la señora Austen engordaba más incluso, su hija estaba aún más nerviosa. Se la veía inquieta en las clases, con una oreja siempre puesta en la actividad doméstica, en caso de que hubiese algún cambio. Cuando, cada noche, ambas se arrodillaban junto a la cama, la niña rezaba más y más, muy concentrada y con cara de desesperación. No estaría bien ser la primera en meterse bajo las sábanas, aunque era verdad que le entraba el frío con el camisón puesto. Ninguna de las dos hallaba consuelo alguno en el sueño, pues era entonces cuando Fanny dejaba salir lo que la atormentaba y lloraba como si de verdad estuviese malherida.

No obstante, la niña sí que disponía de un motivo de alegría durante aquellos tiempos difíciles, gracias a Dios. Entre las muchas mujeres que había en su familia, una de ellas debió de haber presentido, desde la distancia, la inquietud de la pequeña. Sabía, asimismo, que la pasión de Fanny para con los animales no tenía nada que envidiar a la de san Francisco. Y, así, le entregó como regalo una pareja de dulces canarios.

Colocaron la espléndida jaula —el Versailles del universo ornitológico— en el recibidor trasero, cerca de las escaleras, de modo que los pájaros pudiesen «contemplar a sus amigos del jardín». Fanny estaba entusiasmada; invertía la paga semanal, con la que era habitualmente muy cuidadosa, en papel de lija y alpiste. Se pasaba horas junto a ellos, hablándoles, sincerándose, diciéndoles que eran muy bellos. Y, en efecto, dotaron a toda la casa de una alegría muy necesitada. En lo más duro del invierno, aquel destello de un amarillo fulgente era todo un regalo para la vista, pues parecían encarnar el verano. Anne pensaba que aquellos pájaros tenían el color de la esperanza.



A medida que se acercaba el momento de la señora Austen, Fanny pasaba tanto tiempo a su lado como se le permitía. Al estar a solas tan a menudo, aumentaron las horas que ella pasaba en la escuela del pueblo. Después de eso, se iba dando un paseo hasta la rectoría para tomar el té con el señor Whitfield.

Muchas veces le habían dicho que quien llevaba una vida más ajetreada en una parroquia era el párroco y que su esposa estaba incluso más ajetreada si cabe, pero las vidas de los residentes de la rectoría de Godmersham parecían contradecir todo lo que le habían dicho.

En las pocas ocasiones en las que habían coincidido, la señora Whitfield le había parecido una mujer sensible e inteligente y le gustaría mucho verla más a menudo, pues podrían llegar a ser grandes amigas. Sin embargo, por desgracia era una de aquellas mujeres que padecían una afección sin nombre ni tratamiento —jamás descrita ni explicada— que, en ocasiones, la postraba en la cama durante semanas. Eso le impedía cumplir con los numerosos deberes propios de la esposa de un párroco. ¿Sobre qué hombros recaía aquella carga? Pues no lo sabía, si bien estaba convencida de que no era sobre los del señor Whitfield.

Sin importar cuándo o cuánto fuese a visitarlo, en la rectoría nunca reinaba el bullicio.

—Señorita Sharp, señorita Sharp, entre, entre —la saludó el párroco aquella tarde—. Me ha sorprendido en mitad de la tarea de decidir qué hacer con mi vida después de la cena.

Anne tomó asiento.

—¿Hoy no hay ninguna oveja en su rebaño a la que encauzar, reverendo?

—Las cuento a menudo y no encuentro ni un alma perdida entre ellas. —Cortó el pastel de ciruela y le entregó un trozo.

—Bueno, pues ¡qué suerte tiene su pastor!

—Desde luego. —El señor Whitfield procedió a servirse un pedazo—. Es una bendición tener una parroquia tan pura. —Por unos instantes, se centró en comer, en saborear, en digerir—. También tengo la fortuna de que me gobierne una autoridad superior: sé que san Pedro se

encarga de juzgar cualquier pecado por omisión que se cometa.

Anne dejó el plato sobre la mesa.

—Señor Whitfield, no puede ser que no se cometa ningún delito en el pueblo. ¿Algún robo sin importancia, por lo menos...?

—Ah, tenemos nuestra propia remesa de furtivos, por supuesto, de campesinos que dejan a sus cerdos comer en las lindes o donde no deben. Oh, sí. —Se rio entre dientes, masticando otro trozo de pastel—. Menudo escándalo se está armando entre tanta bellota: ¡una amenaza para los propios cimientos del mundo de Godmersham! Pero, a decir verdad, los delitos de esta naturaleza ofenden al señor Austen mucho más que a mí. ¿Acaso importunaría a Dios que un hombre pobre optase por alimentar a su familia en vez de verlos morir de hambre?

—Pero, desde luego, en el Éxodo, capítulo veinte, versículo primero...

—Sí, sí. —Se inclinó y susurró, como quien trama una conspiración—: Pero me temo que nuestro mundo moderno es un poco más complejo de lo que cualquiera de los profetas del Antiguo Testamento pudiera haber predicho, ¿no cree?

Pese a que no lo había planeado, Anne le confesó, entonces, que varias de sus pertenencias se habían extraviado.

—Mmm. —El señor Whitfield frunció el ceño—. ¿Solo los dos objetos que menciona?

—También he perdido un cuello bordado particularmente elegante, aunque puede que se haya extraviado entre las sábanas el día de la colada.

Juntó las manos sobre la panza redonda que tenía.

—Pero entiendo que no tiene usted derecho a sospechar de nadie en concreto. No pretenderá sugerir que hay entre el servicio alguien que quiere agraviarla, porque ¡mucho me costaría creerlo! —Rio entre dientes—. Caricaturas de ese tipo aparecen en las páginas de una novela, pero ¿en la casa grande? Es absurdo.

Anne, por vergüenza, fue incapaz de admitir que no tenía ni un solo amigo escaleras abajo, pues dicha revelación no solo atentaría contra los cimientos del mundo de Godmersham, sino que amenazaría todo el universo del señor Whitfield. Era un hombre tan benévolo que padecía de ceguera ante la maldad de los demás. No sería ella quien le quitase la venda de los ojos.



Cuando regresó a su habitación, se sorprendió al encontrar a la señorita Bridges sentada en soledad en la silla: ociosa, cabizbaja.

—Ah, al fin ha vuelto. —No sonrió. No hizo gala de estar alegre. Ni siquiera la llamó Sharpy—. He venido a despedirme: mi hermana piensa mudarse al salón —hablaba como si la señora Austen fuese de camino al patíbulo—. Se le ha hinchado la rodilla, es un peligro, y han llamado al doctor Scudamore. Yo he de volver con mi madre. Mi tía, «la Gordita», viene de camino.

—¿Su tía, «la Gordita»? —Cuanto más elevada era la clase, más vulgar era el apodo.

—Es la sensata de la familia. Cuida de todas las damas Bridges. —La joven se alzó y la tomó de las dos manos—. Entonces, la veré cuando todo esto termine. Mamá estará hundida en la miseria hasta que nos llegue la noticia de que el parto ha sido un éxito. —Estaba pálida; la

seriedad no la favorecía—. Haga el favor de cuidar de nuestra querida Fanny por mí.

Los días se hicieron incluso más cortos; la tía «Gordita» patrullaba el salón como un perro guardián bien adiestrado. Las visitas de Fanny se limitaron y, por ende, se agudizó la ansiedad que padecía. La hinchazón de la pierna de la señora Austen empeoró, lo que provocó que su hija estuviera casi histérica.

En un gesto que le pareció dolorosamente conmovedor, pues también a él le tocaba de cerca, el padre llevó a la niña de compras a Canterbury. Se sentó a esperar mientras el joyero le perforaba las orejas, la ayudó a escoger una pelliza nueva con ribetes, le compró una esclavina larga de color negro, hecha de piel de castor, como convenía a una dama. Fanny estuvo emocionada y entretenida hasta que regresaron, momento en el que descubrió que no había cambio alguno en el estado de su madre y que, encima, le dolían un poco las orejas.

Durante otros cinco largos días, a Sackree y a Anne se les confió el pleno cuidado de los niños. Fueron días que trascurrieron paseando por Serpentine, corriendo por Bentigh, buscando tesoros en el templo o en el alto asiento gótico, y, cuando el frío invernal se les metía en los huesos, jugaban horas y horas con unos aros en el ático.

Al fin, la noche del 13 de noviembre, la pequeña Louisa llegó al mundo sana y salva. Tanto la madre como el bebé estaban bien y la casa podía volver a respirar tranquilamente hasta la próxima vez, cuando la incertidumbre sería aún mayor.

CAPÍTULO 18



AL IGUAL que la corte y la capital, el campo gozaba de calendario propio. El primer año de Anne en Godmersham había estado marcado por una secuencia de días memorables, cada uno de los cuales seguía a rajatabla las costumbres de los antiguos. Solo se reproducían las prácticas más benignas y cualquier aspecto desagradable —la violencia, por ejemplo, o el sacrificio humano— se omitía sabiamente.

El ciclo agrario comenzaba por la bendición del arado. El señor Whitfield parecía más sobrio allí fuera, en aquel campo, que frente al altar, pero, como Anne bien sabía, era porque aborrecía el frío. La Candelaria suponía un incentivo para todos, pues significaba que pronto cenarían con luz natural, y al llegar el Día de la Anunciación, se percataban de que habían sobrevivido el primer cuarto del año y de que podían abrir la cerveza de abeto.

El Día de los Mayos, Anne y Fanny dieron un paseo por Godmersham, contemplando con deleite las puertas de las casitas decoradas con ramilletes verdes y frescos. Aplaudieron junto al mayo, mientras los aldeanos danzaban al ritmo de las gaitas y de los tambores, antes de volver a la sobriedad propia de los días de ruegos: el señor Whitfield bendijo tanto los campos como el ganado y todos los congregados lo siguieron cual peregrinos en la ceremonia de demarcación de los terrenos de la parroquia. Se leyó el Evangelio y se imploró al Señor que los cultivos creciesen sanos y, en caso de que el Todopoderoso escuchase las plegarias y las cosechas resultasen provechosas, en la cena del día de la cosecha, beberían hasta no poder más.

Y ahora —con el Día de San Martín a sus espaldas y el último domingo antes del Adviento superado— los festejos llegaban a su fin. El año de nuestro Señor de 1804 caía en las sombras de sus últimos días y pronto comenzarían las celebraciones de todo un nuevo comienzo. La Epifanía marcaba el final del Adviento; se reanudarían los deportes de campo y por esa época vendría Henry Austen.

Pero primero tocaba la Navidad, que Anne esperaba con ánimo. Había preparado unos regalitos para todos los niños: animalitos hechos rellenándolos de calcetines viejos, libros de tela para las pequeñas Lizzie y Marianne, quienes seguían en la guardería, pero a quienes les había echado el ojo como posibles alumnas en un futuro. Para los niños Austen, se había gastado unos preciosos peniques para comprarles unos silbatos, algo de lo que, ahora se daba cuenta, llegaría a arrepentirse.

Y para Fanny estaba confeccionando un bolsito de seda, que ahora cosía en el aula, mientras la señorita Harriot Bridges le hablaba.

—Me alegro de que vaya usted a pasar la Navidad abajo con la familia. Fanny, con su ingenio, ha logrado seducirla para que salga del aula por una vez. Disfruta usted demasiado de su propia compañía, Sharpy, querida. ¡Está hecha toda una ermitaña!

Anne le pidió que sostuviese las sedas azules para escoger la que más conjuntaba con el aciano que había diseñado. A su acompañante no le sentaría mal hacer algo útil con las manos de vez en cuando, pensó.

—Creo que le encantará: niños, juegos, etcétera. Toda una delicia. Es algo distinto a como lo celebramos en Goodnestone, pero que cada familia pase el día como le plazca, ¿no? ¿Cómo lo celebraba usted en casa? ¿Cómo era la Navidad «estilo Sharp», por así decirlo? Cuéntemelo todo. ¡Qué intriga!

—Sí que lo celebrábamos cuando yo era niña —decía Anne con el hilo en la boca, mientras buscaba el dedal—. Lo que recuerdo es que había adornos de papel, un buen pudín y algún que otro baile, pero, luego —mirando por el ojo de la aguja—, dejamos de darle tanta importancia. Mi padre siempre estaba ausente en esa época del año, pues debía atender sus negocios, así que mi madre y yo estábamos solas y no lo celebrábamos de verdad.

—¿Cómo que ausente? ¿Todos los años? ¿Acaso era un predicador itinerante?

—No, no. —Anne estaba encantada de relatar lo que sabía de las actividades de su padre, pues la llevaría a un vasto mundo que desconocía por completo. Sujetó el patrón contra el bolso.

—Pero qué extraño. —Harriot suspiró y se puso en pie—. Otra pieza del gran rompecabezas sharpiano. Aunque me encantaría, no tengo tiempo para indagar más. Daniel me va a llevar a casa en el carruaje en breve.

Anne se levantó para despedirse.

—Pero no desespere, querida, que regresaré para la Epifanía. Creo —añadió, alisándose las faldas con desinterés fingido— que se nos unirá alguien más a quien no recuerdo. A mí no me incumbe en absoluto, claro está. Kent ya es lo bastante alegre de por sí, gracias, no nos hace falta que venga gente de Londres. A mí me trae sin cuidado si viene o deja de venir —afirmó, meneando aquellos largos dedos que tenía—. ¡A volar! Adiós, querida amiga.



La primera Navidad que pasó en Godmersham Park fue, efectivamente, encantadora, y la conmovió que la hubiesen incluido en los festejos. En Nochebuena, alumbraron el tronco de Yule en la chimenea, todos cantaron en la puerta del salón y los niños recibieron como regalo boletos de lotería y manzanas de parte de su padre.

El Día de Navidad cenó con la familia y, en aquella ocasión, no hubo división alguna en la mesa ni se esperó de ella que permaneciera sentada en silencio. Los niños, acaso conmovidos por los obsequios, la recibieron con cariño y, llegado cierto momento, algo la sorprendió sobremanera: ¿qué sonido tan misterioso era ese? ¡Su propia risa! ¡Ahí, en el salón! De inmediato, se replegó dentro de su caparazón, como una tortuga en situación de peligro, a la

espera de recibir el duro golpe de la reprobación en forma de cejas arqueadas o labios fruncidos. Pero no fue así. Para cuando se pusieron a jugar a la gallinita ciega, había alcanzado un estado de liberación absoluta tal que no dejaba de reírse y se vio uniéndose a los demás mientras cantaban villancicos a pleno pulmón.

El pequeño Charles se había acurrucado en su regazo y se había quedado profundamente dormido, por lo que subió todas aquellas escaleras con él en brazos. El niño tenía el pelo suave y claro y se lo apoyaba en el cuello. Podía sentir su aliento caliente, dulce y lechoso en la oreja. Con cierta renuencia, se lo pasó a Sackree. Cuando regresó a su habitación y se dispuso a esperar a Fanny, no podía estar más cansada. Había pasado tanto tiempo privada de diversión que le costó digerir aquellas horas de puro placer. Ahora se sentía con ánimo de reflexionar. Y es que ¿no le parecía acertado lo que había dicho Harriot Bridges el otro día? Por primera vez, estaba de acuerdo con ella. Sí, eso creía, pues en momentos de celebración, toda familia se quitaba la máscara. Los Austen, ahora lo veía, buscaban consuelo los unos en los otros. No había sentimientos nocivos que nadasen a contracorriente, no había signos de rencores o preferencias individuales, sino que a todos los vinculaba la costumbre, la tradición y un afecto equilibrado, sencillo: estaban unidos en aquel estado de felicidad.

¿Y su propia familia? ¿Qué dejaban entrever los Sharp cuando estaban juntos? Cerró los ojos y abrió a la fuerza las cámaras acorazadas de la mente donde almacenaba los recuerdos y, allí, seleccionó todo lo que recordaba de la última Navidad que habían celebrado en familia. Se puso a pensar en aquella jornada, la extendió ante sí y procedió a examinarla cual detective ante un cadáver misterioso que algún indicio habría de darle...

Corría el año 88; Anne lo tenía claro. De modo que poco le quedaba para cumplir dieciséis años de edad: la cumbre de su felicidad. Fue pocos años antes del verano lacrimoso que, inexplicablemente, había protagonizado su madre; su amiga Hettie todavía no la había traicionado con bailes y pretendientes y ella misma gozaba de buena salud.

Su padre se había quedado a pasar la noche con ellas —lo recordaba en el desayuno, con la bata de seda puesta—, y ¿acaso no era aquello digno de mención? Desde luego, pues, a partir de aquel año, sus ausencias se volverían más frecuentes y solo lo verían por el día. Poco después de la cena —y mira que él detestaba aquella situación. ¡Lo que daría él por quedarse con sus damas! —, por causa de fuerza mayor, se lo llevaban.

Estaba en la naturaleza de su padre hacer de cualquier encuentro un acto festivo y de cualquier persona presente un ser amado; tan a gusto se encontraba él consigo mismo, era una bella persona, que toda la compañía se relajaba. Su afecto era contagioso y lo propagaban el humor, los cumplidos y los roces; un toque en el brazo, una palmada en la espalda, siempre fortuitos, pero íntimos. Muy a menudo, en su juventud, se volvía hacia él y se percataba de que la contemplaba con una admiración para nada afectada. Cuando se miraban a los ojos, él le sonreía y arrugaba la nariz y ella se sentía especial. ¿Cuántas personas habían tenido aquella misma experiencia? Eso se preguntaba ahora. No era algo de lo que una se percatase, a no ser que lo viviera en primera persona.

Aquel año les sirvieron un buen jamón para el desayuno y carne por la noche y, luego, jugaron al pudín de balas, que consistía en hurgar con la nariz en un plato de harina en busca de

la bala perdida. Su madre jugaba, mientras su padre y ella se dedicaban a cantar. El talento que él tenía para cantar con armonía hacía que su voz de soprano destacara más.

¡Y los regalos! Recordaba que su madre lo había reprendido por lo extravagantes que eran:

—Le has regalado un cepillo con el mango de plata, ¡y encima grabado! Querido, ¿en qué estabas pensando?

Pero cuando abrió el suyo propio, no se oyó queja alguna. Tiró de los lazos del envoltorio y quedó a la vista una lujosa capa de terciopelo, del color verde hoja más intenso.

—¡Oh, amor mío! —lloró entonces—. ¡Es divina!

—Ese color realza tu mirada, cariño.

Compartieron muchos abrazos apasionados, aunque ella ya estaba habituada: la relación de sus padres era inusitadamente táctil.

Su madre se puso la capa y se la ajustó por el cuello; lo tenía largo y delgado. El broche —con perlas recubiertas de oro— ya valía de por sí una fortuna. Su madre le pareció toda una duquesa.

—¡Hay que ver! —exclamó su padre—. Le di a la modista unas medidas de lo más precisas ¡para esto! La ha hecho demasiado larga. Vas a arrastrar el dobladillo por el barro y la capa se va a estropear en la primera salida. ¡No! No pienso permitirlo. Se la voy a devolver para que la arregle de inmediato.

Pese a que su madre protestó —Agnes podía ocuparse de tan nimia tarea—, su padre se cerró en banda: su querida esposa se merecía que estuviera perfecta. Devolverían la capa a finales de la semana. No había más que hablar.

¿Había vuelto a ver aquella capa? Por mucho que rebuscase en el cajón de los recuerdos, no la recordaba. Ahora que lo pensaba, después de aquella Navidad, las salidas de su madre se habían vuelto menos y menos frecuentes. Un día, de repente, dijo que ya era demasiado mayor para ir a fiestas y que estaba demasiado cansada para bailar. La hermosa muchacha que había iluminado una vez el escenario de los mejores teatros de Londres se había convertido en una mujer casera de mediana edad que se sentaba junto a la chimenea y, de vez en cuando, suspiraba.

¿Qué había causado aquel cambio trágico? Para vergüenza suya, nunca se le había ocurrido preguntar. Era ahora, en su pequeño cuarto en Kent —separada de su familia por el tiempo, la distancia y la muerte—, cuando veía un cierto atisbo de la verdad que se ocultaba tras la parte más lóbrega de su pasado. Si bien le dolía admitirlo, no había sino una única explicación de por qué a su madre le había llegado aquel declive. Era la misma razón por la que ella había acabado en Godmersham Park: la personalidad de aquel padre en el que una vez había confiado.

Era un hombre voluble.



ACTO SEGUNDO



CAPÍTULO 19



Mi querida Fanny:

Lo que nos has narrado de cómo habéis pasado la Navidad en familia ha hecho que nos pusiéramos muy contentos. La nuestra fue, como no podía ser de otra forma, una celebración mucho más tranquila, pues, ¡ay!, Green Park Buildings no es Godmersham Park y la ciudad no puede competir con el campo. No hemos sido nosotros quienes hemos criado al ganso, sino que lo hizo un completo desconocido hasta el momento de comérmolo. Eso nos pareció una descortesía por nuestra parte, pero, así las cosas, podemos afirmar que estaba delicioso. Además nuestro tronco de Yule no era sino una ramita. Sea como fuere, que tanto tu abuela como tu abuelo gozasen de la salud suficiente para asistir a todos los servicios nos llenó de felicidad y gratitud. ¿Sabes, querida Fanny, que nuestra iglesia es la misma en la que tus abuelos se casaron hace ahora tantos años? Es entrañable. Para nosotras —es decir, para tu tía Cass y para mí—, Bath nos sigue pareciendo un lugar ajeno y extraño, pero, para ellos, es como cerrar el ciclo.

Tu abuelo sí que sigue algo delicado, pero, a fin de cuentas, estamos en enero y ¿quién o qué es capaz de florecer con semejante oscuridad? Pronto se curará, estoy segura. Y si nos escribieras unas cuantas palabras más, mi querida sobrina, llenarías nuestros días de luz, así que te ruego que respondas pronto. Transmite todo nuestro amor a la familia y dale un beso especial a la pequeña Louisa, a la que anhelamos conocer.

*Tu tía, que te quiere:
Jane*

P. D. Tu tía Cassandra apreció sobremanera que la mencionaras en especial en tu última carta. Creo que se le pasaron los celos por la correspondencia que mantenemos ¡casi durante una hora!



Si bien era una carta breve y de poca importancia, Anne la leyó una y otra vez. Privada como estaba de toda compañía, aquel era el único vínculo humano del que podía gozar en la actualidad: las palabras de una desconocida que emanaban de una pluma. Pues parecía que, en la última semana del año que acababan de dejar atrás y en la primera del nuevo, toda la rutina doméstica de Godmersham había quedado suspendida. Esperaba volver al aula en cuanto terminase la Navidad, pero los festejos venían a raudales y le trastocaban el horario.

El 27 de diciembre, la señora Austen había anunciado otro festivo más.

—Es el aniversario de boda de mamá. —Fanny rebosaba emoción—. Claro que hay que celebrarlo. ¿Es que tu madre no hacía lo mismo?

—Ni una vez en su vida, estoy segura —respondió Anne. Después de todo, era vulgar armar semejante alboroto por algo así ¿no? Tenía que pensar que no, ya que a la señora Austen no la sorprenderían jamás haciendo algo vulgar.

Aquella velada se volvió a bailar, por lo que hizo falta otro día de descanso para recuperarse, al que siguió el cumpleaños de uno de los niños. Sin embargo, a Anne no la invitaron a celebrar ninguna de las dos cosas. Inmediatamente después, una miríada de parientes hizo acto de presencia y se cancelaron todas las clases, por lo menos, una semana más. Que allí hubiera una institutriz era algo que se olvidó por completo.

Sabía que el grupo se reunía en el piso de abajo, lo percibía noche tras noche: gritos y música de baile que escapaban del salón y corrían por el pasillo, marchaban escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos, y, al no dar con nadie en ninguna de las alcobas principales, seguían avanzando por la casa hasta irrumpir en su habitación. ¡Vaya tormento! Tenía que oírlo todo: el tono manso de su amigo, el señor Whitfield, en el medio, y eso sin ver siquiera a ninguno de los propietarios de aquellas voces alegres. Ni siquiera a Henry.

La desilusión la embargaba, lo veía. Aquello era una especie de humillación. Tras temer la llegada de aquel tío durante toda la Navidad, aferrándose a la idea de que no quería verlo, decidida a ser cortés pero a mostrar desinterés en su presencia, ahora que no se le acercaba... Debería sentir alivio y, sin embargo, ¡era frustrante! Menuda criatura perversa.

Andaba de un lado para otro en el ático, contrariada, y, por primera vez en su vida, no tenía ganas de leer o escribir. Tampoco soportaba ponerse con la aguja: por muy ocupados que tuviera los dedos, no dejaba de darle vueltas a la cabeza.

La falta de ocupación no es sosiego.

Cabeza vacía, cabeza inquieta.

El querido Cowper, siempre tan sabio. Presa de la desesperación, se encaminó a la guardería.

—Pero, bueno, vaya ánimos. —Sackree le dirigió una mirada penetrante.

Anne suspiró, tomó un chal que habían puesto a secar en la pantalla de la chimenea, lo dobló y lo alisó.

—Esta ociosidad forzada, Cakey, no me conviene.

—Ay, es eso, ¿no? —Sackree no parecía convencida—. ¿No soporta llevar la vida de una dama ociosa? Eso es tan cierto como que yo soy un caballero holandés. A mí no me engaña.

—Ay, Cakey, no es así. Deja que hoy te ayude. De verdad que me encantaría hacer algo útil.

—No, gracias. —La mujer abrió la puerta—. No pienso dejar que entre en la guardería así de triste, que con esa cara que tiene basta para que se me cuaje la leche. Fuera de mi vista. —Señaló la salida con un movimiento de cabeza—. Sé muy bien qué es lo que la aflige, señorita, y para eso no hay cura. Lo mejor que puede hacer es abrigarse y salir a dar un paseo por el jardín.

El mundo exterior no suponía una gran tentación con el cambio de año y la idea no la atraía. Entre los factores de disuasión más obvios, no soportaba tener que ponerse la ropa necesaria para salir, ya que su nueva capa de lana gruesa era del color del estiércol de vaca y tenía unas botas tan pesadas que con ellas puestas era la envidia de todo granjero. Si bien no añoraba su antigua belleza, no lograba disfrutar del todo con aquel aspecto tan espectacularmente anodino.

Al pie de las escaleras, deseó buenas tardes a los canarios, con los que compartió algún que otro comentario más, y luego se fijó en que habían dejado el correo de la tarde en la mesa. Con la casa así de atestada, eran muchas las cartas que llegaban, y el cartero las había ordenado con esmero en varias pilas. No pudo evitar darse cuenta de que el tío Henry había recibido más que nadie. Echando un vistazo rápido a su alrededor, para asegurarse de que estaba sola, se inclinó y se puso a contar: seis. Le habían escrito seis personas, en una sola tarde. Qué ancho era su mundo, ¡qué lleno de vida debía de estar! Oyó una puerta que se abría y vio que la señora Salkeld la miraba fijamente. Recogió la única carta que había para ella, se la metió en la capa y salió al jardín.

Se paró para ajustarse la capota y contempló el paisaje: el sol llevaba días oculto, todavía había nieve en el suelo y, a juzgar por aquel cielo blanco, pesado, amenazaba con seguir nevando. Las colinas debían de estar congeladas y temía quedarse atrapada ahí en lo alto. ¿Habría alguien que se diera cuenta?

Pegada a la casa para resguardarse del viento, por el lado izquierdo, pasó por las ventanas del comedor —el gato de la señora Salkeld, en el alféizar, le dedicó un bufido cargado de veneno—, cruzó por el prado y se metió en la parte rodeada por un muro. Al haberse disipado aquel frío mordaz que tenía antes, pudo aminorar la marcha por el sendero que atravesaba los parterres. Como no estaban en temporada, pues claro, no había flores vistosas y aquello no contribuía a que su estado de ánimo mejorara.

Estaba en un rincón del fondo, cerca de un frutal joven, cuando oyó unas voces. Teniendo en cuenta que no llevaba puestas sus mejores ropas y que tampoco estaba de humor para recibir compañía cortésmente, se apresuró a esconderse, pero las ramas desnudas y cenceñas apenas si le ofrecían protección.

—Pero ¿quién está al acecho? —Anne oyó una risa aguda—. ¿Es usted, Sharpy? ¿¡Sharpy!?

La señorita Bridges lo agarraba de un brazo; otra dama, a la que no conocía, lo aferraba del otro. De ese modo, ambas se apretujaban contra el robusto Henry. Los tres juntos parecían sacados de un anuncio de moda. Al fin y al cabo, las bajas temperaturas no excusaban la falta de elegancia, pues la solución, al parecer, se hallaba en vestir con rico terciopelo y abrigos de piel.

Anne salió de detrás del árbol y les saludó con un leve gesto. Henry inclinó la cabeza y le

dedicó una mirada que le pareció que transmitía simpatía; de ser así, la rechazaría. La dama a la que no conocía, ¿sería su esposa? Era lo que se estaba preguntando cuando se fijó en que la mujer pasaba la mirada por los parterres y la observaba como si ella, la apagada institutriz, fuera uno de esos objetos primitivos y mundanos que se exhibían en los museos; una pala de la Edad de Hierro o una vasija de cerámica. Fuera quien fuese, no le gustó desde el primer momento.

Se despidió con un gesto, se encaminó hacia el jardín al que daba la cocina, cerró el portal con firmeza y fue a sentarse. ¿Por qué temblaba así? Las rodillas le chocaban entre sí de lo mucho que le tiritaban. Claro, debía de ser por el frío, aunque tampoco hacía tanto. Se apretó las piernas con las manos para atenuar el temblor. Miraría por encima la carta y, luego, entraría.

Al haber recibido noticias de Agnes el día anterior, le resultaba algo extraño que le hubiese vuelto a escribir. Hacía muchos años que no pasaba nada en la plaza Montague. ¿Acaso había novedades? Lo dudaba. Al ponerse a leer, se dio cuenta de que, efectivamente, no era así. Resulta que la niñera de las Mercer había buscado un remedio para el señor Mercer, cuyo estado de salud describía tan al detalle que casi se sintió mal, y había descubierto un nuevo boticario gracias a una fuente inusual. A ello le seguía un inciso sobre el carbonero, su esposa y el problema de intestino que ella padecía. Después de eso, Agnes pasaba a la otra carilla.

Resulta que el nuevo boticario, al darse cuenta de lo célebre que se había convertido entre gente elegante, se había mudado a un nuevo local, en la periferia de Mayfair, y la niñera había dicho: «Doña niñera —esas fueron sus palabras—, ¿por qué no vamos al local a pasar el día? Últimamente, hace un tiempo tan...».

Anne suspiró. Al compartir techo con un hombre de letras, su amiga disponía de acceso ilimitado a papel para escribir; o más bien, podía robar todo lo que quisiera sin que el señor Mercer se enterase. Ella, en cambio, debía pagar por el que usaba. De ahí que su correspondencia fuera mucho más breve. «Pero ¿por qué no te explicas?», se quejaba Agnes a menudo.

Oyó un ruido: ¡eran las voces del elegante trío, que venían de detrás del seto! Ahora estaban en el sendero, a pocos pasos de ella, pero fuera de su campo de visión. No se atrevió a moverse y rezó para que no se abriese el portal. Parecía que estaban a punto de llegar al final del paseo y de dar por concluida la caminata. En cuanto estuvo segura de que estaba a salvo, prosiguió con la lectura.

En la carta, las niñeras llegaron a la tienda y se entusiasmaron con la campanita de la puerta. Todo era muy moderno; le parecería increíble. ¡Y todos aquellos frascos y aquellas cajas! Debía de tener un remedio para todas y cada una de las enfermedades que había. Agnes le dijo a la niñera: «Doña niñera —esas fueron sus palabras—, costéese estos precios y vivirá eternamente...».

¿Cuántas páginas le quedaban? Giró la página y contó otras dos hojas; vamos, toda una pequeña fortuna. Debía ponerse seria con ella.

...¡ni se me pasó por la cabeza! «Serás tonta del bote», me dijo luego doña niñera. Es que vi el sombrero y pensé: «Ah, mi señor anda por aquí, y mucho me alegro de verlo». Claro está, al haberme encargado de ese sombrero tan a menudo, lo conozco al milímetro y lo reconocería a un kilómetro de distancia. Conque me quedó todo

clarito y, bueno, entré en pánico. Agarré a doña niñera y lo señalé. «Doña niñera — esas fueron sus palabras—, ay, ¡que Dios nos tenga en su gloria! ¡Mire, doña niñera! ¡Que es él!».

Desconcertada como estaba, se le escapó un grito, un grito que, claramente, oyeron en los jardines de afuera. Se tapó la boca con la mano. Ya no se oían las voces. Le temblaba todo el cuerpo. No se atrevía a respirar. Hasta que oyó que los pasos regresaban a la casa y que se cerraba la puerta del jardín. Terminó de leer la carta y, luego, procedió a derrumbarse en silencio.

Conque su padre estaba ahí, viviendo la vida de siempre; tocado con aquel sombrero que le era tan familiar. Y vivía en Mayfair. Además, por el motivo que fuera, ya fuese por capricho o por malicia, quería vivir aquella vida sin su querida hija. ¡Su querida y única hija! Por mucho que quisiera mantener su orgullo y que estuviera contenta siendo independiente, la fuerza vil del rechazo le golpeó el corazón con el poder de un martillo. No es que tuviera que mantenerla pero ¿rechazarla así? Jadeó, incapaz de respirar con normalidad. Era demasiado.

Estaba doblada sobre sí misma, con la cara apretada contra la áspera lana de la ropa, cuando se percató de que a pocos metros de distancia había un par de puntas de unas botas relucientes.

—¿Señorita Sharp? —le preguntó Henry Austen en voz baja—. Señorita Sharp, ¿está usted indispuesta? Le ruego que disculpe la intromisión, pero le agradecería que me permitiese ayudarla.

Anne alzó el rostro y, acto seguido, se las apañó para levantarse y hacer una reverencia.

—Señor. —Miró a su alrededor, en busca de sus compañeras.

—No se preocupe. Las damas han entrado en casa. —Con paso urgente, se le acercó y extendió la mano hacia el codo de ella—. Haga el favor de permanecer sentada hasta que se recupere. —De algún lugar, sacó un pañuelo de lino de grandes proporciones y se lo ofreció—. ¿Le duele la cabeza?

Anne negó con la cabeza y se restregó las mejillas. Las tenía húmedas y no sabía por qué.

—No, señor. Gracias, señor. Es que... —dijo, tragando saliva— acabo de recibir noticias de casa...

Henry se sentó a su lado.

—Y entiendo que son malas noticias.

—Desconcertantes, señor —dijo en voz baja.

—¿Y tiene que irse de inmediato?

—No, señor. Sería... —Se volvió hacia él—. No, hace pocas semanas que fui de visita, y tampoco hay nada que pueda hacer.

—¿Sería de ayuda que intercediese en su favor ante el señor Austen?

—¡No! —dijo con firmeza—. Gracias, señor. —¡No permitiría que interfiriese en sus asuntos privados! Sería todo un desastre que el señor de la casa llegara a enterarse, ya que la institutriz ideal era alguien que apenas tenía contactos. Si abandonaba Godmersham Park ahora, podrían buscarle una sustituta y, además, tampoco podía permitirselo, porque tendría que costearse el viaje de su bolsillo, y su bolsillo estaba vacío. Y lo más importante de todo era que le había dicho que no deseaba macharse otra vez.

Henry no la presionó más, sino que se sentaron en silencio, juntos, durante un rato. Luego, él se levantó y le ofreció la mano.

—Venga, señorita Sharp. No vaya a resfriarse. —La levantó y le ofreció el brazo como apoyo—. Entremos. —Como seguía aturdida, accedió a apoyarse en aquel hombro fuerte y firme (notó una sensación no del todo desagradable) hasta que llegaron a la puerta, momento en el cual se alejó y puso algo de distancia entre ellos.

En la puerta del jardín, él se paró y dijo en voz baja:

—Encontraré el pretexto, los medios, para que regrese a Londres. Por favor, no se preocupe. —Le abrió la puerta.

—Señor Austen —apremió mientras entraba—. Se lo ruego, señor, ¡no! —No quería aceptar ninguno de sus favores.

Pero las últimas palabras que él pronunció fueron:

—Déjelo en mis manos.



Se quitó aquella espantosa capota y la capa, que nada le favorecía, y tiró aquellas hojas ridículas. Se calzó los zapatos de seda y notó el primer síntoma en uno de los ojos. Subió al ático tambaleándose. Allí, los ruidos que llegaban de la guardería, los de siempre, acabaron por ponerla de los nervios. Ahora que había vuelto a su cuarto, la luz pálida, invernal, de aquella tarde que llegaba a su fin era casi insoportable. Corrió al espejo y miró qué aspecto tenía: menuda cara, anegada en lágrimas. Además, se había quedado lívida, casi azul, por el frío, y la cara empezaba a hinchársele como la luna. Eran los síntomas de siempre. Durante la próxima semana, o dentro de un par de semanas, mientras todos durmieran, a ella la asediarían las jaquecas.

Como parte de la preparación general para la batalla, se acercó a la ventana y cerró las cortinas, pero no encendió ninguna vela. Sumida en la oscuridad, se quitó el vestido, se desabrochó el corsé, se quitó las horquillas del cabello y se lo soltó de cualquier manera. Luego, tras ponerse el camión de franela, calentito, enrollarse un chal hasta el cuello y echarse una manta sobre las rodillas, se acurrucó en la única silla que tenía. Solo le quedaba esperar.

Con los ojos cerrados, dejó que la rabia que la embargaba se desatara. Agnes no había descubierto nada más: el boticario se había negado a reconocer que tenía un cliente llamado Sharp y sostenía que no recordaba al caballero al que habían visto las niñeras. Se temía que ambas se pondrían a barrer las calles de Londres como si fueran un par de espías. No lo podría soportar. Lo primero que haría por la mañana sería escribirles y exigir que no hicieran nada. El siguiente paso, ya fuera ir a buscarlo o decidir olvidarse de él, tenía que darlo ella sola.

Se abrió la puerta, por la que se coló el fulgor intenso de una pequeña vela encendida. Anne se cubrió el rostro con las manos. Sabía que era Sally, que le traía la cena.

—¿Ya está a oscuras? —La sirvienta llevó la bandeja hasta la mesa dando golpes por todas partes. El olor de la comida le dio arcadas—. ¿Otra vez enferma? —No había rastro de simpatía en su voz—. ¿Y si voy y se lo cuento?

—Por favor, prefiero que no se lo mencione a nadie. Seguro que mañana por la mañana ya se me habrá pasado. Esta noche no necesito nada, gracias.

Cuando la despertó el dolor, la casa dormía, pero ella se percató de que seguía en la silla y de que se moría de frío. La sensación era la de siempre: la de un puño gigante que se le metía en la cabeza y le estrujaba un músculo de detrás del ojo izquierdo. Se mecía de adelante atrás cuando el dolor entró en la fase más aguda hasta que llegó a un estado febril. Ya no podía más, hasta que el dolor tocó techo mientras iba de un lado a otro de la habitación, tratando de no gritar.

Y, luego, tras una larga y tortuosa media hora, el dolor se disipó de pronto. No quedó ni rastro. Entonces, la embargó un alivio que rozaba el éxtasis, como si hubiese rozado la muerte y esta hubiese dado media vuelta. Se subió a la cama y cayó en un sueño profundo. Mañana o pasado mañana, el dolor volvería a aparecer.

CAPÍTULO 20



PESE A QUE no era nunca buen momento para tener que vérselas con una aflicción de tales características, aquel mes de enero pensó que era mejor que otra época. La casa seguía entre festejos, cenas y deportes de la temporada. Ella seguía pasando unos días despejados y en calma y, aunque cada vez se encontraba más cansada, rendía bien. La institutriz y su alumna pasaban las mañanas juntas, leyendo o cosiendo, aunque no habían recuperado las clases formales. De noche, dormía sobre todo con su tía, así que las jaquecas que padecía no la importunaban.

Una tarde de enero —un día tan desolador que incluso aquella extraña gente habituada a pasar mucho tiempo en el campo no se atrevía a salir a pasear—, al pasar por el recibidor, de camino a la cocina, para saludar a los pájaros y ver el correo de la mañana, se percató del alboroto. Era una risa chillona, protestona y triunfante que provenía de la biblioteca. Intrigada, se acercó a la puerta.

—¡Será malvado! —protestaba Harriot Bridges—. ¡No pienso volver a jugar a nada con usted!

—Señorita Bridges —decía Henry Austen, cuya voz llegaba de más lejos que la de ella—. ¡No se lo tome tan a pecho! Solo es un juego, un juego que da la casualidad que se me da muy bien.

—¡Querrá decir que lo que tiene usted es una suerte diabólica, señor! Creo que... —Harriot hizo una pausa—. ¿Quién anda ahí? —preguntó—. Señorita Sharp, ¿es usted? ¡Pues venga a salvarme de inmediato, antes de que este canalla me arruine!

Anne se tomó un momento para aparentar docilidad, como quien se pone un disfraz, antes de entrar en la biblioteca y quedarse cerca del umbral de la puerta. La escena era tentadora: las llamas bailoteaban en ambas chimeneas y las velas parpadeantes desafiaban al crepúsculo. En el diván se hallaba la señora Austen, que hablaba con un caballero, al tiempo que el pequeño William jugaba a los soldaditos a sus pies en la alfombra. El trío —Henry, Harriot y aquella misteriosa dama elegante— estaba reunido en torno al tapete verde de la mesa de juegos, frente a la ventana.

Henry desbordaba cortesía.

—Señorita Sharp, por favor, únase a las señoritas Bridges y a mí.

Así que no era su esposa... Se relajó al momento.

—Estamos jugando al juego de la especulación —prosiguió Henry—. ¿No le sonará por casualidad?

¿Que si le sonaba? Se le daba mejor que bien. No podía resistirse.

—Creo que he jugado con anterioridad, señor. Me encantaría jugar una mano, si acaso.

—¡Bravo! La mesa se está calentando un poco de más con esta compañía; nos vendría bien alguien con sangre más templada. Siéntese. ¿Reparto?

—¡Otra vez no! —La señorita Bridges le quitó la baraja—. Estoy segura que es así como consigue su ventaja. ¡Me toca a mí repartir!

Cada uno recibió las fichas correspondientes y se repartieron las primeras cartas. En el primer turno, tan solo uno de los jugadores sacó una buena carta: la jota de corazones, y fue Anne. Henry se quedó mirando taciturno su cinco de tréboles.

—Mal empezamos —murmuró, concentrado en el siguiente turno, para ver cuál sería el palo de triunfo—. ¿Los corazones? —Ya empezaba a mosquearse, mirándola con los ojos entrecerrados. Se acordó de lo del río y de que a él no le gustaba nada perder—. Señorita Sharp, me gustaría pujar por su jota.

Aquello era el colmo de la insensatez, según su parecer: una jota no valía la pena a aquellas alturas del juego. Y, de inmediato, tuvo claro qué métodos empleaba aquel hombre: lo había acompañado la fortuna desde su nacimiento, la fortuna era todo lo que conocía y, por tanto, podía estar seguro de que nunca le fallaría. Podía pujar tanto como quisiera, por muy descabellado que fuese y tan a menudo como le apeteciera, podía coquetear alegremente con la bancarrota y confiar en su fortuna.

Ella no había sido bendecida por la misma varita mágica. Ahora sabía —y no lo había aprendido por la vía fácil— que lo único en lo que podía confiar era en su propio intelecto.

—Oh —respondió entonces—. ¿De verdad, señor? Con lo mucho que me gustaba esta carta... —La miró con cariño, como diciendo: «Pobrecita de mí, una huérfana en este mundo tenebroso y cruel. Tengo tan poquito en la vida, más allá de esta jota...».

—¡Pujo por tres! —declaró, y arrastró sus fichas hacia ella.

Anne arrugó la nariz.

—¡Maldita sea! ¡Pues que sean cinco! —Aunque Henry riese, notaba que se había picado.

Dos turnos después, ella sacó el rey y se repitió la misma pantomima. Las damas, siguiendo el *modus operandi* que marcaba él, también vendían y compraban: en cada turno se hacían apuestas de lo más escandalosas. «Las ha conducido a la perdición —pensó Anne—, pero yo no pienso caer en la trampa». No dijo ni gastó nada —mientras mentalmente le daba vueltas a todas las probabilidades— hasta que se acercaron al final de la baraja. Luego, se puso al ataque:

—Ay, quizá yo también deba gastar algo, para no ser una aguafiestas... Señorita Bridges, ¿le puedo ofrecer una ciega de cuatro por sus cartas? —Como Harriot estaba casi en números rojos, aceptó encantada.

—¡Por fin despierta! —exclamó Henry Austen—. Pero lo siento por usted, señorita Sharp. Me temo que es el movimiento equivocado a estas alturas. —Siguieron sacando cartas mientras él proseguía con su perorata—. Por favor, permita que le explique detalladamente la mejor manera, cuando terminemos la mano, de... ¡Maldita sea, otra vez! —gritó.

Anne había sacado su carta ganadora y, como si no fuera consciente del valor que tenía, se mostró indiferente.

—¡Señorita Sharp, nos ha ganado! —dijo él, mientras ella reunía sus fichas tranquilamente—. El típico ejemplo de la suerte del principiante, claro está. —Soltó una risita que, sin embargo, no parecía nada divertida—. Querida, he perdido la cuenta de los errores que ha cometido. Me temo que no ha sido una victoria merecida. Las cartas... Qué traicioneras son. —Negó con la cabeza—. Le ruego que se quede otra mano para que vea en qué ha fallado.

Anne le cedió la cuarta partida, simple y llanamente porque temía por su salud: le faltaba poco para que le diera una apoplejía. Tras la sexta, se excusó, se retiró, les lanzó un beso a los pájaros de la jaula y regresó al ático a la carrera. Una vez se hubo metido en su habitación, cerró la puerta con fuerza, apoyó el hombro en ella para que nadie entrase y, echando la cabeza hacia atrás, soltó una risotada.

CAPÍTULO 21



DURANTE LAS dos semanas que le duraron las jaquecas, la rutina fue la misma: las noches eran un infierno, pero por el día reinaba una calma perfecta. Anne se convirtió en una jugadora de cartas habitual y su éxito encantaba a la señorita Bridges.

—Oh, ¡hagan el favor de venir a ver a mi querida amiga! Aunque tenga cara de corderito degollado, ¡en el fondo es un genio!

Aquello favoreció su estatus dentro del círculo que frecuentaba la casa y aumentó su fortuna en doce preciados chelines. Henry Austen, por como reaccionaba, estaba desatado —a veces parecía divertirse, aunque lo más normal era verlo carcomiéndose de frustración—. Lo que sí era cierto era que el hombre nunca se aburría. Y, a medida que el ajetreo social bajaba de intensidad, sus dolores de cabeza empezaron a amainar. Tan solo faltaba por celebrar el cumpleaños de Fanny, después de lo cual Godmersham Park volvería a la normalidad, y, como ya sucediera antes, su pupila insistió en que la institutriz pudiera participar en todas las celebraciones.

La jornada comenzaría a las diez en punto con un desayuno en familia, en el que habría *brioche*s y chocolate caliente con nata. Fanny le había hecho un peinado que ambas esperaban que todavía estuviese a la moda; rizos por delante de las orejas y el resto del cabello recogido en un moño. Aunque, bien, ninguna de las dos era experta en el asunto. Había protestado largo y tendido mientras duró la sesión de peluquería y le había dicho que no habría dejado que la peinara de haber sido otro día. Sin embargo, lo cierto es que el resultado le encantó. Mirándose al espejo, se preguntó si alguien se fijaría en ella cuando bajara al salón.

Las dos iban de la mano al bajar las escaleras y se presentaron en el recibidor. Fanny estaba contenta por la ilusión que la embargaba. Ella también hacía semanas que no estaba tan contenta y relajada, pues lo que tenían por delante era todo un día de ocio, conversación y juegos. Primero, debían visitar a los canarios, que ardían en deseos, pensaba Fanny, de desearle que pasara un gran día. Luego, irrumpieron en el salón, donde se reunían todos los adultos. Tenían el rostro serio.

El señor Austen, sentado a la cabecera de la mesa, sostenía una carta. Su hermano Henry estaba de pie, pálido, junto a él. La señora Austen se toqueteaba la cara con un pañuelo.

—¿Papá? —preguntó Fanny, con miedo a lo que estaban a punto de contarle.

—Mi niña querida. —Su padre se levantó, se le acercó y la tomó de las dos manos—. Acabo

de recibir noticias de tu tía Cassandra, desde Bath. Es tu abuelo Austen. Fue hace dos días —se le quebró la voz—. No sufrió y ahora está en paz. No ha vivido hombre más bueno en la faz de la Tierra; tiene garantizado un lugar junto al Señor.

—Pobrecita —Harriot rompió el silencio—. Y, encima, el día de su cumpleaños. Fanny, ven a sentarte aquí —dijo, dando unos toquecitos a la silla vacía que tenía junto a ella—, al lado de tu tía.

—He de ir a Bath de inmediato para consolar a mi madre y a mis hermanas. —Henry se volvió sobre sus talones y abandonó la estancia.



Tras comer con melancolía, Fanny y Anne hicieron acto de presencia en el recibidor justo a tiempo para ver cómo Henry terminaba de despedirse.

—Mi niña querida. —Abrió los brazos y la pequeña cayó en ellos, mientras él le acariciaba la cabecita—. Piensa en que tu abuelo está en el cielo. Era el mejor de los hombres. —Se apartó para mirarla a la cara—. Nos superaba a todos. No olvides nunca que todos venimos de él. Honremos su memoria.

Fanny le dio un beso de despedida y él se volvió hacia Anne.

—Señor. —Hizo una reverencia—. Le acompaño en el sentimiento. Me consta lo mucho que estimaba a su querido padre.

—Gracias, señorita Sharp. —Al desbordar normalmente puro optimismo, lo patético de su dolor resultaba más que conmovedor. Comenzaba a formársele una lágrima en el ojo que no tardaría en caer. Ojalá pudiera extender la mano y limpiársela—. Adiós. —Cuando el señor Johncock, el mayordomo, abrió la puerta y apareció Daniel en la silla, él se paró para volverse hacia ella—: Y, por favor, no se preocupe, que no he olvidado mi promesa.

—¿Promesa? —preguntó Fanny, rompiendo el silencio que se había formado tras su marcha—. ¿Qué promesa, Anny?

La institutriz se puso a toquetearse el peinado. De repente, ya no tenía importancia.

—Oh, nada relevante. —Le dio vueltas a la cabeza en busca de una excusa plausible—. Tu tío cree que quizá conozca a un médico que sepa de cefaleas y espera tener la oportunidad de hablar con dicho caballero en mi nombre.

Era todo lo que se le ocurrió, pero la niña pareció satisfecha.



Aquella tarde, el nivel de aburrimiento de la señorita Bridges pareció tocar techo otra vez, por lo que se le ocurrió subir al ático en busca de compañía. Anne estaba escribiendo sentada a su mesa: había comenzado una obra cuya heroína era repudiada por su padre, pero todavía no había decidido cómo terminaría la trama.

—Pero qué pena. —Harriot, que estaba demasiado descontenta como para sentarse, andaba de un lado para otro—. De verdad, qué desgracia.

—Una gran pérdida. Parece que era un hombre extraordinario —respondió Anne.

—Así es —dijo la joven. Ahora que estaba junto a la ventana, se inclinó sobre el alféizar y apoyó los codos, con el mentón en las manos—. Yo diría que excepcional. ¿Qué tiene él, exactamente...? Espere, ¿cómo que «era»? —Se dio la vuelta y miró fijamente a Anne—. ¡Oh! ¡Habla usted del abuelo Austen...!

—¡Pues claro! ¿De quién...? —Entonces, lo entendió todo. Le quedó todo «clarito», como diría Agnes.

Al momento, la señorita Bridges se hizo la sueca:

—Sí, sin duda. —Soltó una retahíla de elogios típicos («el más distinguido... Se le echa mucho de menos... Una mente brillante... Cuánto le gustaba...») antes de volver a mirar el paisaje y confesar al fin—: En realidad, yo me refería a la marcha forzada del señor Henry —recalcó el nombre—. Su visita ha sido maravillosa. ¡Qué risas! Y, si no se hubieran torcido las cosas, seguiríamos disfrutando.

¿Acaso estaba Harriot Bridges enamorada de Henry Austen? La contempló de espaldas, se fijó en que tenía los hombros caídos y en cada uno de los suspiros que daba. Sí, eso parecía. Y si ese era el caso, ¡menudo desastre! No importaba cuál fuera la situación del matrimonio de aquel hombre. Todo lo que se había dicho de que su esposa y él llevaban vidas separadas, que no tenían descendencia y el hecho de que él casi no hablaba de ella —algo que había notado y que consideraba un indicio de que el matrimonio estaba condenado— no importaba. Pese a que parecía gozar de mucha independencia, la verdad era la que era: estaba casado. Harriot debía, de algún modo, controlar sus emociones, pues cualquier desliz solo podía acabar mal.

—Bueno —comenzó Anne, y siguió hablando con un tono muy sugerente—, iba a volver a su casa muy pronto, de todos modos. Su esposa —enfaticó— debe de estar esperándolo.

—¿Mmm? —Harriot se volvió hacia ella y cambió de tono de repente—. Sí, claro, eso ya lo sé. No hace falta que me dé lecciones de vida, Sharpy. —Se sentó en la silla—. Pero habíamos quedado en que él empezaría a darme clases de dibujo. Es un artista excepcional, como ya sabrá. Qué decepción. —Volvió a suspirar hondo—. Me apasiona el arte (¿lo sabía?) y me encantaría mejorar.

Y pensar que estos dos podrían haberse ido a un lugar apartado donde inclinarse sobre el mismo papel...

—Entonces, ha hecho bien en marcharse —dijo Anne de repente.

—Hoy me decepciona usted, señorita Sharp. —Harriot se levantó del asiento—. Vine en busca de mi simpática amiga. —Caminó hasta la puerta—. Y me encuentro con que se ha convertido en mi madre.

La contempló marcharse y reflexionó acerca de la criatura endiablada y errática que era Henry Austen. Un carisma como el suyo era un arma contra la que ninguna mujer —ni tampoco ningún hombre o niño, para el caso— podía luchar. Debería enfundarla y desenvainar y atacar solo en los momentos cruciales, pero, por supuesto, nunca podía estarse quieto ni resistirse: estaba siempre en guardia. Cualquiera que se cruzara en su camino podía ser una víctima potencial y cualquiera debía ser abatido.

Incluso ella había caído en sus redes. Tanto la había ofendido y tantos motivos le había dado

para estar resentida que debería haber erigido unas buenas defensas contra él, pero, tras habérselas visto con su sentido del humor y —sí— con algún que otro insólito momento de ternura, incluso ella se había ablandado de tal forma que él no le desagradaba del todo.

Pero ¿amar a un hombre como él? Había que estar loca...

CAPÍTULO 22



GODMERSHAM PARK se sumió en un luto profundo. La pérdida de un patriarca tan amado es una experiencia terrible, una época para reflexionar, para compartir recuerdos y pensar en todo lo que se echará de menos, pero, cuando el difunto ha gozado de una vida tan larga y plena como la de George Austen, cuando ha sido bendecido con un final henchido de paz y cuando ha eludido cualquier tipo de sufrimiento, se temple el dolor de sus seres queridos. Así fue el caso para la familia del reverendo Austen. Aunque su muerte suscitó una profunda tristeza, no se había dado ninguna injusticia trágica que pudiese provocar un sentimiento de ira; había sido algo inesperado, pero tampoco una sorpresa. Todos en la casa tenían el ánimo sombrío y procedían con reserva.

Una tarde, a mediados de febrero, Anne se encontraba en el salón con la señora Austen y algunos de los niños. Ahora que se habían marchado todas las visitas y que se habían pospuesto las demás fiestas a causa del luto, la señora Austen debía contentarse con la compañía de su familia, lo cual, a decir verdad, no era reto alguno para aquella madre tan dedicada. De hecho, tenía la impresión de que aquello le daba fuerzas y, mientras le daban a la aguja y los pequeños jugaban a sus pies, el vínculo entre su señora y ella comenzó a reforzarse.

Ahora se reunían casi a diario y conversaban sobre el tiempo o los niños, sobre los lugares a los que habían ido y los episodios dichosos de sus vidas: sobre las nimiedades que conforman una vida. Era cada conversación una piedra con la que, al juntarse con las de las conversaciones anteriores —y con las de todas las que entablarían en el futuro—, formaban un puente. De repente, se abrió entre ellas un nuevo canal de comunicación y, al fin, pudieron relacionarse cruzando la brecha social que las separaba.

—Ya poco queda, si no me equivoco, para otra lotería —estaba diciendo la señora Austen—. De verdad le digo, señorita Sharp, que debería procurarse un boleto para esta ocasión. Godmersham Park se está revelando como una de las casas con más suerte, aunque también es cierto que no hemos ganado nada últimamente. —Metió la mano en el cesto de costura—. Tengo la corazonada de que ya nos va tocando.

Anne se mostró renuente, pues la lotería no era un juego basado en la habilidad, con el que usar la inteligencia, sino en pura suerte. La pequeñísima posibilidad de recibir un premio no justificaba de ningún modo el capital que se necesitaba para adquirir un boleto. ¡Había oído que

costaba más que un chelín! Si se convertía en un hábito, sería su ruina.

—¡Ay, venga, señorita Sharp! ¡No se comporte como una puritana! El precio no es elevado y los premios son una delicia. Por esta época el año pasado, ¡el pequeño George, que está aquí con nosotras, ganó un premio de cinco libras!

Anne ya estaba al corriente —la historia había llegado al ático como toda una leyenda— y le parecía una cifra obscena para un niño pequeño. ¡Una institutriz ganaba la mitad de esa cifra al mes! Le sorprendía que unos padres tan respetables considerasen oportuno animar a sus hijos a jugar. Aunque podía pasar por un acto inocente y, por eso precisamente, podía acabar en algo mucho peor, no dejaba de ser jugar y apostar.

Estaban enfrascadas en sus labores, haciendo ropa para los bebés del pueblo. Anne estaba cosiendo a conciencia un gorrito para un bebé recién nacido y pensó en la diferencia que cinco libras podrían marcar para aquella familia. Para no desesperar, cambió de tema:

—Fanny, ¿cómo te está quedando el chal? —Miró hacia el otro lado y se fijó en que su alumna estaba teniendo problemas—. ¡Ah! Veo que te has quedado atascada con los nudos otra vez.

—Oh, señorita Sharp. —Fanny dejó la labor en el regazo y hundió los hombros—. Me temo que nunca se me dará bien coser. ¡Menudo embrollo!

—Claro que se te dará bien, querida. —Extendió las manos—. Pásamelo. Te lo arreglo y, luego, podemos seguir juntas. No tardarás en pillarle el tranquillo.

—¡Gracias! —La niña brincó—. Mamá, seguro que nunca habrás conocido a nadie que sepa desliar nudos tan bien como la señorita Sharp. Tiene los dedos más diestros del mundo. —Corrió a la puerta—. Voy a dar de comer a mis pájaros...

—Volviendo al asunto de la lotería —continuó la señora Austen—, me encantaría que le dieras una oportunidad...

De alguna parte de la casa surgió un grito capaz de helar la sangre, seguido de un lamento alto, hondo. Los niños salieron por la puerta a la carrera, y Anne y Elizabeth tuvieron que dejar sus labores con cuidado en su sitio antes de seguirlos. Una vez hubieron llegado al recibidor, se toparon con una escena de lo más histérica.

—¡Esa bestia felina! —Fanny apretaba el pájaro inerte contra el pecho, mientras le caían lágrimas por las mejillas—. ¡Lo detesto! ¡Os digo que lo detesto! ¡Ay, mamá! —chilló—. Ay, ¿por qué has dejado que viviera en casa?

Los niños más pequeños se reunieron para mirar bien el cadáver, así como la sangre que había en la base de la jaula tipo palacio de Versalles. La señora Austen rodeaba a su hija con los brazos, atrayéndola hacia sí, cuando la señora Salkeld, el ama de llaves, hizo acto de presencia en la escena del crimen.

—Ay, señora Salkeld —comenzó la señora Austen—, me temo que ha ocurrido algo muy desagradable. Quizá... —Por vez primera, se dio cuenta de que incluso a su señora le resultaba imponente aquella mujer—. Quizá podríamos ir a su cuarto para tener unas palabras.

Las dos desaparecieron y dejaron a Anne con todos aquellos niños consternados. Cerró la jaula; sería dos veces malo que, tras haber atacado a un pájaro, el gato asesino volviera a por otro. Luego, envió a una delegación de niños al ático en busca de una buena caja. Pocos minutos

después, había conseguido que Fanny se concentrara en el funeral y en los ritos correspondientes. Y cuando ya estuvo distraída y dejó volar su imaginación, los lloros empezaron a amainar.

Pero aquel período de dolor, que provocaría varias y prolongadas crisis de ansiedad, tardó en amainar, y fue para distraer a las mentes jóvenes y darles algo a lo que agarrarse por lo que, finalmente, aceptó jugar a la lotería.



La jaula de oro que tanto deleite había producido ahora daba pena. Si bien seguía teniendo las plumas relucientes, resultaba evidente que la canaria también había pasado por una fase de luto: era una reina viuda en un enorme palacio vacío. Anne coló un dedo por los barrotes y le dejó que se lo picase.

—Pobre pajarito —susurró—. No te apenes, por favor. Ahora las dos somos almas solitarias... Una se acaba acostumbrando, ya verás.

Hacía tiempo que le molestaba que el adjetivo «solitaria» acompañase siempre al sustantivo «viuda», cuando, en realidad, las viudas constituían un colectivo de lo más diverso. Las había de todos los tipos: hermosas, ricas o, como mínimo, disponibles. Tomó un hueso de jibia y se lo ofreció.

—Te encontraremos otro, te lo prometo. —Tenía claro que, si el gato hubiese atrapado a la hembra y no a su pareja, a él ya le habrían encontrado una sustituta.

Se puso de pie de un salto. ¿Era aquello lo que había hecho su padre? ¿Se había vuelto a casar? ¿Cabía la posibilidad de que hubiese recibido todas las cartas que le había escrito ella y que...? Se oían lamentos. ¡Ay, otra vez Fanny no! Siguió el sonido atropelladamente... y llegó hasta la puerta del cuarto del ama de llaves.

—¿Señora Salkeld? —Anne llamó a la puerta con cuidado. Se amortiguaron los lamentos—. Señora Salkeld, ¿puedo pasar?

La imponente ama de llaves daba pena: se había desplomado en la silla, con el gato en el regazo y la cara enterrada en el pelaje. Se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

La mujer se enderezó y se estiró para tomar un pañuelo. Tenía el rostro delgado y severo anegado en lágrimas y el gorro húmedo por los bordes.

—Discúlpeme, señorita Sharp. Me temo que me he dejado llevar por las emociones, pero —derrumbándose de nuevo— mi señora me ha pedido que me deshaga de mi *Tom* y no tengo fuerzas para seguir adelante.

Miró al gato. Con sus manchas negras, blancas y naranjas y ese mal carácter que tenía —nunca había visto un gato que hiciese muecas de desdén—, parecía poco probable que alguien pudiera quererlo, pero ¿no era siempre así? La elección de un marido o de una esposa, o lo que se adoraba a una prole carente de encantos, era todo un misterio.

—¿Entiende? —La señora Salkeld resolló—. Es todo lo que tengo.

Llevaba más de un año en Godmersham Park y las dos mujeres apenas si habían compartido más que una frase completa, pero, de repente, se habían vuelto confidentes. Anne se tomó un momento para preparar sus armas dialécticas y, luego, comenzó:

—Venga, no será por falta de compañía. El piso del servicio es lo bastante grande como para...

—No les gusto —gimió el ama de llaves—. Solo te tengo a ti, ¿a que sí, *Tom*?

Anne volvió a reflexionar.

—¿Le ha dicho la señora Austen cuándo exactamente le gustaría que se marchase el gato?

La señora Salkeld negó con la cabeza y lloró un poco más.

—En ese caso —Anne bajó la voz—, ¿por qué no hace como que está intentando buscarle un nuevo hogar y espera a que pase la conmoción? Aquí los dramas se suceden, puede que se olviden...

—¿Eso cree...?

Anne le dio una palmadita en el hombro huesudo.

—Vale la pena intentarlo. Compraré un cerrojo para la jaula de los pájaros, para que no vuelva a ocurrir, y ¿me permite que le dé un consejo? Las circunstancias serían más propicias si... —escogió las palabras con cuidado— el gato pasara más tiempo en su cuarto y si pudiese ser un poquito más amistoso cuando está fuera.

—Pero si *Tom* es muy tierno —protestó la señora Salkeld—. En el fondo. Es que... bueno, es orgulloso, tal vez. Sí, eso. Que, a fin de cuentas, es el gato del ama de llaves, señorita. Es un puesto que requiere cierta dignidad.

Todo aquello se ponía cada vez más extraño, pensó.

—Oh, somos conscientes —le aseguró—, pero, por otro lado, a nadie le gusta que le bufen, ¿no le parece? Puede que todos se mostraran más amables con el gato si él también lo fuera. —Vaya, parecía que había habido un error dialéctico. ¿Estaban hablando del gato o de su dueña?

Juntas, decidieron que era un buen plan y, al bajar la vista, se dio cuenta de que la mujer la agarraba de la mano. ¡Fue como tocar a la propia Escila!² Aunque el roce no la había destruido. Aquella gorgona era inofensiva.

Anne se escabulló en silencio y dejó que los tortolitos se consolasen el uno al otro. Mientras cerraba la puerta, sonrió. Fuera lo que fuese lo que le deparase el destino a aquel animal del demonio, había formado una valiosa alianza con su dueña.



A medida que el mes llegaba a su fin sin recibir noticia alguna, comenzó a creer que Henry Austen se había olvidado de que le había prometido ayudarla a regresar a Londres, lo cual era un gran alivio. A Agnes se le había metido en la cabeza que tenían que buscar a su padre. En sus cartas, Anne podía contraargumentar con instrucciones precisas y mantener un tono del todo firme, pero era consciente de que, de ir allí en persona, sus poderes se verían seriamente mermados. Por muy decidida y obstinada que fuese, Agnes lo era más. No había forma de competir con ella.

Seguía esperando que no pasase nada y no tardó en creer que así sería. El hombre acababa de perder a su padre: no solo debía de estar sufriendo, sino que también debía de estar lidiando con todos los asuntos de negocios que había que atender después de una defunción como aquella.

Debía velar por los intereses de su madre y hermanas. No tendría tiempo material para preocuparse por ella. De modo que, el día en que la señora Austen la invitó al salón, casi se había olvidado del asunto.

Su señora estaba resplandeciente con aquel bombasí negro. El luto le sentaba bien.

—Señorita Sharp —comenzó—, en primer lugar, me temo que he de darle malas noticias.

¿A qué venía aquello? ¿Acaso se había enterado de lo de sus dolores de cabeza? ¿Se avecinaba el despido? Se quedó sin aliento.

—Ay, querida. —La señora Austen parecía consternada—. Créame, lamento mucho tener que comunicarle que...

Anne no sabía qué decir. Justo empezaba a sentirse en casa aquí..., se había encariñado con Fanny..., todo iba a las mil maravillas...

—Siento comunicarle —tragando saliva antes de seguir— que, en esta ocasión...

Anne cerró los ojos. ¿La admitiría su padre ahora? Si su salud era lo que estaba en juego, entonces, desde luego, asumiría su responsabilidad como padre...

Elizabeth, al borde de las lágrimas, dijo de manera atropellada:

—Su-boleto-de-la-lotería-no-ha-sido-premiado.

—¡Oh! —exclamó Anne y, aliviada como se sentía, no pudo evitar reír—. ¿Eso es todo? Señora, le aseguro que no pensé ni por un segundo que me fuese a tocar un premio.

—¡Qué peso acabo de quitarme de encima! —Elizabeth se llevó una mano al pecho—. Me siento muy responsable por haber hecho que malgastara su dinero. Es que tenía una corazonada... Y, de hecho —dijo, sonriendo alegremente—, la corazonada no iba del todo desencaminada. A Godmersham Park ya le iba tocando algo de suerte. ¡Mi marido ha ganado doce libras!

¡Cómo no! El dinero, por lo que veía, era algo curioso, dotado de propiedades únicas, que elegía brotar únicamente en aquellos lugares donde ya había dinero de antemano y, una vez ahí, estancarse e ir ganando una profundidad tal que uno hasta podría ahogarse en él. En muy contadas ocasiones optaba por un curso alternativo.

Anne le transmitió su enhorabuena por tamaña suerte y se puso en pie para marcharse.

Pero la señora aún Austen no había terminado:

—Ahora que eso es cosa del pasado, centrémonos en el presente —dijo, en un tono de voz indicaba que se avecinaban nuevas dificultades—. No quiero que esta sea una conversación incómoda. Ha de saber usted que estoy contenta con su trabajo y que Fanny parece muy satisfecha. Disfruta tanto de sus lecciones como de su compañía, de modo que, en ese sentido, estamos complacidos.

—Gracias, señora —respondió Anne con cierta cautela—. ¿En ese sentido?

—Es su estado de salud lo que me preocupa. Por favor, no piense que mi hija se chiva, por así decirlo, pero sí que habla conmigo con confianza, como debe hablar una hija con su madre, así que me he enterado de lo que le pasa con los ojos y de ese dolor de cabeza que la aqueja. Es de lo más preocupante.

—Le aseguro, señora, que son problemas que se dan sobre todo de noche y que, espero, no afecten en ningún modo a mi rendimiento...

—Claro está. —La señora Austen no parecía del todo convencida—. He de preguntárselo: ¿tenía ya esa enfermedad antes de empezar a trabajar?

Bajó la mirada. No quería mentir, pero la verdad era lamentable, y toda aquella situación le resultaba incluso más incómoda a raíz de la amistad que habían forjado hacía tan poco tiempo.

—Ya veo. —El plácido semblante de su señora mostró signos de una irritación momentánea—. Por supuesto, me habría gustado haberme enterado antes.

«Pero, entonces, no me habría contratado», pensó, aunque no se atrevió a decirlo.

—Bueno, ya que está usted aquí y mi hija se ha encariñado con usted, debemos buscar una solución. Resulta que hace poco he recibido noticias de mi hermano, el señor Henry Austen. Conoce a un especialista y nos ha propuesto un plan que nos parece satisfactorio. La semana que viene, viajará usted a Londres con mi marido y Henry para visitarse con el especialista todas las veces que haga falta. Cuando se cure —proclamó la señora Austen con gran rotundidad—, volverá a sus quehaceres.

Estaba estupefacta. ¡Que la mente de Henry fuese capaz de concebir una argucia tan retorcida...! ¡Y que a ella se le hubiese ocurrido lo mismo...! ¿Acaso no era extraño?

—Permítame un comentario sin importancia, señorita Sharp. —Ahora Elizabeth se mostraba severa—. Cuando un miembro en concreto de mi casa tiene algún tipo de problema, por norma general, prefiero que me lo diga a mí primero, en vez de importunar a toda mi familia antes.

No era justo, ella no había hablado del asunto con nadie salvo con Fanny, pero se lo tragó. Le dio las gracias una y otra vez y se marchó. La cabeza le daba vueltas mientras los pies la llevaban otra vez al aula. ¡Que la hubiesen bendecido de pronto con tanta amabilidad...! Le parecía conmovedor que Henry no se hubiera olvidado de su problema y muy generoso por parte de los Austen que le permitieran viajar. Vivir entre personas que se preocupaban tanto por su salud como por su felicidad era toda una bendición.

Pero, a la vez, no podía evitar sentirse tremendamente molesta, pues aquellas buenas intenciones la privaban de todo poder. Impelida por tamaña magnanimidad, ahora debía olvidarse de sus quehaceres, dejar la casa donde comenzaba a asentarse y desperdiciar semanas y semanas en Londres... Una ciudad a la que no quería ir.

² N. de la Ed.: Escila era una bella ninfa de la mitología griega que se convirtió en monstruo. Habitaba en el estrecho de Mesina, con el consiguiente peligro para los barcos que pasaban por allí, pues a un lado del estrecho estaba Caribdis, otro monstruo, y al otro lado ella.

CAPÍTULO 23



FUE AL final de la Semana Santa cuando regresó a Kent. Se apeó de la diligencia en Ospringe, exhausta por la distancia recorrida, mareada por el traqueteo y víctima de las primeras molestias punzantes en los ojos cansados; el primer síntoma de su afección. Allí la aguardaba Daniel con el coche y juntos recorrieron el último tramo del trayecto.

—¿Qué tal la visita, señorita? —Golpeó el flanco del caballo y se pusieron en marcha.

Anne se mordió el labio. Aquella era una pregunta que muchos le formularían en los días venideros. ¿Cuál era la mejor respuesta? En general, no había nada que contar, salvo por las semanas y semanas de hastío que habían acabado con todas las fuerzas de su espíritu. Y lo peor de todo, el último día, el más terrible, el momento en que se quedó horrorizada y que le generaba tal desconcierto que ni siquiera era capaz de hablar de ello.

—Sin sobresaltos, gracias. —Carecía de la energía necesaria para añadir nada más.

Cuando el carruaje tomó la curva y la mansión quedó a la vista, el caballo apretó el paso, sintiendo el alivio de volver a aquel paraíso que era su hogar. Ella, por su parte, solo lamentaba haberse ido.

Se había desplazado a Londres como le habían solicitado y se había quedado, como habían planeado, en la casa de los Mercer. Sin embargo, no le llegó noticia alguna de ningún médico así que pasó los días, que se le hacían interminables, sentada en casa de los Mercer y nada más.

Por la ventana, veía como la primavera se despertaba en la ciudad: el verde coloreaba las puntas de las ramas de los árboles de la plaza Montague, los azafranes se abrían paso por la tierra en la que en otro tiempo había jugado, los pájaros se aclaraban la garganta y hallaban nuevas voces. No obstante, entre los gruesos muros de la casa, el invierno seguía en lo emocional. Tenía el olor a cerrado atascado en la nariz y veía el polvo arremolinándose en el aire como si fuera una ventisca. Poco podía hacer, aparte de escuchar las historias de las niñeras cuando hablaban de lo que denominaban «los viejos tiempos».

Cual péndulo, se movía de la apatía a una irritación mordaz. Ni siquiera quería salir, por miedo a atisbar la copa de un sombrero que le resultase familiar. Para colmo, la señora Austen creía de veras que estaba recibiendo tratamiento para su dolencia. Y así, día tras día, se vio sometida a aquella desdicha diurna hasta el final; llegado ese punto, tiró la toalla. Dado que sería de gran ayuda regresar a Godmersham Park con algún tipo de medicina, aceptó acudir a aquel

nuevo boticario que habían descubierto las niñeras. Se llevó algo que no era sino un placebo, con un nombre largo en latín, que le mostraría a su señora; además, tampoco le saldría tan caro.

La primavera había limpiado las calles de Londres con una luz solar punzante, lo que animaba a la gente a salir a dar un paseo. Por miedo a encontrarse con alguien que no quisiera, salió en birlocho hasta las mismísimas puertas de allí adonde iba. Pese a que se encontraba en una dirección elegante, la botica, baja y estrecha, pasaba desapercibida entre la grandiosidad de la calle South Audley. El modesto exterior, apretujado como estaba entre la tienda de Wedgwood y la del joyero Argyle, dejaba mucho que desear. Pagó al cochero, aguardó a que se abriese una brecha entre el gentío y cruzó la puerta a toda velocidad.

La campana era ciertamente encantadora y el olor a hierbas, abrumador. Las tres paredes, desde el suelo hasta el techo, estaban repletas de frascos de cristal. Hasta el doctor Culpeper en persona se hubiera maravillado. Anne se sintió mejor con tan solo sumergirse en aquel ambiente. Cada una de las niñeras se acomodó en una mitad de una misma silla que había junto a la ventana y, entonces, comenzó la consulta. El boticario le preguntó qué tenía, la contempló a través de las lentes y ella empezó a hablarle de su enfermedad. El hombre subió la puerta del mostrador y se acercó para examinarle los ojos. Y a Agnes se le escapó un gemido.

Anne se volvió sobresaltada, vio los rostros sorprendidos de las niñeras y supo de inmediato que no tendría que haber venido.

La niñera de las Mercer estaba pegada a la ventana:

—Menudo desgraciado.

Por mucho que quisiera, no pudo resistirse a mirar. De inmediato, se dirigió hacia la pared de la tienda, se pegó a la estantería y miró al único hombre que tenía la capacidad de hacerle daño. Se había cruzado con un conocido y se había parado para levantar aquel maldito sombrero y compartir alguna que otra pregunta y algún cumplido. *Ipsa facto*, concluyó que se encontraba bien y que era feliz. Tenía el recio rostro delgado e iba envuelto en una levita de terciopelo color ciruela que nunca había visto. Así que parecía que vivía tranquilo y que los negocios no le iban mal. Estaba claro que las treinta y cinco libras al año que le daba no le resultaban un agobio.

Durante los últimos años que vivió con él, se había acostumbrado al estrés y a la preocupación que le transmitía y que ella atribuía a la sobrecarga de trabajo, a los compromisos financieros y a la inquietud por la salud de su madre. Pero ahora que su madre había pasado a mejor vida y que a ella la había dejado de lado, veía a un hombre que parecía no tener preocupación alguna en el mundo.

En su mente ágil, llegaba a aquella conclusión tras examinarlo durante unos segundos. Así que ahora podía concentrarse en las personas que lo acompañaban, en especial en una desconocida que iba de su brazo. Solo podía verla por detrás: tenía la espalda estrecha y era esbelta; vestía una elegante pelliza de color zafiro y una falda de un amarillo claro que le ocultaba las caderas, delgadas. Sus movimientos, rápidos y leves, así como lo menuda que era, daban a entender que la dama tenía bastantes menos años que su padre, unas cuantas décadas.

Cuando por fin pudo digerir lo que estaba viendo, la bilis le llegó a la garganta.

—Ojalá se muera —dijo Agnes en voz alta.

—Pero —murmuró Anne— tiene que haber una... una explicación racional. Lo decía solo

con la boca chica, pues todavía quería creer que su padre tenía un lado bueno. Además, era consciente de que el boticario estaba ahí y la escuchaba ensimismado.

Luego, la jovencita se volvió y se dio cuenta de que no era mucho mayor que Fanny. ¡Ay, pobrecilla!

Y, entonces, recordó la forma en la que el señor Jameson la había mirado tiempo atrás y lo que su padre le había dicho al hombre. Haciendo memoria, le vino a la cabeza lo joven que era su madre cuando ella nació. ¿Era aquel...? No podía ser cierto. ¿De verdad que aquel era su padre? ¿Cómo había degenerado tanto?

Además, se fijó en que a la muchacha no le faltaba refinamiento, ni mucho menos. Tenía la tez clara, pecas, el cabello brillante y vestía bien. Aquella sonrisa... le resultaba vagamente familiar...

Y, de pronto, se dio cuenta.

—¡Ay, mi angelito! —Agnes se volvió y la agarró al ver que se desplomaba—. Que Dios tenga misericordia. Esa joven y tú os parecéis como dos gotas de agua.

CAPÍTULO 24



EN 1805, la Pascua cayó tarde, a mediados de abril. Anne se percató de que, en lo que duró su ausencia, el fuerte viento de marzo se había vuelto más suave para convertirse en un susurro, un rumor que vaticinaba la llegada del verano. Fanny, tras unas cuantas semanas sin clase, se había empapado del optimismo de la temporada como quien se contagia de una enfermedad. Se le había olvidado el vocabulario de francés y el concepto filosófico del paso del tiempo, entendido como una corriente de agua, se había convertido en un asunto que le resultaba indiferente. Quienes la rodeaban pensaban en asuntos como el nacimiento y la renovación, y lo que ansiaba ella eran nuevos proyectos.

Anne, aun recuperándose de su visita a Londres, se había vuelto insensible a los deleites que trae consigo la primavera. Había visto a su padre, había descubierto que tenía otra hija. Había sido la terrible descubrir la horrenda verdad que había propiciado la caída de su madre y pensar en todo eso la atosigaba y la desequilibraba. De hecho, se habría vuelto loca de remate de haberse podido permitir semejante lujo. Sin embargo, de alguna manera, sabía que tenía que contenerse, pues perder la cabeza supondría perder, también, su empleo. Debía atender su deber. El trabajo la distraería.

De ahí que sugiriera que montasen un pequeño jardín, para así estudiar la historia natural a partir de las hojas de una planta, más que de las de un libro. A Fanny le encantó la idea, así que le rogó a su madre que les permitiese plantar en un rincón de aquel enorme jardín que era el de la casa. Como no deseaba molestar a los encargados, la señora Austen se mostró reticente, pero, cuando su hija le prometió que ella se encargaría de todo —«de todo, mamá, de todo. En serio, lo necesito. ¡Sé que me va a encantar!»—, llegaron a un acuerdo. Escogieron las semillas con cuidado y con cuidado las plantaron.

El segundo gran proyecto guardaba relación con la pobre canaria viuda. Ahora la disciplina era la biología, así que le presentaron una nueva pareja de lo más apuesta. El día de su llegada, organizaron un desayuno nupcial para ambos pájaros con extra de hueso de jibia, entonaron cancioncitas de amor por los barrotos de la jaula y les dieron su bendición. Fue una experiencia encantadora.

Como siempre sucede con las cosas con las que una se compromete con niños, al principio tienen mucha ilusión, pero luego una se arrepiente. Los primeros indicios de que se avecinaban

problemas aparecieron en la jaula palacio de los canarios. La pareja, simple y llanamente, no se entendía, y a Fanny no le entraba en la cabeza, porque el alojamiento era espléndido y los dos canarios eran una belleza, pero, aun así, ninguno de ellos parecía feliz. No pusieron huevos, así que no habría crías. En la jaula reinaba una frialdad constante; la misma que en la casa de Hettie en Mayfair, pensaba.

Su pupila culpaba al gato, así que trajo tres huevos de otra hembra y se empeñó en que colocaran a los pájaros en una zona más tranquila para que anidasen. Dicha operación, que requería de su participación, de la de los dos lacayos y de la señora Salkeld, que en cierto modo se sentía culpable, estaba en marcha cuando se oyó una conmoción en el recibidor.

—Pero ¡qué...! ¿Se ha convertido Godmersham Park en un barco fantasma? —Aquella voz recia traspasó el mármol—. Antes, cuando un viajero llegaba cansado, había alguien que le daba la bienvenida. ¡Hermano! ¿Es que ya no tienes criados?

Dejaron la jaula y todos se movieron al unísono, como una ola. Anne se contuvo y aguardó unos instantes antes de seguir a los demás a una distancia prudente.

—Esa es la actitud. —Henry Austen disfrutaba siendo el centro de atención. Se llevaron su sombrero y su abrigo y se hicieron cargo de su equipaje. Fanny se le colgó de un brazo—. No es que me esperara unas banderitas o una banda de música, aunque ninguna de las dos cosas me disgustaría, pero, hombre, ¡que se me niegue una mísera bienvenida...! A ver, ¿qué hacíais, que estabais tan ocupados? Debe de ser algo importante.

Fanny le dio los detalles de lo que estaban haciendo mientras todos avanzaban juntos y se reunían en torno a la jaula.

—Mmm. —Miró por entre los barrotes, como si fuera un distinguido ornitólogo—. Entiendo... —Rodeó la jaula—. ¡Sí! —Alzándose del todo, anunció lo que pasaba—: Es lo que sospechaba. Fanny, es que no congenian.

Aunque Anne no tenía motivo alguno para aceptar el parecer de alguien que era, evidentemente, un profano en la materia, Fanny soltó un grito, consternada:

—Pero ¡qué tragedia! —gimió—. ¡Si oficiamos una boda y todo!

Henry la rodeó con el brazo de un modo paternal.

—Lo siento, querida. Es una dura lección que todos debemos aprender, pero cuanto antes se aprenda, mejor. Una unión de estas características, orquestada no por ellos mismos, sino por otros, no es más que un contrato doméstico. —Lo decía con tanta seguridad como cuando hablaba de cualquier otra cosa—. El compañerismo y el afecto (y el amor incluso más) toman rutas impredecibles. Aterrizan donde les place y eso no se puede cambiar.

Anne lo escuchaba con los ojos abiertos como platos. Aunque, por supuesto, no estaba en desacuerdo con el quid de la cuestión, no estaba del todo convencida de que la señora Austen aprobase que le dieran a su hija un discurso tan franco y firme.

—Entonces, ¿qué hacemos? —imploró la niña.

—¡Deshazte de él! —proclamó Henry—. ¡Búscales otro! ¿Por qué debería una criatura tan bella como ella ser infeliz? —Se volvió hacia los demás, sin hacer caso del hecho de que todos lo miraban con la boca abierta, y pidió que le sirvieran té en la biblioteca. Antes de marcharse, se dirigió a Anne—: Señorita Sharp, ¿qué tal el viaje a Londres? Espero que le haya ido bien.

—Gracias, señor. Fue, eh, de lo más revelador.

El hombre le dedicó una amplia sonrisa, contento de haberla complacido.

—¿Y la trató bien el médico? Tengo entendido que es muy bueno.

La institutriz miró a Fanny, vio que estaba enfrascada en sus pájaros, e interrogó a Henry con la mirada. Sin embargo, su interlocutor no pareció darse cuenta y le respondió con una sonrisa del todo honesta y amistosa, así que ella se limitó a dar una contestación sencilla y segura:

—Tan bien como esperaba, señor.

—¡Estupendo! —gritó—. Ojalá que se haya curado por completo y que no vuelva a tener problemas.

Estaba desconcertada. Tenía la sensación de que hablaba con un loco. ¿Acaso no recordaba que había sido una treta suya? ¿O es que estaba tan acostumbrado a engañar que incluso se creía —y vivía— sus propias fantasías? Si a ella le interesara su moral lo más mínimo, cualquiera de ambas preguntas serían motivo de preocupación, pero, por suerte, lo único que le importaba eran los muchísimos problemas que él le había causado. Sus «buenas intenciones» la habían atrapado en una red cuyos nudos no podía deshacer incluso a pesar de que tenía dedos diestros.



El martes después de Pascua, Anne fue a la iglesia con su señora. No eran oficios obligatorios y apenas si había gente, pero Elizabeth era una mujer pía que en los últimos tiempos se sentía particularmente pía. También ella estaba falta de consuelo espiritual. Además, necesitaba distraerse, así que le entusiasmó la posibilidad de ver a su buen amigo, el señor Whitfield.

—A todos nos ha apenado mucho su ausencia, señorita Sharp. —El rector y ella volvían a la rectoría dando un paseo, pues Elizabeth había tomado el coche—. Nos ha hecho entender lo mucho que disfrutamos de sus visitas. Mi esposa aprecia su compañía. —Abrió la puerta del camposanto y la invitó a pasar—. Y yo, los pasteles. La cocinera se esfuerza más cuando sabe que usted va a venir. Es un pensamiento sombrío y no debería confesarlo, pero, cuando prepara pasteles para mí —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, sospecho que escatima en azúcar.

—¡Ay, señor Whitfield! —Anne sonrió. El sol de la mañana iluminaba la calle, la brisa danzaba entre los narcisos y, como siempre, la compañía del rector era como un bálsamo para su alma que, de nuevo, estaba irritada y convulsa. El hombre tenía una filosofía espléndida: veía a Dios en los pequeños placeres, en el vino brisado de calidad o en un bizcocho que se tomaba junto a la chimenea. La indulgencia que les atribuía era un mecanismo con el que venerar al Todopoderoso, y lo veneraba con extrema devoción—. ¡Cuánto ha sufrido usted! Dígame que yo tenía aspecto demacrado y que he de volver mañana.

En vez de aprovechar para elogiar su apariencia, se limitó a decir:

—Nuestra pérdida fue una victoria para Londres... —Y la miró por los costados, lo que parecía implicar que, desde luego, la había visto en días mejores y quería animarla para que se desahogara con él. ¡Ojalá pudiera compartir su miseria con alguien y librarse de aquella carga! Pero no podía. Si era lo que se temía (¿y cómo no iba a serlo? ¿No había visto la prueba con sus

propios ojos?), su propio nacimiento era una gran vergüenza. Nadie debía enterarse. Tenía que cargar con ello en soledad.

—¿Y qué tal el regreso? —preguntó el señor Whitfield—. A estas alturas, debe de sentirse ya en casa, espero. Lleva aquí más de un año.

Anne lo sopesó unos instantes.

—Supongo que así debe ser. Es, por supuesto, todo un placer volver con mi querida alumna, aquí, a este condado, y en la mejor de las estaciones. Puede que haya cambiado en cierto modo. A decir verdad, ya no siento que Londres sea mi hogar. —De hecho, ya no le importada nada no volver a ver la ciudad en su vida.

—¿Y qué hay del resto de los habitantes de la casa? Sería un consuelo oír que, por lo menos, se lleva bien con alguien del piso de abajo y que ya no ha vuelto a tener los mismos problemas.

La sirena que le había dado Fanny, inevitablemente, se había desvanecido como por arte de magia durante su ausencia, pero no valía la pena mencionarlo. La desaparición de su dedal suponía un problema mayor, pues le había llevado mucho tiempo desgastar el metal lo suficiente para que el dedo le encajase a la perfección. No obstante, eran tantas las cosas que la atormentaban que guardó silencio.

El señor Whitfield soltó un suspiro hondo y afligido.

—El mero acto de robar... y robar a alguien que tiene poco... —Negó con la cabeza. Peinaba canas—. Me desconcierta, me desconcierta que viva entre nosotros alguien que se haya descarriado de ese modo. —No pareció que se le ocurriera que tal vez debía de buscar el modo para que el pecador volviese al redil, pues, más bien, era esa clase de pastor que prefería quedarse al calorcito en su casa. Sea como fuere, pensar en aquella alma perdida lo había abatido lo suficiente como para tener que dejar de andar y buscar consuelo en el aroma del majuelo.

—Lamento, señorita Sharp, que haya tenido que pasar este mal trago. Me sorprende.

Ahora que lo tenía de espaldas, con la cabeza metida en el majuelo, se animó a sincerarse:

—Yo tampoco lo entiendo del todo. No veo que yo sea una molestia para ellos, y he tratado de ser generosa por todos los medios. En la escuela trabajo con sus hijos y sus hermanos más jóvenes y, la verdad, todo va sobre ruedas.

—Pero, señorita Sharp —volviéndose hacia ella con las manos extendidas, como si estuviese predicando—, la generosidad se ofrece sin garantía alguna de que se vaya a recibir afecto a cambio. Ni siquiera gratitud.

—¡Señor Whitfield! —Anne rio—. No sabía que usted estuviese hecho un cínico.

—¡Ja! —Aquella nueva tesis filosófica le devolvió las fuerzas. Tiró del bastón y prosiguieron con la caminata—. No es un parecer cínico; más bien empírico. La experiencia me dice que dar generosamente a los demás a menudo les lleva a preguntarse por qué no ha sido usted capaz de darles más.

—Y yo que tenía la impresión de que «Dios ama a quien da con alegría»...

Habían llegado a la entrada del jardín rodeado por muros.

—Así es, querida mía. —Le dio unas palmaditas en el brazo—. Y por eso los que damos seguimos dando: para nuestro propio avance espiritual, aunque con ello disminuya nuestra popularidad entre nuestros conocidos mortales. —Restregó el musgo que había entre las piedras

y miró por entre una de las fisuras—. Nuestro Señor no halló gratificación alguna en esta tierra...

Anne se despidió de él, se coló en el jardín, pasó por la avenida de los tilos y dio con su árbol preferido, aquel que estaba torcido y, al crecer, se había desviado en la misma línea que sus compañeros. Recostándose contra el tronco, estudió las flores con atención. Por mucho que ansiara que san Pedro la recibiese con los brazos abiertos, ella quería recuperar sus cosas. Pero ¿cómo hacerlo? Desde luego, no podía esperar que cierta persona malgastase su preciada energía por su bien. De hecho, no había nadie que fuera a defender sus intereses, ya sea por motivos insignificantes o importantes. Anne extendió el brazo, arrancó una de las hojas nuevas, de un color estridente, pasó el pulgar por el centro, fino y suave, y aguardó a que la embargase aquella conocida autocompasión. En cambio, lo que la sorprendió fue una oleada de una sensación bien distinta.

Al fin y al cabo, ¿no era cierto que nunca le había gustado el control patriarcal? ¿Qué siempre había querido ser independiente, casi desde que se convirtió en una jovencita? Pues bien, ahora lo era y tenía que sacar lo mejor de esa situación. ¡Qué liberación! ¡Qué tonta había sido al esperar que su padre, ese degenerado, viniera a rescatarla! ¡Y qué ridículo había sido permitir que Henry Austen le organizase la vida! Además, ¡también había sido patético depender en cierta manera de un hombre de la Iglesia! Ahora esta era su vida y ella misma tomaría las riendas. De ahora en adelante, pensaría con la cabeza, no con el corazón. Su débil e ingenuo corazón.

Y, tirando a sus espaldas lo que quedaba de la hoja deshecha, regresó a la casa.

CAPÍTULO 25



Mi querida Fanny:

Qué tía más despreciable he sido últimamente. ¡Y pensar que me elegiste a mí, de entre todas tus tías, para que mantuviéramos correspondencia! ¿Qué se te habrá pasado por la cabeza al ver que no te enviaba una respuesta? Como yo también fui en su momento una señorita entregada a la imaginación, creo que me hago una idea. Pensaste que me habían secuestrado, que me cortejaba un miembro de la realeza o que me habían arrestado por robar y me habían metido en la cárcel. ¿Voy encaminada? En ese caso, te vas a llevar otra desilusión, pues me temo que los motivos que tengo no son tan emocionantes y que no me profesarás simpatía alguna cuando te enteres. Por ejemplo, hemos tenido que trasladarnos a la calle Gay. Nos ha generado mucho ajeteo y causado muchas molestias, pero en fin, a ti eso qué más te da ahora mismo. Tu tía Cassandra ha estado ausente, cuidando de los enfermos y confiándome a mí el cuidado de tu querida abuela y, como tú todavía no has tenido que descuartizar carneros o cocinar ruibarbo, y ojalá sigas así mucho tiempo, no entiendes lo que implica. Mira, estoy al corriente de que los jóvenes —como tú— tienen poca paciencia con los ancianos, y ahora que he cumplido veintinueve años, me encuentro cómodamente en el lado equivocado de la balanza. Por todo ello, mi querida Fanny, no perderé la esperanza ni en ti ni en tu naturaleza, sin remedio dulce. Pese a que mi silencio ha sido del todo imperdonable, confío en que me perdonarás al momento.

Y, dentro de unas cuantas semanas, pondremos a prueba esa misma confianza, pues ¡vamos a quedarnos en vuestra casa en junio! Iremos por Hampshire y os traeremos una amiguita, que no es otra que tu prima Anna. ¡Qué bien lo vamos a pasar! Mientras tanto, te pido que medies con el tiempo que haga en nombre de tu abuela. Ella quiere que no haga ni mucho calor ni mucho frío.

*Tu tía, que te quiere:
Jane*



Volvía a ser el cumpleaños de Elizabeth; el tiempo que hacía había bendecido la fecha y la familia estaba pasando el día fuera. Sin embargo, aquel año, Anne no se podía permitir ningún momento de ocio, pues, en un giro de los acontecimientos que no sorprendía a nadie tanto como a ella, resulta que Fanny —pese a ser una acérrima amante de la siembra y de la observación, labores que admiraba— no tenía muchas ganas de trabajar duro. Anne no rechistó. Estaba decidida a mantenerse tan ocupada como fuese posible, para no caer en malos pensamientos. Aquella tarde, con un vestido fino de lino azul y con la cabeza tocada con un sombrero de paja para resguardarse del sol, se había puesto manos a la obra en el jardín a solas.

—¡Buenos días, señorita Sharp! —Otra vez, Henry no estaba con la familia, aunque la vestimenta que llevaba era la indicada para acompañantes refinados: vestía una levita clara y nada práctica, y unos calzones en los que no pudo evitar fijarse, extremadamente ajustados—. Pero ¿con qué me encuentro? ¿Tan ambiciosa es usted que se ha buscado incluso nuevos quehaceres?

Anne oía el latido de su propio corazón; puso la mente alerta.

—Señor. —Hizo una especie de reverencia y, acto seguido, dejó la azada en la tierra—. La única ambición que tengo es asegurarme de que los dulces guisantes de Fanny sobrevivan a la invasión de todos estos hierbajos. A ella le gustan mucho.

—¿Y he de ser yo el que le recuerde, señorita, que es la institutriz de mi sobrina, no su esclava? —Hundió su bastón en la tierra y separó bien las botas para dar mayor énfasis a sus palabras. Los calzones se le estiraron incluso más—. Ahora mismo voy a dar un paseo por la finca. Le ruego que me acompañe; si no...

—Si no, ¿se le pondrá cara de siluro, señor?

Aunque estaba al tanto de que era un hombre que se reía con frecuencia y facilidad, Anne no podía negar que la embargó una intensa gratificación al ser ella el motivo de aquella carcajada.

—¡Mucho peor! Porque, de llegar a tal extremo, comparado conmigo, ¡un siluro parecería todo un apolo!

También ella se rio. ¿Era la primera vez que se reían juntos?

—Por muy tentador que resulte... —Volvió a mirar los hierbajos.

—Como dice siempre mi esposa, tan solo hay una cura para la tentación: ¡ceder!

¿Su esposa? ¡Por fin la mencionaba! Ahora le picaba la curiosidad, de tal forma que, guiada enteramente por su intelecto y no —estaba bastante segura— por unos sentimientos fuera de control, aceptó su invitación. ¿Qué daño podía hacer? Quitándose los gruesos guantes y dejándolos sobre el mango de la azada, dijo:

—Una filosofía de lo más admirable, señor. —Y juntos se pusieron en marcha por el prado que se extendía por el jardín—. Que la recompense con una vida de puro placer.

—No es el caso, por desgracia. —Abrió el portalito que daba al parque—. Aunque hace lo que le viene en gana siempre que se le presenta la ocasión, son muchos los tormentos a los que ha tenido que hacer frente.

Anne respondió en voz baja:

—Ah, cuánto lo siento. —Como anhelaba saber más al respecto, soltó el cebo para que picase—. No basta algo tan simple como un carácter dulce para evitar las desgracias.

Volvió a reírse.

—Creo que ella misma sería la primera en admitir que la dulzura —recalcó— no forma parte de sus cualidades, sino más bien... —buscando la palabra adecuada— ¿la vivacidad? Desde luego, la jovialidad. Esos son los atributos que más comúnmente se le asocian. —Entraban en un terreno en cuesta, por lo que clavaba el bastón en la hierba para ascender—. O eran, mejor dicho...

¿Qué edad tenía aquella esposa suya? Su curiosidad iba *in crescendo*. Sacó la caña de pescar otra vez:

—Claro está, si no se goza de buena salud...

—Su estado de salud es delicado. Es algo que le ha hecho sufrir y una de las cosas que la incordia. —Henry mantenía la cabeza firmemente alzada, con la mirada fija en la cumbre de la colina—. Pero la amargura es un incordio más hondo. Estuvo casada con anterioridad, por cierto, con un francés noble que cayó víctima del Terror. Luego, su único hijo, que tenía una discapacidad, murió poco después de su padre. No tenía más que quince años, ¿entiende...?

—¡Sí, claro! —dijo Anne con voz entrecortada—. ¡Una secuencia de vivencias que no puede sino resultar devastadora! —Había obtenido más detalles dramáticos de lo que había negociado en un primer momento.

Como por arte de magia, aparecieron ante ellos las figuras de Sally y Becky, que sin duda volvían de callejear. Las doncellas se agarraban del brazo y juntaban la cabeza entre carcajadas, contentísimas. Sin embargo, al fijarse en aquella inesperada combinación entre Henry y Anne, frenaron en seco y se quedaron mirándolos embobadas, antes de bajar en picado para hacer reverencia. Después de que los dos grupos se hubiesen cruzado y siguieran sus respectivos caminos, se reanudaron las risitas y los susurros de las doncellas.

Por una vez, a Anne no le importó, pues su única inquietud era no perder el hilo de la conversación.

—Pero, si no está bien de salud, Godmersham Park sería el lugar idóneo para ella. —No estaba en posición de sugerir tal cosa, pero, aun así, se sintió en su derecho; a fin de cuentas, aquel hombre había sido tan indiscreto con ella que no podría rechistar si, por una vez, se metía en sus asuntos privados.

Aquella suposición resultó ser correcta: a la sombra de la arboleda, él comenzó a sincerarse de verdad.

—No recibí la aprobación general de la familia al tomarla por esposa y, aquí, en Godmersham Park, se la considera algo... —Calló, aunque no estaba segura de que fuese porque estaba pensando en sus próximas palabras o porque se estaba arrepintiendo de las anteriores.

Salieron a la luz del sol por entre los árboles y tomó la palabra de nuevo, algo a lo que comenzaba a pillarle el tranquillo.

—Tiene usted una familia numerosa, señor, y, si me permite el comentario, impresionante: un montón de individuos pagados de sí mismos. Sin duda es algo que podría intimidar a quien venga de fuera.

—Oh, ese no fue el problema. —Henry permaneció inmóvil y alzó el rostro, observando a las alondras descender por el cielo para luego elevarse—. Al ser primos carnales, ya era una de nosotros. Todos estaban encantados con ella. Aunque... —Soltó un suspiro—. Pero sí que tiene una amiga y defensora de verdad. —Bajó la mirada y le sonrió—. Su predilecta, por supuesto: nuestra queridísima Jane.

—Entonces, no necesito saber más —dijo entre risas—. ¡He de asumir que es una persona excelente!

Ahora el asiento gótico quedaba a la vista, hacia donde el hombre se encaminó mientras proseguía con su confesión:

—Supongo que no es un matrimonio convencional y que eso les ha desconcertado, pero, como yo nunca había mostrado especial interés en las convenciones... —Notó que su interlocutora se quedaba inmóvil como una estatua y la miró de soslayo—. Señorita Sharp, ¿la he ofendido?

—¡Oh, señor, ni mucho menos! —mintió Anne—. He sido siempre de la opinión de que la falta de convencionalidad es signo de un recio individualismo. —Aunque, desde que había descubierto la verdad sobre su padre, temía que no era más que una tapadera para el libertinaje. A fin de cuentas, a duras penas podría afirmarse que el de sus padres hubiese sido un matrimonio convencional, y mira todo el daño que había provocado. ¿Era Henry de fiar? Debía (¡debía!) mantenerse alerta en su compañía.

Y, aun así, aceptó sentarse junto a él sobre la piedra. Pese a todas sus fuerzas y a su determinación, procedió a admirar el paisaje en su compañía. Aunque estaba ojo avizor, el ojo lo dedicó a compartir con él sus zonas preferidas de la hacienda. Descubrió que para él eran la casa en sí —por su tamaño, por su espacio, por su grandiosidad— y el río, que albergaba todo un mundo que llevaba hasta el mar. Él a su vez, descubrió que Anne prefería los espacios más privados: los bosques y los jardines rodeados de muros, el tilo de la avenida, con el que confesó que hablaba, el templo en el que, aquel mismo día el año pasado, había permitido que su corazón cantara...

Durante treinta y dos años, no había tenido la ocasión de conversar con un caballero de aquella forma. Más allá de su padre, no había conocido a ninguno que le hubiese presentado una oportunidad como aquella. A medida que se le soltaba la lengua —a medida que ambos revelaban pensamientos íntimos y juntos los valoraban, se quedaban sin aliento, encantados con el agudo ingenio del otro—, la sobrecogía un pensamiento irrefrenable: no era de extrañar que, hasta entonces, nunca hubiese visto ventaja alguna en el matrimonio, pues jamás había experimentado los placeres que suscitaba una comunión como aquella.

—Ay. —Henry aspiró una bocanada de aire puro de Kent—. Es la estación del optimismo por antonomasia, ¿no le parece?

Anne no pudo contener la risa.

—No quiero parecer impertinente, señor, pero tengo la impresión de que es usted la clase de persona dotada de optimismo todo el año, ya esté el paisaje verde o mustio, desnudo y marchito: no parece afectarle.

—¿Y qué? —rebatía—. ¿Qué mejor forma hay de encarar esta corta vida que tenemos que

esperar lo mejor de ella? Sonríale a la fortuna, que ella le devolverá la sonrisa.

—En una vida ya óptima de por sí, quizá —concedió Anne—, pero, de estar acuciado por la ruina, seguro que incluso a usted le costaría mantener el optimismo.

A pesar de lo anterior, parecía que el de Henry era contagioso hasta cierto punto, aunque quizá se debía a aquel deleite sencillo que suscitaba siempre la primavera, pero que hasta ahora la había eludido. En primavera lucía un sol tierno que se te pegaba a la espalda; estaba rodeada de belleza y la embargaba una simpatía incipiente que se parecía mucho a la amistad. Así las cosas, lo que sentía en aquel momento no podía ser otra cosa que alegría aunque, por alguna razón, no podía quitarse de encima aquella nueva sensación prometedora: un presentimiento estremecedor de que el universo se estaba reorganizando para traer mejoras a su vida.

Y, si llegaba a suceder —si la fortuna fuera a fijarse en ella algún día, aunque fuera por el rabillo de un ojo generoso—, no opondría resistencia alguna, sino que, cual semilla de diente de león a merced de un fuerte viento de verano, se rendiría de inmediato, se entregaría, permitiría que se la llevase y, entonces, aguardaría satisfecha a ver dónde aterrizaba.



Cuando la familia regresó poco después de la cena, Anne seguía ocupada con la azada, como si hubiese estado ahí fuera todo el día. Los miró de pie sobre la hierba del jardín, se enderezó y los saludó con un leve gesto de la mano. Y oyó una voz sobre todas las demás:

—¡Ay, miren a nuestra querida Sharpy! Pero qué dulce y sencilla es. No me digan que no es la encarnación en sí de lo pintoresco.

CAPÍTULO 26



A LA MAÑANA siguiente, Fanny comenzó a mostrar síntomas de un leve resfriado de verano y su madre decretó que debía permanecer todo el día en reposo dentro de casa junto con su institutriz. Aquello resultó ser una decepción, ya que habían planeado salir a pescar y habían prometido a la niña que le darían una caña para ella. No era tarea fácil tenerla bajo control; casi estaba bien y por las ventanas se veía el cielo azul brillante de fuera. Las horas pasaban despacio y Fanny no empeoró, de modo que, después de la cena, aceptó salir a dar un paseo con ella, para que se pusiera al día con los demás.

En la ribera, junto a la casa de baños, encontraron dos parejas absortas en el deporte y en la compañía mutua. Edward y Elizabeth estaban sumidos en su propia aura de contento imperturbable, dedicando tan solo la mitad del corazón a la pesca, deleitándose en aquel diálogo dulce, continuado, sobre intereses compartidos que entablaban todos los matrimonios felices. Harriot y Henry, entretanto, estaban en mitad de una —muy refinada— reyerta. Por lo menos, aquella fue la impresión que le dieron. Así, seleccionó un sitio —a una distancia respetuosa de la familia, pero asegurándose bien de que pudiera escucharlos— y se sentó en la hierba.

—¡Maldición! Señorita, ¿se ha puesto como objetivo que no pueda concentrarme?

—¿Yo, señor Austen? —Harriot abrió los ojos como platos, llevándose una de sus delicadas manos al pecho; un pecho inocente y expuesto—. Pero ¡si yo solo tengo ojos para mis presas! ¿Y de qué manera podría yo distraerle a usted?

—¡Es que me está haciendo reír, señorita Bridges! —protestó la víctima—. ¿Cómo va a pescar uno cuando no para de desternillarse de risa? Y su vestido, señorita...

Harriot soltó un grito ahogado, horrorizada.

—¡Señor, me desespera usted! ¿Me dice que no le gusta mi vestido? —Prefiriendo la belleza al sentido común, había elegido salir con un traje de muselina fino y claro con lazos azules de seda—. ¡Ay, pero mire! —exclamó la joven triunfante—. ¡Parece que he pescado uno!

Henry tiró su caña y trató de apoderarse de la de ella. Harriot se sobresaltó, soltó un grito dulce por lo bajo y la dejó ir y, luego, subiéndose las faldas —se diría que dejando al descubierto sus finos tobillos sin querer—, echó a correr colina arriba, mientras él la perseguía con ímpetu. Fanny aplaudió contenta aquellas travesuras infantiles de los adultos y Edward y Elizabeth negaron con las cabezas y sonrieron mientras contemplaban la escena. Anne la desaprobaba por

completo.

¿Acaso los señores no iban a intentar siquiera controlar a aquellos dos hermanos impredecibles que tenían? Mientras se perseguían el uno al otro dando vueltas en torno a ella, mantuvo la vista fija en el regazo y juzgó para sus adentros a todos los presentes. ¿Qué importaba que la pobre esposa de Henry fuera mayor, estuviera enferma y la embargara la melancolía? Seguía con vida y aquel coqueteo no estaba bien. Resultaba evidente que Henry y Harriot sacaban lo peor el uno del otro; cualquiera con un poco de sentido común trataría de mantenerlos separados, no de juntarlos. No cabía duda de que muchos dirían que la institutriz no tenía vela en aquel entierro, pero ¿cómo no opinar? Tampoco era alguien que no tuviera parte en el asunto.

Durante el último año y medio, había llegado a conocer a Henry y a Harriot mejor que a cualquier otra persona en Godmersham Park, sin contar a Fanny. Pese a que los dos tenían sus defectos, así como debilidades que saltaban a la vista, ambos se habían portado con amabilidad y habían tratado de entablar amistad con ella, interponiéndose entre ella y la formidable fuerza de la soledad. En deuda con ellos como estaba, se percató de que le preocupaba su felicidad y, sabiendo lo que sabía, creía que —cuando él quedase libre, si es que eso sucedía—, al final, no serían felices juntos.

Si bien Harriot podría parecer una señorita veleidosa —estaba, en aquellos instantes, escondida tras la casa de baños, conteniendo la risa—, al final acabaría convirtiéndose en la matrona para la que la habían educado. No tenía duda de que, más pronto que tarde, aparecería algún caballero que se la llevaría a su hacienda, le quitaría la tontería de encima y la enderezaría para siempre.

Y Henry, ¡ay, Henry! Tan rico en virtudes —simpatía, empatía, una mente ágil y, sí, un exceso de carisma—, pero tan parco en el control de su propia vida. Ella sabía bien qué tipo de mujer debería tener a su lado: una que lo igualase en inteligencia y conocimiento, para que nunca se aburriese; una mujer que hubiera sufrido alguna desgracia que la hubiese hecho más sabia, que pudiera arrancar las malas hierbas de sus puntos débiles para que florecieran los fuertes, que estuviera preparada para guiarlo y darle consejo cuando al fin la fortuna le diese la espalda. Con una pareja así..., bueno, se comería el mundo.

Él pasó de largo a la carrera, gruñendo por la colina del parque, y, en silencio, Anne pensó en la imagen que estaba dando de sí mismo; no más refinada que la de las doncellas que callejeaban hasta la colecturía. Sinceramente, temió por su futuro, pues cuando a su pobre esposa, anciana y enferma le llegase la hora, en caso de que aquella potencial esposa de ensueño existiera, ¿tendría la suficiente cordura como para fijarse en ella?

—¿Señorita Sharp? —La señora Austen interrumpió sus cavilaciones—. ¿Podría llevarse a Fanny ya? Le vendría bien, creo yo, acostarse temprano.



—¿Y ahora cómo te encuentras, querida? —Aún faltaba rato para que anocheciera, pero ya se habían puesto el camisón, la doncella las había dejado y habían rezado sus oraciones—. Parece

que estás mucho mejor.

—Estoy bien, Anny. —La niña saltó a la cama—. Aunque he de confesar que me habría gustado quedarme con los demás. Qué divertido ha sido, ¿no?

—Así es. —Anne la arropó—. Pero sabes que aún eres una cría y que no puedes estar con los adultos a todas horas.

Fanny suspiró.

—Sí, pero la cosa cambia cuando el tío Henry está aquí.

La institutriz se metió en su propia cama, toqueteó la novela que tenía en la mesilla y se puso en modo detective: todas las preguntas que nunca se atrevería a plantear a los adultos se las podía hacer a Fanny, consciente de que repetiría lo que ellos decían como un loro.

—Es una lástima que la esposa de tu tío no lo acompañe, ¿no crees? Quizá su salud no se lo permita.

—Su salud. —La niña hizo una pausa para reunir toda una retahíla de opiniones que había escuchado a hurtadillas y que le habían dicho directamente—. Pues a nosotros no nos parece que su salud —recalcó— sea un problema, pero a veces nos preguntamos si es que ella se sugestiona.

—Oh. —Sopesó aquellas palabras—. ¿Será acaso su edad lo que le impida viajar?

—¿Su edad? —recalcó Fanny, riéndose—. Aunque sí que nos parece demasiado mayor para mi tío, en realidad no es vieja. Creo que tiene unos diez años más que él; o sea, que ronda los cuarenta y cuatro. —Hizo un mohín de disgusto—. A menudo nos preguntamos qué es lo que vio en ella. A ver, que tiene dinero, claro, pero tampoco es una fortuna, y creemos que, si hubiera esperado, habría encontrado una dama de su edad y valía. Claro, no podemos negar que era una belleza y que lo sigue siendo, y la cosa es —añadió en un suspiro— que ambos se adoran. Ese extraño matrimonio parece contentarlos a ambos. El amor es un misterio, como siempre decimos.

Entonces, la escena junto al río y el comportamiento del tío Henry no indicaban sino que se divertía de manera inocua en un contexto familiar. En cambio, aquella institutriz amargada y aburrida no había hecho más que malinterpretarlo. Se recostó en la almohada y trató de digerir la dura realidad sobre la felicidad conyugal de Henry. ¿Por qué aquella idea la incomodaba tanto? Estaba contento con su matrimonio y eso era todo lo que uno podía desear, así que decidió que debía alegrarse por él, sin olvidar que aquello no era asunto suyo. De todos modos, persistía aquella sensación de incomodidad; una incomodidad que se estaba empezando a transformar en dolor.

¡Ay, pero claro! Se sentó de un salto. ¡Pobre Harriot! La muchacha estaba enamorada, desde luego; era un sentimiento tan profundo que no podía negarlo y estaba tan embobada que no veía que no había esperanza. ¡Pobrecilla! Qué cruel era él por avivar sus sentimientos. Volvió a recostarse y se hundió en la miseria de otra persona.

—¡Anny! ¿Estás bien? Tienes un color de cara raro. ¿Te duele la cabeza otra vez?

—Sí, puede que sí —respondió la institutriz en voz baja—, pero haré lo que pueda para no molestarte. —Inclinándose sobre la mesilla, apagó la vela de un soplo—. Y Fanny, querida, no hace falta que importunes a nadie más con los detalles de lo que me pasa. Si a ti no te supone ningún problema, quizá lo mejor sería que no informaras a tu madre. No quiero que se preocupe. Que sea nuestro secreto.

La niña adoraba guardar los secretos de los adultos.

—¡Ay, sí! ¡Te lo prometo! —Se contoneaba de puro placer. Luego—: Anny —suspirando bajo aquella luz mortecina—, yo también tengo un secreto. ¿Puedo compartirlo contigo? Hoy ha pasado algo mientras estabas ocupada.

Anne se volvió hacia ella.

—Vimos los huevos de los canarios al trasluz y no había ningún pollo. Sé que tendría que haberlos tirado y ya..., pero me temo que me dejé llevar por la emoción y, bueno, ¡los aplasté violentamente! Lo siento. Sé que no debería haberlo hecho, pero es que tenía tantas esperanzas...

Anne respondió, con cierta pasión, que la entendía, que la desilusión era mezquina. Hasta ella sabía lo que era tener ganas de aplastar algo de vez en cuando.

Le prometió que se llevaría el secreto a la tumba.



A las tres en punto de la tarde siguiente, Fanny y ella debían retomar sus quehaceres en la escuela del pueblo. Resuelta a marcharse a menos cuarto, Anne, que no encontró a su alumna ni en el aula ni en la guardería, se vio obligada a bajar las escaleras en su busca, y al no encontrar a ningún miembro de la familia en el salón, llamó a la puerta de la biblioteca y entró.

—¡Sharp! —Harriot se dio la vuelta frente al caballete. Tenía un pincel en una mano y la cara resplandeciente—. ¡Nos ha pillado en lo que tanto desaprueba usted!

—¿Lo desaprueba, señorita Sharp? —También Henry se volvió, sonriente—. ¡Como buena institutriz! ¿Y qué tiene que objetar en esta ocasión en particular? Tal vez el problema sea el arte *per se*. Lo aborrece porque no es serio.

—Claro que no lo aborrezco —rebatió—. Señor —dijo, haciendo ademán de marcharse.

—¿Cree que con nuestro empeño no hacemos sino malgastar papel, pues? —Empezaba a disfrutarlo, alentado, claramente, por la reacción encantada de Harriot.

—Ni mucho menos —respondió Anne, apretando los dientes, aunque, desde la puerta, podía ver que el paisaje sobre el que ambos se inclinaban por la ventana; era de una mediocridad difícil de superar. También se dio cuenta de que, para pintarlo tanto el artista como la aprendiz tenían que pegarse el uno al otro casi por completo.

—Entonces, no le gustan las acuarelas. —Ya se había pasado de la raya, pero no había quien lo parase; se había perdido en la causa de su propio divertimento—. Prefiere el óleo de los grandes maestros y motivos sacros, como el martirio del pobre san Sebastián...

El júbilo de la señorita Bridges comenzaba a nublarle los sentidos, en tanto que a Anne la aburrían hasta la saciedad las payasadas de ambos.

—Señor, no estoy en posición de formarme opiniones propias ni mucho menos compartirlas. Con permiso. —Les dio la espalda—. Tengo trabajo que hacer. —Se fue de la estancia.

Llegó hasta el pie de las escaleras, pero tal era su descontento que temblaba de la cabeza a los pies y, agarrándose a un adorno de la barandilla de la escalera, aguardó a que el temblor amainase. ¿Acaso aquel hombre no tenía límites? Para él, todo era un juego. Pero era un juego en el que herir los sentimientos del otro formaba parte de la diversión. No pudo evitar sentir

compasión por la pobre tonta de Harriot. Estaba arriesgando su reputación y puede que también su corazón.

Tampoco había forma de que no sintiera compasión por sí misma. ¡Y pensar que hacía tan poco tiempo estaba de lo más optimista! ¡Y pensar que había esperado que la fortuna le sonriese! Cuando la verdad era que estaba atrapada como un escarabajo en ámbar, perdida en aquel ritual de muestras de amistad seguidas de rechazos repentinos, casuales, de ofensas reiteradas que aceptaba en silencio. Era el juguete de quienes se sentían superiores.

Se abrió la puerta de la biblioteca.

—¿Señorita Sharp?

Se volvió lentamente hacia él y se paró, esperando las disculpas que sentía que le debía, pero no recibió ninguna.

—Solo quería decirle que he de irme de aquí mañana o pasado.

Luego, el hombre guardó también silencio, para dejar que ella expresara la pena que debía de suscitarle su partida. Que esperase sentado.

—Pero quizá le interese saber que mi madre y mis hermanas son las siguientes en la lista de visitas de Godmersham Park. Supuse que le gustaría saberlo.

Como no tenía ganas de hablar con él, asintió brevemente con la cabeza como respuesta.

—A mí sí que me gusta que, por fin, vaya a tener usted la oportunidad de conocer a mi hermana, la señorita Jane. Entonces sí podrá decir de verdad quién es su Austen favorito.

Henry rio y Anne se lo quedó mirando, anonadada. La tal Jane tendría que ser el demonio personificado para que él le arrebatase el puesto.

—Podría presidir un juicio, como Paris³ en la boda de Tetis y Peleo.⁴ —Se rio entre dientes. Percibía que, una vez más, corría el peligro de quedarse atascado con un chiste—. Cuando regrese, ¡arrancaré una manzana del vergel y escribiré en ella una sola palabra: *kallistei!* — Aquello lo deleitó sobremanera—. Como sabe, en griego significa... —Extendió una mano con ínfulas pedagógicas.

—La más bella —lo interrumpió Anne—. Sí, señor. Gracias, señor, pero no hace falta que me cuente lo más básico de la mitología griega. Conozco la obra de Homero en profundidad. Que tenga usted un buen viaje. —Se volvió hacia las escaleras.

—¿Señorita Sharp? —Henry se acercó unos pasos—. ¡Maldición! Me temo que, una vez más, la he ofendido. No lo hago con mala intención, téngalo por seguro. Es que no puedo evitar gastar bromas...

Se volvió para plantarle cara.

—Señor. —Ojalá dejase de temblarle el cuerpo para transmitir más dignidad—. Siento tener que recordarle que soy una empleada de la familia. Tiene ante usted a una mera institutriz. Entre mis deberes, está el de ser el blanco de sus burlas.

Él la paró, se le acercó y la miró entrecerrando los ojos.

—En ese caso, ha de perdonarme usted, señorita, por haberla confundido con algo más parecido a una amiga.

³ N. de la Ed: Paris, en la boda de Tetis y Peleo, es elegido por Zeus para que decida cuál es la mujer más hermosa de las tres

diosas presentes: Hera, Atenea y Afrodita. Él eligió a esta última, porque le había prometido el amor de la mujer más bella del mundo; Helena, la esposa de Menelao. Tras secuestrarla y llevársela a Troya se inició la guerra de Troya por la venganza de Menelao.

- 4 N. de la Ed.: En la mitología griega, Peleo es el padre de Aquiles. Fue desterrado a Ftía junto con su hermano por asesinar a su hermanastro, Foco, por envidia. Se casó con Tetis, una ninfa del mar, una de las cincuenta nereidas.



ACTO TERCERO



CAPÍTULO 27



—¡TÍA JANE!

Anne estaba dando su última clase completa antes de que llegaran las visitas y los parones del estío se cerniesen sobre ellas. Tenía la esperanza de que podría dedicar una buena hora a revisar a fondo el vocabulario de francés con Fanny, pero no era ni mediodía cuando llamaron a la puerta, la abrieron un poquito y una cabeza con un sombrero se coló tímidamente por la apertura.

Fanny dio un brinco. La recién llegada recorrió la estancia con movimientos rápidos y extravagantes, tomó a la niña en brazos, le besó en el pelo y luego se alejó un poco.

—Jovencita, tú me reconoces, pero yo a ti no. Sé muy bien que soy la tía Jane, pues nunca cambio, pero ¿tú, señorita, quién eres? Haz el favor de presentarte.

—¡Soy Fanny! —exclamó—. ¡Tu sobrina!

—Me niego a creerlo. —Jane alzó una mano y apartó el rostro—. Mi sobrina no es más que una niña así de alta que no ha desarrollado aún tu porte y tu gracia.

—Tía Jane, ¡que ya tengo catorce años!

—Bueno, bueno. —La voz aguda de Jane traía una risa incorporada—. Si de verdad eres la señorita Frances Austen de Godmersham Park (y me cuesta creerlo), he de regañarte. Aunque no puedo oponerme a que te hayas desarrollado un poco en mi ausencia, este cambio radical, que impide cualquier tipo de reconocimiento, es una falta de respeto hacia una tía.

Al oír que había ruido en el aula por lo general silenciosa, los niños más pequeños se escaparon de la guardería para unírseles. Sackree y Jane se abrazaron, como si fueran amigas íntimas. Luego, se repitió la misma escena:

—Y tú debes de ser el pequeño Henry.

—¡Si yo soy William!

—Entonces, esta tiene que ser Lizzie.

—¡Es Marianne!

Y más de lo mismo. Anne permaneció al fondo, contemplando la dulce escena y evaluando a la recién llegada. Así que aquella era la señorita Jane Austen, la autora de aquellas cartas, la desconocida capaz de embrujarla con su pluma. Sintió un ramalazo de decepción. A juzgar por todo lo que le había dicho Henry, esperaba a alguien diferente: a su versión femenina, quizá, en cuanto a belleza y porte. Había claras semejanzas: ambos tenían los mismos ojos color avellana,

aunque los de él eran mucho más brillantes, y ambos compartían los mismos rasgos faciales; aunque ella tenía las mejillas demasiado hinchadas. También tenía, desde luego, cierto carisma —algo que sin duda podrían corroborar los niños—, pero estaba desprovista de la confianza deslumbrante de su hermano.

Si estuviesen el uno al lado del otro, cualquiera diría que eran familia, pero no necesariamente hermanos. Henry podría pasar, en cualquier circunstancia, por miembro de las clases más altas de la familia, en tanto que Jane, como mucho, parecería una parienta pobre, una prima, quizá, de una rama menos afortunada del árbol genealógico.

Sackree reunió a los niños más pequeños, se los llevó cual rebaño a la guardería y el aula volvió a quedar en silencio. Las miradas de Jane y de Anne se encontraron.

—Como habrá intuido a estas alturas, soy la tía Jane. Entiendo que usted es la señorita Sharp. —La recién llegada pasó junto a la mesa de trabajo hasta llegar donde estaba ella—. Por las cartas maravillosas de mi sobrina —volviéndose aquí hacia la niña— (mucho las hemos disfrutado, querida), ¡tengo la sensación de que ya la conocemos! Y mi hermano (me refiero al señor Henry Austen) me ha hablado con cariño de usted y me ha animado a que me haga amiga suya. —Emitió un sonido nervioso a medio camino entre el hipo y una risita. Luego, se llevó la mano a la boca y susurró—: Aunque no siempre soy todo lo obediente que le gustaría —volviendo a alzar la voz—, en este asunto, creo que puedo fiarme de él. Es un placer conocerla.

No pudo evitar sentirse algo cautivada, pero no bajó la guardia. Le hizo una reverencia. Si seguía sin fiarse del todo de Henry, ¿qué motivos tenía para fiarse de su hermana? Así las cosas, se expresó con corrección y las dos compartieron una sonrisa.

—Tía Jane —intervino Fanny—, ¿dónde está mi abuela?

—Sigue en el recibidor, querida. —La recién llegada le dio unas palmaditas en el cabello—. Dándole a tu pobre padre todos y cada uno de los detalles de nuestro viaje. Como es de todos conocido, los detalles son su pasión. Apuesto a que él sigue acorralado contra una pared, aprendiéndose la biografía de cada mozo de cuadra que conocimos por el camino. —Se volvió hacia Anne—. Viajar puede que sea tedioso, pero hablar de viajar raya en lo intolerable. ¿Está usted de acuerdo, señorita Sharp, o ya hemos hallado un motivo de discordia?

—Estoy completamente de acuerdo —le aseguró al momento.

—Me alegro. Pues bajemos a liberarlos a todos. —Tomó a Fanny de la mano—. Señorita Sharp, me consta que los demás arden en deseos de conocerla. Por favor, acompáñenos.



«Por favor, acompáñenos». No muy a menudo le decían aquellas palabras mágicas en aquella casa, pero aquel día la bombardearon.

—¿No piensa unirse a nosotras, querida? —preguntó la abuela Austen cuando al fin la persuadieron de que abandonara el recibidor y pasara al salón.

—Siéntese entre nosotras —la invitó Jane, dando unas palmadas en el espacio del diván que había entre ella y su hermana.

—Usted también viene, ¿no? —dicha hermana, Cassandra, más alta que Jane y, sin duda, más

agraciada, la invitó cuando salieron a ver los terrenos.

Por una vez, incluso Fanny contaba con una amiga de su edad, pues las damas Austen habían traído a su prima Anna, así que las dos niñas desaparecieron. De este modo, no le quedó deber alguno del que ocuparse. En una compañía distinta, se habría sentido en la obligación de volverse invisible, pero, en aquella ocasión, no se le presentó tal oportunidad, ocupada como estaba haciendo amigas ella misma.

Aquella inclusividad tan notable se extendió incluso a la cena, momento en el que Anne — que de alguna forma había quedado atrapada en el flujo de visitantes— acabó sentada a la mesa junto con la familia.

—Mi querido Edward. —La abuela Austen se sirvió otro trozo de ternera—. Cuánto me alegro de estar aquí de nuevo. —Se estiró para tomar las patatas—. Parece que ha pasado un siglo desde nuestra última visita. Culpa nuestra, seguro. —Hizo una pausa para masticar y tragar—. ¡Soy una extraña para mis propios nietos! —Sintió la necesidad de comer más carne y se dio el gusto—. Ojalá tu querido padre también estuviera presente. Cuánto le habría gustado veros a todos una última vez. Claro, vosotros no podíais saber que...

—Mamá —la reprendió Jane, mirando nerviosa a su cuñada, cuya expresión de tolerancia no ocultaba del todo los pensamientos menos tolerantes que se le estaban pasando por la cabeza—. Me consta que nuestro padre estaba muy orgulloso y satisfecho con lo feliz que es la familia de Godmersham Park, y difícilmente se puede culpar a Edward de que hayamos decidido asentarnos en Bath, en lugar de en cualquier otro sitio. Ahora vivimos en el otro extremo del país.

—Ay, sí que es un largo trayecto —coincidió la abuela Austen—. Cuando hablé con el primer cochero... Todavía no te he hablado de él. Pero ¿cómo se llamaba? La historia de la esposa era de lo más extraordinaria...

—Y ahora estamos aquí —la cortó Cassandra con firmeza—, muy agradecidas por la generosidad de nuestra querida hermana Elizabeth.

—En efecto —respondió Edward—. Bueno, contadme: ¿qué habéis estado leyendo últimamente, damas? ¿Alguna recomendación?

Anne se percató de que la señora Austen se tensaba y apretaba los cubiertos con fuerza, al tiempo que Jane abría la boca para responder y la cerraba al momento.

Cassandra volvió a tomar las riendas:

—Todas estamos encantadas con la pequeña Louisa. Otra criatura perfecta, Elizabeth. ¡Qué bonita es!

Anne se quedó mirando, intrigada. Como siempre que estaba presente, había una franja invisible que partía la estancia. Sin embargo, en aquella ocasión, parecía que no estaba sola en uno de los lados. Los Austen, ahora lo veía, eran de la misma familia, pero de dos clases distintas. Estaba siendo testigo, en aquellos momentos, de las dos caras del cuento de hadas: el antes, representado por el grupo de mujeres, que vestían ropa modesta, aunque respetable, y el después, representado por Edward y su espléndido atavío de siempre.



Se negó a permitirse albergar la esperanza de que dicha amistad sobreviviría al primer día de la visita, pues se había visto en una situación similar en lo referente a las relaciones con los Austen. Sabía que eran tan inconstantes como el viento, que podía soplar caliente o frío. No quería volver a quemarse; de ahí que, después del desayuno a la mañana siguiente, abriese el aula y aguardase a ver qué ocurría.

Ahora había en la casa tres primas pequeñas, por cierto, y cada una llevaba su propio pesar a cuestas. La madre de Anna Austen había fallecido cuando era pequeña y su madrastra, con quien no congeniaba, estaba embarazada y deseaba deshacerse de la hijastra. Además, las sobrinas de la propia Elizabeth Austen —Fanny y Sophia Cage— acababan de quedarse huérfanas de repente y Harriot Bridges las había traído hasta aquí.

No la habían informado de cuáles serían sus funciones a partir de ahora. ¿Debía retraerse y quitarse de en medio? ¿O dirigir una pequeña escuela de niñas con un pasado trágico y nombres que eran tan parecidos que la confundían? Si aquello último resultaba ser cierto, ella, por supuesto, aceptaría el reto.

Permaneció en soledad en su aula durante cinco minutos. Las cuatro niñas fueron las primeras en llegar. Parloteaban, contentas de estar todas juntas. Luego, entró la tropa de adultas.

—Uf, esas escaleras me matan —declaró la abuela Austen—. ¡Buenos días, señorita Sharp! Espero que tenga usted un asiento cómodo para este saco de huesos viejos. Muy bien, con este me conformo. —Se acomodó en el único sillón que había—. Bueno, ahora que estoy aquí, no pienso moverme, muchas gracias.

—Señorita Sharp —dijo Jane en voz baja, poniéndole una mano en el hombro—. Por favor, no piense que nuestra madre es una inválida. Posee una gran fortaleza —bajando la voz a un susurro— y es una actriz consumada.

Como estaban en su territorio, sintió que debía darles la bienvenida a todas y expresar el placer que le producía su compañía:

—Imaginaba que hoy estarían ocupadas recibiendo o haciendo visitas.

—Oh, yo no, señorita Sharp, aunque me pondré a ello a su debido tiempo —respondió la abuela—. Tenemos muchas amistades de hace años en el condado, entre los que se encuentran algunos Austen, claro está (ya estará usted al tanto de que mi esposo era oriundo de este mismo condado), los Bridges, a los que adoro...

—Yo me pregunto, mamá —intervino Jane con dulzura—, si la señorita Sharp no apreciará más tu inventario de conocidos cuando pueda dedicarle toda su atención. Recuerda que hemos venido a jugar con las niñas.

—Qué aula más encantadora ha montado aquí, señorita Sharp —exclamó Cassandra Austen, desplazándose con elegancia a las estanterías para examinar lo que había en ellas.

—Imagínate, hermana, lo que habría supuesto para nosotras que hubiéramos podido formarnos en un lugar como este y gozar de los beneficios de una institutriz tan inteligente como la señorita Sharp —añadió Jane—. ¡Nos habríamos convertido en mujeres muy cultas!

Aquello hizo reír a su cariñosa madre.

—No les haga caso, señorita Sharp, que mis dos hijas son muy listas, como ya habrá notado, o más bien listillas, me parece a mí. Hacen buena pareja con sus hermanos.

La pequeña Sophia Cage, que era más pequeña que las demás niñas, había hallado la caja de juguetes viejos en un rincón y había sacado de ella una bonita muñeca.

—Déjame verla, niña —pidió la abuela Austen—. Oh, qué bebé tan encantador. ¿De quién es y cómo se llama? —Y, cuando Fanny, que presumía de que era demasiado mayor como para entretenerse con tales juegos, admitió que nunca se había decidido a darle un nombre, le contestaron con gran indignación. En cuestión de minutos, quedaron todas absortas en el primer juego de los muchos y muy interesantes que había en la caja.

Tenían que bautizar al bebé, una niña, y decidieron llamarla Emma, un nombre muy bonito. Oficiarían una ceremonia solemne, seguida de una gran celebración. Confiscaron los atuendos que vestirían y la tía Jane, que se había puesto un alzacuello por encima de su vestido marrón, sostuvo la muñeca sobre un cuenco de agua y convocó a los padrinos.

—Antes de que acojamos a esta pequeña, bendita y hermosa, en el seno de la Iglesia, invito a las presentes a que compartan sus deseos para su futuro.

Cassandra, que había solicitado interpretar —con poca imaginación, según Anne— el papel de tía, le deseó una vida larga y próspera; Anna Austen esperaba que conociese el amor verdadero de su padre y su madre, que eran unos buenos padres, y Fanny Cage, que tales padres vivieran mucho tiempo. Al haberse ensombrecido de manera significativa el estado de ánimo general —la anciana señora Austen estaba a punto de romper a llorar—, Anne, buscando la manera de quitarle hierro al asunto, dio un paso al frente y se acercó al cuenco.

—Yo, duque de Saint Albans —anunció, sintiéndose ella soberbia con la vieja levita de Edward Austen que se había puesto—, deseo dejar a esta niña todas mis propiedades.

A Jane se le iluminó el rostro por la actuación apasionada de Anne y le siguió el juego:

—Excelencia, es usted digno de alabanza. —Hizo una honda reverencia—. Dotar a una niña de tal herencia es un acto de creatividad de lo más formidable. Que Dios lo bendiga. Que reine ella sobre su tierra...

—Mis tierras —la interrumpió Anne con una pomposidad convincente.

—... ¿sus tierras, eh? —Jane le tapó las orejas a la muñeca y susurró de un modo teatral—. Dígame, Excelencia: ¿cuántos miles de libras recibirá este bebé?

—¡Diez mil al año! —Ella no podía ni imaginarse cuánto era semejante cifra.

—Válgame Dios, ¿eso es todo? Yo esperaba que... Bueno, no importa. Supongo que llega. —Jane se encogió de hombros y prosiguió—: Que reine con la sabiduría y benevolencia que tan naturales son a todas las de su sexo. Que muestre a sus arrendatarios el mismo amor que mostraría a sus propios hijos. Que se mantenga siempre fiel a sus instintos de mujer. Pues gracias al gran gesto de su Excelencia, conocerá la libertad, poco frecuente, de elegir al esposo que desee.

—O, como preferiría yo —Anne, en cuanto duque, alzó el mentón—, ¡que no se case nunca!

Y así volvió el jolgorio al grupo. La abuela Austen solicitó que fuesen a la cocina para pedir que les trajeran unos dulces para el festín; a aquello le siguió un silencio incómodo, durante el que nadie movió un pelo. Anne era consciente de que esperaban que fuese ella, pero, como aún era —a aquellas alturas— *persona non grata* escaleras abajo, se quedó ahí clavada.

La tía Jane fue a su rescate:

—Fanny, haz el favor de ir tú a la caza y llévate a una prima o dos para que te ayuden.

¿Había entendido la tesitura en la que se encontraba y percibido el dilema que tenía planteado? No podía ser cierto, pero, sea como fuere, le estaba agradecida.

Llegaron las bandejas a su tiempo, repletas de grandes jarras de refrescos y de platos a rebosar de galletas de jengibre. El festín empezó. Anne permaneció apartada, mirando a Sally, la doncella, que con naturalidad y cariño conversaba con la abuela Austen, y sintió una punzada de celos.

La tía Jane se le acercó y le siguió la mirada.

—Mi madre no solo se alegra de ver a la familia, sino también al servicio, que es muy tolerante con nosotras, las damas Austen pobres —recalcó—. Qué hogar tan lleno de cariño y tan acogedor, ¿no le parece?

Le sorprendió aquella osada mención a su propia inferioridad.

—Parece, sin duda, que la señora Austen gusta de forjar amistades.

—Se diría que es insaciable. —Volvió a soltar aquella risa que parecía hipo—. Siente un extraordinario interés por quienquiera que conozca, algo que yo puedo llegar a entender. Es la comedia humana, señorita Sharp, que está muy presente en Godmersham Park. Dígame, ¿le gusta tanto como a mí?

Anne concordó que no podía ser de otra forma.

—Me alegro, pues, pero en lo que no puedo coincidir con mi madre es en que a ella, por naturaleza, le gustan todas las personas que conoce. —Jane esbozó una sonrisa y se encogió de hombros—. Me pregunto cómo será usted, señorita Sharp, en este aspecto. A lo que me refiero es que si, además de reírse de la gente, es capaz de que todo el mundo le caiga bien.

Aquello la asustó, la dejó como si la hubieran atravesado con un clavo.

—Señorita Austen, ¡le ruego que me disculpe! Espero no haber dado la impresión, por algún motivo, de que tengo la costumbre de reírme de...

—Querida señorita Sharp. —Jane le puso una mano en el hombro—. Pues ¡claro que no! Y de haberme dado tal impresión, no la habría creído. De verdad le digo que lo decía por mí. —Volvió a observar a la abuela Austen—. Verá, esa doncella en concreto es toda una desconocida para nosotras, pero, en cuestión de minutos, mi madre se habrá enterado de todos los detalles de su vida y no los olvidará jamás. La próxima vez que vengamos, la oírás preguntar por la digestión del hermano o el lumbago de la madre... Señorita Sharp, espero, por su propio bien, que no tenga usted secretos, ¡porque los descubrirá!

—Entonces, ¡tengo suerte de no tener ni uno! —Anne rio de la forma más despreocupada que pudo, pero estaba inquieta. Pese a que había intentado por todos los medios no hacer ningún comentario personal, parecía que Jane Austen había deducido muchas cosas.

—Bueno, qué momento más divertido hemos pasado. Que sea el primero de muchos. —Jane alzó el vaso en la estancia—. ¡Por nuestra Emma!

—¡Por su fama y fortuna!

Aquella mañana suscitó en Anne sensaciones de cierta frustración. Podría haber sido una buena oportunidad para conocer a fondo el terreno de la amistad, pero estaba convencida de que Jane y ella se habían quedado en los umbrales. Desde luego, la señorita Jane se había asegurado

de hablar sobre todo con ella y de mostrarse algo afectuosa. Sin embargo, con sus palabras, parecía estarla avisando de que no aceptaría que la correspondiese con el mismo afecto; era como si hubiera desechado su cariño de antemano para que no perdiese el tiempo. Cuán diferente era respecto de Henry, que parecía anhelar —¡exigir!— el afecto de todo el mundo.

¿Solía Jane decir lo de que normalmente no le gustaba la gente? Era difícil saberlo, pero el efecto que había producido en ella resultaba innegable: ahora estaba decidida a convertirse en una de los pocos afortunados que se habían ganado la aprobación de la señorita Jane Austen.

CAPÍTULO 28



COMO ERA cosa del destino, los astros se alinearon para volver a juntarlas la tarde siguiente.

—¡Señorita Sharp! —Jane Austen la saludó con un gesto de la mano en el parque y se encaminó hacia donde estaba—. Somos dos andariegas solitarias. ¿Y si seguimos juntas? ¿O acaso ha venido aquí en busca de soledad? —Por la forma en la que ladeaba la cabeza, con movimientos rápidos y abruptos, parecía un pajarillo que acababa de hallar una presa deliciosa y, por un instante, tuvo la sensación de que ella era el gusano.

—Con todas las oportunidades que tengo de gozar del placer de mi propia compañía, no me interesa pasar más tiempo sola. —Anne sonrió. Comenzaron la ruta por el prado y, por acuerdo mutuo, se pusieron rumbo al templo.

—¿Pasa mucho tiempo sola, entonces? —Para ser tan menuda, Jane caminaba a buen ritmo—. Mi hermana se ha ido a pasar el día a Canterbury con mi hermano, de modo que me han privado de mi compañera de vida. Por lo mucho que queremos —mirando a Anne de soslayo— a toda una miríada de parientes, nos hallamos siempre en el centro de un pequeño gentío, aunque enloquecedor. Por mucho que los adoremos, a veces una ansía pensar más y charlar menos; de ahí este hábito de salir a pasear a la desesperada.

Anne se detuvo en seco.

—¡Por favor, prosiga sola si así lo desea! No lo tomaré con una ofensa y no me cuesta nada ir por... —Señaló la colina contraria.

Jane la agarró del brazo.

—Oh, no me refería a eso. —Se pusieron de nuevo en marcha—. Hace un día estupendo para caminar, ¿no? Hace calor, pero corre una leve brisa y, en el cielo, se ve alguna que otra nube. No hace falta que nos abriguemos mucho: son las condiciones ideales para conversar a gusto y desde luego no hay mejor lugar para disfrutar que la hacienda de mi hermano. Y usted, señorita Sharp, es carne fresca. No hay palabras para describir el gozo que me suscita la compañía de los escasos desconocidos que no me desagradan al instante.

A Anne le dio la risa.

—Señorita Austen, ¡ya es la segunda vez que la oigo renunciando a las formas! —Pero ¡qué distinta era de Henry!—. Me niego a creer que usted sea una cascarrabias.

Jane soltó una risita.

—Lo que pasa es que tengo el listón muy alto y la gente con la que me cruzo no suele estar a la altura. Ay, señor. —Suspiró con cierto dramatismo—. Temo que, con cada año que pasa, me estoy volviendo más intransigente. Qué solterona más espeluznante voy a ser...

Le sorprendió percatarse de que ambas habían llegado a una edad en la que el matrimonio era algo tan poco probable que casi les parecía imposible. Se entraba muy rápido en la trentenía; era un hachazo brutal. Aunque ella se alegraba de haber superado la amenaza del matrimonio, no estaba muy segura de que su compañera se sintiera igual.

—Pero, desde luego, el amor puede llegar a cualquier edad. Nunca es tarde para cambiar por amor.

—¿El amor? —Cuando se divertía, Anne se había fijado en que Jane entrecerraba los ojos, lo mismo que hacía su hermano Henry—. Señorita Sharp, le aseguro que amor no me falta. ¿Ha contado cuántos Austen somos? Ya tengo el corazón bastante lleno.

Guardaron silencio mientras sopesaba aquella respuesta opaca. ¿Jane había albergado esperanzas y luego se había rendido? ¿O, al igual que ella, nunca las había tenido? Llegaron al templo.

—Admiro este lugar, sobre todo porque resulta osado por lo incongruente que es —dijo Jane, mientras lo contemplaban.

—Un pedazo de la majestuosidad de la Atenas clásica en mitad del jardín de Inglaterra —anunció Anne. ¡Ay, qué gusto tener a alguien con quien compartir sus mejores pensamientos!

Jane se volvió hacia ella, con el semblante iluminado por la risa.

—Señorita Sharp, pese a mi apego por la misantropía, me estoy dando cuenta (y me asusta) de que me gusta usted.

La institutriz saboreó el triunfo mientras su acompañante la tomaba de la mano y subían juntas los peldaños.

—¡Es usted toda una revelación! Mi hermano estaba en lo cierto.

Ay, pero ¿por qué, pensó, se entremetía aquel hombre en todas las conversaciones? Le habría gustado que dejase de mencionarlo y que dejara de recordarle a alguien a quien había decidido olvidar. La coyuntura le generaba una extraña inquietud, como si una nube hubiese cubierto el sol. Preferiría quitárselo de la cabeza.

Cuando entraron en el templo, Anne se puso a hablar de otra cosa.

—Es un lugar que incita a la fantasía, ¿no le parece?

—Desde luego —dijo Jane—. Es un sitio mágico. Se podría organizar un baile o una fiesta aquí arriba. Me extraña que no se les haya ocurrido a mi hermano y su esposa.

—Me he percatado —comenzó a decir la institutriz con gran cautela— de que no han organizado velada tal desde que estoy aquí.

—Coincido en que es curioso. —Jane estudió el friso que había en lo alto del muro—. Su propia compañía los complace plenamente y no desean socializar con nadie más que con sus parientes y vecinos. Supongo que eso es lo que significa la satisfacción. —Sonrió—. Y la sociedad es un sinsentido, a fin de cuentas, ¿no cree?

—Pues claro —concordó Anne—. Si esto me perteneciera, lo usaría para funciones de teatro privadas.

Janeladeó rápidamente la cabeza ante aquella nueva afirmación.

—¿De verdad? —Le brillaban los ojos en la penumbra del templo—. ¡Mis hermanos acostumbraban a representar obras de teatro en el granero de la rectoría donde nos criamos!

—¡Nosotras hacíamos lo mismo! —Anne rozó el éxtasis al descubrir aquel punto en común—. Mis amigas y yo representamos obra tras obra durante muchos años.

—¡Claro! Señorita Sharp, ahora lo veo: es usted una actriz. —Jane aplaudió, encantada—. Afortunada como he sido de ver su reciente interpretación en el papel del duque de Saint Albans, me declaro su más ferviente admiradora. —Le hizo una reverencia y ella, adoptando las maneras de un duque de la mejor manera posible, hizo una inclinación en respuesta a lo que le acababa de decir.

Salieron al aire libre, se sentaron en los peldaños y Jane volvió el rostro para contemplar las vistas.

—¿Y la ayuda su talento para el teatro, cree usted, a interpretar el papel de institutriz?

—No entiendo a qué se refiere... —respondió Anne, vacilante—. Simplemente cumplo con mi deber... —Aquella agudeza era desconcertante. Ella, que se había acostumbrado a ser invisible, de repente, se sentía desnuda.

No obstante, Jane siguió tanteando el terreno:

—Pienso que es usted una mujer valiente, desde luego, por haber aceptado un puesto en la casa de una familia de la que poco podía saber de antemano.

Anne se fue por las ramas.

—Señorita Austen, estoy educando a su querida sobrina, ¡no domando a un león!

—Claro. —Jane sonrió—. Pero el puesto de institutriz, en general, es duro, ¿no le parece? He de admitir que con solo pensarlo me asusta, que esa idea siempre me ha dado miedo, pero usted... usted parece —recalcó— que cumple con su función porque le gusta.

Anne se revolvió las faldas.

—Lo dice como si hubiese escogido la profesión de entre todo un abanico de posibilidades.

—Ay, por favor, perdóneme. —Jane le puso una mano en el hombro—. He sido muy grosera; soy consciente de lo afortunada que soy por pertenecer a una familia tan amable, pero, desde que mi padre murió, he tenido momentos de, bueno, mayor inseguridad, y, pese a que confío en ellos de todo corazón, a veces no puedo evitar pensar que la amabilidad de los hermanos (que todos tienen o pronto tendrán esposas por las que preocuparse) conforma una barrera algo frágil entre mi hermana, el resto del mundo y yo.

Guardó silencio. La primera vez que la vio, la había comparado con Henry, pero ahora entendía que aquello había sido una injusticia. Se arrepintió, pues ahora entendía bien la situación: las hermanas y los hermanos compartían un mismo abolengo, una misma procedencia y una misma sangre. A todos les unía un afecto innegable, pero, en lo referente a las oportunidades que tenían, no estaban en igualdad de condiciones. Los hijos habían ascendido por medio de la educación, el matrimonio, la profesión y la fortuna, ¿y las hijas? Se habían quedado colgadas.

Fue entonces cuando se descubrió a sí misma con las manos en la masa: ¡aquel hombre se había vuelto a colar en sus pensamientos! No podía consentirlo. Dio un brinco.

—Guíeme, Macduff —citó a Shakespeare—, en cualquier dirección que considere favorable.

Jane se puso en pie y se volvió hacia la vecina hacienda de Chilham. Pasearon disfrutando de la paz que les generaba la compañía de la otra, recolectando flores silvestres de camino —collejas y raspillas—, compartiendo silencios de reflexión y dulces conversaciones. Fue al aproximarse al límite entre ambas fincas —destacaban las almenas del castillo de Chilham en el paisaje, por el que pastaban los ciervos— cuando a Jane se le ocurrió una idea.

—¿Por qué no organizamos una función de teatro en Godmersham Park? Seguro que obtendría el permiso de mi hermano. ¡Sería muy bueno para los niños y, por supuesto, al servicio le encantaría!

—¡Ay! —exclamó Anne—. Llevo soñando con ello desde el día en que llegué. —Hizo una pausa—. Y, bueno, señorita Austen, si aún no se le ha ocurrido nada en concreto, quizá yo podría escribir algo.

—¿Es tanto actriz como escritora, señorita Sharp? —Jane se quedó inmóvil, estupefacta.

—Supongo que sí, puede ser. —Interesada como estaba en impresionarla, se desembarazó de toda la modestia propia de una dama como quien se deshace de una vieja capota—. Pero, claro está, a día de hoy me dedico más a la escritura que a la interpretación, simplemente por las oportunidades que se me presentan. Además, he descubierto que lo disfruto incluso más. Siempre he hallado gran solaz en mi propia pluma y algunas personas han tenido la amabilidad de afirmar que disfrutan de lo que escribo.

Jane volvía a liderar la marcha, ahora de vuelta a la casa.

—En ese caso, señorita Sharp, merece usted toda mi admiración. Siempre me ha parecido el talento más envidiable de todos: divertirse y, a la vez, hacer que los demás se diviertan, aunque, vaya, discúlpeme, estoy hablando de más. Tal vez esta pluma suya prefiere otros temas: ¿la culpa, pongamos, o la miseria?

—¡Ni mucho menos! —protestó Anne—. Señorita Austen, creo de veras que una obra de temas ligeros puede tener el mismo peso moral, si está bien hecha.

Parecía que a Jane le resultaba de lo más interesante aquel argumento, pues procedió a formularle muchas preguntas sobre literatura y el oficio. Largo y tendido, le dio su opinión durante el resto del paseo, encantada con el interés que mostraba su interlocutora. Jane era, por lo menos, tan inteligente como su hermano Henry, pero, si bien a él tan solo parecía interesarle dar largas explicaciones a los demás sobre asuntos que él mismo conocía, ella sí que se mostraba de veras deseosa de aprender. En cierto sentido, la compañía de la señorita Austen era mucho menos problemática que la de su hermano, no hacía falta entrar en comparaciones. Henry era un cero a la izquierda; Anne se lo grabó a fuego en la mente.

Cuando regresaron a la casa, resolvieron que Jane sacaría el asunto a colación ante los señores y que ella compondría algo apto para todos los públicos.

—Señorita Austen —añadió Anne, mientras se ponían las zapatillas—, espero que no le haya importado compartir su tiempo libre conmigo.

—Para nada —exclamó Jane—. La compañía de un alma solitaria y afín ha de ser siempre preferible a la simple compañía de una misma. —He aquí, al fin, un pretexto para estrechar lazos por medio del querido Cowper—: «Un amigo... a quien pueda susurrarle...»

—«... que la soledad es dulce».

Anne había tomado la precaución de no ponerse al sol, por lo que, ¿a qué podía deberse aquel hormigueo que notaba en la piel?



—Y, señorita Sharp, ¿pasó usted una tarde igual de placentera? —le preguntó Fanny educadamente, mientras cenaban en el aula aquella velada—. Parece que le ha sentado bien.

—Muy placentera, gracias —repuso, y le dio una palmadita en el codo a la pequeña Sophia, que estaba a punto de escurrirse por la mesa—. Me alegro mucho de que vosotras cuatro os hayáis divertido.

—¡Es que aún no me puedo creer que mi canario haya puesto tres huevos! —Fanny ya había descrito aquel milagrillo con todo lujo de detalles—. ¡Y que los esté incubando! Es como si hubiera madurado de pronto y se hubiese dado cuenta de quién es y de qué debe hacer. No nos lo podíamos creer, ¿a que no, chicas?

Se fijó en que las primas no compartían el mismo entusiasmo que su alumna. Anna Austen, en especial, estaba algo pálida.

—Anna, ¿no tienes hambre? —le preguntó en voz baja la institutriz—. ¿No te gusta el pavo?

Le contestó Fanny:

—Hoy se ha enterado de que tiene una nueva hermanita, señorita Sharp, lo que a nosotras —enfaticó— nos parece fantástico —volvió a enfatizar—. Mamá dice que su papá parecía encantado en la carta que escribió, pero me temo que ella no está contenta.

La señorita Sharp le habló directamente a la afectada:

—Cuánto lo siento, querida mía. ¿Es porque te gustaba ser la única niña de la familia?

—Puede que sí —admitió—, si no está muy feo de mi parte.

—Pues yo quedo encantada —recalcó— cada vez que mi —volvió a recalcar— madre tiene una niñita. Ay, quiero mucho a los niños, claro está, a todos por igual, pero una hermana es algo especial, ¿no?

La señorita Sharp hizo una mueca por lo insensible que le parecía aquel comentario, teniendo en cuenta que aquel bebé era una media hermana y su madre, una madrastra.

Anna soltó el tenedor.

—No es... No... Bueno, no es lo mismo.

—¡Pues yo no entiendo por qué no! —se regocijó Fanny, que procedió a ensalzar todos los beneficios de pertenecer a una familia numerosísima ante una niña sin madre y dos huerfanitas.

Así que la pequeña Anna acabó sintiéndose muy incómoda. He aquí el motivo, en resumidas cuentas, por el que prefería la compañía de quienes habían sufrido algún tipo de desgracia. Si bien esperaba —de hecho, rezaba por ello todas las noches— que Fanny nunca protagonizara tragedia alguna y que siguiese llevando una vida tan colmada de bendiciones como hasta ahora, ¿cómo iba a desarrollar algún sentimiento de empatía así? La labor para los pobres, la costura, las visitas no eran suficientes. La niña no podía sino sentir lástima por ellos. Ay, de lástima no andaba corta, pero la lástima no era lo mismo que la empatía.

Para distraerlas a todas de aquel conflicto emocional, Anne compartió con ellas el proyecto del teatro y, como no podía ser de otra manera, dio a entender que era un proyecto propio de la tía Jane.

—La señorita Sharp escribe todo el tiempo, ¿a que sí, señorita Sharp? Es que no hay nadie más listo en la faz de la Tierra que ella.

La institutriz matizó un poco aquellas palabras, pero se preguntó, por un momento, si no debería haber barrido más para casa. ¿Acaso habría alguien más interesado en compartir con ella la misión? Se consoló a sí misma, pues, aunque eran muchas las jóvenes damas que podían escribir cuatro florituras y creerse escritoras, no había tantas como ella, que había sido bendecida con un talento de verdad. Además, ya llevaba ahí asentada lo suficiente como para concluir que Godmersham Park difícilmente podría considerarse cuna de genios de la creatividad.

Si lo que querían era un espectáculo, ¿quién estaba más capacitado que ella para prepararlo?

CAPÍTULO 29



LA SEMANA siguiente fue la más dichosa de las que recordaba. Es más, hasta entonces, casi se había olvidado de lo que era la dicha de verdad. Ensayaba con el reparto por las mañanas; por las tardes, escribía a solas, editando y revisando. Era consciente de que la obra, que por título llevaría *Virtud recompensada*, no era de lo mejor que había escrito, pero había que tener en cuenta que iban a representarla los niños, lo que ya la limitaba bastante, y, como se había marcado el objetivo de incorporar una lección moral en la historia, aplicable a aquella casa en particular, su obra estaba, naturalmente, privada de un atractivo más universal. La consolaba conocer a todos y cada uno de los espectadores, cuyos tiernos intelectos quedarían fácilmente satisfechos, por lo que no surgiría de entre los asientos ninguna crítica mordaz ni desalmada.

Gracias a un descomunal trabajo en equipo, la función salió adelante sin problemas dignos de mención, pues, desde el asunto desafortunado del gato y el canario, la señora Salkeld la había desbancado como la persona más odiada de la casa. Además, desesperada por hacer las paces, se había ofrecido a preparar todo el vestuario. Uno de los cuartos del ático pasó a ser el camerino, la abuela Austen se convirtió en la costurera oficial y, juntas, prepararon unos atuendos que no tenían nada que envidiar al teatro londinense de Drury Lane. Mientras, ambas se dedicaban, con alegría, a hablar de sus achaques y demás:

—Y, para más inri, las rodillas. ¿Usted también padece de las rodillas, señora Salkeld? Bueno, pues considérese una mujer muy afortunada. He de admitir que, en lo referente a las articulaciones, estoy deshecha.

Harriot Bridges, que se había unido al grupo, se había puesto manos a la obra con el decorado. Se preguntaba si no sería aquello una broma que había preparado Jane, quien se había enterado de lo de la «clase de arte» y le había hecho gracia. No obstante, para sorpresa de Anne —fue la única en sorprenderse—, resulta que Harriot estaba demostrando tener talento de verdad para la misión. Para ella, el dibujo era una de esas cualidades típicas —y vanas— «propias de una dama joven». El escenario de *Virtud* —como acabó llamándose la obra en aquella pequeña y atareada compañía de teatro— era de corte pastoral: un castillo de ensueño rodeado de prados. Ajetreada como estaba con el trabajo, Anne se emocionaba al ver que su idea prosperaba y, viendo la energía que dedicaba la señorita Bridges a las artes creativas —casi tanta como la que dedicaba a coquetear—, empezó a sentir cierto respeto por ella.

Cassandra, que tenía buena mano con todos los niños, sin importar cuál fuera su edad, se hizo a un lado para ensayar con paciencia las frases con los actores. Jane, cuya «cualidad» particular era tocar el piano, se encargó del acompañamiento musical y, al menos para sus oídos, le pareció una pianista bastante buena.

Y el eje de todo ello —la que resolvía cualquier duda, la árbitra imprescindible de todo tipo de decisiones, la espina dorsal de aquel proyecto que tantas alegrías estaba dando— era la feliz y agobiada señorita Sharp, que apenas si pensaba en su padre y prácticamente se había olvidado de Henry Austen, aunque mucho le habría gustado que ambos se uniesen al público para ser testigos de su indudable éxito.



En la víspera de la función, todo el grupo se reunió para cenar. En la mesa, el nerviosismo y la emoción se hicieron notar y *Virtud* fue el único tema de conversación.

—Ay, pero ¿y si me quedo en blanco? —gimió Fanny, asustada—. De verdad que hasta he tenido pesadillas. Imaginaos: ahí delante de todo el mundo, en el escenario, con tanta gente..., ¡y sin saber qué decir!

—Es el típico miedo de la actriz —le aseguró una prima—, pero rara vez sucede. Una vez que salgas ahí, con todas las miradas fijas en ti, verás como te conviertes en tu personaje. Te saldrá de forma natural.

—A mí me pica la garganta. —Anna se agarró el cuello—. ¿Y si me quedo afónica mañana? ¿Qué haremos?

—¡Dicen que una actriz se repone de sus dolencias milagrosamente antes de la función! —declaró Fanny Austen, confiada y aparentando que sabía mucho sobre eso.

Desde la cabecera de la mesa se oyó la risotada de Edward.

—Amor mío —llamó a su esposa—, ¿tú las oyes? Más que jovencitas, ¡parecen actrices itinerantes que llevaran décadas actuando de casa en casa!

—Espero, señorita Sharp, que me devuelva a las jóvenes damas de siempre, sin cambio alguno, cuando finalice la función —dijo Elizabeth, sonriéndole. Ni su marido ni ella se habían implicado en todo aquello, pues se suponía que la función tenía que ser una sorpresa para ambos. De hecho, nadie había visto la representación entera, salvo las niñas y la institutriz.

—¡Prepárese para lo peor, señora Austen! —comentó Jane—. Me temo que están quedando muy impresionadas. Hay riesgo de que se fugen al circo. Pasado mañana, nos encontraremos cuatro camas vacías y cuatro cartas de despedida.

En aquel comedor ahora democratizado, estaban todos unidos por la causa de la obra de teatro. Anne hablaba a menudo y de manera abierta, y del mismo modo le hablaban a ella. La habían sentado junto a Harriot Bridges; al otro lado, tenía a Jane. Las tres congeniaban. Incluso Harriot comenzaba a tratar a la institutriz como a una igual.

—Cuéntenos, señorita Sharp —preguntó en tono cómplice—, como dramaturga que es, ¿cuáles son los dramaturgos que más admira?

Ahí estaba la oportunidad de quitarle importancia a sus habilidades —«¿Dramaturga yo?

Señorita Bridges, se equivoca usted», etcétera—, pero, por desgracia, la dejó pasar. Lo que hizo fue aclararse la garganta y comenzar a discurrir sobre Shakespeare; Jane se le unió entusiasmada y juntas valoraron las tragedias primero, luego las comedias, comparando un género con el otro y desestimando rápidamente los dramas históricos, antes de ponerse a analizar obras de todas las épocas.

Cuanto más se prolongaba el silencio de Harriot, más realista se volvía la expresión «petrificada». Elizabeth Austen enarcaba las cejas de tal manera que le tocaban las raíces del pelo. Pese a que Anne se había percatado de que Jane intentaba avisarla, fue aquel un mensaje demasiado sutil para que ella lo captase del todo, por no decir que se estaba divirtiendo en demasía; acababa de tocar el tema de Congreve, del que tanto le gustaba hablar.

—*Así va el mundo* era una de las obras predilectas de mi familia. —Sí que se fijó en el silencio sepulcral del comedor, pero no a tiempo para morderse la lengua—. Es que mi madre era ac... —Se calló, consternada. ¿Qué demonios se le había pasado por la cabeza? ¡Revelar tal dato en aquella mesa...!

La abuela Austen, que parecía demasiado absorta en su cena como para prestar atención, dijo de repente:

—¿Su madre era ac...? —La miró con unos ojos que la taladraron—. Señorita Sharp, ¿qué iba a decir?

A Anne se le quebró la voz.

—Admiradora. Era una admiradora del teatro...

—«Acmiradora» —repitió uno de los niños.

—Me he explicado mal... —dijo, y no pudo seguir hablando.

—¡En fin! —dijo Harriot a Elizabeth—. ¡Qué afortunadas hemos sido, hermana, de haber recibido una lección como esta! Quizá no sería mala idea sacar lápiz y papel para anotar todas estas perlas que nos ha soltado. No me gustaría olvidar ni una palabra por nada del mundo.

Entonces, cambiaron de tema y pasaron a centrarse en canarios y cosechas. A partir de ese momento, Anne tuvo la cordura de permanecer en silencio el resto de la velada.



El día siguiente pasó muy deprisa; se avecinaba el momento de la función. Si se les hubiese permitido colocar una cortina —la señora Austen había desechado la idea—, ahora la estarían levantando para que comenzase el espectáculo.

Habían preparado el escenario en la biblioteca, donde se erigía el fondo encantador de Harriot. Jane estaba al piano, tocando una dulce música de baile, y los espectadores, que ya se habían sentado —eran una buena panda formada por parientes, sirvientes y vecinos, incluidos el reverendo y la señora Whitfield— se retorcían de pura emoción.

Anne, que estaba fuera, en el pasillo, con los niños de los nervios, miró por el hueco de la puerta.

—Niños —susurró—, creo que ha llegado el momento. Marianne y Lizzie, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Fanny besó a ambas, diciendo: «Buena suerte, pequeñas», aunque solo tenían que entregar los programas y anunciar la obra. Entretanto, Anne soltó un discurso de motivación al reparto digno del propio Julio César; les habló de superar sus miedos, de apoyarse las unas en las otras y de dar lo mejor de sí. Luego, oyeron las palabras «de la pluma de la señorita Sharp... *¡Virtud recompensada!*». Un aplauso fuerte para empezar. Y Fanny entró en escena.

—Yo soy Serena, el hada buena de la hermosa, exótica y lejana tierra llamada... —haciendo una pausa, tal y como le había indicado Anne— ¡Saint Albans! —El público se echó a reír—. Aquí no existe la amargura. No existe el hambre. No conocemos la injusticia. Es el lugar más dichoso de toda la Tierra de nuestro Señor. Pues es prueba de los beneficios del gobierno de... —otra pausa— ¡una mujer!

Entró Anna en escena, ataviada con ropa formal. Por debajo del hada, procedió a bendecir a los niños pequeños, disfrazados todos de campesinos y con un aspecto de lo más adorable.

—Nuestra duquesa se preocupa de veras por todos sus súbditos —prosiguió Fanny—. Ha desterrado todo tipo de miseria y no tolera la pobreza. Con la gran intuición de su sexo, ha guiado a su pueblo por el camino de la virtud. —Los pequeños aldeanos se santiguaron—. Y por eso ellos estiman a su duquesa, del mismo modo que estiman su munificencia, pues todo lo que ha dado se lo ha dado a ellos. Una pequeña alcoba en el castillo, así como las preciosas joyas que lleva puestas, son todo con lo que se ha quedado. Aun así (gozando tanto del amor de sus súbditos como de la gran satisfacción que le genera el saber que por ellos hace todo lo que está en su mano), es consciente de que es rica.

»¡Oh! —El hada miró a su alrededor, desconcertada—. Pero ¿qué es lo que oigo? ¿El sonido del llanto? ¿Aquí, en Saint Albans? ¡No puede ser! —Fanny Cage, vestida con harapos, entró en el escenario sonándose los mocos—. ¡He de marcharme!

La duquesa la vio y se arrodilló junto a la indigente para conocer las causas de su angustia. Aquel era el momento en el que —desde su posición, andando de un lado a otro en la puerta— Anne debería haber empezado a relajarse. Las niñas estaban dando lo mejor de sí y ni una vez se habían quedado en blanco: el público estaba cautivado. Pero, al dejar atrás aquellos temores, tropezó con uno mayor. ¿Cómo no se había percatado? ¿En qué estaba pensando? ¿Acaso no era aquella la peor obra del mundo?

—Así que no tienes ni casa ni familia. —La duquesa caminaba de aquí para allá, pensando—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Oh, lo que sea, su Excelencia —le imploró la indigente.

Ahora no le quedaba duda alguna. Era la peor obra del mundo. Poco importaba que las actrices pronunciasen cada frase a la perfección: cada una de ellas era una afronta para sus oídos.

—Nada me queda que ofrecer salvo esta choza de aquí —declaró la duquesa—. Pese a ser pequeña y modesta, aquí estarás a salvo.

—Oh, gracias, gracias, gracias —lloró la indigente, y, cuando la duquesa se volvió para marcharse, le quitó la corona de la cabeza.

El público se quedó sin aliento. Anne se envaró e hizo una mueca. ¡Y mira que había alardeado de ser escritora! ¡Y mira que había barrido para casa! Y todo para componer aquella obra sin sentido. Gracias al cielo, Henry no estaba aquí para verla.

En su siguiente encuentro, la duquesa obsequió a la indigente con su propio rebaño de ovejas para instruirla en la dignidad del empleo. Todos los pequeños gateaban a cuatro patas, envueltos en algodón y balando; ese debería haber sido el momento estelar. Es verdad, estaban encantadores, pero el público montó tal estrépito con sus muestras de amor que las ovejas se asustaron y huyeron.

El público —o, por lo menos, la parte que venía del piso de abajo— le pilló el gusto a hablar. Cuando la indigente robó el collar, gritaron: «¡fuera!», y cuando pasó lo mismo con los pendientes, algunos se levantaron de los asientos y empezaron los abucheos. Había tanto alboroto en la biblioteca como en el más obscuro de los teatros. No se atrevía ni a mirar a los de la fila de enfrente: su señor, su señora, el párroco. No cabía duda de que no podían aprobar aquella infame degradación. Ay, ¿cómo iba a mirarlos a la cara?

La indigente, al quedarse de nuevo sin hogar, se sentaba ahora a la puerta de su casucha y llevaba puesto el traje de la duquesa y sus magníficas joyas, al tiempo que las preciosas ovejas —a las que Cassandra había persuadido para que permaneciesen en el escenario— hacían bulto en torno a ella. Regresó el hada.

—¡Tanto has tomado y sigues llorando! ¿Qué te pasa ahora, mujer?

—¡Quiero más! —gimió, patética—. ¡Quiero todo lo que la duquesa posee!

«Por favor —imploró Anne en silencio—, que acabe ya».

—Pero ¿qué más posee? ¿Te refieres a que ansías la gran dignidad de la que está dotada su Excelencia?

—¡Bah! ¿De qué sirve la dignidad?

—En ese caso, ¿es amor lo que deseas?

—Nada me importa el amor —respondió la indigente con desdén.

—En ese caso, ¿qué más podemos darte?

—¡Quiero riquezas mundanas! ¡Quiero cosas!

Entró en escena la duquesa, que llevaba puesto el vestido de día marrón verdoso de Anne, y se colocó en el centro del escenario.

—Pero ¡fíjate en nuestra duquesa! Nada le queda salvo su virtud. ¡Y con eso es feliz!

Su Excelencia dio vueltas y se puso a bailar.

—¡Pues sabe que es virtuosa y que nada malo puede sucederle! Por eso reclamo las joyas que has robado. —El hada se las quitó; el público la vitoreó—. Reclamo tu casa y confisco tus ovejas. —Las ovejitas corrieron hacia Anna—. La duquesa ha de tenerlo todo. ¡Y mucho más!

—¡Pues la virtud —dijo Fanny directamente al público— siempre es recompensada!

Tal era la vergüenza que la acosaba, tan absorta estaba haciendo muecas y envarándose y encogiéndose en la puerta que, en un primer momento, no se percató de lo que estaba pasando en la biblioteca. No fue hasta que le fue imposible oír sus propios pensamientos cuando cayó en la cuenta del clamor ensordecedor que la rodeaba. Fue entonces cuando alzó la vista y volvió sentirse consternada: los sirvientes gritaban y aplaudían y daban pisotones en el suelo, mientras pedían «¡más!» a pleno pulmón. Se llevó las manos a la cara. ¡La señora Austen daba tanta importancia a que la casa estuviese tranquila! ¡Una sala así de histérica difícilmente podría ser de su agrado! Afectaría a las tareas del hogar, arruinaría la cena...

Por mucho que ardiese en deseos de salir corriendo, no podía hacerlo. Tenía que pensar en las niñas, de modo que se pegó a la pared, con la esperanza de que su vestido marrón pasara inadvertido gracias al revestimiento de madera que la cubría. Puede que así se volviera invisible.

Pero, cuando cesaron los aplausos, Elizabeth Austen abandonó su asiento y se colocó en el lugar más destacado de la salida principal, donde, tras apretarle las manos, se puso —con la mayor de las gracias y una gran modestia— a recibir todos y cada uno de los elogios.

—Cómo me emocionan sus palabras... Ay, señor, me adula... Somos un equipo... Los niños han estado encantadores. —Anne, con la vista clavada en la parte trasera del vestido de tafetán de Elizabeth, fue incapaz de reprimir una sonrisa—. ¿Que de dónde ha salido la idea? Cielos, con todo este ajetreo ya ni me acuerdo... Sí, pero no nos hemos pasado de pretenciosos, ¿verdad?

Virtud ya no era su desgracia profesional, sino el triunfo personal de Elizabeth Austen.



Al fin se dispersó el grupo: el servicio volvió a sus quehaceres y la familia, al salón. Anne se rezagó, pues necesitaba unos instantes para asimilar lo sucedido. La velada no había sido como ella esperaba. Se oyó un golpecito: el de la tapa del piano, que se cerraba.

—¿Señorita Sharp? —Anne alzó la mirada y se percató de que Jane se estaba acercando a ella—. ¿No la ha hecho subir el éxito al séptimo cielo? —Una leve sonrisa, un mentón algo alzado; sin embargo, cayó en la cuenta de que ella no le había dado la enhorabuena. ¿Era aquel intelecto un hueso más duro de roer que el de los demás?

—Todo el éxito —sonriendo falsamente—, téngalo por seguro, se lo debemos a los niños. ¿No le parece que han estado maravillosos?

—Oh, claro que sí, lo hicieron muy bien —concordó Jane—, pero a quien yo admiro es a usted. Señorita Sharp, es muy perspicaz.

—Muy amable por su parte. —Al estar demasiado cansada como para mentir, le dijo la verdad—: Pero me temo que no ha sido todo lo perspicaz que me hubiera gustado. —Tomó una bocanada de aire y se tapó los ojos—. De hecho, ha sido un completo desastre. —En aquel instante, se odiaba a sí misma.

—Señorita Sharp, no sé con qué clase de hechizo me habrá embrujado para conseguir que diga justo todo lo que no debería decir. Por favor, no me tache de desleal, pero... —Se le acercó y susurró—: ¿Acaso no ha aprendido nada de Godmersham Park? Toda perspicacia recibe aquí gran sospecha, más entre ciertas personas que entre otras y en especial en una en concreto. Para esa persona, la perspicacia es una imprudencia. ¡Y he aquí la prueba de lo ingeniosa que es usted! Pues mi mayor miedo era que hubiese compuesto usted una obra maestra, en cuyo caso, a estas alturas, nos encontraríamos con sus maletas puestas en fila en el recibidor.

—Ay, señorita Austen —dijo, echándose a reír—. Eso es un consuelo. Se lo agradezco, pero creo que ahora voy a subir. —Señaló las escaleras—. Ha sido una velada agotadora.

—La fatiga sigue al triunfo, supongo, aunque ¿qué sé yo del triunfo? Pero, cuando trato de imaginar tal sensación, me da la impresión de que terminaría exhausta. —La tomó del brazo y la llevó al recibidor—. Pero, por lo menos, cene con nosotros. No faltará manjar blanco de postre ni

bailes regionales. —Se paró en la entrada del salón—. ¡Escuche! —Se llevó una mano a la oreja—. ¡Qué jolgorio y felicidad! Es la ambición de todo arte contentar al público. Le ruego, señorita Sharp, que no se apene. ¡Mire cuánta alegría hay en la casa! ¡Cuánto orgullo ha insuflado en el pecho de su señora!

»Y todo ello es fruto de su famosa pluma.

CAPÍTULO 30



ANNE NO se quedó en la fiesta hasta tarde, pues no estaba de humor.

Como aquella noche Fanny dormía con sus primas, estaba sola en el cuarto cuando llamaron a la puerta.

—Buenas noches, señorita. —Sally hizo una reverencia, amable—. Quisiera preguntarle si le gustaría que encendiera la chimenea esta noche o si está conforme con cómo hace aquí.

Aquella oferta de paz repentina y bastante inesperada la animó más que las bonitas palabras de Jane. También le hizo gracia. ¿Encender la chimenea en junio? Ay, qué bien le habría venido en febrero. Se negó educadamente, dándole las gracias una y otra vez.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señorita? —insistió Sally, sin hacer ademán de irse.

—Qué amable eres, Sally, pero no me falta de nada. —Anne reprimió un bostezo—. Después de todas las emociones vividas, me apetece dormir.

—Como guste, señorita. —Sally se volvió—. Ah, por cierto...

—¿Sí?

—Siempre se me olvida. Mi madre le está muy agradecida porque usted eduque a nuestros niños en la escuela. No entiende de dónde saca usted la paciencia. Dice que han cambiado mucho.



El sábado por la mañana, el grupo se congregó en la puerta principal para la excursión semanal a la iglesia. El calor de junio los bendijo a todos: tocaban las campanas de la iglesia y el día despejado, soleado, los animaba. Edward lideraba la marcha, con su madre del brazo; Elizabeth escogió a su favorita, Cassandra, como compañera de la mañana, y los niños y los sirvientes se agruparon al final de la fila de tal forma que dejaron a las dos mujeres juntas en el centro.

Tomaron la senda que rodeaba la casa, cruzaron por el prado y, en una procesión señorial, llegaron a la avenida de los tilos.

—Qué ganas tengo de volver al terreno sagrado de St. Lawrence —comenzó a decir Jane—. Prefiero una iglesia pequeña a una catedral grande, ¿y usted? Supongo que se debe a de dónde

vengo. Steventon (donde nos criamos) casi parecía una miniatura, en la que mi querido padre destacaba mucho: una, al sentarse, se quedaba maravillada. Cuénteme, ¿qué opinión le merece «la ilustre chispa» que tenemos aquí, en Godmersham?

Anne sonrió, para dar a entender que había captado aquella nueva referencia a Cowper.

—El señor Whitfield ha demostrado ser un gran amigo para mí y estoy agradecida de que lo tengamos aquí en el pueblo. Considero que es un caballero excelente en todos los sentidos de la palabra, así como el alma más dulce, pero me temo que «chispa» no es precisamente una palabra que le haga justicia del todo. Desde luego, no corremos el riesgo de que sus sermones aviven llama alguna en nosotros.

Se rieron al unísono, recuperando aquella confianza compartida.

—Señorita Jane, espero de verdad que esté disfrutando de su estancia.

—¡Oh! —exclamó Jane—. Muchísimo. —Miró a su alrededor para cerciorarse de que no hubiese nadie a la escucha y bajó la voz a modo de precaución—. Me abruma el contraste que hay entre este sitio y la vida que llevamos ahora. Nuestra casa en Bath es bastante modesta; esto, en cambio, es el paraíso. Todo el mundo es muy rico en Kent (¿se ha fijado?), o eso me parece. Al estar aquí, siempre tengo un conflicto interno, una batalla en contra de mi deseo innato de apoderarme de todos los lujos que se me acercan. —Soltó aquella risita traviesa—. Quiero comer muchos sorbetes y beber vino de más y, en especial, ¡quiero quedarme más tiempo! Pero, claro, no puede ser.

—No es tarea fácil —concordó Anne, algo emocionada—, recordar lo dura que es la vida en el resto del mundo cuando una está aquí. Y ¿sabe ya hasta cuándo se quedarán?

—Señorita, ¿es que quiere librarse de nosotras? —Volvieron a aparecerle arrugas en torno a los ojos.

—Al contrario, téngalo por seguro —dijo con sinceridad—. El ambiente es mucho más agradable ahora que están aquí, o eso me parece a mí.

—Y tú, Anne (si me permites tutearte), has enriquecido nuestra visita. Este verano hemos estado más entretenidas que otras veces, pero, en lo referente a la duración de nuestra estancia, no está clara y la decisión final, bueno, no está en nuestras manos. Desde luego, disfrutamos de un indulto hasta que los chicos mayores vengan del colegio de vacaciones. Luego, tendremos que ponernos a cacarear algunos días, subrayar lo mucho que han crecido, extasiarnos con lo ingeniosos que se han vuelto, deshacernos en alabanzas, sin importar si lo merecen o no. Una vez cumplida esa misión y cuando sus padres queden satisfechos, mi madre tendrá que devolver a Anna a Hampshire. En cuanto a mi hermana y a mí, planeamos rezagarnos todo lo que podamos.

—Pero ¡mire, señorita Sharp! —El comienzo de la fila estaba atravesando el portal del muro cuando Fanny salió de la formación y anduvo hasta el tilo preferido de Anne. Se agachó para llegar a la hierba que había bajo el tronco, tomó algo y lo sostuvo en lo alto. El sol lo iluminó—. ¡Su dedal! Es que me fijé en un destello a metros de distancia. ¿Qué le parece? —Lo giró en los dedos mientras caminaba en su dirección—. Al menos, creo que es suyo, aunque no lo recordaba tan brillante. Parece que alguien le ha sacado brillo, pero ¿cómo va a ser eso posible?

Anne se lo colocó en el dedo; notó todas las marcas y se percató de que la anchura era perfecta.

—Es mío, sin duda alguna. ¡Qué lista eres, Fanny! Te lo agradezco, querida. —Le habría gustado volverse entonces hacia Jane, pues no disponían de muchos más minutos a solas, pero, al ser el centro de atención en un asunto tan emocionante, la niña no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—¿Qué pudo haber pasado, según usted? ¡Qué historia más extraordinaria!

—Y tú eres la heroína. Gracias, Fanny. —«Pero, vamos a ver —pensó Anne—, que es un dedal, no la joya de la Corona»—. Supongo que se me habrá caído del delantal en algún momento y que habrá quedado bien limpio por la lluvia. —Aunque, mientras lo decía, se le ocurrió otra posible explicación: ¿guardaría relación con la amabilidad que mostraba Sally desde la noche de la función?

Resultaba evidente que los pensamientos de Jane iban por el mismo camino.

—Quizá —sonrió, hablando en voz baja— sea la recompensa de su virtud.

Mientras atravesaban el portal, avanzaban por el sendero y se introducían en la iglesia, la invadió una gran satisfacción. Después, durante los oficios, al ascender el señor Whitfield al púlpito, Anne se sentó entre Jane y la pared, bañada por las franjas de luz cálida y con la pierna menuda de un ser querido apretándola firmemente. Estaba preparada para escuchar un sermón relajante, pero lo que vio fue que en el pecho del reverendo anidaba una fuerza desconocida y pasional, lo que oyó fueron unos tonos nuevos, tormentosos, y el mandamiento «¡NO ROBARÁS!». Fue como si un rayo cayera entre los allí congregados. Todo el mundo estaba desconcertado...

Bueno, la emocionó haber sido la que provocara de tal manera a su manso amigo, aunque celebraba que aquella nueva actitud tampoco hubiese sido necesaria.

Ella sola había resuelto el problema.

CAPÍTULO 31



—**PERO QUÉ** gusto, damas, ¿no os parece? —La abuela Austen miró a su alrededor, sonriente—. Una tarde de trabajo grato, seguida de fresas en la hora del té. Hasta voy a perdonar el mal tiempo que nos acompaña, pues nos ha dado un motivo para reunirnos en este círculo familiar. Me encantan las reuniones familiares, ¿lo sabéis, chicas?

—Todos lo sabemos, mamá; sabemos lo mucho que te gustan estas reuniones. —Jane se estiró para arrebatarse las tijeras a su hermana—. Aunque a mí me gustan más los triángulos que los círculos.

—¿Con todas esas puntas y aristas? —Su madre negó con la cabeza—. Jane, ni hablar, nada de eso...

Las dos hijas se echaron a reír.

—Mamá, creo que te está tomando el pelo. ¡Hala! —Cassandra revisó su labor con cierta satisfacción—. Una vuelta lista. ¿Qué más hay en la cesta?

Harriot dejó la aguja al momento y se encargó de rebuscar en el montón. Anne alzó la mirada para observarla y se dio cuenta de que cualquier excusa le valía para no estarse quieta y concentrada. Entretanto, se pinchó en un dedo.

—¡Señorita Sharp, se ha hecho daño! —A la abuela Austen no se le pasaba nada desapercibido—. ¿Acaso no tiene dedal, querida?

—Es culpa mía. —Anne se limpió con su pañuelo—. He perdido la costumbre de ponérmelo.

—Es que lo extravió, abuela —explicó Fanny—. La tierra se traga muchas de las pertenencias favoritas de la señorita Sharp. No nos lo explicamos, ¿verdad, señorita? Sin embargo, más tarde, ¡lo encontré en el jardín!

—Sí, es todo un misterio: creía que había perdido todas esas cosas, querida —añadió Anne—, pero no: las he encontrado, todas.

En realidad, aquello no tenía nada de misterio. Al menos, ella lo tenía más que claro: desde la velada de la función, que tanta alegría había suscitado escaleras abajo, la fortuna le había sonreído. No solo había desaparecido el ruin ladrón de sus cosas, sino que los sirvientes, que antes le eran hostiles, la trataban ahora con amabilidad. Incluso la cocinera le enviaba pasteles recién salidos del horno, porque «la señorita no puede seguir teniendo esa pinta de muerta de hambre». Las pequeñas trastadas que le habían hecho la vida imposible durante más de un año

eran cosa del pasado gracias a unas cuantas líneas escritas por una pluma inexperta. Siempre había tenido fe en el poder transformador del teatro, pero jamás hubiera pensado que pudiera traer una transformación de tal calibre.

—En fin —prosiguió, para quitarle hierro al asunto—, ya está todo arreglado...

Jane la miró de reojo, pero no dijo nada. Su madre, a quien no se le escapaba una, halló en cambio un nuevo motivo de angustia.

—¿Está usted bien, querida mía? He notado que tiene la vista cansada, y ahora (¿me equivoco?) tengo la impresión de que se le ha hinchado un poco la cara y también el cuello. Venga, señorita Sharp, deje que le palpe la hinchazón.

Anne le dio las gracias, pero se negó, porque de verdad que se encontraba la mar de bien, aunque aceptó descansar la vista un ratito.

Jane dio la señal de alarma:

—Señorita Sharp, le aconsejo que no atraiga a mi madre con síntomas de malestar, por muy leves que sean, porque no la dejaré en paz.

—Pues yo creo —intervino Fanny de buena voluntad— que está empezando a dolerle la cabeza otra vez, abuela.

—¿La cabeza? —Aquella información hizo que saltaran chispas—. ¿Aún padece de dolores de cabeza, señorita Sharp?

Se dio cuenta de que la señora de la casa la contemplaba con cierto disgusto.

—Muy de vez en cuando —repuso—. No vale la pena ni mencionarlo.

—La señorita Sharp se está haciendo la dura, abuela, pero lo cierto es que sufre muchísimo. —Y, al caer Fanny en la cuenta de que, por una vez, ella era quien tenía aquella valiosa información para los adultos, se dispuso a hacer uso del arte de la descripción hasta límites insospechados—. Soy la única que se entera de todo, pues la veo por las noches. Es cuando le duele, por cierto —dijo—. Mientras todos duermen. Yo también debería estar durmiendo, soy una niña, todavía estoy creciendo y para mí dormir es esencial, para crecer bien; es lo que dice mamá. ¿A que sí, mamá? Y bueno, pues querría dormir más, tengo que pensar en mí, pero como la señorita Sharp no para de retorcerse y de gritar...

Elizabeth se quedó sin aliento.

—Señorita Sharp, ¿es eso cierto? Esto supera todo lo que había oído hasta ahora.

Fanny se le adelantó antes de que la institutriz pudiera responder.

—Es del todo cierto, mamá, aunque pensábamos —enfaticó— que se había curado en Londres. —Se dirigió a todos—: El tío Henry hizo todo lo posible por encontrar el médico ideal para la señorita Sharp. ¡Qué amable y considerado! Y mamá la dejó ir, lo cual fue muy generoso por su parte, pero, por desgracia, fue todo en vano. Nada más volver a casa, a la señorita volvió a dolerle la cabeza. Ay, fue un brote muy violento, ¿verdad, señorita Sharp?

La verdad era que no sabía calibrar bien el espanto que aquello había causado en la señora de la casa. La abuela Austen se le había echado encima y —tal y como había amenazado— se había puesto a palparla: ojos, cuello, lengua... Incluso el corazón; todo se sometió a su escrutinio.

—Cass, querida —llamó la experta de espaldas—, haz llamar al ama de llaves. Ah, señora Salkeld. Gracias. ¿Cómo está *Puss*, por cierto? ¿Se le está curando la oreja? ¿Podría ir junto a la

cocinera y pedirle leche de caracol? La pobre señorita Sharp está fatal. —Mientras aguardaban, la mujer se puso a mullir los cojines y a colocarlos en torno a la institutriz, tras lo cual, continuó con la palpación y añadió—: Espero que tengan algo preparado en la cocina, ahora no nos va a dar tiempo a buscar treinta caracoles y encurtirlos antes de que empiece la jaqueca de verdad. Seguro que un buen trago de ese brebaje aliviará su malestar.

Llegó aquella leche grisácea y Anne se la bebió, obediente. Mejor no pensar en los ingredientes.

—Gracias, señora Austen, por este excelente remedio y por preocuparse tanto por mí. Ya me encuentro mejor. —Sonrió a toda la sala—. Señora, con permiso, voy a tomar un poco el aire. Luego tengo que escribir unas cuantas cartas...

—Por supuesto. —Elizabeth asintió—. Y, si le parece, señorita Sharp, hablaremos de este asunto más tarde.



Fuera, alzó el rostro, que le ardía, hacia la llovizna. Respiró hondo varias veces y se dirigió hacia el camino y al remanso de paz que era para ella su tilo preferido. Ahí, donde nadie que pasara podría verla, se abrazó al árbol y temió por su futuro.

No tenía duda alguna de que aquello podría poner en peligro su empleo; daba igual que hubiese pasado tan poco tiempo desde que triunfara con aquella perspicaz, o estúpida, o perspicazmente estúpida función de teatro. Ya no importaba después de lo que Fanny les había contado a todos. ¿Qué madre preferiría una institutriz con talento en lugar de una con buena salud? Desde luego, esa madre no era Elizabeth Austen. Era algo que tenía meridianamente claro, en especial por el peligro que eso supondría para el «crecimiento» y el «desarrollo» de su hija. Estaba perdida. Ya no había nada que hacer. Y no tenía adónde ir.

¿Podía, cuando menos, esperar que le diesen buenas referencias? Ni tan siquiera podía estar segura de eso. La señora Austen no pondría en entredicho su propia reputación para recomendar a una institutriz a otra madre de su misma clase y con la que tuviese cierta relación, pues no pondría en peligro a la hija de otra persona de alcurnia.

Hubo un tiempo en el que no le habría importado dejar aquel lugar, un tiempo en el que seguía pensando que su padre volvería. Sin embargo, ya no tenía tales esperanzas. Si ya no podía enseñar..., bueno, no le quedaba sino un último peldaño que bajar en aquella escalera descendente: podría trabajar cuidando de alguna anciana. Por debajo de eso, no había nada salvo el abismo. ¡Debía permanecer en Godmersham Park! La señora no podía despedirla, si no... Tembló y lloró en silencio.

—Se ha perdido las fresas. —Jane la miró desde el otro lado del tronco—. Podría decirle que aún estaban verdes o que estaban golpeadas, pero me temo que eran fresas al estilo Godmersham; es decir, perfectas.

Anne se restregó los ojos. Los tenía hinchados y anegados en lágrimas. Sonrió.

—No me las merecía.

—Señorita Sharp, ¡me deja usted perpleja! ¿De verdad me está sugiriendo que, tras haber sido

obsequiada con los jugos agrios de miles de caracoles (hervidos en leche cortada con trocitos de esto y lo otro), no va a curarse?

—Tenga compasión, por favor, ¡no me cuente todo lo que llevaba ese brebaje, que ya estoy mareada!

—¡Será usted desagradecida! —Jane rodeó el tronco y se inclinó junto a ella—. Le pido perdón por lo de mi madre. Ella lo hace con buena intención.

—Oh, ha sido muy amable por su parte. Me conmueve que haya mostrado tanta preocupación.

—Sí que se preocupa, Anne, se preocupa mucho. De hecho, corre el riesgo de que la adoptemos como la nueva hija Austen.

—No se me ocurre nada mejor. ¿Podemos gestionar los trámites burocráticos ya, por favor, antes de que me pongan de patitas en la calle?

—Tranquila —la calmó Jane—, estoy segura de que la cosa no pinta tan mal. Está claro que Fanny la adora, la quiere con locura, y eso es un punto muy a su favor. Su madre no se atrevería por nada del mundo a dañar el corazoncito de su pequeña.

Jane le preguntó por sus síntomas y, como ya no tenía sentido seguir fingiendo, se los confesó. La menor de las Austen hacía gestos de dolor mientras la escuchaba.

—Menudo infierno... Sobre todo, teniendo en cuenta todas las responsabilidades de su puesto de trabajo....

—Ese es el problema. No es algo que me pase siempre, sino algo que viene y va. Cuando llevaba una vida ociosa y tenía una habitación para mí sola era más fácil sobrellevarlo. —Anne alzó la mirada y le habló al rico follaje del tilo—. He de decir que pensaba que lo estaba llevando bastante bien hasta que mi querida alumna soltó su discurso. —Ojalá la niña se hubiese mordido la lengua.

—Entiendo que necesita un salario, que no tiene familia o amistades que... Ya veo. —Jane guardó silencio—. ¿Y ha probado todo lo que haya que pueda curarla? ¿Se ha bañado en el mar?

—Quizá fuera de ayuda. Desde luego, he oído hablar de los beneficios de los baños de mar, pero no he tenido la ocasión de probarlos y, ahora, claro está, no tengo la libertad o los recursos financieros necesarios para... Me habría gustado ver el mar una vez en la vida. ¿Va usted a menudo al mar, Jane? Yo nunca lo he visto.

—¿¡Nunca!?! Pero, bueno, señorita Sharp, esto no puede ser. ¿Y si...? ¡Sí! —Jane la tomó de la mano—. Se me está ocurriendo algo; tengo un plan. Venga, volvamos. Debe irse a la cama. —Sonrió—. Mientras, yo voy a pensar en lo que vamos a hacer.



—Señorita, eh, ¿puedo...? ¿Puedo preguntarle algo, señorita? —Becky, la doncella, le estaba sirviendo el desayuno una mañana solitaria—. Por favor, no piense que soy impertinente, señorita, pero es que abajo me han pedido que se lo pregunte.

Estaba cansada tras otra noche de dolor y habría preferido guardar silencio. Además, había recibido otra carta inquietante de Agnes, cuyas dotes detectivescas habían dado sus frutos al fin. Suspiró, rememorando con cierta nostalgia aquellos días en los que el servicio la desairaba, pues

aquella nueva popularidad le estaba resultando agotadora en cierto modo.

—Claro, Becky, dispara.

—Gracias, señorita. Qué amable es usted, señorita. —«En serio —pensó Anne—, no hace falta que exageréis tanto, sigo siendo la institutriz; no he perdido ese aire y esa compostura que tanto aborrecíais antes»—. No soy solo yo; todo el piso de abajo quiere saberlo: ¿hay esperanza de que estrene una obra nueva pronto, señorita? Es que nos lo pasamos tan bien...

Anne había comenzado a explicarle que el señor de la casa era el único que podía tomar aquella decisión cuando las cuatro primas irrumpieron en el aula.

—¡Señorita Sharp, tengo una primicia! ¡Hemos organizado otro gran juego para hoy!

—Y esta vez jugaremos a montar una escuela. Nosotras seremos las alumnas; ya hemos pensado en todos los personajes.

—Hasta mamá participará —gritó Fanny—. ¡Va a interpretar el papel de la mujer encargada de lavar a las niñas! ¿No es emocionante? Qué ganas tengo de verla interpretar un papel tan vulgar —recalcó.

—¡Y la tía Harriot será la doncella!

En tanto que las niñas casi se caían de la risa ante aquella idea absurda, ella miró preocupada a Becky. La joven criada tenía todo el derecho a sentirse ofendida, pero se echó a reír también, tapándose la boca con la mano por educación.

—Me temo, señorita Sharp, que para usted solo quedan papeles masculinos. Espero que no le importe. Es que las damas no se atreven.

—¡No importa! —Lo que le importaba era estar en la misma estancia que su señora, por miedo a que las actividades programadas para la mañana les brindasen la oportunidad de «hablar del asunto». Llevaba días evitándola, con la esperanza (al igual que el gato asesino de la señora Salkeld) de que no tardara en olvidarse de su enfermedad.

Le dieron sus varios papeles y le ordenaron que se disfrazara de pies a cabeza y se presentara abajo, en el salón.



Primero se dirigió al baúl del aula, donde guardaban la ropa; allí halló lo que necesitaba y se fue a su propia alcoba para cambiarse. Se quitó las capas de ropa que la cubrían hasta llegar a la enagua de lino; se puso un par de calzones elegantes —los tuvo que doblar para ajustárselos a la cintura, demasiado menuda— y, por encima, se echó la levita. Frente al espejo, se apartó el cabello, se lo ató en la nuca y evaluó rápidamente su aspecto.

Ya se había puesto muchas veces trajes parecidos para interpretar todos aquellos papeles en su juventud. Ahora, como ya hiciera antes, volvió a sorprenderse por lo bien que le quedaban. Los colores fuertes, masculinos, realzaban su figura. En general, aquella levita con hombreras le favorecía y las piernas, que le quedaban a la vista, también se veían bien. Aquello no la desagradaba del todo. Mientras que la función del atuendo de una dama era transmitir delicadeza, todo aquello estaba pensado para dar una imagen de fortaleza. No era de extrañar que los hombres estuviesen tan pagados de sí mismos; ella misma comenzaba a sentirse igual.

A pasos agigantados, bajó las escaleras para unirse al juego, pero, en el primer descansillo, se encontró con Jane, cuyo disfraz consistía en un sencillo vestido de día marrón.

—Usted debe de ser el profesor de baile —le dijo, haciendo una reverencia.

Anne se inclinó.

—Así como el boticario y el sargento; un hombre multiusos. Parece que tengo una mañana muy ocupada por delante. ¿Y usted, señorita?

—Soy la señorita Popham, la maestra, claro está. —Jane estaba seria—. Me pregunto por qué no me reconoce, señor, si han decretado que debemos contraer matrimonio al final de la mañana.

El juego resultó ser hartamente divertido y las niñas lo pasaron muy bien. Según su opinión, que no expresó, ni la señora Austen ni la señorita Bridges bordaron sus papeles: para ser vulgares, debían forzar algo sus habilidades, cosa que desde luego no sabían hacer. Cassandra interpretó a una institutriz sosegada, callada y sensata que ponía en evidencia a la señorita Sharp de verdad, la cual era más complicada, pero la abuela Austen interpretó muy creíblemente a la mujer de los pasteles y Jane, a una maestra formidable. Y Anne —a la que le habría convenido contener las ganas— no pudo evitar acaparar todas las miradas.



—¡Ay, señor! Estoy agotada de tanto reírme. —La abuela Austen se hundió en el diván con un plato de las galletas de alcaravea que había preparado la cocinera—. Si seguís así, niñas, me vais a llevar a la tumba antes de tiempo. —Tomó un buen trago del refresco—. «Antes de tiempo», digo yo, pero, a mi edad, no puedo soñar con muchos más veranos. Dios no tardará en reclamarme, de eso no hay duda.

—¡Ay, mamá! —corearon sus hijas.

—Perdonad, queridas mías, hacéis bien en regañarme. —Le dio una palmadita a Cassandra—. Claro, tenemos que comentar todas las diversiones de la mañana. ¡Qué maravilla! —Rio entre dientes antes de volver a hundirse en el diván—. Pero, desde el fallecimiento de mi querido esposo, la sombra de la muerte no deja de cernirse sobre...

—¡Mamá! —protestó Jane, que rápidamente se dirigió a toda la sala—: A ver, ¿qué pensáis vosotras, chicas? ¿Quién ha sido la mejor actriz? Yo tengo clara mi elección, pero las niñas vais primero.

Al haber recibido una educación tan exquisita, las pequeñas tuvieron la decencia de mencionar a cada una de las intérpretes y alabarlas cariñosamente, para luego conceder el privilegio a la más veterana de las actrices.

—¡Ay, pero si no hay color! —exclamó la abuela Austen—. Una persona en particular dejó al resto en evidencia. Qué talento más insólito tenemos aquí. ¿Acaso no somos afortunadas, señora de Edward? Esas dotes de improvisación, de imitación...; ay, en especial de imitación. Aunque no lo hubiésemos sabido de antemano, nos habríamos fijado al momento.

—Lo siento. —Elizabeth Austen parecía confundida—. ¿De quién estamos hablando y qué es lo que tenemos que saber?

—Oh, tal vez no se dio cuenta en su momento, querida. Éramos muchos sentados a la mesa

esa velada, pero yo intento estar al corriente de todo lo que se dice. Por lo menos aún tengo buen oído, aunque el resto del cuerpo me vaya a peor. Mis pobres rodillas, en especial... ¡Creo que fue entonces cuando nos enteramos de que su propia madre era actriz! ¿No ve? Querida señorita Sharp, qué emocionante: lo debe de llevar en la sangre.

El desconcierto se apoderó del salón. A Anne comenzó a picarle el cuello, que se le enrojeció, y vio que Elizabeth, que tenía una golosina en los labios, se había quedado de piedra y no llegaba a darle un mordisco. Se fijó en que Jane y Cassandra abandonaron sus asientos como para distraer de aquel asunto.

—Pero mi querida y fantástica Sharpy. —Harriot sacudió aquella cabecita encantadora—. ¿Lo dije o no lo dije nada más conocernos? Es usted una criatura con muchos secretos. ¿Cuántos más tendrá guardados en la manga?

Acababa de tropezar en el borde del precipicio del peligro profesional. Durante dieciocho meses, había sido capaz de ocultar su verdadera identidad, se había hecho pasar por un ratoncillo decente y respetable, había avivado la idea de que su procedencia estaba ligada a la Iglesia, había fingido poseer una gran fuerza moral y física. Sin embargo, las damas Austen no llevaban allí ni dos semanas y ¡todo el mundo se había enterado ya de que estaba enferma y de que era la hija de una actriz cualquiera! ¿Qué sería lo próximo? ¡Solo le faltaba que le dijeran ahora que era ilegítima! Entró en pánico. Elizabeth nunca lo permitiría...

Y, acto seguido, tras haber hecho todo lo que estaba en su mano para acorralarla al borde del precipicio, la abuela Austen extendió la mano con amabilidad y, con un leve y hábil movimiento, la rescató.

Dirigiéndose a Elizabeth, prosiguió:

—Me fascina, querida, todo lo que has logrado en beneficio de la casa y de la familia. Tiene un talento inigualable. ¿Cómo haces para contratar siempre a los mejores? Ojalá yo hubiese sido tan diestra como tú cuando administraba una casa grande. —Suspiró—. Del mayordomo (nos han llegado muy buenas noticias del niño de Johncock, por cierto) a la sirvienta de la trascocina: no tienen parangón, pero, de todos tus logros, el haber dado con la señorita Sharp debe de ser el mayor. Creo sinceramente que es la compañera y la guía ideal para nuestra querida Fanny, y me atrevería a decir (ya sabes lo mucho que me gusta pegar la oreja; es uno de mis pecadillos) que todos los vecinos piensan lo mismo. De hecho, ¡todo el pueblo habla de lo afortunada que eres por tener a la señorita Sharp aquí! Espero que logres persuadirla para que se quede a educar a las niñas que sigan a la mayor. Qué elección más excelente. Has sido muy lista al haberte quedado con ella.

Elizabeth Austen le dio un mordisco a la galleta, miró a la institutriz, orgullosa de su posesión, y se atusó los cabellos como si tal cosa.

CAPÍTULO 32



TRAS CONFIRMARSE, con tan poco tiempo de antelación, que las damas Austen partirían pronto, lo único que Anne deseaba era aprovechar todo el tiempo que todavía pudiera en su compañía y guardar en su memoria los momentos que les permitieran pasar juntas. También estaba bastante desesperada por recibir noticias del plan de Jane, del que no se había vuelto a hablar.

Harriot Bridges había partido, por suerte. Con ella se había llevado a las dos huerfanitas, así que ahora se esperaba que diera clases a diario a Fanny y a su prima Anna. Era algo que, en condiciones normales, habría agradecido. No obstante, aquel verano estaba siendo extraordinario así que, a pesar de estar sentada en aquella silla dura del aula, cosa que la devolvía a la tierra, no dejaba de distraerse mentalmente hablando.

—Muy bien, niñas —dijo, aunque ninguna había dicho palabra—. ¡Lo habéis hecho tan bien que os merecéis un premio! Hace tan buen día que, por mucho que me gustara, no me parece bien que os quedéis aquí sin salir. ¿Por qué no escogéis una buena novela cada una y os vais al jardín?

Que a Fanny ya no le interesaran «sus lecturas morales» —de hecho, cuanto más descabellada fuese la historia, más ganas tenía de seguir leyendo— era quizás el mayor triunfo que había logrado hasta la fecha. Por supuesto, no hizo falta convencer a sus alumnas del plan. Fiel a su deber, las escoltó hasta la salida al jardín, mientras armaba un gran alboroto con sus sugerencias e indicaciones para llamar la atención. Funcionó.

—¡Señorita Sharp! —Jane apareció por la puerta de la biblioteca—. Me había parecido oír su voz. ¿Ha escapado de su aula? —A juzgar por su sonrisita, no desaprobaba la idea.

—Las niñas se van a leer al asiento gótico. Por lo general, Fanny no suele tener cerca una amiga con gustos tan similares... —Menudo comentario atrevido. Bajó la mirada, avergonzada—. Así que tengo el día libre.

—¡Como yo! —Parecía que Jane estaba contenta de veras—. Mi madre está en la guardería y mi hermana ha vuelto a salir con nuestro hermano. —Bajó la voz—: De verdad, Anne, los señores de esta casa me desconciertan; no parece que les preocupe lo más mínimo que puedan herir mis sentimientos siquiera un poco dando estas muestras tan claras de favoritismo.

—Oh, lo siento...

—Mi querida Anne. —Su interlocutora se echó a reír—. Si vamos a ser amigas, debe entender que no puede creerse la mitad de lo que digo. Me temo que no soy nada seria. ¡Y mire! —Abrió más la puerta de la biblioteca—. ¡Este ha sido mi reino desde el desayuno! ¿Qué le parece? ¿Prefiero sorber un refresco y hablar de la salud de los vecinos o...? Pues eso.

Anne trató de ocultar la decepción que sentía.

—En ese caso, la dejo que disfrute. Le deseo una...

—¡Oh, no! Anne, por favor, no me abandone. Si hay posibilidad de que nuestros paseos se repitan, le estaría agradecida.

Anne extendió las manos en un gesto que denotaba libertad.

—Pues vayamos.



—... donde mis queridos padres creían que estábamos bajo el cuidado de una refinada aristócrata francesa, *madame* la Tournelle. —Habían bajado hasta la orilla del río, donde comparaban la educación que ambas habían recibido—. En realidad, ¡no era más que Sally Hackett, que no sabía ni jota de francés y andaba con una pata de palo!

Se tendieron sobre la hierba. Cuando dejó de reír, Anne se apoyó en un codo y contempló las facciones de su amiga.

—No entiendo por qué no lo noté al principio, pero se parece muchísimo a su hermano, no tanto en la apariencia como en la manera de pensar. Si no le importa el comentario, ambos son igual de irreverentes.

Jane abrió un ojo y sonrió.

—Hermanos tengo muchos, Anne, demasiados como para ponerse a contarlos, pero he entendido al momento a cuál de ellos se refiere, y, sí, somos la pareja estrella de la familia, al igual que Cassandra y Edward, aunque lamento decir que ellos nos superan en cuanto a buena suerte. —La sonrisa de su cara desapareció.

Anne se recostó en la hierba, deseosa de aligerar el ambiente otra vez. No tuvo que esperar mucho.

—Anne, no me sorprende que le guste a mi hermano, el señor Henry, pues su compañía es precisamente del tipo de la que ambos disfrutamos. Pronto estaremos los tres juntos. ¡Vendrá en agosto!

—¿De verdad? —La institutriz fingió que la noticia la alegraba más de lo que en realidad lo hacía. Durante la semana ni siquiera había pensado en él, ni un momento. Bueno, puede que una o dos veces, nada destacable, desde luego. Tan solo de vez en cuando, en momentos en que estaba ociosa, le parecía verlo o sentir que le hablaba al oído. Sin embargo, aquella casa era un lugar más tranquilo sin él. Su ausencia suponía un delicioso alivio.

—No parece tan complacida como esperaba. —Jane se sentó y la contempló, con los ojos entrecerrados.

Anne se negó, pero fue en vano.

—¿Será que le incomoda su presencia?

El modo en que aquella mujer le leía la mente le resultaba desconcertante.

—Ha sido siempre muy amable conmigo —repuso con esfuerzo.

—¿Pero...?

—Es que, dada mi situación, quizá me resulte más fácil que la gente no se comporte así conmigo.

—¿Se refiere a los caballeros en particular? Espero, señorita Sharp, que las damas no le causen problema alguno.

—¡Ni mucho menos! —exclamó Anne—. No que yo sepa, debo decir. Al ser esta la primera vez que trabajo de institutriz, todavía estoy aprendiendo qué es correcto y qué no.

—Entiendo. —Jane se relajó—. E imagino que mi hermano, con su afabilidad, es dado a olvidarse de los modales. —Sonrió, orgullosa—. Es simplemente incorregible. En fin, viene por las carreras de caballos y por el baile de Canterbury, por lo que seremos un montón de gente.

—Ya veo. —Tampoco le alegró aquella noticia, pues la última vez que acudieron a un acontecimiento multitudinario, la dejaron de lado por completo. Pese a que no estaba en posición de preguntar tal cosa, no pudo contenerse y dijo—: ¿Y también vendrá la señorita Bridges en agosto?

Jane ladeó la cabeza, buscando un significado más profundo en aquella pregunta inocente.

—No se preocupe ni por la señorita Bridges ni por mi hermano, Anne, que ambos tienen más sentido (y sensibilidad) de lo que puede parecer. Godmersham Park es para ellos un lugar de liberación, un sitio donde huir de la cruda realidad. Harriot disfruta porque es la única oportunidad de la que dispone de escabullirse de su cariñosa pero inquisidora madre; y a mi hermano le gusta porque aquí deja de lado todo lo que le inquieta en su día a día. Tenga por seguro que ambos son muy conscientes de lo que el mundo espera de ellos, pero, aquí, en este palacio del placer, se dejan llevar. ¿Cómo no hacerlo, entrando en el jardín del Edén? Desde luego, hasta yo me noto cambiada...

Anne sabía por dónde iban los tiros y no tenía intención de compartir ningún dato más sobre su parecer o su historia. Por mucho que le hubiese gustado sacar a colación el asunto del plan y de la intriga, se puso en pie y dijo:

—Va a ser hora de cenar. —Se sacudió las faldas y se puso bien la capota—. Debo ocuparme de las niñas.



Regresaron a la casa al mismo tiempo que Cassandra. Anne contempló cómo las dos hermanas se abrazaban: ¡qué cariño las unía! Se diría que llevaban más de un año separadas. Cassandra resumió brevísimamente su salida con Edward: habían ido a visitar al gestor de los impuestos, a inspeccionar una de las granjas y a llamar a un vecino para tratar de solucionar un problema con los cerdos y las bellotas. Todo aquello le pareció más que tedioso; tenía la convicción de que, si Jane Austen hubiera pasado semejante día, al hacer el resumen habría soltado alguna que otra nota discordante. Sin embargo, su hermana Cassandra sostenía que el día había sido muy

placentero.

—Nosotras, mientras tanto, hemos pasado el rato sin hacer nada, ¿o no, señorita Sharp? —comenzó a decir Jane, contenta—. Mientras vosotros estabais ocupados velando por la paz y la prosperidad del condado, nosotras nos hemos tendido en la ribera, riéndonos como colegialas.

—Así que ¿otro día juntas, eh? —No le pasó desapercibida la repentina frialdad del tono de voz de la mayor de las Austen.

Jane entrelazó el brazo con el de su hermana.

—Habríamos preferido que te hubieses quedado con nosotras, ¿a que sí, señorita Sharp? Es más divertido cuando somos tres. Hagamos algo mañana. Todas las damas juntas. Ven, hermana, que nos tenemos que cambiar y preparar para otra cena deliciosa. —Condujo a Cassandra hasta las escaleras, hablando de espaldas—: ¡Intente estar libre por la mañana, señorita Sharp!

Sola en el recibidor, Anne las vio marcharse.



El tiempo no fue tan clemente al día siguiente. No obstante, lo pasó por alto y decidió, de manera un tanto irresponsable, decir a sus alumnas por sorpresa que tenían el día libre. Las ayudó a que prepararan un poco de pan, queso y algo de agua y les hizo entrega de lápices y papel.

—Pues chicas, podéis pasar todo el día al aire libre y hacer lo que os plazca. ¡Pasadlo bien!

—Pero ¿qué hará usted, señorita Sharp? —preguntó Fanny, mientras bajaban las escaleras—. No queremos que se quede sola.

¡A buenas horas! Llevaba sola casi año y medio. Ahora, por fin, tenía una amiga.

—Oh, ya se me ocurrirá algo que hacer. —Abrió la puerta del jardín y se separó de ellas—. ¡Ahora aire! ¡A divertirse!

Jane salió de la biblioteca.

—Se ha librado de ellas antes de lo que esperaba. ¡Estupendo! Me temo que vuelvo a estar sola. Pobrecita Anne, ¡qué harta debe de estar! Mi hermana es mejor compañía, pero hoy la ha reclamado la señora Austen. —Se encogió de hombros—. De verdad, ¿no podían disimular un poco?

—Lamento de veras haber perdido la ocasión de pasar tiempo con la señorita Austen —dijo Anne—, y todavía lo lamento más porque se sienta menospreciada. ¿Está muy afectada?

—¡Para nada! —gritó Jane en tono alegre—. Pero me temo que se avecina una tormenta, así que demos un paseo de mañana sin alejarnos mucho de la casa. Sería horrible que pilláramos un resfriado; mi madre no lo soportaría.

Sabiendo que iba a hacer mal tiempo, debería haber salido corriendo tras las niñas y haberles dicho que no se alejaran mucho de la casa. Sin embargo, se cubrió bien con su capa y no se puso a pensar en eso, sino en sí misma y en su solaz.

—¿Ya se siente en casa en Godmersham Park, Anne?

Un sol brillante pugnaba por salir mientras negros nubarrones se adueñaban del cielo. Entretanto, ellas paseaban por el jardín de las rosas.

—Con cada mes que pasa, voy acostumbrándome más a vivir aquí, supongo, aunque no es lo

mismo. —No tenía claro hasta dónde debía confesarle—. Lo cierto es que no puedo permitirme el lujo de considerar que me he asentado del todo; mi situación depende de la familia, que en cualquier momento podría no quererme o no necesitarme. Así las cosas, debo permanecer alerta. Si me permitiese sentirme en casa, el día que tenga que irme, que será algo inevitable, sería mucho más doloroso.

Jane suspiró y le apretó el brazo de un modo compasivo.

—¡Ay, la inseguridad! Qué mezquina es. Es el diablo encarnado: bajo esa apariencia es como decide visitar y tentar a todas las mujeres buenas e inocentes. Yo tengo claro que caería en la tentación de cometer algún pecado para conseguir un hogar propio.

Anne se echó a reír.

—¡Y yo tengo claro que no! Usted es una hija demasiado buena, Jane. Y también una hermana buena y una tía buena.

—Ay, señorita Sharp. —Jane esbozó una sonrisa retorcida—. No tiene idea de hasta qué punto podría hundirme.

—Sé lo que conllevaría y tengo una opinión demasiado buena de usted como para creerla capaz de algo así.

—¡Usted es un escándalo, Anne! —Su interlocutora se quedó sin aliento—. ¡Conoce la tentación! Dígame, ¿ha resistido o ha caído?

—He resistido a múltiples ofertas que me habrían brindado vivir con una mayor holgura económica.

—¡Fascinante! Me deja de piedra; ya no puedo ni caminar. —Se sentó en el banco con torpeza—. ¡La señorita Sharp, una aventurera!

—¡Ni mucho menos! —Anne tomó asiento—. Ya le he dicho que he resistido y no me arrepiento de haberlo hecho. Nunca, desde que nací, he anhelado una vida convencional.

—Pero aquí estamos —le dijo ahora con dulzura—, en el jardín convencional de una hacienda convencional, donde reside la familia más convencional de la historia de la humanidad. Y dígame: ¿me engaña la vista o no es usted el paradigma de la institutriz convencional? Desde luego, da el pego; nos ha embaucado a todos.

Anne alzó ambas manos a modo de sumisión.

—Tenga por seguro que no le falta ironía al asunto y que esto no es lo que yo esperaba. Los hombres tienen más posibilidades de elegir, de variar, más oportunidades. Sin embargo, nosotras, las damas, lo tenemos mucho más difícil para apartarnos del camino de lo convencional. —Entonces, se puso seria—. Me ha costado asimilar que he terminado aquí con un empleo, pero, ahora que ya me he repuesto, soy capaz de justificarlo, por lo menos para mí. He descubierto que disfruto enseñando, por ejemplo, algo que no habría averiguado de otro modo.

—Y, desde luego, ¡tiene mano para hacerlo! —intervino Jane—. Fanny ha progresado mucho bajo su tutela.

—Gracias. —Anne sonrió y prosiguió—. Y siento cierto orgullo (cierta dignidad) por ser capaz de ganarme la vida por mi cuenta. —Omitió comentar la miseria que le daba su padre al año, pues aquello no haría otra cosa que minar ese argumento—. Llevo las riendas de mi propia vida y no me debo a ningún hombre que me pueda usar a su antojo... En otra época, cuando

vivía días más felices, esa era mi peor pesadilla.

—Entiendo. —Su interlocutora parecía meditar su respuesta—. Pero no hay que olvidar a mi hermano, claro. ¿No mencionó que tiene el poder de echarle de una habitación a su antojo...? En cuyo caso, ¿no es él quien arbitra su vida? —Al ver que la institutriz hundía los hombros, extendió el brazo para abrazarla—. Perdona, Anne querida. A veces, me voy de la lengua. Y estas cuestiones, cómo vivir, qué hacer y quién nos puede proteger (reunámoslas todas bajo un único término y llamémoslo «el enigma de la mujer»), se han vuelto motivo de inquietud para mí.

»Pero es mejor no pensarlo; no vale la pena preocuparse por tales cosas. Cuanto más tiempo pierdo reflexionando al respecto, más firme se vuelve mi conclusión: que no existe una respuesta adecuada. Que debemos depender de nosotras mismas.

—Y eso pretendo —declaró Anne, que se levantó y le tendió la mano—. ¿Acaba de caer la primera gota? Venga, busquemos un rincón tranquilo en la gran mansión donde podamos desahogarnos.

CAPÍTULO 33



ANNE CONTEMPLABA la lluvia deslizarse por el cristal de la ventana, agradeciendo cada gota, pues fue por culpa del mal tiempo por lo que Cassandra había regresado a casa tan temprano y por lo que las tres mujeres estaban gozando, en aquellos momentos, de la acogedora biblioteca y de un ameno juego de cartas. Anne estaba descubriendo lo placentero que era pasar tiempo con ambas a la vez. Además, les estaba dando una paliza al *whist*.

—Antes fuimos a dar un paseo y tuvimos un debate acerca de la noción de «hogar» —estaba diciendo Jane—. La señorita Sharp es, como nosotras, hermana, una nómada.

—Ay, señor. —Cassandra tomó una carta y miró a su hermana—. Espero que no hayas exagerado nuestras circunstancias. Señorita Sharp, le aseguro que tendremos buen alojamiento en Bath el invierno que viene y que nuestros queridos hermanos nos miman bastante. Tenemos mucho por lo que estar agradecidas.

—Y, sin embargo, ¿cuál es nuestro hogar? —inquirió Jane—. Desde luego, no...

—Señorita Sharp —medió Cassandra, con la intención de cortar la efusividad de su hermana—, espero que esté contenta de haberse mudado de Londres a Kent. Mi hermano me habló de la excelente labor que ha estado llevando a cabo en la escuela del pueblo.

La conversación se centró en los deleites y en las diversiones de la vida de pueblo: ella compartió su parecer como forastera y las damas Austen rememoraron su antiguo hogar en Steventon.

—Siempre hay una anciana sabia. ¡Aquella que todo lo sabe! Ha de haber una en todas partes; si no, se cae en la anarquía. —Jane sacó una fila de treses—. Escucha, hermana, creo que yo quiero ser así. Busquemos algún sitito donde envejecer hasta que estemos horribles (yo me volveré muy muy fea); mientras, tú te dedicarás a hacer el bien y yo, a vivir de mi ingenio.

Tanto disfrutaba de aquella compañía que en ningún momento se le ocurrió pensar: «¿Habrán vuelto ya las niñas?». Se había olvidado de ellas, aunque temporalmente, sumida en sus pensamientos. Se olvidó de que era la responsable de su bienestar; desde luego, la habían contratado para eso. Hasta que las vio en la ventana, caladas hasta los huesos.

Fanny comenzó a toser poco después de la cena. La primera vez, no hizo caso; a la segunda, comenzó a inquietarse, pero, al tercer ataque de tos —largo, ininterrumpido, de varios minutos de duración—, acabo por encontrarse mal ella misma. Se sentía tan culpable que hasta se mareó.

Para aplacar futuras recriminaciones, acudió a la señora Austen para informarla de todo. Sin embargo se abstuvo de mencionar que había sido culpa suya.

—Señora, ¿me permite que le proponga que Fanny duerma conmigo esta noche? Está empezando a tener algo de tos y me gustaría mantenerla vigilada.

—¿Que tiene tos? —Elizabeth se alarmó al momento—. ¿Suena muy mal? ¡Por favor, tráigamela de inmediato!

Anne aguardó en el pasillo hasta que la niña salió a informarla.

—Creemos —recalcó— que te preocupas sin motivo, Anny querida. Me parece que estoy de maravilla y que sería una pena que durmiera contigo cuando podría hacerlo con mi prima. Ya sabes, —volvió a recalcar— no paso suficiente tiempo con chicas de mi edad.

Al día siguiente, su pupila estaba peor y volvió a intentarlo.

—¿Puedo quedarme con Fanny esta noche, señora? La he auscultado y no me ha gustado nada lo que he oído. Si es contagioso, será mejor que sea yo quien se contagie. —Tal vez, si se ponía en el trance de estar a punto de morir por la fiebre recuperaría su reputación.

—Si de verdad está tan mal como dice, entonces debería dormir conmigo, señorita Sharp, que la madre soy yo —subrayó.

Poco después, tanto la hija como la madre se encontraban lo bastante mal como para que no pudieran bajar las escaleras. La familia apenas se preocupaba; Anne, en cambio, estaba fuera de sí, pues, por culpa de su egoísmo, había puesto en peligro tanto a la queridísima hija mayor de la familia como a la cariñosa madre de nueve criaturas. Lo que hacía que se sintiera peor era que, cuanto más duraba su afección, mayores eran los beneficios materiales de los que ella gozaba. Pasaba días enteros en compañía de las damas Austen: transcurrían las mañanas en el parque con los niños; las tardes, mientras Cassandra echaba una mano en la guardería, las pasaban trabajando en el salón. Ya que los habituales habitantes de la casa no estaban para controlarlas, sus conversaciones se salían de tono: no tenían límites. Habría estado más que contenta de no haber sido porque temía por las enfermas.

—Ah, bien. —La abuela Austen ladeó la cabeza al oír los ruidos que llegaban del recibidor—. Aquí viene el doctor Wilmot. —Rio entre dientes mientras cosía—. No hay duda de que las pacientes volverán a estar con nosotras mañana.

Anne apartó la mirada del zurcido.

—Señora, ¿es que cree que puede curarlas tan fácilmente? ¡Ay, ojalá!

—Querida. —La mujer la miró por encima de sus lentes—. Parece muy afligida.

—Así es, estoy preocupada. Muy, pero que muy preocupada. —Lo que la intrigaba era por qué aquella mujer, tan puesta en temas de salud, parecía tan tranquila.

—Pero ¡si no es más que un leve resfriado veraniego! Yo misma la he examinado y puedo asegurarle que es algo leve.

—Pero no lo entiendo. —Anne dejó su labor en el regazo—. ¡Ayer usted recetó a Fanny un emético! Claramente, eso indica que...

La abuela Austen volvió a reírse entre dientes. Se inclinó hacia ella y le confesó:

—El brebaje que les di era un placebo; un remedio para la mente. Parecía que tanto la madre como la hija necesitaban que alguien se tomase en serio su enfermedad. Escogí un emético por

ser especialmente desagradable; un pequeño recordatorio de lo terrible que es estar enferma de verdad —enfaticó.

—Pero ¿y mi señora? Si no es más que un resfriado, ¿cómo enfermó? ¿Y qué tiene exactamente?

—A ver, que traduzco. —Jane dejó la costura, se puso en pie y empezó a pasear por la estancia—. Mamá, la señorita Sharp se siente culpable. La pobre está convencida de que es culpa suya que Fanny y su madre estén enfermas, porque fue negligente. Por eso cree que la amenaza del despido la sobrevuela. Cree que nunca la perdonarán.

La anciana chascó la lengua, aquello le hacía gracia. Anne, que no se lo había dicho a nadie —que había mantenido en secreto sus miedos y aparentado indiferencia—, se quedó boquiabierta, sentada como estaba.

—Y, señorita Sharp, como ya habrá notado, mi madre se preocupa mucho por la salud y puede —alzando la mano para acallar las protestas—, y solo digo puede, ponerse algo dramática muy de vez en cuando. No obstante, en calidad de matriarca, se ha convertido en toda una experta en el arte de hacerse la enferma. A nosotras, sus hijas, nos ha criado para que creamos que tal sinsentido no se puede tolerar bajo ningún concepto. Godmersham Park, no obstante, se rige por principios algo diferentes: se da vía libre (solo de vez en cuando, ojo) a la imaginación. Mi madre se ha percatado al momento de que este caso es un buen ejemplo.

—Esta vez, su diagnóstico me consuela, señora —respondió Anne—. Gracias a las dos por tranquilizarme, pero sigo sin entender el porqué. ¿Por qué iban a fingir? No tiene sentido. Fanny estaba disfrutando mucho del tiempo que pasaba con su prima.

—Mi sobrina, creo yo, simplemente está aprovechando para pasar algo de tiempo a solas con su mamá.

—En cuanto a la señora... —sugirió Anne.

Jane se sentó junto a ella y suspiró.

—Me temo que es lo que dije antes.

—Cuidado, Jane —la avisó su madre.

—Mamá, en serio, podemos hablar libremente con la señorita Sharp, te lo aseguro. Es nuestra amiga. —Se volvió hacia ella de nuevo—. Nuestra cuñada se está hartando de nosotras. Tenemos la esperanza de que, al quedarse unos días recluida en su alcoba, a Edward le vuelva a apetecer nuestra compañía, pero no podemos estar seguras. Cabe la posibilidad de que nuestros días estén contados y de que sean menos de los que esperábamos.

¡Esto era peor que la enfermedad!

—Oh, en ese caso, las añoraré a todas. Muchísimo. —Anne tenía ganas de llorar.

La abuela Austen alzó un dedo.

—¡Escuchad! El señor Wilmot se ha ido. No lleva mucho tiempo examinar a dos pacientes que se encuentran perfectamente. Mañana los mayores regresarán a casa de la escuela y la señorita Bridges debe volver. Retomaremos la rutina y —mirando de un modo insinuante a la menor de las Austen— volveremos a comportarnos.

»No se angustie, señorita Sharp, que nos estamos volviendo muy arteras, ahora que somos tres damas solteras. Seguro que conseguiremos alargar la estancia. Usted me preocupa más, querida.

En la cuerda floja, dice... Esta alma en pena... Sin hogar ni familia...

»Jane, tenemos que hacer lo posible por ayudarla. No podemos abandonarla a su suerte.



Tanto Fanny como su madre «resucitaron», y todo fue como se había predicho. Todos celebraron que su convalecencia apenas tuviera impacto alguno mientras se disfrutaba del siguiente pícnic.

Toda la familia se reunió a orillas del río. Sin embargo, aquella salida no fue como las anteriores: la presencia de los chicos mayores alteraba el ambiente. Según parecía, habían asumido el lugar que les correspondía: eran el centro de atención. Anne lamentó que los incluyeran en el grupo. Sus padres gastaban una buena suma en un colegio que parecía que los estaba volviendo menos civilizados y no más. De vuelta a casa, se habían traído consigo sus peores modales.

Los deportes y los juegos fueron la estrella de aquel encuentro. Jane, Cassandra y Harriot entretenían a sus sobrinos jugando al bádminton y no sin estrépito; Fanny y Anna se salpicaban la una a la otra y gritaban en el río. Mientras, la abuela Austen, sentada junto a su nuera, iba enumerando todas las virtudes de cada uno de los niños que iban desfilando ante ella.

—El pequeño Edward se ha convertido en el más alto y más guapo de todos... Me impresiona sobremanera lo ingenioso que es el pequeño Henry... Marianne está hecha toda una belleza. — Anne la escuchaba de espaldas y sonreía ante aquel espectáculo tan inteligente, que sin duda serviría para ablandar el corazón de la señora Austen y para mejorar la opinión que le merecían las parientas de su esposo.

Pero ¿qué estaba haciendo ella para que mejorase también la opinión que tenía sobre ella? Todos estaban felices, absortos en lo que estaban haciendo, mientras que ella estaba ahí sentada, sola. Si bien mirar a los demás era divertido, tampoco quería parecer ociosa, así que decidió que el pequeño Charles abandonase sus juegos, mientras lloraba y se agarraba a una muñeca. Anne, tratando de llamar la atención, fue corriendo junto a él.

—Charles, cariño. —Se agachó y lo cubrió con sus faldas. De todos los niños pequeños, aquel era al que más quería. Era muy dulce y delicado. Ojalá no llegara jamás a conocer los beneficios de la educación pública.

—No me dejan jugar y son unos monstruos. No los soporto.

—Cuánto lo siento. Ven, siéntate conmigo. —Se lo llevó al regazo, lo rodeó con los brazos y lo acunó—. ¿Qué te están diciendo? —preguntó, aunque ya intuía cuál era el problema.

Charles dedicó una mirada insinuante a la muñeca que sostenía en brazos. Entre sus espesas pestañas empezaron a asomarle unos lagrimones.

—Ah, entiendo. —Cuando estaba en la guardería con sus hermanas menores, se sentía más cómodo y la muñeca (a la que llamaba «su esposa») no llamaba tanto la atención, para gran alivio de sus padres. A los hombres les inquietaba un poco la cosa, por eso siempre se metían con él, aunque con dulzura. Ahora lo incomodaba el regreso de sus hermanos mayores, y, como su «esposa» iba con él a todas partes, los mayores no tenían piedad, claro está. Anne era la única a la que aquello le parecía encantador.

Le estaba acariciando aquellos rizos sedosos que tenía y murmurándole palabras de consuelo cuando la menor de las Austen abandonó el partido y se sentó junto a ellos.

—Uf, Charles, ¡qué hermanos te han tocado! ¿Han sido siempre así de brutos? No puedo jugar con ellos ni un segundo más. Pero ¿qué te pasa, cariño? —Se fijó en la muñeca—. ¿Y esta quién es? ¡Tu esposa, claro! En ese caso, te doy la enhorabuena por haber elegido a una belleza sin igual. Espero que seáis muy felices.

Y, en ese momento, a la institutriz le pareció que aquella tía era un encanto.

—Pero, ¡ay! Señora de Charles, ¿me engañan los ojos o no es usted muy feliz?

Anne se llevó la muñeca a la oreja.

—Pero ¡si está ardiendo! Creo que este sol tan fuerte no le sienta bien. Charles, ¿qué opinas? ¿Habrás que bañarla?

En la orilla del río, se pusieron a bañar a la muñeca, mientras parloteaban de cosas sin sentido. Charles estaba encantado y las dos mujeres se lo estaban pasando en grande. Qué tres —los rayos del sol reflejados en el agua, una brisa entre las espadañas—, urdiendo una pequeña fantasía. ¿Quién podía contemplar tal escena sin conmoverse?

—¿Señorita Sharp? —Elizabeth Austen se había levantado y se encaminaba a paso tranquilo hacia el río—. ¿Podemos hablar?

Anne se olvidó de la ficción y atendió la petición de la señora de inmediato. Esta la condujo colina arriba, lejos del río, hasta guarecerse bajo la sombra de un álamo.

—Tal vez haya estado ausente, pero no descuido nunca mi deber. Incluso cuando estaba enferma, lo único en lo que pensaba era en el bienestar de mi familia y en gestionar bien tanto la casa y a los que aquí vivimos como al personal. Así las cosas, he caído en la cuenta mientras guardaba cama, estando tan mal que casi ni podía levantar la cabeza de la almohada, que ya le van tocando vacaciones.

¡Conque iban a echarla! No podía soportarlo.

—Oh, señora, por favor, está siendo un verano con mucho ajetreo; no quisiera ausentarme y no poder ayudarla con los niños. No me importa renunciar a las vacaciones este año.

—¡No, no! —exclamó Elizabeth, con aires de santa, para luego adoptar la actitud de una jefa modelo—. De eso ni hablar. No tenemos el monopolio de su persona; he de tenerlo en cuenta. ¿Qué le parecen tres semanas? ¿Y qué le parece marcharse lo antes posible?

¿¡Tres semanas!? Si aceptaba, ¡quizá no volviera a ver a sus muy queridas nuevas amigas! Para cuando regresara, la habrían desterrado. Se dio prisa.

—En realidad, señora, tres semanas serían un problema, pues no dispongo de alojamiento para ese plazo de tiempo. Las personas con las que me quedo...

—¿Sería mejor dos semanas? —Nunca había visto a aquella mujer siendo tan amable.

—Una —respondió Anne—. Seis noches, de hecho. Creo que eso sería el máximo.

Elizabeth Austen soltó un suspiro; puede que debiera transmitir tristeza, pero a ella le pareció que lo único que transmitía era irritación.

—Si no queda más remedio, aceptaré. No obstante, si encuentra la manera de quedarse más tiempo, no dude en...

—Gracias, señora. —Anne hizo una reverencia rápida y regresó corriendo al juego.

—¿Qué pasa? —preguntó Jane moviendo los labios pero sin hablar en voz alta, por encima de la cabeza del pequeño Charles.

Sin embargo, antes de que pudiera contarle nada, la señora Austen la llamó.

—Ah —susurró Jane—, parece que me toca. Nos va atacando de una en una cual arquera. Me pregunto si solo me hará una herida sin importancia o si me abatirá sin piedad.



Se celebró aquella velada una gran cena en el piso de abajo, a la que Anne no estuvo invitada. La verdad era que no le importaba lo más mínimo, pues la larga lista de asistentes, vecinos todos ellos, no le parecía atractiva. Además, se había acostumbrado tanto a divertirse, una mala costumbre, que, en cierto modo, le apetecía tomarse un descanso. Tenía planeado ponerse al día con sus lecturas, pero resulta que le costaba concentrarse, de modo que terminó sentada en el aula, con el sol vespertino rozándole el cabello. Las semanas anteriores habían sido muy alegres; ahora, le deslumbraba el placer que le habían proporcionado,

—¡Anne! ¿Estaba echando una cabezada? —dijo Jane desde la puerta.

—¡Ay! —Anne se sobresaltó—. No sé ni lo que hacía. Estoy algo aletargada.

—Si son los brazos de Morfeo lo que busca, tendría que haberse ido a la biblioteca. Pocos minutos después de que nos pusiéramos a hablar, mi querida madre se dejó llevar tan contenta.

—Entonces ¿es que la cena no ha sido entretenida?

Jane hizo una mueca.

—Llegaron, comieron y se fueron; no hay mucho más que contar. Me lo habría pasado mejor aquí arriba, comiendo en el aula de una bandeja que nos hubieran traído y en su maravillosa compañía. —A Anne le dio un vuelco el corazón de alegría—. Sobre todo teniendo en cuenta que parece que van a separarnos. ¿Se ha enterado? He venido a decírselo.

—Me han dicho que tengo que irme a Londres. La verdad sea dicha, sí que tengo unos asuntos importantes que atender, así que no me viene mal del todo. Solo me ausentaré seis noches; lo he dejado bien claro.

—Además, mi madre debe volver a llevar a Anna a su casa; Elizabeth considera que es de vital importancia que ambas conozcan al bebé cuanto antes. Luego, cuando usted vuelva, a mí me enviarán a la de los Bridges, en Goodnestone, y Cassandra se quedará aquí. Cuando se cansen de mí allí, volveré para que mi hermana me releve. Si me paro a pensarlo, es un plan magistral.

—Pero ¡qué decepción! —protestó Anne—. ¿Cómo se explica este razonamiento? Jane, ¿cree que es culpa mía? Nos hemos hecho muy amigas y... —Se mordió el labio. Había aprendido, gracias a sus lecturas, que atraer a cualquier tipo de caballero era incorrecto. Sin embargo, qué había de las hermanas y las madres? ¿Deberían seguir el mismo protocolo? Eso no lo había leído en ninguna parte.

Jane se acomodó en la silla al otro lado de la mesa.

—Mi cuñada prefiere que las solteronas espías vengamos de una en una, más que como un batallón entero.

—Pero ¡si usted no le causa ninguna molestia! —insistió Anne—. Si juega con los niños y se queda con su madre, aparte de que los trata con cariño. Además, también trata con amabilidad a los criados...

—Mi hermana no es ninguna molestia, eso es cierto. Tiene buena mano para los enfermos y los niños, además de una lengua que nunca se rebela. Creo que con mucho gusto le ofrecerían quedarse en la casa para siempre, pero ¿qué harían con mi madre y conmigo? Está claro que nosotras dos somos el problema.

Se sentaron en silencio, cada una ensimismada en sus propias frustraciones, antes de que Jane rompiera el hechizo.

—Nos queda un día; deberíamos disfrutarlo al máximo. Y, claro está, volveremos a vernos cuando regrese. No todo está perdido. Y recuerde: tengo las esperanzas puestas en mi plan.

CAPÍTULO 34



—¿Y DICES que es este? —Anne estaba de pie con la espalda apoyada en la verja que delimitaba los jardines de la plaza Chester. Pese a que aún no era mediodía, las calles de Londres centelleaban bajo el intenso calor de agosto.

—El número 6 —respondió Agnes—. Una maravilla de casa, seguro —añadió, resoplando.

—¿Y lo has visto entrar? —Anne se volvió hacia ella, mirándola muy seria—. ¿Me lo prometes? ¿Estás segura de que esta casa es suya?

—Segurísima. —A su interlocutora le indignaba aquella falta de fe en su misión—. Me he dejado la piel, fíjate lo que te digo. Doña niñera me dice que no hay quien me pare. «Doña niñera —dice ella—, no hay quien la pare; no hay más que verla. Espero que sepan valorar lo que está haciendo».

Anne se volvió hacia la casa para estudiarla. Era bastante alta, de cuatro plantas, y estaba muy bien conservada; una maravilla, desde luego. Su padre siempre había tenido un gusto exquisito. Qué contento debía de estar.

—Pero cuéntame exactamente cómo has descubierto que vive aquí. Me parece que has tenido mucha suerte.

—Bueno. —Agnes rio—. Sabía que, tarde o temprano, iría a visitar al tal Jameson. Esos dos son tal para cual. Así que ¡me planté aquí a esperar!

—¡Agnes! ¿Te plantaste aquí? ¿En la calle Mount? Ay, señor, ¿en serio...?

—No te pongas a darme lecciones de vida —rebatió—. Alguien tenía que hacer algo, así que, sí, me planté aquí a esperar, ¿y qué? Luego, lo seguí a casa. —Empezaba a disfrutar de su propia narración—. Y, ¡ay!, casi me da un infarto. Le dije a doña niñera que... Le dije...

—Pero, querida —la interrumpió—, puede que solo estuviera de visita.

—Oh, no —dijo Agnes triunfante—. Eso fue hace semanas. Me paso por aquí a menudo, para que lo sepas: me quedo aquí, a la sombra, y lo observo. Parece que vive solo, sin esposa. Qué ganas tengo de verle la cara cuando... —Como de costumbre, Agnes dejó a medias lo que iba a decir, se volvió y le toqueteó el vestido—. Pero no entiendo por qué has tenido que venir con un traje tan soso, Anny. ¿Y si sale? Siempre le gustó que te emperifollaras de pies a cabeza.

—Ya lo verás, querida. —Anne clavó la mirada en el brillo que desprendía la imponente puerta principal y se armó de valor—. Vamos. —Agarró a su amiga del brazo, alzando el

mentón, desafiante—. No hace falta que digas nada. Ya me encargaré yo.

Aguardó a que pasara un carruaje y a que se dispersase la nube de polvo que levantaron los caballos. Luego arrastró a Agnes, que seguía protestando por los adoquines. Bajó las escaleras que daban al sótano y llamó al timbre.

—Pero ¿has perdido la cabeza, señorita? —se quejó su amiga en uno de aquellos susurros ensordecedores a los que la tenía acostumbrada—. No podemos...

Se abrió la puerta y una doncella uniformada salió.

—Buenos días —dijo Anne, que seguía siendo una actriz consumada; habló y se comportó como una pobre honrada—. Siento molestarla, señorita, pero ¿está el ama de llaves? Mi prima de aquí —dijo, señalando a Agnes— tiene un don para la aguja y muchas ganas de trabajar, señorita.

Resulta que estaban desesperados por encontrar a alguien con tal habilidad, así que las dejaron pasar al momento. Les pidieron que tomaran asiento a la mesa de la cocina, que acababan de limpiar, y les ofrecieron unas cervezas.

—Si vale usted para el trabajo, la verdad es que me solucionaría mucho. —Tal y como había esperado, el ama de llaves era una mujer parlanchina—. Sinceramente, ¡la de ropa que hay que arreglarle a esta familia! —Negó con la cabeza con cariño—. Están tan ocupados divirtiéndose que apenas tienen cuidado. Entonces, ¿usted trabaja mucho?

Se lo preguntó a Agnes, que, por primera vez en su vida, se quedó estupefacta y sin saber qué decir.

—No se lo tenga en cuenta, señorita —intervino Anne—. No habla mucho. Veo que tienen la cocina muy bien mantenida. —Contempló el despliegue de sartenes de cobre relucientes que había en la pared.

—¡No nos queda otra, con el señor que tenemos! A sir St. John le gusta mucho comer y beber. ¿Sir St. John? ¿Ya no era Johnny Sharp a secas? Aquello la descolocó, pero se recompuso rápidamente.

—Ahora tienen a toda la familia en casa, ¿no es así?

—Se van a la hacienda en agosto. Es una propiedad que les viene de la parte de mi señora. Que quede entre nosotras, pero la que tiene dinero es ella.

Pues claro, pensó Anne. ¿Acaso no se reduce todo al dinero? Tragó saliva. Tenía la boca más agria que la leche de caracol.

—Mi señor sigue aquí, eso sí —siguió parlotando el ama de llaves—, pero no se preocupen por él. Se pasa el día en el club, claro. Hay que ver cómo son los caballeros con sus clubes, ¿eh? —Compartieron una risita; sabían de lo que hablaban—. Sinceramente, yo no entiendo por qué se ha quedado. No tiene que trabajar para ganarse la vida, eso está claro; a mí me da la impresión de que se apaga cuando no están los niños. Nunca he conocido a un padre tan cariñoso. «Nosotros cuatro, señora Brown —me repite siempre—, nosotros cuatro juntos podemos contra el resto del mundo». Que Dios lo bendiga. No lo veremos hasta bien pasada la cena. ¿Quiere que le enseñe la casa?

Aunque estaba destrozada por dentro, guardó la compostura mientras se levantaba y abandonó la estancia. Parecía que sus dotes de actriz eran mejores de lo que ella misma creía.

Cruzaron el pasillo, pasando por los aposentos del ama de llaves, hasta llegar a una puerta que daba a una salita, donde una muchacha pálida cosía sentada.

—Esta de aquí es Jen —dijo el ama de llaves—. Se encarga de casi todas las labores de costura, pero le vendrá bien que le echen una mano. Hay muchísimo que hacer en esta época del año. Tenemos que preparar el armario de la señora para el invierno.

Anne entró y toqueteó la prenda que Jen estaba remendando.

—No le tengo envidia, señorita. Qué terciopelo verde más grueso. ¿Lo ves, querida? —Anne lo alzó para que Agnes lo reconociese sin ningún género de dudas—. Una capa, ¿no? Caramba, cuántas dobleces. No obstante, es muy bonita, claro. Debe de ser una de las prendas favoritas, de las que se usan año tras año. Bueno, pues buena suerte.

Tras salir del lóbrego sótano, el resplandor del primer piso resultó abrumador, pues el refulgente sol de agosto se filtraba por las ventanas, grandes y alargadas, y bañaba el vasto espacio con una luz celestial. Cuando se le acostumbró la vista a la luz, se percató de que estaba ante una chimenea.

—Esto sí que es un retrato como Dios manda —murmuró, acercándose—. ¿Quién es esta bonita joven?

—Un encanto, ¿a que sí? —Sonrió orgullosa el ama de llaves—. Es mi señora, el año que se casaron. A ver, ¿cuánto hace de eso? Fue en 1780 o por ahí. Está pintado al óleo, eh, no es un esbozo barato. Siempre limpio este retrato personalmente. No me pregunte por qué; lo disfruto tanto...

—Es obra de ese pintor... Ay, ¿cómo se llama? Es famoso, seguro, pero ya ve usted qué memoria. No me olvido de la cabeza porque la tengo pegada al cuerpo...

—¿Reynolds? —sugirió la señora Brown—. Sir Joshua. Sí, ese. Y este —pasando a la segunda repisa de la chimenea— es obra de Lawrence. Esta es nuestra señorita Jemima. No me digan que no es una belleza. El ojito derecho de mi señor, claro, pero tampoco la tienen mimada, eh, no como a su hermano...

—Oh, también tienen un hijo —comentó Anne—. Justo me lo estaba preguntando. Los caballeros siempre quieren varones.

—Y a este lo adoran. Les costó, eso sí, que no lograron tenerlo hasta... A ver, ¿cuándo nació...? ¿A ustedes también les parece que el tiempo vuela...? Debió de ser en el verano de 1792. ¡Ay! ¿Se encuentra bien su prima?

Agnes se había quedado pálida y temblaba de la cabeza a los pies. De inmediato llegaron a la conclusión de que lo que le hacía falta era salir y tomar el aire fresco. Además, el ama de llaves tenía que seguir con sus quehaceres, de modo que Anne le dio las gracias y se despidió de ella, no sin prometerle que Agnes volvería pronto para ponerse con la ropa de cama. Luego se marcharon.

Lo que le apetecía era desplomarse en los peldaños, pero las sirvientas las estarían mirando así que, de alguna manera, reunió las fuerzas necesarias para tomar a su amiga del brazo y guardar la compostura. Oyó, proveniente de algún lado, un eco lejano que decía: «¡Como un asta!». Soltó un suspiro. De todos los consejos que podría haberle dado su madre —de todo de lo que podría haberla advertido, para todo para lo que la podría haber preparado—, Margaret Sharp

había optado por concentrarse en la compostura.

Anne negó con la cabeza, desesperada, y, tirando de Agnes, siguió andando a zancadas aquella mañana.



—Puedes quedártelo, si quieres. —Estaba limpiando las pertenencias que había dejado apiladas en el cuarto de su amiga. Las había guardado celosamente para el momento en el que su vida volviese a la normalidad. Ahora lo que quería era deshacerse de ellas—. Porque yo no lo quiero.

—¿El cuadro? —Agnes se quedó sin aliento.

—No es un cuadro, querida. —Contempló el Reynolds, que debió de haberse pintado por la misma época que el óleo (pagado, sin duda alguna, con el dinero de su esposa). Qué sensato por parte de su padre haber matado dos pájaros de un tiro con un solo pedido al pintor. Esperaba que, al menos, hubiese negociado un precio justo—. Los retratos de verdad eran solo para la otra familia, ¿recuerdas? No es más que un esbozo que no significa nada para mí.

Cuatro días habían pasado desde aquella mañana en la plaza Chester, cuando la verdad —la cruda realidad— la había asaltado de un modo atroz. Pese a que las heridas seguían abiertas y, desde luego, le dejarían secuelas de por vida, se dio cuenta, en cierto modo sorprendida, de que tampoco estaba impedida. Seguía teniendo una vida y un futuro que tenía la intención de vivir.

—Para mí será siempre un tesoro. —Agnes se echó a llorar de nuevo.

Anne, arrodillada, suspiró, se puso en pie y procedió a consolarla.

—Venga, venga, desahógate, querida, y luego sigamos adelante. —Ella sí que tenía la mente despejada y los ojos más que secos. Que su amiga sufriera tanto por ella empezaba a irritarla.

Sonándose la nariz con el delantal, Agnes alzó la vista.

—¿Y ahora? —Miró a Anne a la cara—. ¿Cuándo va a ser? No creo que pueda soportar esta incertidumbre mucho más. ¿Cuándo vas a plantarle cara?

—¿Plantarle cara? —Anne suspiró, cerró los ojos y tomó asiento junto a la pared—. Ay, Agnes. —Se restregó las manos en el regazo, tenía que ser paciente—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Nunca podré plantarle cara! —Se inclinó y le preguntó, con cierto apremio—: ¿Qué voy a reclamarle?

—¡Eres su querida hija, Anny! Acuérdate de que te adoraba.

—Querida, soy la hija natural (o sea, ilegítima) de un hombre con inclinaciones antinaturales. No me debe nada —dijo, y se le quebró la voz—. ¡No tengo ningún derecho! De hecho... —Reposó la cabeza contra la silla y se frotó la nuca—. De hecho, me estoy dando cuenta de que mi asignación es bastante generosa. No tendría por qué darme un penique. ¿Qué pasaría si le complico las cosas? Quizá me la quite y, entonces, ¿qué sería de nosotras?

—Me estás diciendo —gimió Agnes— que, así, sin más, ¿se va a ir de rositas?

—Ay, eso se decidió hace años —respondió con amargura—, cuando la tonta de mi madre aceptó ser su amante.

—¡Anny! ¡Ni se te ocurra hablar así de tu madre!

—¿Aunque sea la verdad? —repuso, alzando la voz—. ¡No pienso seguir con esta farsa que

todos vosotros fraguasteis a mis espaldas!

—¡Nosotras no hicimos nada! —Agnes se había puesto en pie y alzaba la voz—. ¡Yo pensaba que eran personas de bien! ¡Nunca me dijeron nada!

Entonces, ella también se levantó.

—¿Y por qué no sospechaste nunca? No vivía con nosotras, desaparecía semanas enteras.

Agnes volvió a desplomarse en el asiento.

—Nunca se me pasó por la cabeza. —Volvió a llorar—. Era muy artero, ya ves. Muy convincente. Muy carismático.

—Ah, sí. —Anne se mordió el labio—. Tan carismático como el diablo.

—¿Anny? —La niñera de las Mercer asomó la cabeza por la puerta—. ¡Anny! Tienes visita. ¡Y es un caballero! —Se inclinó incluso más—. Un tal señor Austen, o eso dice.

¿Un tal señor Austen? ¿Qué dramas más tendría que cargar sobre sus espaldas? Respiró hondo, se limpió la cara y fingió calma.

—Si es quien dice ser, no tenemos derecho a dudar de él.

Pero ¿qué señor Austen era? ¿Y por qué vendría a visitar a la institutriz? Todo rastro de angustia se disipó, pues ambas niñeras se lanzaron a la carga con vestidos, maquillaje y peinados para que estuviese perfecta. ¿Deberían ponerle el traje de color aguamarina? Cómo le realizaba los ojos... Pero es que aquel vestido lila era tan bonito...

Se quitó a sus amigas de encima con impaciencia.

—Seguro que lo único que pretende es comentarme algún asunto doméstico, por lo que el vestido que me ponga carece de importancia. —Además, aquel traje lila siempre le había parecido especialmente halagüeño.

Antes de entrar del todo, Anne, desde el pasillo, se asomó al salón: ¡Henry! Desconcertada, reculó y pegó la espalda a la pared, con el corazón latiéndole a mil por hora. ¿Qué quería? ¿De verdad era él? No podía ser. Estiró el cuello y volvió a echar un vistazo. Era Henry, sin duda, pero no encajaba allí.

Parecía sentirse en su salsa ahí sentado, en una silla cuya tapicería estaba deshilachada y rodeado del polvo de la antigua aula. No miraba las cortinas, medio desenganchadas de la barra, ni la pintura de la pared, que se desconchaba con solo mirarla. Parecía contento entre lo que quedaba de cinco infancias perdidas. Lo contempló y no pudo evitar admirar la gran capacidad que tenía de sentirse cómodo: «Ay, Henry —pensó, negando afectuosamente con la cabeza—, qué difícil me pones lo de odiarte».



Daba toda la impresión de que el recién llegado, que no había aclarado todavía el motivo de su visita, había venido solo para hablar con las niñeras. ¡Nada, al parecer, podía serle más grato! Y, al habérseles presentado tal tesoro en las manos, no se podía contar con que fueran a dejarlo ir. Podrían encerrarlo aquí de por vida si no hacía nada al respecto. Se levantó e insistió en que todos deberían salir a tomar el aire. Recogieron las capotas y los parasoles y, con bastante eficacia, aquel extraño grupo de cuatro —dos detrás de dos, a una distancia respetable— puso

rumbo a Hyde Park.

La gente había huido del calor de la capital; los senderos estaban despejados. Los caballos, ociosos a la sombra, estaban ensillados: nadie los montaba. El manto verde de la tierra se había agostado hasta volverse marrón pálido; las flores centelleantes se habían marchitado y se caían. Bajo cada rama había una niñera al borde del desmayo, acunando a un pequeño para que se durmiera.

—Quizá no sea buena idea. —Henry se volvió hacia ella, preocupado—. No quisiera que este torpor le cause dolor de cabeza.

¡Seguía sin explicar a qué había venido!

—Señor, no soy una inválida y el calor no me afecta. —No tenía intención alguna de acabar otra vez encerrada con sus carabinas—. Me gusta estar en la ciudad cuando está así de vacía. Siempre veraneaba aquí; me trae buenos recuerdos. —Sonrió—. Supongo que usted es de la opinión contraria, teniendo en cuenta que disfruta mucho al estar acompañado en general. Estando aquí, tendrá usted la sensación de que están celebrando una fiesta espléndida en algún lugar a la que no ha sido invitado.

—En ese caso, me temo que he de corregirla, señorita, pues, sin el gentío, uno puede contemplar mejor el lugar y su belleza. Aunque mis hermanos se burlarían de mí si me oyesen, sé apreciar las maravillas que nos ha dado el hombre tanto como las que nos ha dado Dios. La ciudad es un encanto, según mi ojo inexperto. Es la cuna de las artes, al fin y al cabo. —Hizo una pausa, como para armarse de valor—. Además, no estoy del todo falto de compañía, pues...

Anne, algo nerviosa por la dirección que estaba tomando aquella frase, lo interrumpió con una risita repentina y una interjección escasamente articulada:

—¡Ah!

—Estoy, en estos momentos, con una persona cuya compañía en particular...

—Señor Austen, tal vez estaba en lo cierto: hace un calor insoportable. ¿Cree que deberíamos volver?

En aquel instante, de repente, quedó libre uno de los bancos que había bajo un castaño de indias y —con una preocupación de lo más galante— Henry condujo a las niñeras hacia él.

—Hemos tenido suerte. Damas, insisto en que descansen aquí hasta que el sol empiece a descender. Les aseguro que no nos alejaremos mucho de su campo de visión.

Anne contempló el cielo, nerviosa. A las niñeras no les importaría quedarse ahí sentadas horas y horas. Ya se veía caminando en pequeños círculos.

—Tengo entendido que, tal y como ya predije, se ha convertido en gran amiga de mi hermana —dijo Henry—. Ella y yo nos carteamos de manera constante y hablamos con franqueza de cualquier asunto. Por ejemplo, le divirtió mucho enterarse de que había sido seleccionada como su Austen favorita.

—¡Señor! —Se detuvo, furiosa—. ¡Qué horror! No se me había pasado por la cabeza que sería capaz de... Me ha perjudicado sobremanera... ¿No creerá que lo decía en serio?

—Señorita Sharp, por favor, ¡manténgase a la sombra! Y no se inquiete, que, por muy poco que conozca uno a esa señorita Austen en particular, lo que le queda claro es que todo es motivo de risa para ella también.

—Entonces, son los dos igual de molestos. —Le dio la espalda y clavó la mirada en el estanque—. Me ofende...

—¡Ay, querida señorita Sharp! —Henry rio entre dientes—. ¡Tiene un gran don para ofenderse! De verdad le digo que la admiro por ello. No hay duda de que algún deleite tendrá resentirse tanto. No tengo suerte, claro está, por haberme sido negado ese placer en particular durante toda mi larga vida.

—Quizá, señor —respondió Anne con agudeza—, el mundo no le ha dado motivo para ello.

—Está en lo cierto, desde luego, señorita. Parece que yo he de interpretar el papel de quien provoca resentimiento y que he de pasar los días disculpándome. De modo que, una vez más, señorita Sharp, le pido que me perdone. Bien, ahora que hemos dejado ese asunto atrás, necesito que me responda: ¿ha tomado ya una decisión? ¿Quién de nosotros es su preferido?

—Señor, la pregunta me parece absurda y que se empeñe en seguir con este sinsentido empieza a ser molesto. Yo... —Al volverse, se percató de que ahora estaba recostado contra un árbol, contemplándola y sonriendo.

—¿Usted? —El hombre, de largas piernas, las había cruzado por los tobillos; los calzones le quedaban apretados otra vez—. Prosiga, señorita Sharp. —Entornó los ojos.

Y, de súbito, Anne se cansó. Se cansó de respetar la diferencia social que los separaba. De expresar su resentimiento y recibir sus disculpas. De desempeñar el papel de la sirvienta cuando, en un mundo justo, ambos serían iguales. De proteger en todo momento las migajas de dignidad que le quedaban en sus circunstancias, cuando, en realidad, le traía todo sin cuidado.

—He tomado una decisión al respecto: la ganadora es su hermana, y con mucha ventaja.

Se rio a carcajadas.

—Pero ¡qué afrenta!

—¿De verdad, señor? —Giró el mango del parasol con aquellos largos dedos que tenía—. ¿Me dice que tiene motivos para estar resentido? De ser así, señor, le ruego que me perdone.

—¡*Touché*, señorita!

Juntos se pusieron en marcha de nuevo y, tras haber superado al fin aquella situación embarazosa, entablaron una conversación bastante natural. Sacaron a colación el asunto de las altas temperaturas, así como de la guerra. También charlaron sobre libros y compartieron cotilleos. Era aquella una conversación entre iguales y, animada, le preguntó:

—Señor, ¿piensa contarme el motivo de este encuentro? No puede tratarse de una visita puramente social.

—¿Y por qué no? —Henry parecía sorprendido de verdad por aquellas palabras—. No veo el motivo de que..., pero, si insiste, le daré una buena explicación. En primer lugar, mi hermana me ha comunicado que debe regresar usted a Kent el 12 de agosto, y, como yo he de volver el 14, se me ocurrió que podría ahorrarle el coste y la incomodidad de la diligencia y compartir con usted mi carruaje.

Se imaginó la cara que pondrían los de la casa si la vieran llegar en tal compañía y en semejante vehículo, además de las preguntas que aquello suscitaría. Esa idea le pareció del todo imposible.

—Es una oferta muy generosa, señor, pero me temo que no puedo aceptarla. He de partir el

día convenido y ya he pagado mi viaje.

—¿Y no hay forma de que pueda persuadirla? Mi estancia en Godmersham Park será breve, voy a estar muy ocupado, por lo que no nos veremos mucho...

—No, señor. Gracias, pero no.

No trató de presionarla ni de reorganizar el viaje. ¿Acaso era posible que estuviese aprendiendo a respetarla, que poseyera ahora una pizca de autocontrol?

—Y el segundo motivo es que mi hermana ha tenido algo de suerte con el plan que ha estado urdiendo.

—¿De verdad? Me pregunto por qué la señorita Austen no me lo ha dicho ella misma, ya que justo ayer recibí una de sus amables cartas. ¿Puedo conocer los detalles, puesto que entiendo que me afecta de algún modo?

—Por desgracia, no —dijo alegremente—. Es un gran secreto y yo no debería haberle dicho nada, pero, mire usted, cuando los secretos son de veras interesantes, me parece algo injusto y descortés no confesárselos a los demás. No diré nada más al respecto por el momento, salvo que lo apruebo de todo corazón.

Pese a que protestó, él siguió, implacable.

—Mi hermana es una política de primera (qué bien le vendría ahora al Parlamento) y, muy sensatamente, ha convencido a su señora de que será ella la que se lo cuente en persona. Pero, señorita Sharp, le prometo que es algo beneficioso para usted y, desde luego, para mí, pues, cuando se ejecute el plan, yo también estaré implicado en cierta manera, si usted no se ofende en demasía.

De regreso a casa, Anne anduvo a paso ligero, con el corazón bien sujeto al pecho. Se sorprendió a sí misma riéndose de todo lo que le había dicho Henry, aunque no fuese tan gracioso, y se regañó con severidad por hacer tal cosa: «Qué criatura más perversa es usted, señorita». Pues, cuando Henry Austen interfería en sus planes, ella caía víctima de la rabia y el resentimiento, pero cuando Jane hacía lo mismo, urdiendo intrigas secretas, la idea le parecía sencillamente deliciosa.



ACTO CUARTO



CAPÍTULO 35



ANNE SOLTÓ un grito. El agua congelada le llegaba al cuello. ¿Seguiría subiendo y se hundiría por completo? Miró hacia abajo, como para descubrir sus intenciones, y lo único que vio fue una oscuridad impenetrable. Una ola la sacó de la zona más profunda y, gritando de nuevo, trató de aferrarse a los peldaños con los dedos, pero le fue imposible. ¿Moriría aquí? No había forma de sobrevivir. Que así sea, entonces. Había llegado el fin de sus días. Bajo el cielo azul de Sussex, alzó la mirada hacia las nubes lisas e hinchadas y se rindió.

Como estaba completamente convencida de que la siguiente voz que oiría sería la del Creador, se sorprendió al oír «¿todo bien por ahí, señorita?» con el acento profundo que tenían los de la costa. El interés que mostraba el bañista en su seguridad parecía puramente profesional y punto.

Anne se puso a decir que, desde luego, no era el caso, que estaba muy lejos de estar bien. Efectivamente, se había zambullido en un peligro de lo más mortal, antes de darse cuenta de que había recuperado la sensibilidad de todo el cuerpo y de que estaba de una pieza. Por extraño que pareciese, el agua estaba de repente menos fría y la sensación de estar metida en ella no era del todo desagradable.

—Siempre pasa la primera vez —prosiguió el bañista—. Nadie sabe bien qué esperar. Vuelva al vestidor; apuesto que ha sido suficiente por hoy.

Anne se quitó la túnica de muselina empapada, se secó, volvió a vestirse y regresó a la arena justo cuando la señora Austen salía de su propio vehículo.

—Señorita Sharp, ¡qué suerte ha tenido de estrenar su carrera de bañista en tan perfectas condiciones! ¿Verdad que le ha encantado? Ya tiene mejor aspecto, sin duda alguna.

—Gracias, señora. —Anne se volvió para ver el mar con una nueva sensación de fascinación—. ¡Es extraordinario! Noto el calor de la sangre bajo la piel. —Se miró las manos (tenía las uñas descoloridas como conchas y los dedos rosados) y apenas si las reconoció.

Se dispusieron a dar un paseo juntas, pasando por donde estaban los pescadores y las redes desplegadas en la playa, en dirección a una zona nueva llamada Colonnade.

—Con unas cuantas semanas así (tenga en cuenta que esperamos que se bañe todo lo posible y que el mal tiempo no es una excusa), señorita Sharp, volverá a nosotros transformada.

—Señora, ¿está usted segura? Es una oferta de lo más generosa y les estoy, por supuesto, muy

agradecida, pero estar tanto tiempo fuera de Godmersham Park, desatender las lecciones de Fanny y no estar disponible para echarle una mano con los niños... Bueno, no puedo evitar sentirme culpable por abusar tanto de ustedes.

Llegaron a la calle South, en la que las personas que no se bañaban comenzaban su paseo matutino por la costa.

—Tonterías, señorita Sharp. Estoy conforme con el plan. No cabe duda de que quedarse aquí todo un mes sí que se pasa de generoso —dijo Elizabeth, con una sonrisita complacida—, pero, por favor, tenga por seguro que lo vemos como una inversión. Fanny la quiere tanto y ha progresado tanto bajo su tutela que siento que es mi deber —recalcó— hacer todo lo que esté en mi mano para que continúe con nosotros todo lo posible —volvió a recalcar.

—Entonces, le agradezco que...

—Y ya ve que el plan ha salido de lo más rentable, al estar aquí la familia de antemano y al tener la casita alquilada. Cuatro habitaciones para cuatro damas nos pareció espacio más que suficiente y no nos parece descabellado añadir a ninguna persona más; aunque como grupo puedan parecer algo excéntricas, espero que esté contenta.

»Worthing no es Brighton, como ve. Por el momento, sigue siendo un rinconcito tranquilo. Puede que no le parezca un lugar muy animado, pero conviene que no tenga mucho con lo que distraerse; así, podrá centrarse por completo en su recuperación definitiva —recalcó.



Edward, Elizabeth y Fanny permanecieron en Worthing unos cuantos días más. Las otras damas; la abuela Austen, Cassandra, Jane, y también la amiga de estas, Martha Lloyd, se atrincheraron todo el otoño allí hasta bien entrado el Año Nuevo. Anne se les había unido por iniciativa de Jane. Sin embargo, al igual que la iniciativa propia de la autora, era algo que parecía estar abocado al fracaso. Importunar de tal manera a la familia de Godmersham Park... ¡Era mucho pedir! Pero, de algún modo, la pequeña de las Austen había conseguido que pareciese idea de la propia Elizabeth, de forma que el plan, bendecido, por tanto, con un nuevo halo de importancia, se había podido ejecutar con facilidad.

En un primer momento, apenas si podía creerse lo afortunada que era. ¡Disfrutar de unas largas semanas de libertad absoluta, entre amigas, junto al mar! Desde luego, parecía un sueño. Debía de haber gato encerrado. No, ni Jane ni su madre aguantarían tal cosa. Seguramente —sí, seguro que sí—, habría alguna emergencia doméstica y tendría que regresar para resolverla. De hecho, era inevitable, pues, por mucho que a su señora le gustase presumir de lo compasiva que era para con la institutriz, en realidad aquella benevolencia tenía sus límites. Así pues, preparada para que la desilusión la asaltara en cualquier momento, resolvió disfrutar de lo que durase su estancia y mostrarse siempre agradecida, lo que no le suponía gran esfuerzo.

La verdad, la idea de traerse a Anne había sido, como diría Henry, estupenda. La institutriz estaba fascinada con las maravillas que le ofrecía el mar. Había adquirido todos sus conocimientos mediante libros de geografía y galerías de arte, de manera que podía afirmar con cierta seguridad que ningún artista o escritor, en toda la historia de la humanidad, le había hecho

justicia. Los juegos de luces y colores, las sombras que brincaban por la superficie... Todo ello era un drama perpetuo a escala épica que jamás podría capturar una sola imagen estática.

Cuando no estaba metida en el agua, pues ahora disfrutaba mucho de los baños, se la quedaba mirando. Se quedaba a solas en la playa tantas horas al día como sus acompañantes y el tiempo se lo permitieran. Tenía el rostro pálido y la brisa del mar se lo acariciaba. Le agobiaban los deberes de una institutriz, una luz celestial le bañaba los ojos doloridos y el aire puro se llevaba consigo todo aquello que la inquietaba. Notó los primeros ramalazos de lo que era vivir de verdad, al tiempo que volvía a sentir en el corazón, hasta ahora afligido, grandes sensaciones.

Cada uno de los detalles de aquellos días que pasaba junto al mar era una delicia, pero el momento que más le gustaba era, sin duda, el final de la jornada. Y aquella velada, como en todas las anteriores, al terminar de cenar, volvió a salir, a contemplar el mar. Las damas decidieron no acompañarla, pues preferían pasar aquellas horas en el salón. Además, no les importaba que ella se alejara del grupo; es más, la animaban a que lo hiciera.

—¿Va a salir, querida? —preguntó la señora Austen mirándola a través de sus lentes—. No se quede por nosotras. Vaya, señorita Sharp, mientras tenga la oportunidad.

Sin embargo, las temperaturas empezaban a bajar, así que no podía dejar de pensar que aquellas excursiones solitarias empezarían a parecer una excusa antisocial. Así las cosas, decidió quedarse fuera lo justo para presenciar el comienzo de la puesta de sol antes de volver a casa. Tras ella, el mar danzaba en soledad bajo un cielo rosado; por delante, estaban Standford's Cottage y las queridas damas Austen. Cruzó los campos, tomó el callejón en dirección a la calle Warwick, percibió el resplandor de las velas a través del ventanal, cruzó el patio, agachó la cabeza al pasar por el nogal y entró.

Al colgar la capota en el recibidor, oyó la voz de Jane y, a juzgar por el ritmo y por la falta de contestación, dedujo que estaba leyendo una novela en voz alta. ¿Era ese el motivo por el que habían preferido quedarse en casa aquella velada? ¡Le encantaban las novelas! ¿Qué se estaba perdiendo?

Como no la habían oído llegar, se sintió un poco mal. Se quedó en la puerta escuchando y desde allí oyó los nombres de Elinor y de Marianne y trató de encajarlos. Al ser una gran lectora, los rompecabezas literarios le gustaban. Parecía que se trataba de dos hermanas con personalidades opuestas, pero ¿qué libro podía ser? Anne no se podía creer que siguiese sin saberlo.

Oyó: «¿Qué he de pensar, Willoughby, tras la forma en la que se comportó anoche?». Y: «Me dolería, efectivamente, tener que pensar mal de usted». Era un estilo de calidad, una obra perspicaz; no una novela barata que pudiera a pasar por alto. No pudo contenerse y, en silencio, se metió en el salón y tomó asiento algo alejada del grupo, para tratar de pasar desapercibida. Sin embargo, Jane Austen se detuvo y levantó la vista. Anne se fijó en que miraba a todos los allí reunidos como planteando preguntas. Enarcaba las cejas y asentía levemente antes de ladear la cabeza en señal de aprobación y proseguir.

—«... pese a que no endulzó especialmente los modales de una hermana, ayudó a controlar los de la otra». Listo. —Jane dejó las páginas—. Por hoy ha sido suficiente.

La señora Austen apartó la vista de la chimenea y miró a su alrededor, divertida.

—¿Y a usted qué le parece, señorita Sharp? ¿Se ha formado una opinión al respecto?

—¡Lo he disfrutado mucho! —exclamó Anne entusiasmada—. Destaca la fluidez de la prosa..., la hondura de los personajes..., el tono cómico, irónico..., pero, por mucho que lo intente, no soy capaz de reconocerlo. Por favor, resuélvanme el misterio: me gustaría saber más de esta obra y de quien la ha escrito.

—La obra se llama *Elinor y Marianne*.⁵ —Jane soltó aquella risita nerviosa suya.

—Y la autora —intervino la señora Austen, señalando a su hija pequeña— está aquí sentada junto a la chimenea.

—¡Señorita Sharp! Se la ve muy sorprendida. —Cassandra apartó la mirada de su bordado y sonrió.

—Espero que no sea por el contenido. —Jane, sonrojada, hojeó las páginas—. ¿Es mi Willoughby demasiado bibrón para su mente inocente?

Tan mortificada se sentía que ni siquiera podía articular una frase coherente.

—Señorita Jane, no sé ni por dónde empezar... No sé cómo... Su talento... Me temo que le debo la más profunda de las disculpas...

—¿Se disculpa por mi talento? —La escritora en ciernes se echó a reír—. Por favor, no se inquiete. Soy yo quien debe disculparse por mi falta de talento; créame, me disculpo bastante a menudo.

—Por el modo en que... Por lo autoritaria que fui... cuando tomé las riendas de aquel proyecto teatral..., siendo usted... Yo no tenía ni idea de que... ¡Oh! —Anne enterró el rostro en las manos—. ¡Ahora que lo pienso, fui un monstruo!

—¡Anne, por favor! —Jane cruzó la estancia y la rodeó por los hombros con un brazo—. Hizo lo correcto. *Virtud recompensada* fue una función exquisita que todos disfrutamos mucho.

Anne seguía debatiéndose.

—Ha sido usted tan buena conmigo y yo..., ignorante... ¡Oh! Qué arrogancia, qué arrogancia más rancia...

Jane se sentó, entonces, en el brazo del asiento.

—Pare ya, se lo pido por favor. Tenga por seguro que no está aquí porque seamos amables: está aquí para nuestro solaz. Disfrutamos de su compañía. Y me siento muy aliviada ahora que ha salido a la luz mi pobre secreto. Temo que estaba dejando que se convirtiera en un impedimento para lo que espero que entienda como nuestra amistad.

Anne no podía desprenderse de aquella sensación de vergüenza.

—Y pensar que asumí la labor propia de un talento superior, cuando usted...

—¡Anne, ya basta! Pensó bien. Mirémoslo de esta forma: yo soy la prosista y usted, la dramaturga. Créame, el mundo de la literatura es lo bastante ancho como para ofrecernos a ambas el mismo estatus, o lo que es lo mismo: nadie reparará en nosotras, pues volverán sus inteligentes cabezas para aplaudir a todos los hombres.



Una vez se hubo repuesto de la vergüenza que había pasado, resultó que aquella confesión no

hizo sino estrechar los lazos de amistad que las unían. Descubrió que Jane había escrito otras dos novelas del estilo y, cuando la hizo partícipe de su contenido, gozaron de largas conversaciones sobre los métodos y trucos de su escritura.

A Jane seguía escociéndole la herida de su primera incursión fallida en el mundo literario. Un editor canalla, que le había pagado diez espléndidas libras por su *Susan*, decidió finalmente no publicarla. Eso había hecho que se desanimara y que a punto estuviera de dejar de escribir.⁶

Estaban cruzando los campos que había tras la casa, en dirección a las colinas conocidas como Downs, cuando le confesó tal humillación.

—Qué crueldad más incomprensible. —Anne se quedó sin aliento—. ¡Cuánto detesto tales actos de violencia contra nosotras! ¿Nos libraremos algún día de la tiranía del capricho masculino?

Jane, que parecía algo sorprendida, se detuvo.

—No todos los hombres son iguales, querida Anne. Solo este señor Crosby.

—Oh, desde luego. —Anne sometió sus emociones y examinó su respuesta violenta: debía de ser herencia del comportamiento de su propio padre. Conque seguía ejerciendo cierta influencia sobre ella... Debía deshacerse de ella de inmediato. Ya no era su hija. ¡No aceptaría ningún tipo de herencia de su parte! Más allá de aquellas treinta y cinco libras...

El aire de octubre era tan frío que no les permitía quedarse quietas mucho tiempo. Reanudaron la marcha y Jane recuperó el hilo de la conversación:

—La mayoría de los caballeros son buenas personas, según mi experiencia. Suelen ser demasiado altivos, tal vez... Son defectos propios de la educación que han recibido... Son plenamente conscientes de la superioridad que el mundo parece otorgarles... —Alcanzaron la cima de la colina y se volvieron para contemplar la luz reflejada en el mar—. No los han instruido, como a nosotras, ¡en el gran arte de la paciencia! —recalcó.

—¡Ay, la paciencia! —Anne soltó un suspiro—. Por desgracia, no está entre las virtudes que me vienen de nacimiento, aunque, últimamente, la he estado entrenando. Casi la tengo dominada, pero...

—¿Pero? —Jane la miró por el borde de la capota.

—No puedo evitar guardar cierto resentimiento dentro de mí. —Una ola se elevó en el horizonte y colisionó contra la costa—. ¡No deje que ese tal Crosby mine su confianza! Aunque ha sido injusto con usted, eso no es motivo para que se autocastigue. ¡Escriba, Jane! ¡No tire la toalla, pase lo que pase! ¿Debemos someternos a sus juicios de valor? ¡No! —gritó al viento—. Tenemos que demostrarles que se equivocan.

Y, desde entonces, incorporaron una nueva actividad a la rutina de sus jornadas. Entre baños y paseos, excursiones a la biblioteca y visitas al mercado, trataron de pasar una o dos horas juntas en el salón, cada una trabajando en lo suyo.

Anne se puso a pulir *Virtud*, resuelta a mejorarla y a recuperar la idea inicial: no estaba mal que la protagonizara una mujer con títulos y tierras, pero debía conferirle una dimensión más política y eliminar todas aquellas sandeces propias de los cuentos de hadas. Además, inspirada por el arranque de la institutriz en lo relativo a demostrarles a los hombres que se equivocaban, Jane optó por revisar su novela, *Primeras impresiones*.⁷ Aquella alianza favoreció a ambas,

aunque a una le resultó acaso más pedagógica que a la otra. Al leer lo que Jane escribía tal cual, tuvo que admitir la realidad: lo que ella estaba escribiendo era, desde luego, inferior.

Naturalmente, aquella costumbre hizo que ambas mujeres pasaran casi todo el tiempo en compañía la una de la otra, lejos de las demás. Cuando Cassandra asomaba la cabeza por la puerta para anunciar que se iba a una casa a hacer un recado o cuando Martha entraba para informar de que se llevaba a la señora Austen a su paseo diario, ellas levantaban la cabeza y les deseaban que se lo pasaran bien.

Con cada día que pasaba, los sentimientos que tenía respecto de Jane rozaban más y más la pasión. Aquella camaradería, el compartir aquel proyecto literario, dio rienda suelta a su naturaleza apasionada. Por primera vez en años, ya no se sentía sola, ya no estaba sola. Se sentía viva. Se acordó de lo que le había dicho una vez a Hettie: «Más que hermanas: almas gemelas».

Se olvidó del pasado y dejó de pensar en el futuro. Ojalá el mundo olvidase que existía y la dejase justo donde estaba.

⁵ N. de la Ed.: Es la obra que hoy día conocemos como *Sentido y sensibilidad*, de Jane Austen.

⁶ N. de la Ed.: Efectivamente, la primera obra de Jane Austen fue *Lady Susan*, una novela corta epistolar escrita en su juventud que la autora vendió a un editor que acabó por no publicarla.

⁷ N. de la Ed.: *Primeras impresiones* (*First Impressions*) fue el título de la obra que más tarde sería *Orgullo y prejuicio* (*Pride and Prejudice*), la más destacada de la autora, Jane Austen.

CAPÍTULO 36



—**NO ME PUEDO** creer que solo me queden diez días. —Era un día despejado y hacía fresco. Jane y ella iban de camino a la vecina biblioteca de Colonnade—. Pensaba que las semanas se me harían eternas, pero han pasado muy rápido... Tal vez el tiempo pase de forma distinta en la costa.

—Pero ¿acaso no se has dado cuenta? Todo es distinto junto al mar —respondió Jane con gran convicción—. Todas somos mucho más libres; los lastres que nos limitan en la sociedad aquí no existen. Con un solo salto nos convertimos en nuestro verdadero yo, ¿no le parece?

En todas las conversaciones que mantenía con Jane, hallaba motivo de asombro, por la forma en la que pensaba, por la capacidad que tenía de desechar lo mundano y centrarse en lo profundo: ver el mundo con sus ojos era como mirar por un microscopio. Y había vuelto a desvelar sus verdaderas impresiones.

—Seguro que lleva razón... —dijo cuando llegaron a la calle Warwick.

—Pues ¡claro! —la cortó Jane—. ¿Es que tampoco se ha dado cuenta? Suelo tenerla.

Pasaron cerca de una bonita pareja que iba del brazo, los dos con la cabeza junta y riéndose.

—¿Qué cree? —susurró Jane—. ¿Una pareja respetable o no? ¿Recién casados o amantes?

Anne volvió la cabeza para mirarlos de nuevo.

—Pues, como parecen muy enamorados, yo digo que es una pareja de... ¡amantes!

—¡Señorita, me desconcierta usted! —Jane echó la cabeza hacia atrás y se rio—. ¿Qué lógica es esa? No pueden estar casados porque están enamorados, eso desde luego.

Anne se encogió de hombros.

—Si hubiese visto alguna vez un vínculo romántico entre quienes están unidos legalmente, quizá cambiaría de opinión. —Otra de las retorcidas herencias de su querido padre. Cuánto le habría gustado confesarle toda la historia a aquella mujer. Eso sí que haría que se sintiera libre—. El amor verdadero parece germinar ahí donde hay obstáculos.

Habían llegado a su destino. Del interior salían como burbujas sonidos propios de la actividad social: la gente se reunía para ver a los recién llegados, para comprar o para cotillear, e incluso algunas personas venían para ver los libros. Jane se paró al llegar a los peldaños de la entrada, se volvió y la tomó de la mano.

—Usted, querida Anne, sí que ha cambiado estando aquí. Creo que por fin ha dejado de

actuar. Ahora veo un lado suyo que antes no veía.

—Eh... —Anne se la quedó mirando. ¿Acaso estaba actuando con excesiva naturalidad? ¿Había dejado a la vista en exceso lo que guardaba en el corazón? Quizá las damas Austen preferían a la institutriz puritana antes que a aquella mujer pasional con ideas liberales y que sentía cierto desdén por las convenciones. Tal vez debería volver a ponerse la máscara y ocultarse bajo la respetabilidad de la profesión que había escogido. Luego, miró el mar travieso, centelleante, juguetón, y decidió que gozaría de aquella liberación mientras tuviese la oportunidad de hacerlo.



Tras la batalla que tuvieron que librar en el mostrador de suscripción, volvieron a salir las dos damas al reluciente sol de finales de otoño. Tuvieron que detenerse para dejar paso a una recua de niñas que llevaban puesto el uniforme de su escuela.

—Pobres criaturas —murmuró Jane—. Me traen malos recuerdos. Deberían abolir estas prácticas deleznales.

—¿Abolir la educación femenina? —inquirió Anne—. ¡Jane, no me lo puedo creer!

—La enseñanza no, ¡claro que no! Pero sí todos esos colegios absurdos. No aprenden nada, como ya sabrá.

—Puede que así sea en la mayoría de los casos; eso se lo concedo. —Anne contempló a una jovencita que paseaba sola y leía a escondidas—. Pero no es culpa de los colegios en general, sino de algunos en particular. Hay muchas alumnas que no reciben en casa educación alguna; mejor que aprendan algo y que no las abandonen en brazos de la completa ignorancia. Yo siempre estaré agradecida por la buena educación que he recibido. Si no, ¿qué habría sido de mí cuando...? —Se paró—. Se me ponen los pelos de punta con solo de pensarlo.

Jane la agarró del brazo.

—¿Sabe qué? ¡Está desperdiciando su potencial con Fanny! Debería dedicarse a formar a las mujeres adultas, ¡a preparar la revolución!

Anne le sonrió.

—¡Y puede que un día lo haga! Y, cuando llegue el momento, espero tenerla a mi lado, en las almenas, sacando el mosquete.

—Ay, señor. —Jane soltó una risita—. A mi madre no le gustaría nada esa idea. Arruinaría todas las posibilidades que tengo.

El grupo de niñas ya había pasado así que bajaron las escaleras, al tiempo que Jane miraba su edición de *La mujer Quijote*, de Charlotte Lennox,⁸ con no poca satisfacción. Aquella temporada, Worthing tenía más lectores que buenos libros.

—Me alegro de haberme hecho con este libro. Lo disfrutaremos juntas.

—Es todo un placer leer en grupo —dijo Anne mientras se disponían a pasear por la playa—, un placer que, hasta ahora, me era del todo ajeno...

—¿De verdad? —Jane estaba sorprendida—. Pues lo siento por usted. Nosotras lo llevamos haciendo toda la vida. Mi padre creía que potenciaba la fortaleza del individuo, así como la

unidad familiar.

—Y ustedes son, ciertamente, la familia más unida —concordó Anne—. De eso puede estar segura.

—Desde luego, es una bendición. Si estuviese sola... —dijo, y la miró rápidamente—. Bueno, se lo digo otra vez, Anne: admiro su gran fortaleza.

—¿De verdad cree que la tengo? —Se puso a pensar en su vida: había rechazado con firmeza unas propuestas de matrimonio nada apropiadas, había cuidado a su madre en soledad, día y noche, se había puesto a trabajar como institutriz... Todo eso le había supuesto un éxito relativo—. Soy obstinada, eso es verdad... Mi fortaleza sale a la luz en aquellas ocasiones en que apenas tengo opciones o, simplemente, no tengo ninguna.

—En ese caso, espero aunar las fuerzas necesarias, al igual que usted, cuando llegue el momento. Por ahora, por lo menos, cuento con cierta protección.

Se quedaron paradas un rato, mirando a los bañistas, cuyos vestidores con ruedas rodaban por el agua para volver a la arena.

—¿Qué planes tiene para después? —preguntó Anne—. ¿Tiene destino fijo?

Jane negó con la cabeza.

—Nuestro futuro más inmediato no está nada claro, me temo. —Soltó un suspiro—. De momento, nosotras cuatro hemos de formar una unidad doméstica (es decir, mi madre, mi hermana, Martha y yo).

Ay, qué suerte tenía Martha, pensó Anne. Pese a que sabía que aquella mujer tenía poco que agradecerle a la vida: no tenía dinero y sus dos hermanas, ambas casadas, le ofrecían alojamiento en sus respectivas casas solo cuando les convenía. El hecho de que las Austen la acogieran era una bendición, desde luego.

—Cuando nos marchemos de aquí, volveremos a Bath. —Jane se estremeció levemente—. Y, después, ¿quién sabe? Hablan de una casa grande en Southampton que podríamos compartir con uno de mis hermanos marinos, pero eso también será temporal. Quizá vivamos siempre así: yendo de un lado para otro, de una casa a otra. Ay, señor, otra vez con lo mismo, Anne: «el enigma de la mujer». Si no podemos echar raíces en ninguna parte, ¿qué hemos de hacer? —Le dedicó una mirada pícara, la agarró del brazo y se lo apretó—. Me parece que voy a urdir otro plan de los míos.

⁸ N. de la Ed.: *La mujer Quijote*, de Charlotte Lennox, es una historia que remite al Quijote de Cervantes. En ella, la protagonista, Arabella, pierde la razón después de leer muchos romances franceses. Así, espera que las hazañas de príncipes y princesas se vean reflejadas en su propia vida.

CAPÍTULO 37



ADEMÁS DE todos los muchos y conocidos beneficios de bañarse a diario en el mar, había descubierto otro más, del que no le había hablado a nadie: se le había ido de la cabeza casi cualquier cosa relativa a Henry, cuyo rostro rememoraba con menor asiduidad, cuya voz había dejado de ser un eco constante. A decir verdad, bueno, apenas pensaba en él. Por supuesto, la abuela Austen y sus hijas seguían mencionándolo con frecuencia y, en aquellos momentos, tenía la impresión de que se le aparecía en la estancia. Sin embargo, en general, podía decir que se había curado casi del todo de aquella obsesión que había estado a punto de desquiciarla. Aquello era un alivio enorme.

No obstante, hacia el final de su estancia, aquella paz había desaparecido a la fuerza, pues Henry llegaría al comienzo de la última semana que le quedaba de pasar aquí. Los días previos a tan alto acontecimiento, las damas Austen apenas hablaban de otra cosa: de la ruta, del transporte, de la habitación que le asignarían, de lo que le darían de comer... Sus esfuerzos por fingir que aquello no le importaba la agotaban. El momento de su llegada le suscitaba verdadero pavor.

Por la noche, mientras rezaba, debería hacerlo pidiendo por la salud de los demás, por que acabara la guerra contra los franceses; en cambio, rezaba solo por él: «Por favor, Señor, haz que se tenga que quedar en Londres más tiempo. O, si ha de venir, por favor, que no sea con ella». Si se ponía a coquetear de manera persistente, su madre o sus hermanas podrían quejarse y no le gustaría nada ser motivo de conflicto en aquella familia, y menos teniendo en cuenta lo amables que habían sido con ella. «Así que, por favor, Señor, que Henry no se comporte como Henry».

Pero sus oraciones cayeron en saco roto. Henry llegó en la fecha esperada y fue recibido con inmensas muestras de entusiasmo femenino. Ella se quedó en la retaguardia mientras le rendían homenaje y hacían una valoración de su aspecto sublime: que si estaba estupendamente de salud, que si había sido de lo más atento por haber venido, con lo apretada que tenía la agenda. Las damas expresaron asombro, entonaron elogios, cual miembros de una secta en presencia del ser supremo. Incluso Anne tuvo que admitir que se sentía inexplicablemente aliviada: después de todo, quizá su presencia allí no fuera tan mala como se temía.

Tras haber abrazado a su madre y sus hermanas, el hombre se volvió hacia las amigas. Primero, se inclinó ante la señorita Lloyd —que se sonrojó al hacer una reverencia— y luego,

ante ella.

—¡Señorita Sharp! —Se inclinó y ella hizo una reverencia—. Qué casualidad encontrarla aquí.

¡Ya andaba a vueltas con sus subterfugios! Habían hablado de las fechas de su estancia en su último y brevísimo encuentro en Kent y Cassandra había sido testigo. ¿A qué venía aquella farsa?

—Pero veo que le han sentado bien las vacaciones. Tiene usted un aspecto... —Se calló y, volviéndose hacia su madre, mencionó amablemente que había pasado por toda una odisea para llegar, que tenía un hambre voraz y muchísima sed, con lo que activó toda una cadena de quehaceres femeninos que los tuvo a todos ocupados durante un buen rato.



Tras la ruidosa y alegre cena —El recién llegado deleitó al grupo con un incesante y afinado monólogo—, Anne se levantó y anunció que era la hora de que diera su último paseo del día.

—¿Le gustaría unirse a mí hoy, señorita Lloyd? —La compañía de aquel hijo y hermano adorado era un bien tanpreciado que tal vez aquellas mujeres prefirieran que las que no eran de la familia se hiciesen a un lado. Además, a ella también podría sentarle bien que se tomara un respiro.

Martha parpadeó, nerviosa. Ciertó era que las dos mujeres no habían estado nunca a solas y no estaba segura de sobre qué podrían hablar, pero, aun así, la presionó. La mujer, que no tenía otra función en esta vida que la de socorrer a los demás de un modo complaciente, declaró que la señora Austen no precisaría de sus servicios y aceptó sumisa. Se dirigían a los ganchos donde se colgaban las capas cuando Henry también se puso en pie.

—¿Puedo acompañarlas, damas? Me vendría bien tomar aire fresco y ver el mar por primera vez.

—¡Oh! —Anne se volvió hacia la estancia—. Bueno, ya casi ha anochecido..., pero, por supuesto, señor. ¿Y si vamos todos, entonces?

Pero la señora Austen adujo que para ella sería imposible; por la edad, las molestias en las articulaciones y debido a toda una retahíla de dolencias más, incluida la amenaza de muerte inminente. En tal caso, su hija mayor se vería en la obligación de quedarse con su madre y Jane, al parecer, prefería quedarse a solas con *La mujer Quijote*. Así las cosas, el trío más inesperado fue el que salió a pasear aquella velada.

Henry nada sabía de Worthing o de su geografía, pero, de todos modos —andando a paso decidido, como si llevase siglos viviendo allí—, asumió al momento el papel de líder y las guio. No obstante, acabaron tomando una ruta bastante larga e incómoda, aunque sus acompañantes lo siguieron si decir nada por educación.

A Anne le divertía aquello. Miró a Martha de soslayo, con la intención de compartir con ella una sonrisita, pero lo que vio fue que la mujer tenía la cara colorada de miedo: «¡Oh, pobrecilla!». Pero no podía ser culpa suya, ¿verdad? Miró hacia delante, hacia el hombre cuyos hombros anchos se ceñían a las costuras de una levita. No, era Henry. Soltó un suspiro. ¿Qué

clase de mundo era este, en el que uno de los sexos intimidaba tan fácilmente al otro?

Anhelaba acercarse a Martha, agarrarla del brazo y darle ánimos: ¡él no es mejor que nosotras! Solo es más grande y hace más ruido... Pero no se le presentó la oportunidad, pues su acompañante recordó que tenía que hacer un recado y, aunque insistió en acompañarla, ella se negó. Al parecer, tenía que ir a un barrio pobre del pueblo, lejos del mar, y, por si no fuera poco, tenía que visitar a una enferma y que cuidar a una anciana y que... La pila de excusas era tan alta que amenazaba con derrumbarse y caérseles encima. Así las cosas, se rindió y Martha se desvaneció *ipso facto*.

—Ah, señorita Sharp. —Henry había observado con irónica diversión aquellas palabras que habían intercambiado en pánico—. Parece que nos hemos quedado solos.

—Eso parece, señor. —Lo que había acabado siendo aquel paseo no tenía nada que ver con lo que ella había planeado en un primer momento. Ojalá las damas no llegaran a enterarse.

—¿Puedo ofrecerle el brazo?

Anne alzó la vista para mirarlo a la cara: aquellos ojos malditos, aquellas arrugas infernales. Acto seguido, echó un vistazo a su alrededor. Vio a unas cuantas parejas que seguían de paseo, una esquina rosada en el cielo, una ola que se alzaba en el horizonte y la espuma, que acariciaba el agua azul. Pensó: «¿Qué más da?».

—Gracias, qué amable —dijo.

Llegaron al borde de la arena, donde yacían los vestidores con ruedas, y se quedaron quietos, juntos, embrujados por las vistas.

—¿Ya le ha pillado el gusto a bañarse? —preguntó Henry.

—Mucho, la verdad, gracias. Me he metido en el agua todos los días y, si por mí fuera, lo haría más a menudo, pero su madre es muy estricta en ese aspecto: un baño regenera; dos matan. Se echó a reír.

—Me recuerda a mi médico favorito, que se preocupa mucho, pero que no siempre piensa con la cabeza. —Entonces, bajó la vista para mirarla—. Le ha sentado bien, señorita Sharp. Está..., bueno, cambiada, en cierto sentido.

—Me siento mucho mejor, señor. —No deseaba compartir ningún otro detalle. No solo se le había despejado la cabeza y la mente se le había despejado, no solo le brillaban los ojos y se sentía florecer de nuevo, tal y como le confirmaba el espejo, sino que sentía un hormigueo en la piel, por la zona del pecho y del estómago, que habría hecho que sospechara que estaba enfermando de no haber sido porque se trataba de una sensación placentera. El corazón le latía a un ritmo nuevo y ella respondía de forma distinta al roce de otro cuerpo, como si todo su ser estuviese cargado de electricidad.

—Entiendo que también está durmiendo mejor.

—¿Quién es el médico ahora? —Anne se rio de él—. Sí, gracias, señor. No hay necesidad de drogarme con láudano.

En realidad, se sentía rara de noche: le costaba más conciliar el sueño aquí, por algún motivo. A juzgar por lo agotadores que eran sus días —no solo por los baños fríos, sino por los largos paseos que daba en compañía de Jane—, había esperado lo contrario. En cambio, cuanto más andaban, menos descansaba de noche. Parecía que le corría por las venas una energía

embravecida. Luego, cuando se quedaba dormida, tenía sueños peculiares, aunque por la mañana no se acordaba de nada.

Y, de ser aquellas las palabras adecuadas para describir su situación, no se atrevería a pronunciarlas en voz alta. Tampoco se lo podía explicar. Fijó la mirada en el cielo, de un color rosa como el de la caballa, y contempló las manchas de las nubes como si fuesen las piezas de un rompecabezas. ¿Era...? ¿Podía ser que...? Bueno, casi parecía que... estaba enamorada, pero aquella no podía ser la respuesta. ¡Claro que no! Negó con la cabeza, se volvió hacia Henry, le sonrió y regresó a la cabaña.

Pues, si aquello era amor, ¿a quién amaba?

CAPÍTULO 38



—**TENEMOS UN** nuevo plan —anunció la señora Austen una tarde.

Jane alzó tres libros no muy gruesos.

—Por una vez, la biblioteca me ha sorprendido gratamente. —Se levantó para distribuirlos—. No hay uno para cada uno, me temo; sería mucho pedir para el pequeño pueblecito de Worthing, pero nos las arreglaremos, seguro.

—¡*Noche de reyes!* —Henry le dio la vuelta al libro que debía compartir con su madre—. No es de mis favoritos, querida hermana. Te acordarás de cuando interpreté a Hamlet, ¿no? Yo...

—Mi querido señor —contestó Jane con gran formalidad—, nuestro objetivo no es maravillarnos con su talento y ya, sino divertirnos. Bueno, a ver, ¿cómo vamos a repartimos los papeles?

—Bueno, yo soy Malvolio; eso está claro —dijo la señora Austen.

—¿De verdad, mamá? —Cassandra le sonrió—. ¿Y eso por qué?

—¡Porque tiene en la cara más arrugas que «líneas el nuevo mapa del mundo»! —citó.

—Muy bien, mamá. —Jane se echó a reír—. Pues yo debería ser Olivia, atormentada por una deuda de amor, pero una deuda a un hermano. —Le hizo ojitos a Henry, que le lanzó un beso—. Y creo que nuestro mayor talento debería interpretar a Viola.

—Pero ¡no! —Henry se dio un golpe en la rodilla con su volumen—. Te pido que lo pienses. No encajo en el papel de Viola.

—Y tampoco —respondió Jane— eres nuestro mayor talento, así que tú no te preocupes por nada. Ese honor lo reservamos para la señorita Sharp, que no tengo duda de que estará a la altura. Usted, señor Austen, será nuestro Orsino, y quizá tenga también cierto parecido con sir Toby Belch, ¿no cree? Venga. —Jane alzó una mano—. Deja de protestar, que somos una compañía de teatro, Henry, y todos somos iguales en este empeño.

A Anne, a la que había decepcionado un poco la mansedumbre que había mostrado la menor de las hermanas Austen al comienzo de la visita de su hermano, le encantó aquella nueva toma de control. Además, se sentía muy complacida con la obra elegida y con el papel que debía interpretar. Al haber hecho de Viola en su juventud, se sabía las frases casi de memoria. Lo que lamentaba era que no tuvieran el vestuario apropiado.

Comenzó la lectura.

«Si la música es el alimento del amor...». Henry, en calidad de Orsino, se hunde en la melancolía del amor frustrado.

«¿Qué país, amigos, es este?». Anne, como Viola, llega a Iliria, recibe información sobre Orsino y planea tenderle una trampa. Para entrar en la corte de este, se disfraza de criado. «Disfraces, veo que sois una maldición». Orsino se queda fascinado con aquel hombre andrógino capaz de «suspirar alto y bajo». Envía a Viola como criado a solicitar el gran amor de Olivia. Viola dice lo justo para crear un gran ambiente de misterio —«No soy lo que aparento»— y Jane, en calidad de Olivia, queda igual de maravillada: «¿Tan rápido se contagia uno de la peste?».

Tan bien lo hicieron los tres intérpretes principales en comparación con los demás que el resto del reparto tuvo motivos para sentirse en segunda fila. Ni Anne, ni Jane, ni Henry pudieron darse cuenta: todos los focos estaban puestos en ellos y ni se acordaron de quienes permanecían en la sombra. Sin embargo, cuando Orsino exclamó respecto de Viola: «Un rostro, una voz, un traje y dos personas. ¡Una perspectiva natural que es y no es!», la señora Austen le quitó el libro de las manos y lo cerró con determinación.

—¡Hala! —dijo, contentísima—. Se acabó por hoy. Ha sido muy divertido.

—Así es. —Cassandra también apartó su libro—. Cuántas líneas le tocan a la señorita Sharp. ¡Pobrecita! Tener que interpretar no a una, sino a dos personas... Debe de ser extenuante. No podemos agotarla al final de sus vacaciones, no vaya a ser que acabe con dolor de cabeza —recalcó.



La emoción de la función —aunque fuese una lectura privada de la obra— la había dejado muy alterada. Se quedó unos minutos en el patio, mirando las estrellas y llenándose los pulmones con aire del mar, antes de subir a su alcoba. Con la vela en la mano, subió las escaleras con cuidado para no molestar a quienes ya estaban durmiendo, pero, al llegar arriba, oyó unas voces provenientes del cuarto que compartían las hermanas Austen.

No tenía intención de ponerse a escuchar sus conversaciones privadas; lo que le interesaba era la calidad de dichas conversaciones, cosa que hizo que se quedase de pie en la puerta. Tan honda era la intimidad compartida que se entendían murmurando frases a trozos: con escuchar unas cuantas palabras, les bastaba para entenderse. Oyó sonrisas por lo bajo y estallidos de cariño: «¡Oh, Jane!», «Pero, Cass, querida...».

Se quedó allí un rato, disfrutando como quien se complace con la música de calidad. Pasó por alto el texto en sí: «Te imploro, Cass, que te comportes como una hermana. Mamá está de acuerdo... Son nuestros hermanos quienes nos mantienen y nosotras quienes cuidamos de madre: nos tenemos los unos a los otros, pero imagínate por un instante que no fuese así, que nos abandonaran a nuestra suerte...». Lo único que percibió fue el dulce sonido del amor.

Y, ¡ay!, pensó, mientras contemplaba la luz parpadeante de la vela, ¡ay, ojalá pudiera gozar de una relación así, una relación con quien conoces de toda la vida! ¡Ay, ojalá conociera y sintiera una emoción tan profunda!

Entonces, ¿por qué le daba la impresión de que se le había roto el corazón en mil pedazos?



A la mañana siguiente, irrumpió junto a Jane en la casita, ambas con la cara colorada y los ojos brillantes, frescas tras el baño matutino. Al entrar, vieron que los demás estaban reclusos en el salón.

—Pero ¡mirad qué resplandor, chicas! —dijo la señora Austen, encantada—. Me siento vieja al veros con ese aire rejuvenecido.

Henry levantó la vista del periódico.

—Muy bien, sí. —¿Lo miró Cassandra de reojo?—. Ambas damas. —Volvió a su lectura.

—Ay, señora Austen, el baño de esta mañana ha sido perfecto. —Anne se acercó a la chimenea y se calentó las manos unos segundos—. El agua estaba fría (ay, qué fría estaba), pero en calma como en una presa.

—Mamá, ojalá hubieras venido con nosotras. —Jane se desplomó en un sillón, suspirando—. Tengo la sensación de que, después de lo de esta mañana, viviré eternamente.

—¿Eternamente? —se mofó su madre—. ¿Y a mí por qué iba a interesarme tal sinsentido? He quedado en reencontrarme con tu querido padre. —Apuntó al cielo—. Y cuanto antes, mejor. Seguro que se está preguntando por qué tardo tanto.

—Porque tienes una salud excelente, mamá —dijo Cassandra, sonriéndole—. Esa es la causa. Ojalá siga siendo así.

—Y, mientras así sea, deberías disfrutar —la regañó Jane—. Da igual cuánto tardes en llegar hasta él; la eternidad no tiene fecha de caducidad.

Pese a que la conversación brindaba a la señora Austen una oportunidad espléndida para enumerar todas sus dolencias, en esta ocasión, lo dejó pasar.

—Ha venido el cartero mientras estabais fuera. Señorita Sharp, no es asunto mío, pero no me ha pasado desapercibido que nuestra querida Fanny ha vuelto a escribirle.

Anne se alzó y se dirigió al recibidor para recoger la carta.

—Todas sentimos celos, señorita Sharp, de esta correspondencia suya —le dijo Jane a sus espaldas—. Fanny es nuestra, ¿lo sabe?, pero le escribe más a usted.

La institutriz se encogió de hombros.

—En lo que dura mi ausencia, está preparando un regalo. Unos puños, creo...

—Cual Penélope, cose entre lágrimas. Bueno, ¡léanosla! Y, por favor, comparte con nosotros las novedades que le cuente.

Anne comenzó a leer aquella caligrafía tan querida y familiar y se sintió muy orgullosa, pues su alumna había mejorado mucho.

—¿Señorita Sharp? —Cassandra debía de estar observándola mientras leía—. Parece preocupada. Espero que no haya pasado nada malo en Godmersham Park.

Anne alzó la mirada.

—No, no, ¡ni mucho menos! Todos están bien.

—Pero ¿hay algo que la preocupa?

Anne apartó la página.

—Es que... Ay, seguro que me estoy preocupando por nada, pero es que, como saben, mi señora ha vuelto a llamar a la antigua maestra de Fanny, la señora Chapman, para que me sustituya durante mi ausencia. Fanny lo describe con gran contento. Me pregunto si no habrá sido una insensatez por mi parte haberme venido aquí un mes con ustedes.

Henry volvió a bajar el periódico.

—Pero fue idea de su señora. Ha venido usted por mandato suyo.

—S-sí. Eso es cierto... —Pero aquello no la consolaba, pues sabía algo que aquellos buenos amigos desconocían: que una no podía confiar en que sus jefes fueran a comportarse de manera racional, pues no les importaba la verdad, sino que se dejaban llevar por sus instintos y antojos, en especial en lo concerniente a la educación de sus hijas. No obstante, no era algo que pudiera explicar a la propia familia de Elizabeth. De todos modos, si los señores Austen llegaban a creer, por algún motivo, que la señora Chapman era la compañera ideal para Fanny... «Maldición, ¿qué haría entonces?», pensó.

Anne se mordió el labio y miró a su alrededor: vio que Henry tenía las piernas estiradas en la alfombra; las tres damas se mantenían ocupadas con sus labores, felices; por el mirador, se veía el mar en calma; a Jane le brillaban los ojos, cariñosos y amables. Menudo grupo.

—Y si se viese obligada a buscar un nuevo empleo —mencionó Henry como si tal cosa—, ¿qué sitio escogería?

—¿Escoger? —Lo miró sorprendida. Como si fueran a salirle ofertas de trabajo de debajo de las piedras. Ay, qué fácil era ser un gran hombre de mundo, protegido de todo tipo de mezquindad—. Imagino que tendría que ir allí donde me quisieran.

—¿Londres, supongo? La ciudad sería un buen lugar para usted. Cerca de sus amistades...

—¿Las amistades de la señorita Sharp? —Cassandra mantuvo la cabeza baja mientras medía el algodón.

—Sí, la señorita Sharp sí que tiene amistades de lo más amable, a las que yo...

La mayor de las hermanas alzó la mirada y entornó los ojos.

—Cuánto me alegro —intervino Martha—. Necesitamos amigos, ¿a que sí? Sin estas queridas damas, no sé qué sería de mí. Espero, señorita Sharp, que también usted sea beneficiaria de tanta generosidad algún día.

Pese a que la mujer lo había dicho con buena intención, Anne no pudo evitar irritarse, pues de aquellas palabras infería que ambas eran una especie de animales abandonados, desesperados por hallar un refugio y un cuenco de leche. Tal vez aquella era la percepción que tenía Martha de sí misma, pero ella aún no había caído tan bajo.

Entretanto, Cassandra abandonó su labor, se aproximó a la mesa y tomó papel y pluma.

—Voy a escribir a la señora Austen, en favor de la señorita Sharp, para reiterar lo que ya le hemos dicho anteriormente: una institutriz excelente... Una influencia sin igual... Todos los beneficios que ha aportado a su hija... Qué afortunada es la señora... —La miró—. A fin de cuentas, nos hemos esforzado mucho para que esa pobre cabecita se curara. Sería una pena que hubiera sido en vano.



—¿De verdad está preocupada por Godmersham Park? —le preguntó Jane mientras paseaban por el campo.

—No sé por qué le sorprende. Ya se lo de dicho: sería un error que me confiara...

—Bueno, tal vez el cambio fuera para mejor —comenzó Jane—. Y creo que ha llegado el momento de que anuncie mi nuevo plan.

—¿Eh? —Anne se paró en la última de las casitas, con el corazón latiéndole conta las costillas.

La menor de las Austen se volvió hacia ella y sonrió.

—Ya me ha oído decir que somos una caravana y un grupo variopinto. Anne —sonriendo—, ¿por qué no viene a vivir con nosotras? Mi madre es consciente de las ventajas que supondría y Martha nunca pondría objeción alguna...

—¿Y su hermana? —preguntó, pese a que conocía la respuesta.

—Creo que es posible —recalcó— persuadirla, con el tiempo.

Anne permaneció quieta en silencio, mientras ataba todos aquellos malditos cabos.

—Jane, es muy amable y le agradezco todo lo que ha hecho por mí. No hay nada que me gustara más que pasar todos los días de mi vida con usted —dijo al fin.

La más joven de las Austen no dejó ver que aquellas palabras se pasaban de pasionales.

—Entonces, ¿acepta? —preguntó alegre.

—Con gratitud y respeto infinitos, he de rechazar la oferta. —Anne suspiró, pensando en el amor ardiente que le profesaba a aquella mujer, y dijo—: Me he encariñado mucho con usted. —Ojalá pudieran vivir las dos solas—. Pero no estoy habituada a vivir con tanta gente, o quizá no valga para ello. —No tenía pensado acabar en la periferia, al igual que la pobre Martha—. Las familias numerosas me son del todo ajenas. —Y tampoco estaba dispuesta a compartir a Jane con nadie—. Y si hace falta que persuada a su hermana hasta la saciedad, entonces prefiero dejar las cosas como están.

—¡Oh! —Por un instante, Jane pareció algo incómoda—. ¿Está segura? Pensaba que era la solución perfecta. Y, en cuanto mi hermana, estoy segura de que...

—No —respondió con firmeza. Recobró parte de la compostura y reanudó la marcha—. Es, efectivamente, la solución perfecta para cualquier mujer, menos para mí, por desgracia. Me he acostumbrado a mi estilo de vida. Me gusta ganarme la vida por mí misma. Mientras pueda quedarme en Godmersham, nos veremos con frecuencia.

Si su interlocutora se sentía decepcionada, pareció sobrellevarlo sin problemas.

—A fin de cuentas, es una institutriz excelente. Si al final la obligan a que se vaya, tenga por seguro que no tardará en encontrar otro empleo. —Jane la agarró del brazo para tirar de ella (aún tenía las piernas algo débiles) y, con un afectado tono narrativo, dijo—: Sueño con que termine en la casa de un hombre soltero... al que pueda embrujar... —Hizo una pausa antes de añadir—: De verdad, Anne, tiene el potencial para embrujar a cualquiera...

No soportaba tanta imaginación, aquello era demasiado.

—¡Señorita Austen, se lo pido por favor! —protestó en voz demasiado alta—. No soy una

heroína insulsa de novela romántica. No me interesan los hombres, estén solteros o no.

—¡Venga ya, Anne! Lo decía en broma. Y, por cierto, ¡mis heroínas no son insulsas!

—Perdone —murmuró, plenamente desmoralizada—. Me refería a las mías, claro está.

—¡Claro está! Pero, volviendo a mi argumento, esas cosas sí que pasan. Un viudo, quizá, que no sepa qué hacer con su fortuna, y con hijos (que sean pocos, eh; uno solo sería lo ideal) que necesiten que los pongan en su sitio. Y, luego, ya habrá tiempo de sobra para darle al buen caballero más hijos, si le apetece.

—Dios me libre —contestó Anne, airada—. ¡Antes me meto en un convento!

Jane se echó a reír, encantada.

—Entonces, ¿no quiere tener hijos?

—Oh, me gustan los niños, desde luego. Adoro a Fanny. Y, por supuesto, al pequeño Charles.

—Ay, Charles es un encanto. ¡Seguro que nos echa de menos!

—Pero, por el motivo que sea, nunca me he imaginado siendo madre. Y la idea de tenerlos —enfaticó Anne, haciendo una mueca—, todo eso por lo que hay que pasar...

—En eso estamos de acuerdo. Todo eso es un verdadero incordio —respondió, con cierto fervor—. La desalienta a una. Y, además —añadió, tomándola del brazo otra vez—, nosotras ya tenemos hijas: ¡sus obras de teatro y mis novelas!

Anne soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

—No tengo nada claro que *Virtud recompensada* o cualquier otra cosa que escriba llegue algún día a ser lo bastante buena como para que se publique. —Le tomó la mano entre las suyas—. Pero usted, querida mía, usted tiene futuro.

*Síguelo y haz las paces con él.
Aún no nos ha hablado del capitán;
cuando se descubra, en el momento de oro,
se oficiará la unión solemne de nuestras
queridas almas. Entretanto, dulce hermana,
no partiremos de aquí. Cesario, ven;
pues así serás mientras seas hombre,
pero, cuando te veamos con otras ropas,
serás amante de Orsino y de su amor reina.*

Habían llegado al final de *Noche de reyes*, lo que la había dejado bastante cansada. Dejó el libro en el regazo y se frotó los ojos. Interpretar tanto a Viola como a su hermano gemelo, Sebastián —o sea, cortejar exitosamente tanto a Henry como a Jane— había resultado ser una tarea ardua. Sin embargo, para los demás la velada había sido maravillosa.

—¡Un pasatiempo estupendo! —gritó Henry, golpeándose los muslos—. Creo que todos nos hemos superado de un modo más que admirable.

—No hemos estado mal, hermano. —Jane estiró las piernas y los brazos y cambió de postura en el asiento—. Pero tienes que admitirlo: la señorita Sharp está a otro nivel.

Henry sonrió con valentía. Anne lo miró a través de las pestañas. No mostró desaprobación,

pero, desde luego, lo de quedar el segundo tampoco le gustaba.

—La participación de la señorita Sharp en estas actividades no tiene precio. Cuánto nos hemos divertido en los últimos meses. ¡Y esta es su última noche! Qué lástima. —La señora Austen toqueteó la silla donde se sentaba por uno de los lados, en busca de las lentes—. Me ha gustado que se haya ampliado nuestro círculo. Como en los viejos tiempos.

Cassandra se levantó, cruzó la estancia en dirección a su madre y rebuscó entre los cojines.

—¿No te acuerdas, mamá? Jane prefiere los triángulos —recalcó la última palabra.

Anne se puso de pie.

—Creo que saldré a tomar el aire una última vez.

—¡Hala, mamá! —Cassandra dio con las lentes y se las colocó a su madre—. Así mejor. Ahora ya ves.



A solas en el patio, Anne se arrebujó en el chal para protegerse del frío; halló el pequeño castaño y se recostó contra el tronco, desde donde, torciendo el cuello solo un poco, podía ver el agua color índigo, así como la senda plateada que revelaba la luna llena.

Pero ¿volvería a ver todo aquello alguna vez? Era una pregunta imposible de responder, pues había llegado hasta allí gracias a una curiosa cadena de acontecimientos que jamás volvería a repetirse. Se había enamorado de tantas cosas: del mar, de la arena, de los cielos que había aquí; de aquellas personas queridas, de lo más queridas, y la mente maravillosa de todas ellas. Le dio un escalofrío. Las emociones de la jornada, además del estrés de la función, habían despertado en ella aquella energía tan extraña, que le resultaba inquietante. La embargaba un anhelo que no lograba identificar ni sabía cómo satisfacer.

Comenzaron a formársele lágrimas de pura frustración que no pudo contener. Cuánto ansiaba tener a alguien a su lado que le tocara el brazo, que le susurrara unas palabras. Daba igual quién fuera. Necesitaba que alguien le diese su cariño...

Pero se quedó ahí sola, contando pacientemente cada una de las olas que se precipitaban desde la vastedad del mar hasta llegar a casa, a la orilla.

CAPÍTULO 39



—**BIENVENIDA, SEÑORITA** Sharp. —Elizabeth cruzó el recibidor sonriente, ofreciéndole ambas manos—. Cuánto nos alegramos de que haya vuelto a casa con nosotros. A ver, déjeme verla. —Se echó hacia atrás—. ¡Qué cambio más extraordinario! ¡Se percibe al momento! Señorita Sharp, está curada —enfaticó.

La institutriz admitió que así era como se sentía.

—¿Y no es un milagro? —volvió a enfatizar.

Anne respondió que algo así debía de ser. Volvió a dar las gracias por lo generosos que habían sido con ella, hizo hincapié en lo sabio que había sido el plan de su señora, notó, por la forma en la que esta ladeaba la cabeza, que se esperaba de ella que siguiera hablando y así lo hizo. Añadió, por si acaso, algún que otro superlativo extra. Tras pasar la prueba, se volvió hacia los demás, que aguardaban en fila para darle la bienvenida.

Se alegró de ver a Fanny y le encantó —alivió— que la recibiese con cariño. La emocionó, además, el trato del personal: la señora Salkeld, estuvo de lo más afectuosa; Johncock, el mayordomo, se comportó de un modo respetuoso y correcto. Sally y Becky peleaban entre susurros por tener el honor de ser la que fuese a deshacer su equipaje.

La aprensión la había acompañado en cada etapa del viaje. ¿Aún sería bien recibida? ¿Seguiría alojada la señora Chapman? ¿Se habrían olvidado todos de ella? ¿Había sido una locura rechazar la oferta de Jane? Ahora podía desechar todos aquellos pensamientos lúgubres. En Godmersham Park, todos eran un encanto.

Anne, Fanny y las sirvientas se pusieron a recoger sus bártulos —Elizabeth volvía al salón— cuando las sorprendieron los ruidos propios de una riña seria. Gritaban frases como «¡serás estúpido!» o «pero ¡tú eres tonto!» a un volumen tal que atravesaban la sólida puerta delantera.

La señora Austen se volvió con cara de espanto.

—¿Qué diantres está pasando?

El señor Johncock abrió la puerta y las mujeres se acercaron para ver mejor. Anne vio a un caballero, de unos treinta o cuarenta años quizá, bien vestido, pero no muy agraciado. Tenía unas facciones duras de por sí, pero aquella furia que lo poseía lo afeaba incluso más. Un sirviente, acobardado, asustado por miedo a recibir un golpe, se encorvó junto a un gran carruaje.

Los espectadores del recibidor se morían de curiosidad. Se enteraron de que había habido un

malentendido con la hora. El caballero decía una cosa y su sirviente otra: había habido un desfase de una buena media hora, pero no llegaron a aclarar si llegaban tarde o temprano. Sea como fuere, al señor no había forma de calmarlo. El señor Johncock cerró la puerta de nuevo y miró a su señora.

—Ejem. —Elizabeth se recompuso—. Parece que ha llegado nuestro invitado para la cena. ¿Johncock? —Sonaba de lo más aprensiva—. Será mejor que lo dejemos..., eh..., terminar el..., eh..., la discusión antes de recibirlo. Seguro que ha sido un malentendido sin importancia, aunque parezca otra cosa. Todo el mundo a sus puestos.

Vaya drama, pensó Anne mientras subía las escaleras, ¡y qué bendición! Había prometido escribir a Jane en cuanto llegara, pero no quería aburrirla con los detalles de su viaje: ahora ya tenía algo que contarle.

Llegó a su alcoba, seguida por las sirvientas y por su baúl, pero la señorita Harriot Bridges se le había adelantado.

—¿Qué le parece? —La joven, engalanada con un vestido de seda del color de la medianoche y bordado con adornos plateados, dio unas vueltas sobre sí misma entre las dos camas, adoptando unas posturas que había visto en un libro.

—Maravilloso —dijo Anne, algo emocionada—. De verdad. —Cruzó la estancia y tocó la tela—. Es de las cosas más hermosas que he visto jamás. —Y quizá un poco demasiado para cenar en aquella casa, ¿no?— ¿Es que va a haber alguna celebración especial? Oh, buenos días, por cierto.

—¡Sharpy! Perdona, estoy tan contenta de que haya vuelto con nosotros que me he olvidado de las formalidades. ¿Cómo está? —Le tomó las dos manos y la miró a la cara—. ¡La he echado muchísimo de menos!

¡Ay, Harriot! Anne le devolvió la sonrisa. Era siempre la mejor de las amigas cuando Henry no estaba.

—Tiene buen aspecto. Un aspecto fantástico, de hecho. Sharpy, ¡será pilla! ¡Ha recuperado el color! ¿A qué anda? No me lo diga: ¡se ha enamorado!

—Señorita Bridges, se lo pido por favor —la regañó—. Simplemente he descubierto lo bien que me sienta bañarme en el mar. —Luego, se acordó de la doncella, que la contemplaba embelesada, cual espectadora de una comedia de salón—. Gracias, Sally. ¿Te parece bien que deshagamos las maletas un poco más tarde?

La vieron salir con reticencia.

—Bueno, ¿tendrá a bien decirme a qué se debe todo este esplendor? —Anne señaló el vestido; su propietaria hizo una pirueta—. ¿Va a venir el rey a cenar o qué?

Harriot soltó una risita y se sonrojó.

—El rey no, Sharpy, pero... —mordiéndose el labio— ¡alguien que quizá sea pronto mi príncipe! —Se sentó en la única silla que había, mirándose las faldas mientras se las alisaba—. Un caballero que ellos —recalcó— tienen en mente para mí.

—¡Señorita Bridges, qué emoción! —Anne se encargó de su baúl—. Me alegro por usted. Cuénteme todo lo que sepa. Entiendo que ya ha tenido ocasión de conocerlo.

—No exactamente —se vio obligada a admitir—. Una vez, hace años, eso dicen, pero yo aún

era una niña. —Se contoneó en el asiento—. Y, en cuanto a lo que sé de él, es todo muy, pero que muy prometedor. Su padre es el arzobispo de Canterbury (¿no le parece increíble, señorita Sharp?) y él mismo es también clérigo, claro está, pero no me importa, porque tiene la diócesis de Wrotham. ¿La ha visto? Una de las mejores casas de la zona.

Anne desempaquetó sus libros mientras se enteraba del resto de la historia: era viudo.

—No es lo ideal, lo admito, pero tal vez así sea mejor, ¿no cree? Ay —un suspiro—, no sé, pero es viudo. No hay nada que hacerle. —Harriot hizo una pausa para reflexionar antes de proseguir—: Tiene solo un hijo, lo cual es un alivio, que una no está para hacerse cargo de toda una recua de niños, al fin y al cabo. Y es una niña, cosa que me da cierta ventaja.

Anne ordenó sus artículos de escritura en la mesa.

—Me parece que ya lo tiene usted decidido, pero, señorita Bridges, ¿y si le parece desagradable? Espero que no se precipite.

Harriot se puso en pie.

—Oh, no se preocupe, que he decidido que me va a gustar. Ellos —volvió a recalcar— me han convencido. Ha llegado el momento. Se acabó lo de ponerse quisquillosa. Sharpy, ¡voy a entregarme al Destino! Deséeme buena suerte.

—Señorita Bridges, le deseo toda la suerte del mundo —Lo decía en serio—. Espero que él sea perfecto. ¿Cuándo llegará? Puedo espiarlo desde la ventana y ver si se merece mi aprobación.

A Harriot le dio un pequeño escalofrío.

—¡Creo que ya ha llegado! ¡Con media hora de antelación! Pero no es nada malo: más vale pronto que tarde. Eso digo yo siempre. —Revoloteó hasta la puerta.

Mientras la observaba marcharse, la pena le inundó el pecho. Cuando las grandes potencias del mercado del matrimonio se proponen conspirar contra nosotras, es difícil escapar. La muchacha no tenía ninguna posibilidad.

CAPÍTULO 40



Mi querida Anne:

Su carta llegó tan rápido que mi madre no había ni terminado de enumerar los obstáculos que debió de encontrar en su viaje y se le acabó la diversión cuando recibimos noticias de que había llegado sana y salva. «Sintió» que la habían privado de todo un día de dulce ansiedad, pero «nosotras» quedamos encantadas.

Y, en cuanto al contenido de su misiva, ¡nos hemos quedado de piedra! Qué puedo decir salvo que lo siento por Harriot. No me puedo creer que ese tal señor Moore sea su «única» opción, y solo espero que se comporte con más amabilidad con su esposa que con sus criados, aunque ¿hay acaso mejor forma de juzgar a un hombre que por lo grosero que es con estos últimos? Por mucho que quiera a Harriot, ya he decidido que no me va a gustar. Mi buena opinión, una vez perdida, es difícil de recuperar. Tengo bastante claro que él no pondrá nada de su parte. En fin, ojalá la haga feliz, u ojalá ella se haga feliz a sí misma, como suele ser el caso entre nosotras, las mujeres.

Hace bien en imaginarnos junto a la chimenea, como siempre, pero hace mal en suponer que he logrado volver a bañarme desde su partida. Sin usted, querida amiga, no me apetece. Y hablando de apetencias: ¡mi hermano ya nos ha dejado! Se quedó inquieto con su marcha —desconocemos el motivo—, pero, sí, se ha ido. Y lo añoramos mucho, como la añoramos a usted, querida Anne.

Por favor, pónganos al corriente de las siguientes entregas de esta saga romántica y cuídese mucho, que cuando nos dejó se sentía muy bien y rogamos que así siga siendo.

Con mucho cariño para usted y para todos en Godmersham Park:

J. Austen



—¡Señorita Sharp, por favor! Haga el favor de mirarme.

Anne dejó de lado sus ensueños.

—Discúlpeme, señorita Crow. Me distraje con lo que están haciendo fuera. —Volvió a colocarse en su posición—. Ya está. Le prometo que no volveré a moverme.

—Ya, gracias. —La artista recolocó el pincel y miró a su modelo—. No tardaremos mucho. Me contratan por eso, ¿entiende? —Dio unas cuantas pinceladas—. Soy la más rápida de todo el este de Inglaterra. Ese es mi don.

Anne, a quien le costaba creer que la calidad del arte dependía de la velocidad con la que se finalizaba una obra, reprimió una sonrisa. Por los vagos recuerdos que tenía de cuando se sentó ante Reynolds, sabía que llevaba su tiempo. Claramente, a la señorita Crow le encantaría escuchar que los métodos del maestro eran muy inferiores a los suyos, pero, por desgracia, le había ordenado que cerrase el pico, como correspondía a una institutriz pudorosa.

Para su sorpresa, la popularidad de Anne en la casa había aumentado durante las dos semanas después de que regresara de la costa, pese a que se había preparado justo para lo contrario. Se había imaginado que, al volver a la rutina, se convertiría otra vez en parte del mobiliario del ático, pero parecía que los numerosos testimonios recibidos acerca de su excelencia, por parte de la familia más lejana, habían causado una impresión tan honda como duradera allí. Su señora seguía haciéndole favores: la invitaban a más cenas, a más juegos de cartas y, al hablar con los vecinos, se referían a ella como «todo un tesoro». Con frecuencia mencionaban todas las molestias que se habían tomado para que se curara y, cuando encargaron a la señorita Crow que retratara a todas las hijas de la familia, la señora Austen le pidió que también posara.

Eso la sorprendió bastante.

—¿Está usted segura, señora? No contaba con ello y sin ningún problema me...

—¡No diga tonterías, señorita Sharp! —Elizabeth volvió a hacer gala de aquel cariño encantador—. Es usted un miembro muy valioso de esta familia. Cuando las niñas hayan crecido y su trabajo aquí haya concluido, tendremos algo suyo para recordarla.

Y fue así como acabó sentada en la biblioteca, posando de mil maneras, lamentando en parte que le hubiesen concedido semejante honor, porque había mucho que hacer. Debería estar dando clase en la escuela aquella misma tarde, pues los niños habían empeorado en su ausencia. Tenía un montón de zurcidos pendientes y mañana era el día en que se hacía la colada. Quedarse quieta en aquella postura le resultaba cada vez más incómodo. Y lo más importante era que Harriot estaba dando un paseo por los jardines con el reverendo George Moore. Preferiría mil veces mirarlos a ellos que a aquella mujer cansina.

—¿Damos por concluida la sesión, señorita Crow? —preguntó con los labios fruncidos—. Voy mal de tiempo.

La retratista frunció el ceño.

—Debería ir terminando, es cierto, pero es usted un caso difícil, señorita. —Ladeó la cabeza—. Es como si le hubiese cambiado la forma de la cara desde la última vez que se sentó aquí. —Volvió a mirar el papel—. Qué extraño. Le he dibujado el rostro ovalado, pero ahora lo tiene completamente redondo.

—Extraño de verdad. —Anne hizo caso omiso a lo que entrañaba aquella observación—.

Quizá debería escoger una sola forma y seguir adelante. —De verdad que tenía que marcharse.

Cuando al fin la liberó, Anne le dio las gracias, echó un vistazo al esbozo —no se parecía en nada a ella, por supuesto— y se dirigió a la ventana: la señorita Bridges y el reverendo habían vuelto y se dirigían hacia la casa por los arbustos. Anne centró toda su atención en sus figuras: él le estaba dando su opinión; ella lo escuchaba, embelesada. Era un hombre de andares sosegados, lo cual, teniendo en cuenta su complexión, no era una sorpresa; llevaba una pesada carga al frente, una gran esfera: parecía que aquella barriga era un general que se iba abriendo paso y la pareja, la tropa que lo seguía.

Más sorprendente era la actitud de Harriot. Anne se quedó en pie varios minutos, pero no la vio reír ni tan siquiera sonreír: parecía que solo asentía, mostrándose de acuerdo en todo. Solo la había visto así de seria una vez; cuando temía por la vida de su querida hermana. ¿Qué había sido de aquella alegría, de aquella joven veleidosa? Recordó la tarde junto al río, bajo el sol, a la muchacha que había perseguido a Henry, eufórica y desenvuelta.

Obviamente, en su momento lo había criticado, pero ahora se dio cuenta de que lamentaba que aquello fuese cosa del pasado y la sorprendió lo rápido que había cambiado todo. Tras unas cuantas cenas, un paseo ocasional —y las atenciones de un clérigo entregado—, Harriot se había transformado. Era un progreso natural, pero, según lo veía ella, se había invertido el orden de forma antinatural, como si una hermosa mariposa se hubiese convertido en larva.

Con un suspiro, se apartó de la ventana. Ya no podía seguir mirando, pues aquellas tristes vistas le hacían daño a los ojos. ¿Estaba llorando? No podía ser. Se llevó un dedo a la mejilla, para ver si estaba mojada. Seca, pero parecía que tenía la visión algo distorsionada...

Le bajó la tensión. No, por favor, que no sea lo que... Pero, de repente, lo tuvo muy claro. La señorita Crow se había fijado en que se le había hinchado la cara. Estaba irritable e inquieta. Lo de los ojos fue la prueba definitiva.

Otra vez le dolía la cabeza.

CAPÍTULO 41



—**AH, BIEN**, señorita Sharp. —Elizabeth alzó la mirada de la carta que estaba leyendo y señaló una silla—. Gracias por venir. Haga el favor de tomar asiento.

Anne se sentó.

—Bueno, como seguramente esperaba, Fanny me ha informado de este inconveniente.

—Desde luego, señora. —En realidad, no se lo esperaba del todo, pues, tras haberle implorado a su pupila por todos los medios que, solo por una vez, le guardase el secreto, esperaba que así lo hiciera—. Y, por favor, deje que me disculpe. He hecho todo lo posible por no molestarla...

Aquello era cierto. Pese al dolor, había resistido aquel instinto primitivo de andar de un lado a otro y se había acurrucado en una silla, mordiéndose la mano para amortiguar el llanto. Aun así, Fanny se había percatado, se había levantado, la había abrazado y acunado como una madre. Aquel cambio de papeles debería haberla humillado, pero fue un rayo de esperanza que le llegó en el momento más oscuro, pues, incluso en la cúspide de su agonía, había percibido en la niña pura empatía. Y aquello la satisfacía.

—La creo —dijo Elizabeth con aquellos amables ojos azules—. Creo que el dolor es tal que no puede disimularlo. —Suspiró, llevándose una mano pálida al pecho, también pálido—. ¡Oh, señorita Sharp! Qué decepción. Después de todo lo que...

—Lo entiendo, señora. —Anne dejó caer la cabeza, apenada y avergonzada—. Se ha esforzado tanto por mí, ha sido tan generosa... —Elizabethladeó la cabeza; Anne la elogió un poco más, volvió a lamentar su falta de valía y, luego, para que el mal trago pasara lo más rápido posible, añadió—: Así que entiendo que hayamos llegado al final de...

—¿Al final? —recalcó Elizabeth, enarcando las cejas—. Ay, por Dios, ¡no! Señorita Sharp, ¡le ruego encarecidamente que no me tome por una mujer que se rinde con tanta facilidad! —Se rio con dulzura—. Aún me queda un as bajo la manga.



El señor Lascelles se presentó en la casa la semana siguiente. La señora Austen, que apenas si

lograba contener la felicidad y el orgullo de contar con sus servicios, se lo describió como «una eminencia de la medicina». Desde las profundidades de la reverencia que Anne le hizo, contempló aquellos ojos saturninos y supo de inmediato que aquel hombre era un charlatán.

—Señor, esta es su paciente —dijo Elizabeth desde el diván—. Señorita Sharp, al fin nos sonríe un poco la fortuna. ¡El señor Lascelles ha desarrollado su propia técnica para tratar la misma dolencia que usted padece! ¿No es extraordinario? Ni me pregunte cómo he dado con él. Digamos que, tras buscar mucho, escribir muchas cartas y mover contactos... Cuando me propongo algo... Y, señor Lascelles, ¿cuál es su diagnóstico?

Mientras la mujer hablaba, el «médico» —con las manos en las solapas— anduvo en círculos a su alrededor mientras le miraba la cabeza.

—¿Me permite? —Estiró aquellos largos dedos que tenía y le señaló el cuello. Anne se apartó el cabello y se quitó el gorro para que quedase a la vista—. Ah, sí. —Le examinó la nuca—. La candidata perfecta. Señora, le doy mi palabra de que el tratamiento será todo un éxito.

Y, con ello, se confirmaron sus sospechas más oscuras. ¡Ningún médico serio afirmaría tal cosa! Los seres humanos no eran un producto manufacturado, programado para comportarse de manera uniforme. Ella tenía una cabeza única, al igual que el resto de su cuerpo lo era también: tenía sus rarezas, sus dolencias y sus reacciones. El señor Lascelles no tenía ni idea de cómo funcionaba por dentro.

—Son noticias maravillosas. —Elizabeth sonrió—. Y, señor Lascelles, ¿le gustaría empezar de inmediato?

—He dejado mis bultos fuera, junto con mi criado. —Se frotó las manos, cómo no. Ya se imaginaba que no prestaría sus servicios por amor al arte.

—Señor Lascelles, ¿puedo hacerle una pregunta? —Anne se volvió a poner la cofia para cubrirse el cuello—. ¿Cuánto durará el tratamiento? He de dar clase en la escuela esta tarde y...

—Ah, no. Señorita..., eh... —El señor Lascelles miró hacia el diván—. Sí, señorita Sharp. Aún no está al tanto de todos los pormenores. Aunque la operación *per se*...

¿La operación? De modo que no era un tratamiento... Anne comenzó a entrar en pánico.

—La operación llevará menos de una hora, pero sus efectos tardarán una buena semana en desaparecer. Pero no tema, señorita..., eh..., que la cuidaré personalmente los próximos siete días. Tengo la agenda despejada y mis instrucciones —otro asentimiento de cabeza en dirección al diván— habrán de seguirse hasta que se cure por completo. Bueno, con permiso, iré a prepararme.

Se quedó quieta, sin palabras, en la alfombra. ¿Es que no tenía ni voz ni voto? ¡No podía permitirse perder una semana con todo lo que tenía que hacer! No quería que aquel hombre le tocara ni un pelo y no se fiaba ni mucho menos de sus conocimientos. Tanto podía matarla como curarla. Ahora que se había quedado a solas con su señora, comenzó a protestar.

—Señora, esto es demasiado. ¡Lo que debe de costar! ¡Qué abuso! Si ha llegado a la conclusión de que la enfermedad que padezco afecta tanto a mi rendimiento, entonces, le ruego que me deje marchar. No me importaría quedarme hasta que encontrasen a una sustituta. De verdad que no puedo seguir aceptando sus...

—¡Querida señorita Sharp! —La señora Austen se levantó y la tomó de las manos—. Me

temo que no tenemos pensado dejar que se vaya. Es demasiado perfecta, querida mía (me he convertido en la envidia de todo el barrio, así como de toda la familia), y Fanny se ha encariñado muchísimo con usted. Sí, soy consciente de que traer a un especialista (me gusta el saber hacer del caballero, ¿a usted no?) es pasarse de la raya, pero ¡que así sea! Si es el precio que tenemos que pagar para retenerla, lo haremos con mucho gusto.



En su cuarto en el ático, Anne se sentó a la mesa y apoyó la cara en una almohada, como Carlos I en el cadalso. «¡Recordad!», susurró al exponer la nuca. Sally estaba sentada junto a ella, aferrándola de la mano, mientras, tras ellas, el señor Lascelles preparaba su poción mágica.

—Señor —dijo Anne contra la almohada—, ¿puedo saber qué está pasando?

—¡Pues claro! —Había desistido de tratar de recordar su apellido, que aparentemente era imposible de memorizar—. Veamos, en primer lugar, tengo que moler todo lo que necesito en el mortero: mostaza en grano, cantárida y demás.

—¿Y demás...? —Ojalá supiera que más contenía aquella pócima.

—Y ahora... —Se oyó un golpeteo; estaba mezclando los ingredientes—. Añado un poco de barro para conseguir una buena pasta. ¡Listo! Quédese quieta. Tengo que aplicárselo antes de que se endurezca...

Aquello olía a agrio y notó cómo le aplicaba algo frío y húmedo por el cuello. Y, luego, percibió el hedor y el chisporroteo propio de la carne quemada.

—¡No se mueva! —ordenó—. Tú, criada, ¡sujétala! Estamos en el momento crucial... ¡Ahí está! Al aparecer la ampolla, hay que usar la aguja. ¡Inmovilízala, muchacha!

Quería levantarse, pero ellos eran más fuertes.

Sally se puso a temblar, pues podía ver lo que estaba ocurriendo. Anne, cegada por la almohada, tenía una única sensación: que la atravesaban con una espada.

—¡Perfecto! —exclamó el señor Lascelles, mientras la paciente se desplomaba.

—¡Señor! —La curiosidad hacía mella en Sally—. Esa aguja es muy larga, señor. ¿Le ha llegado al cerebro?

—Una única punzada en la nuca puede liberar la presión que tenía acumulada detrás de los ojos... A ver, muchacha, necesito tu ayuda para suturar. —Hicieron una pausa, ajetreados—. Haz el favor de pellizcarle la piel... Cuanto más fuerte mejor. —Más agujas, más pinchazos, un tirón fuerte que le tiró del cuello.

Aquel nuevo dolor era diferente, si bien no menos violento que el de cabeza. Con cuidado, trató de sentarse; Sally la ayudó amablemente. Le daba vueltas el papel azul de la pared, de rayas cruzadas. Era como si bailoteara... De algún modo, con la firme ayuda tanto del médico como de la doncella, se las apañó para cruzar la estancia, tumbarse en la cama y tratar de buscar una postura cómoda.

El señor Lascelles se lavó las manos en la jofaina y la miró con aires de profesional.

—El dolor no remitirá en las próximas horas, no le voy a mentir. No obstante, puedo afirmar con cierta rotundidad que la operación ha sido todo un éxito.



Durante seis largos días, yació postrada en la penumbra; durante seis largas noches, no dejó de dar vueltas en la cama. A solas con su dolor, su único estímulo y consuelo eran la habitación y los objetos que en ella había, ahora queridos y conocidos. Aquellos preciados libros en el escritorio, aquella pequeña chimenea que alumbraba la estancia, encima de la cual todavía estaba la lámina de la parábola. «Pues nada hay secreto que no haya de descubrirse, como tampoco hay nada oculto que no haya de conocerse y salir a la luz». Aquellas palabras la ensimismaban y le perforaban el alma. ¿Había perdido la cordura por la fiebre o había iluminado la luz del Señor las profundidades de su ser? Tenía la certeza de que en su pobre y malherida cabeza se había asentado una nueva claridad.

Al séptimo día, el señor Lascelles hizo acto de presencia en su alcoba para la última consulta, junto con la señora.

—Señorita Sharp, ¿se ha convertido usted en una criatura nocturna? ¡Ya no es de noche! — Anne percibió cierto toque de humor en la voz de Elizabeth—. Sally, haz el favor de apartar las cortinas. Así mejor, ¿no?

Anne, molesta por la luz, hizo una mueca. El empapelado comenzó a temblar y se mareó, volviendo el rostro hacia la pared.

—Dios me valga, señorita Sharp. —La señora Austen se aproximó a la cama para mirarla—. ¿Qué sucede? ¿Está enfermando de otra cosa?

Con no poco esfuerzo, Anne se sentó, abrió los ojos y trató de sonreír un poco.

—Ni mucho menos, señora. Gracias por venir... Siento no estar presentable... Lleva usted razón... Me he dejado estar en la cama...

La mujer alzó una mano.

—Por favor, no se disculpe. El señor Lascelles ya me ha advertido de que podría encontrarse usted un poquito incómoda. No es de extrañar, después de todo, pero el precio ha valido la pena, creo. ¿No es verdad, doctor?

—Oh, claro que sí —habló con tal entusiasmo que Anne se preguntó en qué «precio» pensaba él: ¿en el dinero recibido o en el dolor que ella había padecido?—. Bueno, señorita..., eh...

¡Una semana! El resentimiento se apoderó de ella. Toda una semana de pinchazos y de darle tratamiento y aquella eminencia era incapaz de recordar cómo se llamaba.

—Permita que la examine una última vez, antes de darle el alta. Échese hacia delante, por favor... Excelente... Mire, señora, este cardenal que tiene aquí... —Le pinchó en el cuello—. Aunque parezca igual de amoratado e hinchado, debemos de interpretarlo como una buena señal. Las suturas están bien sujetas y, cuanto más firmes estén, menos presión habrá en la cabeza de..., eh..., nuestra paciente. De modo que mi consejo es dejarlas donde están tanto tiempo como sea posible: meses o incluso años; sería lo más eficaz.

Así que, ¿debía llevar ahí aquel hilo gordo tan protuberante el resto de su vida?

La señora Austen le estaba dedicando una sonrisa orgullosa, dichosa.

—Entonces, ¡son buenas noticias!

El señor Lascelles ya estaba en el escritorio, cerrando su maletín.

—Señora, así es, y se lo digo con gran satisfacción. Las jaquecas son una cuestión endiablada y estoy orgulloso de haber hallado durante mi carrera esta solución ingeniosa. —Contempló a Anne—. Y, si se me permite el comentario, señorita, es usted muy afortunada de trabajar para una señora tan generosa, tan abierta de mente.

Mientras Elizabeth se regodeaba con su comentario, Anne se sintió obligada a responder:

—Le doy las gracias, señor, y a mi señora también, por todo lo que han hecho. Estoy agradecida por la amabilidad tan extraordinaria con la que me han tratado.

CAPÍTULO 42



Mi querida Anne:

En primer lugar, le pido que nunca piense que es un incordio. ¿Quién entre nosotros no lo ha sido en algún momento? A excepción de mi hermana, claro está, que de manera muy noble soporta cualquier carga sobre los hombros. Nos afligimos sobremanera cuando nos enteramos de que su dolencia había vuelto, pero la única que se sorprendió de verdad fue mi madre. Confía ciegamente en quienes se hacen llamar «médicos» —pese a que todas las pruebas puedan indicar lo contrario y aunque lo haya visto con sus propios ojos—. La sola idea de que hayan pagado por una operación fue suficiente para que creyese firmemente en que se curaría. Pero yo no esperaba tanto de ese «médico» y, por una vez, me atormenta tener razón. Que, para empezar, haya tenido que someterse a semejante tratamiento y que no haya cambiado nada.... Ay, mi pobre Anne. Lo siento muchísimo por usted. Todas nosotras lo sentimos.

No mencionó cómo reaccionó la señora Austen ante este último y lamentable suceso, pero eso es precisamente lo que nos encantaría saber. Nos dijo que ha vuelto a tomar las riendas de la casa hace poco, cuando el señor y la señora Austen se ausentaron, lo que, seguramente, debe de decir mucho en su favor, pero, por otro lado, si Fanny ha vuelto a instalarse en su habitación y si le duelen los ojos... Por favor, escríbanos de inmediato y cuéntenos las consecuencias o, por lo menos, las que usted cree que serán las consecuencias.

Pasar otra Navidad en Godmersham Park ha debido de ser una delicia, pues ahí lo hacen todo muy bien y, sin duda, los niños debieron de estar tan encantadores como siempre. Fanny me dice que usted fue la estrella de las charadas y que cantó de maravilla, lo que no me sorprende, pero le ruego que recuerde mi mandato: no haga gala de su perspicacia. ¡Raciónela! Las porciones más pequeñas llegarán más lejos.

Nosotras pasamos la Navidad, la primera desde la triste muerte de nuestro padre, en oportuno silencio. A decir verdad, no sabíamos qué hacer sin aquel gran faro que nos guiaba, pero he entendido que así es como nos pone a prueba la vida: debemos

encarar los cambios con ánimo y ajustarnos a ellos con sabiduría. Lo que me lleva al quid de la cuestión de esta carta.

Si de verdad ve que ya no la necesitan en Godmersham, le digo, ahora en nombre de toda mi casa, con plena autoridad, que la recibiríamos aquí con los brazos abiertos.

*Su amiga, que la quiere:
J. Austen*



—Señorita... ¡Señorita! ¡Dios santo! Pero ¿qué le han hecho?

Anne, con la cabeza descubierta —el gorro le rozaba la cicatriz—, se sobresaltó y alzó la cabeza del escritorio del aula.

—¡Señor Austen! —gritó. Y, ¡ay!, estuvo a punto de llorar de verdad ante la dulce visión de su persona—. No le esperábamos hasta la noche.

—Mi querida dama. —Henry cruzó la estancia y se sentó en la silla de enfrente—. Ya es de noche. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo?

Desorientada, miró por la ventana: ya había oscurecido. Las velas estaban encendidas, por lo que debía de haber entrado alguna sirvienta, pero ella no se había despertado. De verdad, ya era hora de recuperar su vida.

—Dígamelo ya: esa herida que tiene en el cuello... —Por una vez, aquellos ojos brillantes no se reían, sino que mostraban inquietud—. No tendrá que ver con el médico del que he oído hablar. ¡Me niego a creerlo! Si han pasado semanas desde...

—La culpa es mía, señor, estoy segura. El señor Lascelles insistió en que, a estas alturas, ya debería estar bien —comentó, cuidando muy mucho de no decir nada que pudiera sonar a queja—. De hecho, sí que me encuentro mejor. Seguro que estoy mejor. Sí, estoy de maravilla. Desde luego, hay signos indiscutibles de mejora.

Henry se recostó en el asiento para contemplarla y estiró aquellas largas piernas que tenía; uno de los pies le rozó uno de los suyos. Anne se quedó quieta como una estatua, sosegada por el roce, conmovida por la caricia.

—Señorita Sharp, sí que he detectado —estudiándola con atención— que, por primerísima vez, no está usted disgustada al verme.

Anne no respondió.

—¡Ajá, tengo razón! —Se enderezó en el asiento y exclamó, triunfal—: ¡Por fin he ganado! —Volvió a recostarse, contoneándose—. ¿Sabía que incluso llegué a pensar que no pasaría nunca? ¡Ja! —Dio un golpecito a la mesa del aula.

—Señor, habla usted como si estuviésemos participando en una competición deportiva de la que ha salido victorioso.

—Porque, señorita, así me lo parece a mí. ¡Un juego eterno! ¡La presa más ingeniosa! Dígame —entornando los ojos—, ¿qué ha pasado para que haya cambiado de idea?

—Tanto me desconcierta este comportamiento infantil que ni me acuerdo —contestó Anne con delicadeza.

Pero lo sabía, lo sabía en lo más hondo de su corazón. No había cambiado de idea desde el día en que lo conoció.

—Ah, señorita Sharp, es un placer discutir de nuevo con usted y regresar a Godmersham Park para el Año Nuevo. Primero cuénteme todo lo que ha sucedido y lo que está por venir.

—No nos ha pasado gran cosa, señor. Déjeme que lo piense. ¿Qué novedades tenemos? —Trató de pensar en asuntos más alegres que su drama médico—. Oh, ya se habrá enterado, claro, del feliz noviazgo de la señorita Bridges.

—Algo he oído. —Enarcó las cejas—. ¿Y qué sabemos del tal reverendo Moore? Espero que haya algo de amor. ¿Es atractivo?

Eso no era algo que ella debiera juzgar.

—Ella lo encuentra atractivo, creo.

—¿Es de trato fácil?

Sincerarse, en aquel caso, arruinaría el momento.

—La señorita Bridges parece muy contenta.

—Un matrimonio decente, entonces, cree usted: ¿cumple con todas las expectativas de la amiga de la dama en cuestión?

—Oh, no me cabe duda. —Anne le devolvió la mirada—. Dicen que su casa de Wrotham es de las mejores de la zona.

—¡Ja! —exclamó, alegre, y luego se puso más serio—. Pobre y querida señorita Bridges. Bueno, seguro que sacará todo el provecho que pueda. Va a unirse a nosotros, o eso creo: un hurra final antes de que se despose.

—No sé yo si estará para muchos hurras, señor —lo avisó Anne—. Ha cambiado mucho.

—Mmm. —Torció las comisuras de la boca—. Era inevitable, ahora que lo pienso. —Asintió en señal de aceptación—. Pero es una pena. Ella y yo nos divertimos, sí... Bueno. —Digirió aquello con rapidez y lo despachó de manera rotunda, nada de penas—. ¿Y qué nos depara el futuro?

Anne colocó los brazos en la mesa, se inclinó hacia él y le contó su secreto.



Las últimas semanas de la navidad no fueron fáciles. Cada vez le resultaba más evidente que había perdido su estatus de tesoro de la casa y que se había convertido en una decepción: una ingrata que, aun habiendo sido bendecida con una cura, se negaba a recuperarse; una sirvienta que les costaba una pequeña fortuna y que a cambio les ofrecía muy poco.

Con cada día que pasaba, percibía que su señora se volvía más fría. Hacía lo que podía, por supuesto —fingía que estaba recuperada, hacía como que se encontraba bien—, pero no podía engañarla, lo que hacía que la mujer se sintiera insatisfecha y que, cuando le veía la herida, se envarara: la manera en la que la institutriz entrecerraba ahora los ojos cuando los fijaba en objetos lejanos le parecía poco menos que elegante.

Se quedaba en el ático todo lo posible, pero, en aquellas ocasiones en las que Elizabeth no podía evitar reparar en su presencia, notaba que la que una vez fue su cariñosa señora ahora volvía la cara y soltaba un suspiro.

No le quedaba otra que sacar todas sus armas para volver a ganarse a todo Godmersham.



Admitió solo tres cómplices en su plan: Henry y la señora Salkeld, el ama de llaves, y Sackree, la niñera, ambas firmes aliadas suyas, que se encargaron de los disfraces. Cuando no salía a cazar o a andar a caballo, o cuando no se dedicaba a jugar a las cartas o a entretener al vecindario, Henry se ponía a dirigir los ensayos con todos los niños. En cuanto a lo demás, toda la responsabilidad de la función recaía en ella. No podía escatimar en esfuerzos ni correr ningún riesgo: la función debía ser impresionante o no se salvaría.

En aquella nueva versión, *Virtud* había cambiado mucho. No estaban las primas para interpretar a los personajes femeninos, pero, como los niños mayores habían vuelto a casa de vacaciones, Anne había añadido nuevos personajes para incluirlos en la obra. Aquellos jovencitos necesitaban la influencia civilizadora de una representación teatral en casa; les vendría bien parar un rato, por extraño que fuera, de matar cosas. La fauna local se merecía un descanso.

El texto en sí lo había modificado en Worthing, cuando se ponía a trabajar con Jane, y, aquella vez, estaba plenamente satisfecha con lo que había escrito. No era, bien lo sabía, una obra de particular ingenio, pero, como principiante que era, daba la talla. La duquesa de Saint Albans —aquel era el momento estrella de Fanny— seguía siendo la heroína, pero ahora tenía hombres —hombres viles— contra los que pelear, pues estaban desesperados por hacerse con su territorio. Haciendo caso omiso a las advertencias de Jane, había colado una buena dosis de perspicacia, que había embargado todo el texto, pero ¿y qué? Ella era así, de modo que, ¿por qué fingir que no era el caso? Tenía que desplegar todas sus dotes.

A Fanny le costaba digerir muchas partes de la obra.

—¿«Pelotón monstruoso»? —Arrugó la naricilla—. Pero, Anny, ¿por qué un buen caballero llamaría «monstruosas» a las damas? Me parece rarísimo.

Reacia a dar malas noticias a un ser inocente, se limitó a contestar:

—La última vez, Fanny, tú eras un hada (como, sin duda alguna, recuerdas) que hacía realidad deseos descabellados, se desvanecía por arte de magia y protagonizaba todo tipo de sinsentidos. ¿A ti eso te parecía más creíble? —Volvió a colocarla en su lugar—. Oye, que es pura ficción. Estamos aquí para entretener a la gente, nada más. Venga, otra vez: desde el comienzo de la escena.

Tan diferente era el resultado que tuvo que cambiarle el título. El 4 de enero de 1806, se estrenó *Orgullo castigado* en la biblioteca de Godmersham Park.



Como la vez anterior, Anne miró la obra encogida en el marco de la puerta, pero aquella vez

disfrutó de cada segundo. Los criados parecían apreciar aquella obra más fornida tanto como la anterior versión, más enclenque. Quizá lo que les interesaba era la velada de descanso más que el contenido, pero los fuertes gritos de «ooh», «ah» y «fuera» eran lo único que le importaba. Los vecinos y los invitados ocupaban las primeras filas, con Henry justo en el centro. De vez en cuando, debía admitir que se estiraba un poco para ver cómo reaccionaba. Por supuesto, el hombre estaba tan encantado como Sally y Becky. La única a la que no podía ver era a la señora Austen, que había aceptado amablemente ofrecer acompañamiento musical, por lo que su semblante permanecía oculto tras el piano.

Independientemente de si la función había sido un éxito o no, Anne ya había decidido atribuirse todos los méritos: esta vez necesitaba reconocimiento público; de ahí que, al terminar la última escena y comenzar la ovación, el pequeño Charles —tal y como habían ensayado— la llevara a rastras hasta el escenario. Fingió que se resistía antes de hacer una modesta reverencia hacia el público y, luego, apartarse para aplaudir a los niños.

«Y ahora ha llegado —pensó ella— el momento de la verdad». Volviendo a hacer una reverencia, echó una mirada al piano para evaluar la cara que su señora ponía. ¿Podía interpretarla como muestra de placer? ¿Había funcionado el plan? ¿Se habría salvado? Elizabeth estaba de pie, aplaudiendo con entusiasmo y con una sonrisa en el rostro, pero los ojos, algo entornados, los tenía fijos en la fila de enfrente.

Anne siguió el curso de su mirada para ver qué le había llamado la atención. Y, ¡ay, qué calamidad!, estaba mirando a Henry. Y él, cuyo agraciado rostro lucía radiante por la luz pura de una honda admiración, solo tenía ojos para Anne.

Y, de repente, aquel escenario iluminado se convirtió en el banquillo de los acusados; la ovación eufórica le resonaba en los oídos como el griterío de las masas. Casi podía oír a un juez imaginario enumerar todos los cargos que se le imputaban. ¡El delito de tener mala salud! ¡El de ser innecesariamente perspicaz! Y el peor de todos ellos: el delito de haber seducido a un hombre. Anne se quedó de piedra: tres veces culpable.

¿La castigarían o la absolverían una vez más?



Los sucesos de la mañana siguiente se desarrollaron como en una obra de teatro.

En el primer acto, Fanny irrumpió en el aula. Tenía lágrimas en los ojos y aferraba los retratos que le habían hecho contra el pecho. Al entregarle el esbozo de su propia persona, se atragantó con las palabras:

—Anny querida. Prométeme, por favor te lo pido, que conservarás mi retrato el resto de tus días.

La institutriz miró el esbozo de un rostro que podría haber sido el de cualquier jovencita. Negando con la cabeza —en serio, qué artista más mala era la señorita Crow—, se lo devolvió.

—A ver, ¡son de tu mamá! —protestó—. Ella encargó este que me das, para tener con ella a sus niñas. Fanny, no puedo...

La jovencita sollozó y salió corriendo de la estancia.

Sally fue la siguiente en visitarla. Primero le dio un abrazo y, después, le dijo que la señora la aguardaba en el salón. Una vez en el pasillo, la señora Salkeld caminó a su lado, diciendo que todo aquello era «una pena».

Y, entonces, llegó el desenlace. La llevaron junto a su señora. No la invitó a sentarse y ella no se lo pidió. Hubo lamentos, la mujer admitió cierta desilusión y le deseó lo mejor.

Y, en cuestión de minutos, la señorita Sharp acabó fuera de la sala, sobre aquellas baldosas blancas y negras. Despedida con efecto inmediato.

CAPÍTULO 43



—**BUENO, SEÑORITA** Sharp, parece que la cocinera ha decidido brindarnos, para esta ocasión tan lamentable, el pastel más exquisito de todos hasta el momento. —La angustia del señor Whitfield parecía aplacar la maravilla helada que tenía ante él—. ¡Venga! —Salivó cuando le cortó un trozo—. Si no nos podemos permitir un antojo en momentos como este, ¿cuándo nos va a dar permiso el buen Señor?

—Gracias, señor Whitfield. —Anne tomó el plato y se hundió en el espacioso sillón—. ¿No es maravilloso que Él nos otorgue siempre lo que necesitamos?

—Así es, así es. —El hombre se limpió las migajas del mentón y se sirvió un segundo pedazo—. Pero hay algo que me desconcierta. Yo creía que usted, querida mía, había llegado a nosotros como parte de un plan superior...

—¿Yo, señor Whitfield? —Anne se echó a reír—. Lo que pasa es que creo que usted sobrevalora el azar en lo que es la irrelevancia de nuestra vida mortal. No me veo como medio de la intervención divina.

—Discúlpeme, señorita Sharp, pero, muy educadamente, he de discrepar. Hace solo dos noches, después de su excelente función, le dije a mi esposa: «¿No somos afortunados, querida mía, de tener a la señorita Sharp con nosotros?». Su obra nos ha unido a todos. Por supuesto, a uno le gusta pensar que su parroquia tiene el mismo efecto en la gente, pero el procedimiento es, necesariamente, diferente. ¡Ver a todo el mundo unido por la felicidad! De verdad, fue una ocasión maravillosa.

«Bueno, por lo menos todos lo pasaron bien», pensó Anne. Ojalá la señora Austen pensara lo mismo.

—Y luego está la labor que ha hecho en la escuela. —El señor Whitfield se estiró para tomar otro trozo más. ¿Era el tercero o el cuarto?—. Cómo ha cambiado todo. Ahora los niños saben leer. Sus dotes de maestra son... ¡Oh! —Al fin lo embargó la pena y dejó a un lado el plato—. Para nosotros, esto es una pena. Ojalá tenga usted pensado seguir enseñando.

—Oh, sí, claro —respondió con cierta emotividad—. Me he dado cuenta de que valgo y, a fin de cuentas, ¿hay mayor privilegio que instruir una mente joven?

¿Y había algo más importante? Se había propuesto enseñar a tantas jóvenes como pudiese de ahora en adelante. Sería su misión: armarlas no con mosquetes, sino con una buena educación, de

tal forma que, cuando la vida las decepcionase y cuando se les rompiese el corazón —o cuando sus padres fuesen unos inútiles—, tuvieran ellas también recursos para sobrevivir.



Tras la más cariñosa de las despedidas, abandonó la acogedora luz, amarilla, de la rectoría por última vez y salió al crepúsculo. Siguió el curso del sendero —pasando por las casitas, la escuela, el puente peraltado— con la cabeza gacha y se metió en la casa.

Una vez traspasó la puerta principal, colgó la capa en su gancho por última vez. «¡Para ya! Ya está bien de tanta sensiblería», se dijo. No hizo caso de la algazara de la familia, reunida tras las grandes puertas de la biblioteca, corrió a su alcoba y cerró la puerta con firmeza. ¡Su remanso de paz! Por un momento, apoyó el hombro contra la puerta y reunió fuerzas. Pese a que estaba agotada emocionalmente, todavía tenía que empaquetar sus cosas y estaba decidida a hacerlo sola.

Casi al momento, llamaron a la puerta y a se le cayó el alma a los pies. No soportaría ni una despedida más.

—Señorita Sharp. —Harriot esperaba con paciencia a que tuviese a bien recibirla. Anne hizo una reverencia y la invitó a entrar, y la joven asintió de modo cortante con la cabeza—. He venido a despedirme. Lamento que tenga que marcharse de Godmersham Park, pero ya ve. —Aquella brusca formalidad resultaba desconcertante—. No hay nada que hacerle. —Esbozó una leve sonrisa que no parecía transmitir simpatía alguna—. Que le vaya bien.

—Igualmente —contestó Anne, haciendo otra reverencia—. Le deseo toda la felicidad y fortuna que se pueda esperar para su vida de casada.

—¡Oh, Sharpy! —Por un único instante, Harriot disfrutó de un último coqueteo con su verdadero yo (Anne temía que volviese a desplegar aquella efusividad y que se echase a llorar), y, luego, se serenó—. Gracias. Muy amable.

Y, en aquel instante, perdió todo tipo de esperanza.

—Adiós. La echaré de menos, señorita Bridges.

Aquello era cierto: recordaría a aquella chica vivaz con mucho cariño. ¿Y aquella pobre criatura, la futura señora de George Moore? Por ella no podía sino rezar.

CAPÍTULO 44



POCO DESPUÉS del amanecer, el 18 de enero de 1806, Anne estaba parada en el recibidor, presta para iniciar su última ceremonia en la casa. Dos criados trajinaban con su baúl mientras la señora Salkeld se fundía con ella en un cariñoso abrazo. Las sirvientas se pusieron en fila sobre el suelo de mármol y las besó a cada una de ellas.

La cocinera se había levantado a las cinco para hacer galletas de alcaravea, con la esperanza de que se las comiera antes de que se enfriasen. Sackree chascó la lengua, le acarició el pelo y le tocó el mentón; la señora Salkeld le ofreció el gato para que lo acariciase; Becky, seguida de Sally, lloró en su hombro, y, entretanto, Charles se le aferraba a las faldas, como si no pudiese despegarse de ella.

—Mi queridísima niña. —Anne abrió los brazos y Fanny se abalanzó hacia ella. Anne hizo una mueca de dolor.

—Oh, señorita Sharp —sollozó—. ¡Anny! Lo siento muchísimo... Gracias por todo. Me has enseñado tantas cosas.

Anne deshizo el abrazo para mirarla a la cara.

—Lo mismo te digo, querida Fanny, lo mismo te digo, pero ¿a que no dejaremos de escribirnos? —Le acarició la mejilla con la mano.

—¡Ay, jamás de los jamases!

La señora Austen se colocó entre las dos y Anne hizo una reverencia.

—Gracias, señora. Ha sido muy amable.

Elizabeth soltó un suspiro.

—Lamento que...

—Desde luego. —Miró a su alrededor y sonrió—. Jamás me olvidaré de ninguno de ustedes. Venga, Charles. —Le tomó la mano caliente—. ¿Te comportarás como un caballero y me escoltarás hasta el carruaje?

Henry los siguió afuera, dando propinas generosas a las sirvientas y despidiéndose con cariño de los niños. Sin embargo, entre Elizabeth y él se notaba la frialdad. Como ella era la causa, no lo soportaba y se volvió hacia el coche para no ver el frío beso en la mejilla, resuelta a mediar para restablecer la paz en cuanto se quedaran a solas.

El señor Johncock cerró la puerta del carruaje, llamó al cochero y comenzó el viaje. Anne

miró a los habitantes de la casa, que ahora se habían dispuesto en apretadas filas fuera, como para despedir a una dignataria. Los caballos, cuyos alientos se evaporaban en el aire frío de invierno, relincharon sobre la gravilla, preparados para la partida. Anne se despidió una última vez con un gesto de la mano de los amigos que se habían reunido en la puerta, antes de insistir, moviendo los labios y gestualizando a través del cristal del carruaje, en que entrasen de una vez. Tras pugnar contra el deseo de seguir expresando lo mucho que lamentaban su marcha —fue una batalla breve: aún era temprano por la mañana, había mucho que hacer y el viento congelado del Este se hacía notar—, hicieron lo que se les pedía. El interior los engulló y la puerta se cerró al mundo. Los caballos aceleraron el paso hasta ponerse a trotar.

Pese a las lágrimas que comenzaban a caerle, contempló la gran mansión, que iba desapareciendo de su visa. Lo que veía era el comienzo de otro día más en Godmersham Park: debían encender las chimeneas y preparar el desayuno, debían despertar a los bebés de sus dulces y lechosos sueños y los adultos debían emperifollarse con elegancia. La rutina quedaría intacta sin su participación, como si nunca hubiese estado allí.

—No tiene que haber sido fácil. —Henry, junto a ella, le cubrió la mano enguantada con la suya.

No pudo responderle al momento por el nudo que tenía en la garganta y se centró en la última visión de aquel lugar. Ahora estaban en la carretera principal, cerca de la portería. Una luna casi llena descendía hacia los campos blancos, cristalinos. Recorrieron el puentecito peraltado que una vez había saltado; el río donde pescaban —junto al que se habían ido de pícnic— estaba vidrioso por el hielo. Cuando el carruaje ganó velocidad y se agudizó el traqueteo, se apartó de la ventana y se recostó en el asiento.

—Fin —declaró—. Ahora estamos en la carretera de Canterbury. —Volvió a embargarla la nostalgia—. Hemos salido del pueblo. Dos años he pasado aquí...

—Dos años solo —concordó Henry—: no ha sido mucho tiempo, a fin de cuentas.

—Pero ha bastado. —Anne notó que él le apretaba la mano—. Ha bastado para cambiar todos y cada uno de los poros de mi piel y todos y cada uno de mis sentimientos.

—Fue, ciertamente, una despedida de lo más espléndida —dijo Henry con cierta acritud—, tratándose de una institutriz de cuyos servicios han prescindido.

—Y un transporte igual de espléndido —respondió Anne. Alisó la manta que tenía sobre las rodillas, miró el interior bien tapizado del carruaje y se recostó en el asiento de cuero—. Es muy amable por su parte llevarme, y le estoy muy agradecida, aunque me temo que algunos han enarcado las cejas al ver la extraña pareja que conformamos usted y yo.

—¡Pues adelante! —rebatió—. No permitiría que viajase en diligencia, después de todo lo que ha tenido que soportar. —Suavizó el tono—: Además, valoro su compañía. —Al escuchar aquello, Anne cambió de postura y miró por la ventana. Él siguió hablándole a su perfil—. Dígame, señorita Sharp, aunque no tenga derecho a preguntárselo: ¿puedo albergar la esperanza de que usted también valore la mía, por muy poco que sea?

Ella negó tristemente con la cabeza y se volvió hacia él.

—Ya veo. —La luz brillante de sus ojos crepitó hasta disiparse—. Eso es un no.

—¡Oh, señor Austen! —lloró Anne—. Sabe perfectamente que yo... Pero ¡claro que no! No,

¿no tiene derecho a preguntármelo!

Volvió a parpadear aquella luz y le volvieron a salir las arrugas en torno a los ojos.

—Claro que no. —Aquí se aclaró la garganta—. Creo que me acaba de dar el valor para que me declare: señorita Sharp, tengo que confesarlo, me he encariñado con usted.

Y, al fin, velada por la intimidad de aquellas paredes cerradas, estrechas —ahora que ya no era empleada de la numerosa familia Austen—, también ella se sintió con la libertad de admitir:

—Y yo con usted, señor.

Pero solo a sí misma podía confesarse la verdadera causa de su conflicto interno.

Durante aquella semana interminable de enfermedad, durante aquella temporada extraña y festiva y en lo que duró el *shock* por el despido, Anne había hallado la lucidez que buscaba, había plantado cara a sus propios sentimientos y resuelto aquel rompecabezas: estaba enamorada, desde luego. ¡Ay! Estaba perdidamente enamorada, pero no fue hasta entonces cuando pudo discernir el objeto de su amor y, así, explicarse aquella desconcertante locura. Qué hermanos más impresionantes, Henry y Jane: tanto se parecían el uno al otro que no podía quedarse con uno. Ambos eran tan únicos que no tenía la capacidad de resistirse. Durante aquellos dos años maravillosos, entre los muros de aquella mansión espléndida, inolvidable, su corazón se había cautivado de ambos y no podía albergar la esperanza de que alguna vez volviese a quedar libre.

Todo el ser de Henry se relajó entonces. La fuerza pura de su sonrisa le sentó como un puñetazo.

—En ese caso, ¿puedo preguntarle si le gustaría proseguir con nuestra amistad?

Ella había estado esperando aquel momento, se había estado mentalizando con cautela.

—No sería para nada convencional...

Y, aun así, pese a lo que había dicho, ¡ay!, se sublevó en su interior una tentación malévola que se apoderó de todo su ser, pero, de alguna forma, hizo uso de todas sus fuerzas para reprimirla. «No puedes. No serás su amante. No debes ceder. ¡Piensa en tu madre!», se dijo.

Mientras se libraba tal batalla en torno a ella y en su interior, se alejó de él, se apoyó contra la esquina y se obligó a fijar la vista en la lluvia que se deslizaba por el cristal.

—Me temo que no, señor —dijo al fin, dirigiéndose al cielo sin sol, plomizo—. No me gustaría, ni mucho menos.

Pues había otra verdad, y aquella era más amarga. No podía —no iba a— compartir o fingir o esconderse. Pero aquello sería justo lo que se esperaría de ella. Por muy apasionados que fuesen sus sentimientos, nunca le estaría permitido amar a Henry o a Jane. Aquello era lo que le exigía el mundo; de otro modo, no tendría piedad con ella, ni tampoco las leyes de los hombres.

Notó, entonces, que Henry se desplomaba junto a ella. Lo oyó soltar un suspiro.

—Está usted en lo cierto, claro está. Y le ruego que olvide lo que le he preguntado.

—Olvidado. —Anne reprimió las lágrimas.

Durante un rato, viajaron en silencio; estaban atascados en un pueblo atestado de gente porque había mercado y se vieron obligados a tomar un desvío antes de seguir avanzando por el campo. Era un retraso sin importancia; ¿unos veinte minutos? No más. Pero era tiempo suficiente, se percató, para que Henry recobrase la compostura del todo. Él, pensó con ironía, se las arreglaría sin problema.

—En fin —prosiguió el hombre—, será una pena que no me entere de todas sus noticias... No saber cómo está o qué le deparará la vida.

Anne resolló, se frotó el rostro y se esforzó por imitar la actitud de él.

—Tenga por seguro que, esté donde esté, seguiré enseñando. Eso está claro —dijo, mientras aunaba fuerzas—. Y, en cuanto al resto, si le interesa, seguro que su hermana lo mantendrá informado.

No tenía muchas opciones: no podía soñar con que todo lo que anhelase fuera a hacerse realidad milagrosamente. Sin embargo, había un único papel, uno irreprochable, que se le permitía interpretar y por el que, desde luego, el mundo le sonreiría con alegría.

—Ha tenido la amabilidad de sugerir que valora el vínculo que hemos forjado. Seguiremos escribiéndonos y hemos prometido que nos veremos siempre que lo permita mi deber. —Se volvió hacia Henry y le sonrió, con el corazón henchido de una nueva fuerza—. Estoy segura de que, teniendo en cuenta la cariñosa camaradería que nos une, nunca perderemos el contacto.

»Yo siempre —recalcó— seré amiga íntima de Jane.

NOTA DE LA AUTORA



«**POBRECITA —ESCRIBIÓ** una vez Jane a propósito de Anne—. Ha nacido para lidiar con mil demonios». Es una lástima que no enumerase todas sus dolencias, más allá del problema de la cabeza, y que no sepamos por qué se vio obligada a buscar un empleo, eso para empezar. Nada sabemos de la vida de Anne antes de su llegada a Godmersham Park, de modo que la historia que he narrado de su juventud es pura ficción, modelada a partir de las biografías de otras refinadas damas de la época que acabaron trabajando como institutrices. Para alguna de ellas, fue una cuestión de vocación, pero la mayoría se vio condenada por el fracaso de sus parientes varones, de padres, hermanos o pretendientes que las defraudaron.

No obstante, el período que pasó Anne trabajando para la familia Austen lo describió meticulosamente Fanny en sus diarios. El argumento de esta novela sigue muy de cerca su versión de los hechos, desde la llegada de la institutriz, pasando por los canarios, las fiestas y la pésima operación a la que fue sometida, hasta el día que partió acompañada de Henry.

¿Y qué fue de ella después? Afortunadamente, podemos seguirle la pista. Por las menciones esporádicas de Fanny y las cartas de los Austen que se conservan, podemos trazar el periplo de Anne Sharp hasta el final de sus días. Pese a que muy raramente volverían a verse —la distancia y la pobreza se lo impedían—, Jane y Anne siguieron manteniendo correspondencia.

Así que sabemos que, dos meses después de que la despidieran de Godmersham Park, Anne empezó a trabajar otra vez de institutriz, para la hija de seis años de una tal señora Raikes. Tampoco duró mucho —quizá seguían afectándole las «jaquecas» y no estaba en condiciones de trabajar— y tampoco prescindieron de sus servicios con gusto sus jefes, pero, por desgracia para ella, la solución que le ofrecieron fue casi peor que otro despido: la mandaron a Hinckley, en las Tierras Medias, para servir a la hermana difícil, delicada y soltera de la señora Raikes.

Allí permaneció cuatro años que no fueron felices. No gozaba de buena salud, la de su superior era peor y se vio obligada a realizar unas tareas molestas, desagradables e íntimas con una mujer con la que no congeniaba. Con algo de desesperación, aceptó probar una nueva cura para el dolor de cabeza, que parece que consistía en una versión primitiva de la electroterapia. Tal y como relató Fanny, le raparon el pelo y le pusieron electrodos en la cabeza. No dejaron de salirle «continuas ampollas, y todo para nada».

Mientras tanto, la suerte sonreía a Jane: en 1809, Edward Austen entregó la casita de

Chawton, ahora célebre, a su madre y a sus hermanas. Jane podía, al fin, dedicarse como es debido a sus escritos. Al año siguiente, vendió *Sentido y sensibilidad* a un editor. Ahora que tenía la vida solucionada y que desbordaba creatividad, quiso compartir parte de su felicidad con su amiga.

En mayo de 1811, ideó un «magnífico proyecto» para que Anne fuese a visitarla en Chawton. Esta obtuvo permiso para irse: lo único que necesitaba era que Cassandra y Martha modificaran sus planes de viaje unos pocos días para llevarla hasta Hampshire, pero parece que ninguna de las dos estuvo dispuesta a tomarse la molestia y el plan fue un fracaso. La decepción de Anne tuvo que ser contundente. Teniendo todo eso en cuenta, sorprende que, al final, pudiese ir de visita aquel mismo otoño. ¿Sería que, como acababa de contratarla como institutriz una tal *lady* Pilkington de Chevet Hall, en Yorkshire, que era alguien que estaba por encima de Edward Austen en la escala social, de repente su presencia fuera más aceptable?

Anne visitó Chawton una vez más, en 1815, y, a medida que aumentaba el éxito de Jane, siguió apoyando a su amiga desde la distancia. Leyó todas y cada una de las novelas en cuanto se publicaban y transmitió sus opiniones a la autora, quien tomaba nota de ellas.

El 22 de mayo de 1817, Jane escribió a su amiga —«mi querida Anne»— para comunicarle que estaba enferma y que esperaba recuperarse. Fue la última comunicación que tuvieron, así como las últimas palabras que escribió la autora en la casita de Chawton. La próxima carta, en julio, le llegó de Cassandra en Winchester, con la terrible noticia de la defunción de su hermana. La respuesta de Anne parece que fue, cómo no, emotiva, y la de Cassandra, cómo no, brusca: «Lo que he perdido no lo sabe nadie más que yo —escribió en tono antipático, cerrando la carta con un último comentario mordaz—: Estoy más tranquila de lo que usted, con sus sentimientos apasionados, podría suponer».

«Sentimientos apasionados»... Qué expresión más sugerente. Desde luego, la relación entre Anne y Cassandra no era fácil, pues las dos parecían envidiar la camaradería de la otra con Jane. No obstante, las dos mujeres nunca llegaron a perder el contacto. Gracias a la correspondencia constante con Jane y, tras su muerte, con su hermana, Anne podría estar al tanto de las noticias de toda la familia Austen.

De modo que, en 1808, se habría enterado de que Elizabeth Austen falleció poco después de dar a luz a su undécimo hijo. Se habría enterado de que, entonces, Fanny tuvo que ponerse al frente de la casa, apoyar a su padre y ejercer de madre de sus diez hermanos menores. La joven no se casaría hasta los veintiocho años —tarde para la época—, cuando pasó a ser *lady* Knatchbull y se hizo cargo de seis hijastros difíciles a los que añadió nueve hijos propios.

Aquella gran familia no estuvo exenta de problemas y sufrimiento, pero, aun así, Fanny gozó de una vida larga y cómoda. Desde el comienzo de 1804, continuó poniendo por escrito su día a día en aquellos libros de cuero tamaño bolsillo durante casi setenta años más, hasta que se quedó sin fuerzas para proseguir.

Harriot Bridges contrajo matrimonio con el reverendo George Moore en 1806, se convirtió en la cariñosa madre de tres niños y —pese a que al resto del mundo le seguía pareciendo desagradable— se mostró del todo contenta con el marido que tenía.

Henry Austen, como Anne habría esperado, resultó ser una caja de sorpresas. Su esposa,

Eliza, falleció el 1813, y se entregó al momento a la vida despreocupada propia de un viudo agraciado, rico y sociable hasta que se le acabó la buena suerte. En 1815, su banco y su negocio quebraron y él se arruinó. Había perdido no solo su reputación y todo su dinero, sino también todas las inversiones de peso de su tío y de sus hermanos. Fue un golpe bajo para toda la familia; a Jane le costó digerirlo en especial. El único que pareció salir ileso fue él, que, pocas semanas después, retomó como si tal cosa el plan inicial que su padre había trazado para él: que se convirtiera en un hombre de la Iglesia. Lo ordenaron sacerdote en Salisbury en 1816 y, desde entonces, llevó la vida de un coadjutor, adherido a la tradición evangélica. Se casó con una tal señorita Eleanor Jackson y vivió con el dinero justo, sin hijos, pero siempre contento hasta su muerte en 1850.

Mientras a Henry le pasaba todo aquello, Anne se fue volviendo más y más fuerte. Dejó a *lady* Pilkington tras haberse ganado una buena reputación como institutriz y, al parecer, algo de dinero. Debió de mejorar su estado de salud, ya que, en 1823, montó su propio internado en York Terrace, Liverpool, donde instruyó a generaciones y generaciones de niñas, gestionó su propia plantilla de sirvientas y llevó la vida de un miembro muy respetado de la comunidad local. Qué pena que Jane no viviera para ver su triunfo final.

Pudo jubilarse con cierta holgura y murió en paz en 1855. Fue enterrada, de acuerdo con sus propias instrucciones, con «sencillez y decencia» en la parte sur de la iglesia de Everton.

De leer los testamentos descubrí tanto como de las cartas. De hecho, puede que incluso más, porque en los primeros se habla claro. El valor de las posesiones de Anne rondaba las dos mil libras, incluido el dinero en efectivo, las propiedades compartidas, las joyas finas y los muebles de calidad. Dicha cantidad fue distribuida entre un sorprendente total de cuarenta y tres amistades «muy queridas». Eso quiere decir que no solo había triunfado profesionalmente, sino que había tenido una vida buena y feliz: había amado y había sido amada.

Y cabe destacar que Cassandra, antes de fallecer de un derrame cerebral en 1845, se molestó en dar en herencia treinta libras a la amiga de su hermana. Tras su animosidad inicial, debió de brotar cierto afecto entre ellas. No hay duda de que lo que las unió luego fue la misma fuerza que antes las había separado: su amor por Jane Austen, pues Anne, al igual que Cassandra, fue una de las pocas personas que, cuando la obra de Jane cayó en el olvido, siguió creyendo en su talento. Y eso es un hecho.

En el 2008, en la casa de subastas de Bonhams, en Londres, salió a la venta una primera edición de *Emma* difícil de encontrar, uno de los doce ejemplares que los editores de Austen enviaron a su familia y a sus amistades por petición suya, con una inscripción de su puño y letra: «Para Anne Sharp, de parte de la autora». Anne era consciente de su valor y se lo legó a un tal señor Richard Withers, cuya familia lo mantuvo a salvo durante tres generaciones. Ahora es un tesoro para los bibliófilos —recientemente, se vendió otra vez por más de 200.000 £—, pero también es valioso para todos nosotros.

Su mera existencia prueba el enorme cariño que se profesaban Anne Sharp y Jane Austen.

AGRADECIMIENTOS



ME EMBARQUÉ en esta novela justo al empezar el confinamiento y al cerrar las bibliotecas. Fue casi imposible investigar hasta que Rebecca Lilley, del Godmersham Heritage Centre, me puso en contacto con una historiadora de la zona llamada Margaret Smyth, quien daba la casualidad que tenía fotocopios todos los diarios de Fanny Austen de los años que yo necesitaba y quien tuvo la generosidad de compartirlos conmigo en tiempos de necesidad. Por eso y por su enorme apoyo y entusiasmo, le estaré siempre agradecida.

Una vez que se pudo viajar de nuevo y que al fin pude ir de visita, Fiona Sunley resultó ser una anfitriona encantadora, y Margaret y Rebecca dedicaron sus días a guiarme en un *tour* por la propiedad. Todas las personas con las que me he encontrado en Godmersham Park han sido muy amables y de gran ayuda, y les estoy agradecida.

Además, la obra de la fallecida Deirdre le Faye fue de una ayuda inestimable, como también sus ánimos. Incluso en las últimas semanas de enfermedad, de algún modo, halló la fuerza necesaria para compartir conmigo su parecer respecto a Anne. Era una académica extraordinaria, de una generosidad inabarcable, a la que se echa mucho de menos. *A Secret Sisterhood*, de Emily Midorikawa y Emma Claire Sweeney, cuenta con una sección fascinante sobre Jane Austen y Anne Sharp; *Almost Another Sister*, de Margaret Wilson, es una biografía excelente de Fanny, y *The Other Knight Boys*, de Hazel Jones, es una obra evocadora centrada en los hijos de Godmersham. Giles Smith compartió conmigo sus conocimientos acerca de las «jaquecas» que atormentaban a la pobre Anne.

Doy las gracias también a mi maravillosa agente, Caroline Wood, y al gran equipo de Century: Laura Brooke, Sophie Whitehead, Emma Grey Gelder y, en especial, Selina Walker, que ha sido la matrona perfecta: me ha dado la sabiduría, la paciencia y la fuerza que necesitaba durante este parto mío.

Descarga la guía de lectura gratuita
de este libro en:

<https://librosdeseda.com/>